

LOS TRES MOSQUETEROS

(cap. 32- 67)

Alejandro Dumas

Autor:

Alejandro Dumas (1802-1870), francés

Ilustrador:

Maurice Leloir (1851-1940), francés

Índice (Cap. 32-67)

- XXXII. Una cena de procurador
- XXXIII. Doncella y señora
- XXXIV. Donde se trata del equipo de Aramis y de Porthos.
- XXXV. De noche todos los gatos son pardos
- XXXVI. Sueño de venganza
- XXXVII. El secreto de Milady
- XXXVIII. Cómo, sin molestarse, Athos encontró su equipo
- XXXIX. Una visión
- XL. El cardenal
- XLI. El sitio de la Rochelle .
- XLII . El vino de Anjou .
- XLIII. El albergue del Colombier-Rouge .
- XLIV. De la utilidad de los tubos de estufa
- XLV. Escena conyugal
- XLVI. El bastión Saint-Gervais
- XLVII. El consejo de los mosqueteros
- XLVIII. Asunto de familia
- XLIX. Fatalidad
- L. Charla de un hermano con su hermana
- LI. Oficial
- LII. Primera jornada de cautividad
- LIII. Segunda jornada de cautividad
- LIV. Tercera jornada de cautividad
- LV. Cuarta jornada de cautividad
- LVI. Un recurso de tragedia clásica
- LVII. Evasión
- LVIII. Lo que pasó en Portsmouth el 23 de agosto de 1628
- LIX. En Francis

LX. El convento de las Carmelitas de Béthune

LXI. Dos variedades de demonios

LXII. Gota de agua

LXIII. El hombre de la capa roja

LXIV. El juicio

LXV. La ejecución

LXVI. Conclusión

LXVII. Epílogo



Capítulo XXXII

Una cena de procurador

Mientras tanto, el duelo en el que Porthos había jugado un papel tan brillante no le había hecho olvidar la cena a la que le había invitado la mujer del procurador. Al día siguiente, hacia la una, se hizo dar la última cepillada por Mosquetón, y se encaminó hacia la calle Aux Ours, con el paso de un hombre que tiene dos veces suerte.

Su corazón palpitaba, pero no era, como el de D'Artagnan, por un amor joven a impaciente. No, un interés más material le latigaba la sangre, iba por fin a franquear aquel umbral misterioso, a subir aquella escalinata desconocida que habían construido, uno a uno, los viejos escudos de maese Coquenard.

Iba a ver, en realidad, cierto arcón cuya imagen había visto veinte veces en sus sueños; arcón de forma alargada y profunda, lleno de cadenas y cerrojos, empotrado en el suelo; arcón del que con tanta frecuencia había oído hablar, y que las manos algo secas, cierto, pero no sin elegancia, de la procuradora, iban a abrir a sus miradas admiradoras.

Y luego él, el hombre errante por la tierra, el hombre sin fortuna, el hombre sin familia, el soldado habituado a los albergues, a los tugurios; a las tabernas, a las posadas, el gastrónomo forzado la mayor parte del tiempo a limitarse a bocados de ocasión, iba a probar comidas caseras, a saborear un interior confortable y a dejarse mimar con esos pequeños cuidados que cuanto más duro es uno más placen, como dicen los viejos soldadotes.

Venir en calidad de primo a sentarse todos los días a una buena mesa, desarrugar la frente amarilla y arrugada del viejo procurador, desplumar algo a los jóvenes pasantes enseñándoles la baceta, el passedix y el lansquenete en sus jugadas más finas, y ganándoles a manera de honorarios por la lección que les

daba en una hora sus ahorros de un mes, todo esto hacía sonreír enormemente a Porthos.

El mosquetero recordaba bien, de aquí y de allá, las malas ideas que corrían en aquel tiempo sobre los procuradores y que les han sobrevivido: la tacañería, los recortes, los días de ayuno, pero como después de todo, salvo algunos accesos de economía que Porthos había encontrado siempre muy intempestivos, había visto a la procuradora bastante liberal, para una procuradora, por supuesto, esperó encontrar una casa montada de forma halagüeña.

Sin embargo, a la puerta el mosquetero tuvo algunas dudas: el comienzo era para animar a la gente: alameda hedionda y negra, escalera mal aclarada por barrotes a través de los cuales se filtraba la luz de un patio vecino; en el primer piso una puerta baja y herrada con enormes clavos como la puerta principal de Grand Châtelet.

Porthos llamó con el dedo: un pasante alto, pálido y escondido bajo una selva virgen de pelo, vino a abrir y saludó con aire de hombre obligado a respetar en otro al mismo tiempo la altura que indica la fuerza, el uniforme militar que indica el estado, y la cara bermeja que indica el hábito de vivir bien.

Otro pasante más pequeño tras el primero, otro pasante más alto tras el segundo, un mandadero de doce años tras el tercero.

En total, tres pasantes y medio; lo cual, para la época, anunciaba un bufete de los más surtidos.

Aunque el mosquetero sólo tenía que llegar a la una, desde medio día la procuradora tenía el ojo avizor y contaba con el corazón y quizá también con el estómago de su adorador para que adelantase la hora.

La señora Coquenard llegó, pues, por la puerta de la vivienda casi al mismo tiempo que su invitado llegaba por la puerta de la escalera, y la aparición de la digna dama lo sacó de un gran apuro. Los pasantes eran curiosos y él, no sabiendo demasiado bien qué decir a aquella gama ascendente y descendente, permanecía con la lengua muda.

-Es mi primo -exclamó la procuradora-; entrad pues, entrad, señor Porthos.

El nombre de Porthos causó efecto en los pasantes, que se echaron a reír; pero Porthos se volvió, y todos los rostros recuperaron su gravedad.

Llegaron al gabinete del procurador tras haber atravesado la antecámara donde estaban los pasantes, y el estudio donde habrían debido estar; esta última habitación era una especie de sala negra y amueblada, con papelotes. Al salir del estudio, dejaron la cocina a la derecha y entraron en la sala de recibir.

Todas aquellas habitaciones que se comunicaban no inspiraron en Porthos buenas ideas. Las palabras debían oírse desde lejos por todas aquellas puertas abiertas; luego, al pasar, había lanzado una mirada rápida y escrutadora en la cocina, y a sí mismo se confesaba, para vergüenza de la procuradora y para pesar suyo, que no había visto ese fuego, esa animación, ese movimiento que a la hora de una buena comida reinan ordinariamente en ese santuario de la gula.

Indudablemente el procurador había sido prevenido de aquella visita, porque no testimonió ninguna sorpresa ante la vista de Porthos, que avanzó sobre él con un aire bastante desenvuelto y lo saludó cortésmente.

-Somos primos, según parece, señor Porthos -dijo el procurador levantándose a fuerza de brazos sobre su sillón de caña.

El viejo, envuelto en un gran jubón en el que se perdía su cuerpo endeble, era vigoroso y seco; sus ojillos grises brillaban como carbunclos y parecían, junto con su boca gesticulera, la única parte de su rostro donde quedaba vida. Por desgracia, las piernas comenzaban a rehusar servir a toda aquella máquina ósea; desde que hacía cinco o seis meses se había dejado sentir este debilitamiento, el digno procurador se había convertido casi en el esclavo de su mujer.

El primo fue aceptado con resignación, eso fue todo. Un maese Coquenard ligero de piernas hubiera declinado todo parentesco con el señor Porthos.

-Sí, señor, somos primos -dijo sin desconcertarse Porthos, que por otra parte jamás había contado con ser recibido por el marido con entusiasmo.

- ¿Por parte de las mujeres, según creo? -dijo maliciosamente el procurador.

Porthos no se dio cuenta de la socarronería y la tomó por una ingenuidad de la que se rió para sus adentros. La señora Coquenard, que sabía que el procurador ingenuo era una variedad muy rara en la especie, sonrió algo y se ruborizó mucho.

Desde la llegada de Porthos, maese Coquenard había puesto con inquietud los ojos en un gran armario colocado frente a su escritorio de roble. Porthos comprendió que aquel armario, aunque no correspondiese a la forma del que había visto en sus sueños, debía ser el bienaventurado arcón, y se congratuló de que la realidad tuviera seis pies más alto que el sueño.

Maese Coquenard no prosiguió más lejos sus investigaciones genealógicas, pero volviendo su mirada inquieta del armario a Porthos, se encontró con decir:

-Señor primo, antes de su partida para la campaña, nos hará el favor de cenar una vez con nosotros, ¿no es así, señora Coquenard?

En esta ocasión Porthos recibió el golpe en pleno estómago y lo sintió; parece que por su lado la señora Coquenard tampoco fue insensible a él porque añadió:

-Mi primo no volvería si cree que le tratamos mal; en caso contrario, tiene demasiado poco tiempo que pasar en París y, por consiguiente, para vernos, para que no le pidamos casi todos los instantes de que pueda disponer hasta su partida.

-¡Oh, mis piernas, mis pobres piernas! ¿Dónde estáis? -murmuró Coquenard. Y trató de sonreír.

Esta ayuda que le había llegado a Porthos en el momento que era atacado en sus esperanzas gastronómicas inspiró al mosquetero mucha gratitud hacia su procuradora.

Pronto llegó la hora de comer. Pasaron al comedor, gran sala oscura que se hallaba situada en frente a la cocina.

Los pasantes que, a lo que parece, habían notado en la casa perfumes desacostumbrados, eran de una exactitud militar, y tenían a mano sus taburetes, dispuestos como estaban a sentarse. Se los veía remo, ver por adelantado las mandíbulas con disposiciones tremendas.

«¡Rediós! -pensó Porthos lanzando una mirada sobre los tres hambrientos, porque el mandadero no era, como es lógico, admitido los honores de la mesa

magistral-. ¡Rediós! En lugar de mi primo, yo no conservaría semejantes golosos. Se diría náufragos que no han comido desde hace seis semanas.»

Maese Coquenard entró, empujado en su sillón de ruedas por la señora Coquenard, a quien Porthos, a su vez, vino a ayudar para llevar a su marido hasta la mesa.

Apenas hubo entrado, movió la nariz y las mandíbulas al igual que sus pasantes.

-¡Vaya vaya! -dijo-. Tenemos una sopa prometedor.

-¿Qué diablos huelen de extraordinario en la sopa? -dijo Porthos ante el aspecto de un caldo pálido, abundante, pero completamente ciego y sobre el que nadaban algunas cortezas, raras como las islas de un archipiélago.

La señora Coquenard sonrió y a una indicación suya todo el mundo se sentó con diligencia.

El primero en ser servido fue maese Coquenard, luego Porthos; después la señora Coquenard llenó su plato y distribuyó las cortezas sin caldo a los pasantes impacientes.

En aquel momento se abrió por sí sola la puerta del comedor rechinando, y Porthos, a través de los batientes entreabiertos, vio al pequeño recadero que, no pudiendo participar en el festín, comía su pan entre el doble olor de la cocina y del comedor.

Tras la sopa, la criada trajo una gallina hervida; magnificencia que hizo dilatar los párpados de los invitados de tal forma que parecían a punto de romperse.

-¡Cómo se ve que queréis a vuestra familia, señora Coquenard! -dijo el procurador con una sonrisa casi trágica-. Esto es una galantería que tenéis con vuestro primo.

La pobre gallina era delgada y estaba revestida de uno de esos gruesos pellejos erizados que los huesos nunca horadan pese a sus esfuerzos; habrían tenido que buscarla durante mucho tiempo antes de encontrarla en el palo al que se había retirado para morir de vejez.

«¡Diablos! -pensó Porthos-. ¡Sí que es triste esto! Yo respeto la vejez, pero hago poco caso de si está hervida o asada.»

Y miró a la redonda para ver si su opinión era compartida; pero al contrario que él, no vio más que ojos resplandecientes, que devoraban por adelantado aquella sublime gallina, objeto de sus desprecios.

La señora Coquenard atrajo la fuente para sí, separó hábilmente las dos grandes patas negras, que puso en el plato de su marido; cortó el cuello, que se puso, dejando a un lado la cabeza, para ella; cortó el ala para Porthos y devolvió a la criada que acababa de traerlo el animal, que volvió casi intacto, y que había desaparecido antes de que el mosquetero tuviera tiempo de examinar las variaciones que el desencanto pone en los rostros, según los caracteres y temperamentos de quienes lo experimentan.

En lugar del pollo, hizo su entrada una fuente de habas, fuente enorme en la que hacían ademán de mostrarse algunos huesos de cordero, a los que en un principio se hubiera creído acompañados de carne.

Mas los pasantes no fueron víctimas de esta superchería y los rostros lúgubres se convirtieron en rostros resignados.

La señora Coquenard distribuyó este manjar a los jóvenes con la moderación de una buena ama de casa.

Llegó la ronda del vino. Maese Coquenard echó de una botella de gres muy exigua el tercio de un vaso a cada uno de los jóvenes, se sirvió a sí mismo en proporciones casi iguales, y la botella pasó al punto del lado de Porthos y de la señora Coquenard.

Los jóvenes llenaron con agua aquel tercio de vino, luego, cuando habían bebido la mitad del vaso, volvían a llenarlo, y seguían haciéndolo siempre así; lo cual les llevaba al final de la comida a tragar una bebida que del color del rubí había pasado al del topacio quemado.

Porthos comió tímidamente su ala de gallina, y se estremeció al sentir bajo la mesa la rodilla de la procuradora que venía a encontrar la suya. Bebió también

medio vaso de aquel vino tan escatimado, y que reconoció como uno de esos horribles caldos de Montreuil, terror de los paladares expertos.

Maese Coquenard lo miró engullir aquel vino puro y suspiró.

-¿Queréis comer estas habas, primo Porthos? -dijo la señora Coquenard en ese tono que quiere decir: Creedme, no las comáis.

-¡Al diablo si las pruebo! -murmuró por lo bajo Porthos. Y añadió en voz alta: Gracias, prima, no tengo más hambre.

Y se hizo un silencio. Porthos no sabía qué comportamiento tener. El procurador repitió varias veces:

¡Ay señora Coquenard! Os felicito, vuestra comida era un verdadero festín. ¡Dios, cómo he comido!

Maese Coquenard había comido su sopa, las patas negras de la gallina y el único hueso de cordero en que había algo de carne.

Porthos creyó que se burlaban de él, y comenzó a retorcerse el mostacho y a fruncir el entrecejo; pero la rodilla de la señora Coquenard vino suavemente a aconsejarle paciencia.

Aquel silencio y aquella interrupción de servicio, que se habían vuelto ininteligibles para Porthos, tenían por el contrario una significación terrible para los pasantes: a una mirada del procurador, acompañada de una sonrisa de la señora Coquenard, se levantaron lentamente de la mesa, plegaron sus servilletas más lentamente aún, luego saludaron y se fueron.

-Id, jóvenes, id a hacer la digestión trabajando -dijo gravemente el procurador.

Una vez idos los pasantes, la señora Coquenard se levantó y sacó un trozo de queso, confitura de membrillo y un pastel que ella misma había hecho con almendras y miel.

Maese Coquenard frunció el ceño, porque veía demasiados postres; Porthos se pellizcó los labios, porque veía que no había nada que comer.

Miró si aún estaba allí el plato de habas; el plato de habas había desaparecido.

-Gran festín -exclamó maese Coquenard agitándose en su silla-, auténtico festín, epuloe epularum; Lúculo cena en casa de Lúculo.

Porthos miró la botella que estaba a su lado, y esperó que con vino, pan y queso comería; pero no había vino, la botella estaba vacía; el señor y la señora Coquenard no parecieron darse cuenta.

-Está bien -se dijo Porthos-, ya estoy avisado.

Pasó la lengua sobre una cucharilla de confituras y se dejó pegados los labios en la pasta pegajosa de la señora Coquenard.

-Ahora -se dijo-, el sacrificio está consumado. ¡Ay, si tuviera la esperanza de mirar con la señora Coquenard en el armario de su marido!

Maese Coquenard, tras las delicias de semejante comida, que él llamaba exceso, sintió la necesidad de echarse la siesta. Porthos esperaba que tendría lugar a continuación y en aquel mismo lugar; pero el procurador maldito no quiso oír nada: hubo que llevarlo a su habitación y gritó hasta que estuvo delante de su armario, sobre cuyo reborde, por mayor precaución aún, posó sus pies.

La procuradora se llevó a Porthos a una habitación vecina y comenzaron a sentar las bases de la reconciliación.

-Podréis venir tres veces por semana -dijo la señora Coquenard.

-Gracias -dijo Porthos-, no me gusta abusar; además, tengo que pensar en mi equipo.

-Es cierto -dijo la procuradora gimiendo- Ese desgraciado equipo. . .

-¡Ay, sí! -dijo Porthos-. Es por él.

-Pero ¿de qué se compone el equipo de vuestro regimiento, señor Porthos?

-¡Oh, de muchas cosas! -dijo Porthos-. Los mosqueteros, como sabéis, son soldados de elite, y necesitan muchos objetos que son inútiles para los guardias o para los Suizos.

-Pero detalládmelos...

-En total pueden llegar a... -dijo Porthos, que prefería discutir el total que el detalle.

La procuradora esperaba temblorosa.

¿A cuánto? -dijo ella-. Espero que no pase de... detuvo, le faltaba la palabra.

-¡Oh, no! -dijo Porthos-. No pasa de dos mil quinientas libras; creo incluso que, haciendo economías, con dos mil libras me arreglaré.

-¡Santo Dios, dos mil libras! -exclamó ella-. Eso es una fortuna.

Porthos hizo una mueca de las más significativas; la señora Coquenard la comprendió.

-Preguntaba por el detalle porque, teniendo muchos parientes y clientes en el comercio, estaba casi segura de obtener las cosas a la mitad del precio a que las pagaríais vos.

-¡Ah, ah -dijo Porthos-, si es eso lo que habéis querido decir!

-Sí, querido señor Porthos. ¿Así que lo primero que necesitáis es un caballo?

-Sí, un caballo.

-¡Pues bien, precisamente lo tengo!

-¡Ah! -dijo Porthos radiante-. O sea que lo del caballo está arreglado; luego me hacen falta el enjaezamiento completo, que se compone de objetos que sólo un mosquetero puede comprar, y que por otra parte no subirá de las trescientas libras.

-Trescientas libras, entonces pondremos trescientas libras -dijo la procuradora con un suspiro.

Porthos sonrió: como se recordará, tenía la silla que le venía de Buckingham: eran por tanto trescientas libras que contaba con mete astutamente en su bolsillo.

-Luego -continuó-, está el caballo de mi lacayo y mi equipaje en cuanto a las armas es inútil que os preocupéis, las tengo.

-¿Un caballo para vuestro lacayo? -contestó la procuradora. Vaya, sois un gran señor, amigo mío.

-Eh, señora -dijo orgullosamente Porthos-, ¿soy acaso un muerto de hambre?

-No, sólo decía que un bonito mulo tiene a veces tan buena pinta como un caballo, y que me parece que consiguiéndoos un buen mulo para Mosquetón...

-Bueno, dejémoslo en un buen mulo -dijo Porthos-; tenéis razón, he visto a muy grandes señores españoles cuyo séquito iba en mulo pero entonces incluid, señora Coquenard, un mulo con penachos cascabeles.

-Estad tranquilo -dijo la procuradora.

-Queda la maleta.

-Oh, en cuanto a eso no os preocupéis -exclamó la señor, Coquenard-, mi marido tiene cinco o seis maletas, escogeréis la mejor; tiene una sobre todo que le gustaba mucho para sus viajes y que, es tan grande que cabe un mundo.

-Y esa maleta, ¿está vacía? -preguntó ingenuamente Porthos

-Claro que está vacía -respondió ingenuamente por su lado la procuradora.

-¡Ay, la maleta que yo necesito ha de ser una maleta bien provista, querida!

La señora Coquenard lanzó nuevos suspiros. Molière no había escrito aún su escena de L'Avare: la señora Coquenard precede por tanto a Harpagón.

En resumen, el resto del equipo fue debatido sucesivamente de la misma manera; y el resultado de la escena fue que la procuradora pediría a su marido un préstamo de ochocientas libras en plata, y proporcionaría el caballo y el mulo que tendrían el honor de llevar a la gloria a Porthos y a Mosquetón.

Fijadas estas condiciones, y estipulados los intereses así como la fecha de reembolso, Porthos se despidió de la señora Coquenard. Esta quería retenerlo poniéndole ojos de cordera; pero Porthos pretextó las exigencias del servicio, y fue necesario que la procuradora cediese el puesto al rey.

El mosquetero volvió a su casa con un hambre de muy mal humor.



Capítulo XXXIII

Doncella y señora

Entre tanto, como hemos dicho, pese a los gritos de su conciencia y a los sabios consejos de Athos, D'Artagnan se enamoraba más de hora en hora de Milady; por eso no dejaba de ir ningún día a hacerle una corte a la que el aventurero gascón estaba convencido de que tarde o temprano no podía dejar ella de corresponderle.

Una noche que llegaba orgulloso, ligero como hombre que espera una lluvia de oro, encontró a la doncella en la puerta cochera; pero esta vez la linda Ketty no se contentó con sonreírle al pasar: le cogió dulcemente la mano.

-¡Bueno! -se dijo D'Artagnan-. Estará encargada de algún mensaje para mí de parte de su señora; va a darme alguna cita que no habrá osado darme ella de viva voz.

Y miró a la hermosa niña con el aire más victorioso que pudo adoptar.

-Quisiera decirnos dos palabras, señor caballero... -balbuceó la doncella.

-Habla, hija mía, habla -dijo D'Artagnan-, te escucho.

-Aquí, imposible: lo que tengo que decirnos es demasiado largo y sobre todo demasiado secreto.

-¡Bueno! Entonces, ¿qué se puede hacer?

-Si el señor caballero quisiera seguirme -dijo tímidamente Ketty.

-Donde tú quieras, hermosa niña.

-Venid entonces.

Y Ketty, que no había soltado la mano de D'Artagnan, lo arrastró por una pequeña escalera sombría y de caracol, y tras haberle hecho subir una quincena de escalones, abrió una puerta.

-Entrad, señor caballero -dijo-, aquí estaremos solos y podremos hablar.

-¿Y de quién es esta habitación, hermosa niña? -preguntó D'Artagnan.

-Es la mía, señor caballero; comunica con la de mi ama por esta puerta. Pero estad tranquilo no podrá oír lo que decimos, jamás se acuesta antes de medianoche.

D'Artagnan lanzó una ojeada alrededor. El cuartito era encantador de gusto y de limpieza; pero, a pesar suyo, sus ojos se fijaron en aquella puerta que Katty le había dicho que conducía a la habitación de Milady.

Ketty adivinó lo que pasaba en el alma del joven, y lanzó un suspiro.

-¡Amáis entonces a mi ama, señor caballero! -dijo ella.

-¡Más de lo que podría decir! ¡Estoy loco por ella!

Ketty lanzó un segundo suspiro.

-¡Ah, señor -dijo ella-, es una lástima!

-¿Y qué diablos ves en ello que sea tan molesto? -preguntó D'Artagnan.

-Es que, señor -prosiguió Ketty- mi ama no os ama.

-¡Cómo! -dijo d'Artagnan-. ¿Te ha encargado ella decírmelo?

-¡Oh, no, señor! Soy yo quien, por interés hacia vos, he tomado la decisión de avisaros.

-Gracias, mi buena Ketty, pero sólo por la intención, porque comprenderás la confianza no es agradable.

-Es decir, que no creéis lo que os he dicho, ¿verdad?

-Siempre cuesta creer cosas semejantes, hermosa niña, aunque no sea más que por amor propio.

-¿Entonces no me creéis?

-Confieso que hasta que no te dignes darme algunas pruebas de lo que me adelantáis

-¿Qué decís a esto?

Y Ketty sacó de su pecho un billetito.

-¿Para mí? -dijo D'Artagnan apoderándose prestamente de la carta.

-No, para otro.

-¿Para otro?

-Sí.

-¡Su nombre, su nombre! -exclamó D'Artagnan.

-Mirad la dirección.

-Señor conde de Wardes. El recuerdo de la escena de Saint-Germain se apareció de pronto al espíritu del presuntuoso gascón; con un movimiento rápido como el pensamiento, desgarró el sobre pese al grito que lanzó Ketty al ver lo que iba a hacer, o mejor, lo que hacía.

-¡Oh, Dios mío, señor caballero! -dijo-. ¿Qué hacéis?

-¡Yo nada! -dijo D'Artagnan; y leyó:

«No habéis contestado a mi primer billete. ¿Estáis entonces enfermo, o bien habéis olvidado los ojos que me pusisteis en el baile de la señora Guise? Aquí tenéis la ocasión, conde, no la dejéis escapar.»

D'Artagnan palideció; estaba herido en su amor propio, se creyó herido en su amor.

-¡Pobre señor D'Artagnan! -dijo Ketty con voz llena de compasión y apretando de nuevo la mano del joven.

-¿Tú me compadeces, pequeña? -dijo D'Artagnan.

-¡Sí, sí, con todo mi corazón, porque también yo sé lo que es el amor!

-¿Tú sabes lo que es el amor? -dijo D'Artagnan mirándola por primera vez con cierta atención.

-¡Ay, sí!

-Pues bien, en lugar de compadecerme, mejor harías en ayudarme a vengarme de tu ama.

-¿Y qué clase de venganza querríais hacer?

-Quisiera triunfar en ella, suplantar a mi rival.

-A eso no os ayudaré jamás, señor caballero -dijo vivamente Ketty.

-Y eso, ¿por qué? -preguntó D'Artagnan.

-Por dos razones.

-¿Cuáles?

-La primera es que mi ama jamás os amaré.

-¿Tú qué sabes?

-La habéis herido en el corazón.

-¡Yo! ¿En qué puedo haberla herido, yo, que desde que la conozco vivo a sus pies como un esclavo? Habla, te lo suplico.

-Eso no lo confesaré nunca más que al hombre... que lea hasta el fondo de mi alma.

D'Artagnan miró a Ketty por segunda vez. La joven era de un frescor y de una belleza que muchas duquesas hubieran comprado con su corona.

-Ketty -dijo él-, yo leeré hasta el fondo de tu alma cuando quieras; que eso no te preocupe, querida niña.

Y le dio un beso bajo el cual la pobre niña se puso roja como una cereza.

-¡Oh, no! -exclamó Ketty-. ¡Vos no me amáis! ¡Amáis a mi ama, lo habéis dicho hace un momento!

-Y eso te impide hacerme conocer la segunda razón.

-La segunda razón, señor caballero -prosiguió Ketty envalentonada por el beso primero y luego por la expresión de los ojos d joven-, es que en amor cada cual para sí.

Sólo entonces D'Artagnan se acordó de las miradas lánguidas d Ketty y de sus encuentros en la antecámara, en la escalinata, en el corredor, sus roces con la mano cada vez que lo encontraba y sus suspiros ahogados; pero absorto por el deseo de agradar a la gran dama había descuidado a la doncella; quien caza el águila no se preocupa del gorrión.

Mas aquella vez nuestro gascón vio de una sola ojeada todo el partido que podía sacar de aquel amor que Ketty acababa de confesar de una forma tan ingenua o tan descarada: interceptión de cartas dirigidas al conde de Wardes, avisos en el acto, entrada a toda hora en la habitación de Ketty, contigua a la de su ama. El pérfido, como se vi sacrificaba ya mentalmente a la pobre muchacha para obtener a Milady de grado o por fuerza.

-¡Y bien! -le dijo a la joven-. ¿Quieres, querida Ketty, que te dé una prueba de ese amor del que tú dudas?

-¿De qué amor? -preguntó la joven.

-De ese que estoy dispuesto a sentir por ti.

-¿Y cuál es esa prueba?

-¿Quieres que esta noche pase contigo el tiempo que suelo pasar con tu ama?

-¡Oh, sí! -dijo Ketty aplaudiendo-. De buena gana.

-Pues bien, querida niña -dijo D'Artagnan sentándose en un sillón-, ven aquí que yo te diga que eres la doncella más bonita que nunca he visto.

Y le dijo tantas cosas y tan bien que la pobre niña, que no pedí otra cosa que creerlo, lo creyó... Sin embargo, con gran asombro de D'Artagnan, la joven Ketty se defendía con cierta resolución.

El tiempo pasa de prisa cuando se pasa en ataques y defensas

Sonó la medianoche y se oyó casi al mismo tiempo sonar la campanilla en la habitación de Milady.

-¡Gran Dios! -exclamó Ketty-. ¡Mi señora me llama! ¡Idos, idos rápido!

D'Artagnan se levantó, cogió su sombrero como si tuviera intención de obedecer; luego, abriendo con presteza la puerta de un gran armario en lugar de abrir la de la escalera, se acurrucó dentro en medio de los vestidos y las batas de Milady.

-¿Qué hacéis? -exclamó Ketty.

D'Artagnan, que de antemano había cogido la llave, se encerró en el armario sin responder.

-¡Bueno! -gritó Milady con voz agria-. ¿Estáis durmiendo? ¿Por qué no venís cuando llamo?

Y D'Artagnan oyó que abrían violentamente la puerta de comunicación.

-Aquí estoy, Milady, aquí estoy -exclamó Ketty lanzándose al encuentro de su ama.

Las dos juntas entraron en el dormitorio, y como la puerta de comunicación quedó abierta, D'Artagnan pudo oír durante algún tiempo todavía a Milady reñir a su sirvienta; luego se calmó, y la conversación recayó sobre él mientras Ketty arreglaba a su ama.

-¡Bueno! -dijo Milady-. Esta noche no he visto a nuestro gascón.

-¡Cómo, señora! -dijo Ketty-. ¿No ha venido? ¿Será infiel antes de ser feliz?

-¡Oh! No, se lo habrá impedido el señor de Tréville o el señor Des Essarts. Me conozco, Ketty, y sé que a ése lo tengo cogido.

-¿Qué hará la señora?

-¿Qué haré?... Tranquilízate, Ketty, entre ese hombre y yo hay algo que él ignora... Ha estado a punto de hacerme perder mi crédito ante Su Eminencia... ¡Oh! Me vengaré.

-Yo creía que la señora lo amaba

-¿Amarlo yo? Lo detesto. Un necio, que tiene la vida de lord de Winter entre sus manos y que no lo mata y así me hace perder trescientas mil libras de renta.

-Es cierto -dijo Ketty-, vuestro hijo era el único heredero de su tío, y hasta su mayoría vos habríais gozado de su fortuna.

D'Artagnan se estremeció hasta la médula de los huesos al oír a aquella suave criatura reprocharle, con aquella voz estridente que a ella tanto le costaba ocultar en la conversación, no haber matado a un hombre al que él la había visto colmar de amistad.

-Por eso -continuó Milady-, ya me habría vengado en él si el cardenal, no sé por qué, no me hubiera recomendado tratarlo con miramiento.

-¡Oh, sí! Pero la señora no ha tratado con miramientos a la mujer que él amaba.

-¡Ah, la mercera de la calle des Fossoyeurs! Pero ¿no se ha olvidado ya él de que existía? ¡Bonita venganza, a fe!

Un sudor frío corría por la frente de D'Artagnan: aquella mujer era un monstruo.

Volvió a escuchar, pero por desgracia el aseo había terminado.

-Está bien -dijo Milady-, volved a vuestro cuarto y mañana tratad de tener una respuesta a la carta que os he dado.

-¿Para el señor de Wardes? -dijo Ketty.

-Claro, para el señor de Wardes.

-Este me parece -dijo Ketty- una persona que debe de ser todo lo contrario que ese pobre señor D'Artagnan.

-Salid, señorita -dijo Milady-, no me gustan los comentarios.

D'Artagnan oyó la puerta que se cerraba, luego el ruido de dos cerrojos que echaba Milady a fin de encerrarse en su cuarto; por su parte, pero con la mayor suavidad que pudo, Ketty dio una vuelta de llave; entonces D'Artagnan empujó la puerta del armario.

-¡Oh, Dios mío! -dijo en voz baja Ketty-. ¿Qué os pasa? ¡Qué pálido estáis!

-¡Abominable criatura! -murmuró D'Artagnan.

-¡Silencio, silencio salid! -dijo Ketty-. No hay más que un tabique entre mi cuarto y el de Milady, se oye en uno todo lo que se dice en el otro.

-Precisamente por eso no me marcharé -dijo D'Artagnan.

-¿Cómo? -dijo Ketty ruborizándose.

-O al menos me marcharé... más tarde.

Y atrajo a Ketty hacia él; no había medio de resistir -¡la resistencia hace tanto ruido!-, por eso Ketty cedió.

Aquello era un movimiento de venganza contra Milady. D'Artagnan encontró que tenían razón al decir que la venganza es placer de dioses. Por eso, con algo de corazón se habría contentado con esta nueva conquista; mas D'Artagnan sólo tenía ambición y orgullo.

Sin embargo, y hay que decirlo en su elogio, el primer empleo que hizo de su influencia sobre Ketty fue tratar de saber por ellas qué había sido de la señora Bonacieux; pero la pobre muchacha juró sobre el crucifijo a D'Artagnan que ignoraba todo, pues su ama no dejaba nunca penetrar más que la mitad de sus secretos; sólo creía poder responder que no estaba muerta.

En cuanto a la causa que había estado a punto de hacer perder a Milady su crédito ante el cardenal, Ketty no sabía nada más; pero en esta ocasión D'Artagnan estaba más adelantado que ella: como había visto a Milady en su navío acuartelado en el momento en que él dejaba Inglaterra, sospechó que aquella vez se trataba de los herretes de diamantes.

Pero lo más claro de todo aquello es que el odio verdadero, el odio profundo, el odio inveterado de Milady procedía de que no había matado a su cuñado.

D'Artagnan volvió al día siguiente a casa de Milady. Estaba ella de muy mal humor; D'Artagnan sospechó que era la falta de respuesta del señor de Wardes lo que tanto la molestaba. Ketty entró y Milady la recibió con dureza. Una ojeada que lanzó a D'Artagnan quería decir: ¡Ya veis cuánto sufro por vos!

Sin embargo, al final de la velada, la hermosa leona se dulcificó, escuchó sonriendo las frases dulces de D'Artagnan, incluso le dio la mano a besar.

D'Artagnan salió no sabiendo qué pensar; pero como era un muchacho al que no se hacía fácilmente perder la cabeza, al tiempo que hacía su corte a Milady, había esbozado en su mente un pequeño plan.

Encontró a Ketty en la puerta, y como la víspera subió a su cuarto para tener noticias. A Ketty la había reñido mucho, la había acusado de negligencia. Milady no comprendía nada del silencio del conde de Wardes, y le había ordenado entrar en su cuarto a las nueve de la mañana para coger una tercera carta.

D'Artagnan hizo prometer a Ketty que llevaría a su casa esa carta a la mañana siguiente; la pobre joven prometió todo lo que quiso su amante: estaba loca.

Las cosas pasaron como la víspera; D'Artagnan se encerró en su armario. Milady llamó, hizo su aseo, despidió a Ketty y cerró su puerta. Como la víspera, D'Artagnan no volvió a su casa hasta la cinco de la mañana.

A las once, vio llegar a Ketty; llevaba en la mano un nuevo billete de Milady. Aquella vez, la pobre muchacha ni siquiera trató de disputárselo a D'Artagnan: le dejó hacer; pertenecía en cuerpo y alma a su hermoso soldado.

D'Artagnan abrió el billete y leyó lo que sigue:

«Esta es la tercera vez que os escribo para deciros que os amo. Tened cuidado de que no os escriba una cuarta vez para deciros que os detesto.

Si os arrepentís de vuestra forma de comportaros conmigo, la joven que os entregue este billete os dirá de qué forma un hombre galante puede obtener su perdón.»

D'Artagnan enrojeció y palideció varias veces al leer este billete.

-¡Oh, seguís amándola! -dijo Ketty, que no había separado un instante los ojos del rostro del joven.

-No, Ketty, te equivocas, ya no la amo; pero quiero vengarme de sus desprecios.

-Sí, conozco vuestra venganza; ya me lo habéis dicho.

-¡Qué te importa, Ketty! Sabes de sobra que sólo te amo a ti.

-¿Cómo se puede saber eso?

-Por el desprecio que haré de ella.

Ketty suspiró.

D'Artagnan cogió una pluma y escribió:

«Señora, hasta ahora había dudado de que fuese yo el destinatario de esos dos billetes vuestros, tan indigno me creía de semejante honor; además, estaba tan enfermo que en cualquier caso hubiese dudado en responder.

Pero hoy debo creer en el exceso de vuestras bondades porque no sólo vuestra carta, sino vuestra criada también, me asegura que tengo la dicha de ser amado por vos.

No tiene ella necesidad de decirme de qué manera un hombre galante puede obtener su perdón. Por tanto, iré a pedirlos el mío esta noche a las once. Tardar un día sería ahora a mis ojos haceros una nueva ofensa.

Aquel a quien habéis hecho el más feliz de los hombres.

Conde de Wardes.»

Este billete era, en primer lugar, falso; en segundo lugar una indelicadeza; incluso era, desde el punto de vista de nuestras costumbres, actuales, algo como una infamia; pero no se tenían tantos miramientos en aquella época como se tienen hoy. Por otro lado D'Artagnan, por confesión propia, sabía a Milady culpable de traición a capítulos más importantes y no tenía por ella sino una estima muy endeble. Y sin embargo, pese a esa poca estima, sentía que una pasión insensata por aquella mujer le quemaba. Pasión embriagada de desprecio; pero pasión o sed, como se quiera.

La intención de D'Artagnan era muy simple; por la habitación de Ketty llegaba él a la de su ama; se beneficiaba del primer momento de sorpresa, de vergüenza, de terror para triunfar de ella; quizá fracasara, pero había que dejar algo al azar. Dentro de ocho días se iniciaba la campaña y había que partir; D'Artagnan no tenía tiempo de hilar el amor perfecto.

-Toma -dijo el joven entregando a Ketty el billete completamente cerrado- dale esta carta a Milady; es la respuesta del señor de Wardes.

La pobre Ketty se puso pálida como la muerte, sospechaba lo que contenía aquel billete.

-Escucha, querida niña -le dijo D'Artagnan-, comprendes que esto debe terminar de una forma o de otra; Milady puede descubrir que le has entregado el primer billete a mi criado en lugar de entregárselo al criado del conde; que soy yo quien ha abierto los otros que tenían que haber sido abiertos por el señor de Wardes; entonces Milady te echa y ya la conoces, no es una mujer como para quedarse en esa venganza.

-¡Ay! -dijo Ketty-. ¿Por quién me he expuesto a todo esto?

-Por mí, lo sabes bien hermosa mía -dijo el joven-, y por esto te estoy muy agradecido, te lo juro.

-Pero ¿qué contiene vuestro billete?

-Milady te lo dirá.

-¡Ay, vos no me amáis -exclamó Ketty-, y soy muy desgraciada!

Este reproche tuvo una respuesta con la que siempre se engañan las mujeres: D'Artagnan respondió de forma que Ketty permaneciese en el error más grande.

Sin embargo, ella lloró mucho antes de decidirse a entregar aquella carta a Milady; por fin se decidió, que es todo lo que D'Artagnan quería.

Además le prometió que aquella noche saldría temprano de casa de su ama y que al salir del salón del ama iría a su cuarto.

Esta promesa acabó por consolar a la pobre Ketty.

Capítulo XXXIV

Donde se trata del equipo de Aramis y de Porthos

Desde que los cuatro amigos estaban a la caza cada cual de su equipo, no había entre ellos reunión fija. Cenaban unos sin otros, donde cada uno se encontraba, o mejor, donde se podía. El servicio, por su lado, les llevaba también una buena parte de su precioso tiempo, que transcurría tan deprisa. Habían convenido solamente en encontrarse una vez por semana, hacia la una en el alojamiento de Athos, dado que este último, según el juramento que había hecho, no pasaba del umbral de su puerta.

El mismo día en que Ketty había ido a buscar a D'Artagnan a su casa era día de reunión.

Apenas hubo salido Ketty, D'Artagnan se dirigió hacia la calle Férou.

Encontró a Athos y Aramis que filosofaban. Aramis tenía ciertas veleidades de volver a ponerse la sotana. Athos, según su costumbre, ni lo disuadía ni lo alentaba. Athos era de la opinión de dejar a cada cual a su libre albedrío. Nunca daba consejos a no ser que se los pidieran. E incluso había que pedírselos dos veces.

-En general, no se piden consejos -decía- más que para no seguirlos; o, si se siguen, es para tener a alguien a quien se puede reprochar el haberlos dado.

Porthos llegó un momento después de D'Artagnan. Los cuatro amigos estaban, pues, reunidos.

Los cuatro rostros expresaban cuatro sentimientos distintos: el de Porthos tranquilidad; el de D'Artagnan, esperanza; el de Aramis, inquietud; el de Athos, despreocupación.

Al cabo de un instante de conversación en la cual Porthos dejó entrever que una persona situada muy arriba había tenido a bien encargarse de sacarle del apuro, entró Mosquetón.

Venía a rogar a Porthos que pasase a su alojamiento, donde su presencia era urgente, según decía con aire muy lastimoso.

-¿Es mi equipo? -preguntó Porthos.

-Sí y no -respondió Mosquetón.

-Pero ¿qué es lo que quieres decir?...

-Venid, señor.

Porthos se levantó, saludó a sus amigos y siguió a Mosquetón.

Un instante después, Bazin apareció en el umbral de la puerta.

-¿Para qué me queréis, amigo mío? -dijo Aramis con aquella dulzura de lenguaje que se observaba en él cada vez que sus ideas lo llevaban hacia la iglesia.

-Un hombre espera al señor en casa -respondió Bazin.

-¡Un hombre! ¿Qué hombre?

-Un mendigo.

-Dadle limosna, Bazin, y decidle que ruegue por un pobre pecador.

-Ese mendigo quiere forzosamente hablaros, y pretende que estaréis encantado de verlo.

-¿No ha dicho nada de particular para mí?

-Sí. Si el señor Aramis, ha dicho, duda en venir a buscarme, le anunciaréis que llevo de Tours.

-¿De Tours? -exclamó Aramis-. Señores, mil perdones, pero sin duda este hombre me trae noticias que esperaba.

Y levantándose al punto se alejó rápidamente.

Quedaron Athos y D'Artagnan.

-Creo que esos muchachos han encontrado su solución. ¿Qué pensáis, D'Artagnan? -dijo Athos.

-Sé que Porthos lleva camino de conseguirlo -dijo D'Artagnan-; y en cuanto a Aramis, a decir verdad, nunca me ha preocupado mucho; pero vos, mi querido Athos, vos que tan generosamente habéis distribuido las pistolas del inglés que eran vuestra legítima, ¿que vais a hacer?

-Estoy muy contento de haber matado a ese maldito, querido, dado que es pan bendito matar un inglés, pero si me hubiera embolsado sus pistolas me pesarían como un remordimiento.

-¡Vamos, mi querido Athos! Realmente tenéis ideas inconcebibles.

-¡Dejémoslo, dejémoslo! El señor de Tréville, que me hizo el honor de visitarme ayer, me dijo que frecuentáis a esos ingleses sospechosos que protege el cardenal.

-Eso quiere decir que visito una inglesa de la que ya os he hablado.

-Ah, sí, la mujer rubia respecto a la cual os he dado consejos que naturalmente os habéis cuidado mucho de seguir.

-Os he dado mis razones.

-Sí, veis ahí vuestro equipo, según creo por lo que me habéis dicho.

-¡Nada de eso! He conseguido la certeza de que esa mujer tiene algo que ver con el rapto de la señora Bonacieux.

-Sí, comprendo; para encontrar a una mujer, hacéis la corte a otra: es el camino más largo, pero el más divertido.

D'Artagnan estuvo a punto de contárselo todo a Athos; pero un punto lo detuvo: Athos era un gentilhomme severo sobre el pundonor, y en todo aquel pequeño plan que nuestro enamorado había fijado respecto a Milady había ciertas cosas que de antemano, estaba seguro de ello, no obtendrían el asentimiento del puritano; prefirió, pues, guardar silencio, y como Athos era el hombre menos curioso de la tierra, las confidencias de D'Artagnan se quedaron ahí.

Dejaremos, pues, a los dos amigos, que no tenían nada muy importante que decirse, para seguir a Aramis.

A la nueva de que el hombre que quería hablarle llegaba de Tours, ya hemos visto con qué rapidez el joven había seguido, o mejor, adelantado a Bazin; no dio, pues, más que un salto de la calle Férou a la calle de Vaugirard.

Al entrar en su casa, encontró efectivamente a un hombre de estatura baja y ojos inteligentes, pero cubierto de harapos.

-¿Sois vos quien preguntáis por mí? -dijo el mosquetero.

-Yo pregunto por el señor Aramis; ¿sois vos quien os llamáis así?

-Yo mismo; ¿tenéis algo que entregarme?

-Sí, si me mostráis cierto pañuelo bordado.

-Helo aquí -dijo Aramis sacando una llave de su pecho y abriendo un cofrecito de madera de ébano incrustado de nácar-, helo aquí, mirad.

-Está bien -dijo el mendigo-, despedid a vuestro lacayo.

En efecto, Bazin, curioso por saber lo que el mendigo quería de su maestro, había acompasado el paso al suyo, y había llegado casi al mismo tiempo que él; pero esta celeridad no le sirvió de gran cosa; a la invitación del mendigo, su amo le hizo seña de retirarse, y no tuvo más remedio que obedecer.

Una vez que Bazin salió, el mendigo lanzó una mirada rápida en torno a él, a fin de asegurarse de que nadie podía verlo ni oírlo, y abriendo su vestido harapiento mal apretado por un cinturón de cuero, se puso a descoser la parte alta de su jubón, de donde sacó una carta.

Aramis lanzó un grito de alegría a la vista del sello, besó la escritura, y con un respeto casi religioso abrió la epístola, que contenía lo que sigue:

«Amigo, la suerte quiere que sigamos separados por algún tiempo aún; más los hermosos días de la juventud no se han perdido sin retorno. Cumplid vuestro deber en el campamento; yo cumplo el mío en otra parte; haced la campaña como gentilhombre valiente, y pensad en mí, que beso tiernamente vuestros ojos negros.

¡Adiós, o mejor, hasta luego!»

El mendigo seguía descosiendo; de sus sucios vestidos sacó una a una ciento cincuenta pistolas dobles de España, que alineó sobre la mesa; luego, abrió la puerta, saludó y partió antes de que el joven, estupefacto, hubiera osado dirigirle la palabra.

Aramis releyó entonces la carta, y se dio cuenta de que aquella carta tenía un post-scriptum.

«P.-S. -Podéis acoger al portador, que es conde y grande de España. »

-¡Sueños dorados! -exclamó Aramis-. ¡Oh hermosa vida! Sí, somos jóvenes. Sí, aún tendremos días felices. ¡Óh, para ti, para ti, amor mío, mi sangre, mi vida, todo, todo, mi bella dueña!

Y besaba la carta con pasión sin mirar siquiera el oro que centelleaba sobre la mesa.

Bazin llamó suavemente a la puerta; Aramis no tenía ya motivo para mantenerlo a distancia; le permitió entrar.

Bazin quedó estupefacto a la vista de aquel oro y olvidó que venía a anunciar a D'Artagnan, que, curioso por saber quién era el mendigo, venía a casa de Aramis al salir de la de Athos.

Pero como D'Artagnan no se preocupaba mucho con Aramis, al ver que Bazin olvidaba anunciarlo, se anunció él mismo.

-¡Diablo, mi querido Aramis! -dijo D'Artagnan-. Si esto son las ciruelas que os envían de Tours, presentaréis mis respetos al jardinero que las cosecha.

-Os equivocáis, querido -dijo Aramis siempre discreto-, es mi librero, que acaba de enviarme el precio de aquel poema en versos de una sílaba que comencé allá.

-¡Ah, claro! -dijo D'Artagnan-. Pues bien, vuestro librero es generoso, mi querido Aramis, es todo cuanto puedo deciros.

-¡Cómo, señor! -exclamó Bazin-. ¿Tan caro se vende un poema? ¡Es increíble! Oh, señor, haced- cuantos queráis, podéis convertirlos en el émulo del señor de Voiture y del señor de Benserade. También a mí me gusta esto. Un poeta es casi un abate. ¡Ah, señor Aramis, meteos, pues, a poeta, os lo suplico!

-Bazin, amigo mío -dijo Aramis-, creo que os estáis mezclando en la conversación.

Bazin comprendió que se había equivocado; bajó la cabeza y salió.

-¡Vaya! -dijo D'Artagnan con una sonrisa-. Vendéis vuestras producciones a peso de oro, sois muy afortunado, amigo mío; pero tened cuidado, vais a perder esa carta que sale de vuestra casaca, y que sin duda también es de vuestro librero.

Aramis se puso rojo hasta el blanco de los ojos, volvió a meter su carta y a abotonar su jubón.

-Mi querido D'Artagnan -dijo-, vayamos si os parece en busca de nuestros amigos; y puesto que soy rico, hoy volveremos a comer juntos a la espera de que vos seáis rico en otra ocasión.

-¡A fe que con mucho gusto! -dijo D'Artagnan-. Hace tiempo que no hemos hecho una comida decente; y como por mi cuenta esta noche tengo que hacer una expedición algo arriesgada, no me molestará, lo confieso, que se me suba la cabeza con algunas botellas de viejo borgoña.

-¡Vaya por el viejo borgoña! Tampoco yo lo detesto -dijo. Aramis, a quien la vista del oro había quitado como con la mano sus ideas de retiro.

Y tras poner tres o cuatro pistolas en su bolso para responder a las necesidades del momento, guardó las otras en el cofre de ébano incrustado de nácar donde ya estaba el famoso pañuelo que le había servido de talismán.

Los dos amigos se dirigieron primero a casa de Athos que, fiel al juramento que había hecho de no salir, se encargó de hacerse traer a cena a casa; como entendía a las mil maravillas los detalles gastronómicos, D'Artagnan y Aramis no pusieron ninguna dificultad en dejarle ese importante cuidado.

Se dirigían a casa de Porthos cuando en la esquina de la calle du Bac se encontraron con Mosquetón, que con aire lastimero echaba por delante de él a un mulo y a un caballo.

D'Artagnan lanzó un grito de sorpresa, que no estaba exento de mezcla de alegría.

-¡Ah, mi caballo amarillo! -exclamó-. Aramis, ¡mirad ese caballo!

-¡Oh, horroroso rocín! -dijo Aramis.

-Pues bien, querido -prosiguió D'Artagnan-, es el caballo sobre el que vine a Paris.

-¿Cómo? ¿El señor conoce este caballo? -dijo Mosquetón.

-Es de un color original -dijo Aramis-; es el único que he visto en mi vida con ese pelo.

-Eso creo también -prosiguió D'Artagnan-; yo lo vendí por eso en tres escudos, y debió ser por el pelo, porque el esqueleto no vale desde luego dieciocho libras. Pero ¿cómo se encuentra entre tus manos este caballo, Mosquetón?

-¡Ah -dijo el criado- no me habléis de ello, señor, es una mala pasada del marido de nuestra duquesa!

-¿Cómo ha sido eso, Mosquetón?

-Sí, somos vistos con buenos ojos por una mujer de calidad, la duquesa de..., pero perdón, mi amo me ha recomendado ser discreto. Nos había forzado a aceptar un pequeño recuerdo, un magnífico caballo berberisco y un mulo andaluz, que eran maravillosos de ver; el marido se ha enterado del asunto, ha confiscado al pasar las dos magníficas bestias que nos enviaban, ¡y las ha sustituido por estos horribles animales!

-Que tú devuelves -dijo D'Artagnan.

-Exacto -contestó Mosquetón-; comprenderéis que no podemos aceptar semejantes monturas a cambio de las que nos han prometido.

-No, Pardiez, aunque me hubiera gustado ver a Porthos sobre mi Botón de Oro; eso me habría dado una idea de lo que era yo mismo cuando llegué a Paris. Pero no te entretenemos, Mosquetón, vete a hacer el recado de tu amo, vete. ¿Está él en casa?

-Sí, señor -dijo Mosquetón-, pero muy desapacible, id.

Y continuó su camino hacia el paseo des Grands-Augustins, mientras los dos amigos iba a llamar a la puerta del infortunado Porthos. Este les había visto atravesar el patio y se había abstenido de abrir. Llamaron, pues, inútilmente.

Mientras tanto, Mosquetón continuaba su camino y al atravesar el Pont-Neuf, siempre arreando delante de él sus dos matalones, llegó a la calle aux Ours. Llegado allí, ató, según las órdenes de su amo, caballo y mulo a la aldaba de la puerta del procurador; luego, sin inquietarse por su suerte futura, volvió en busca de Porthos y le anunció que su recado estaba hecho.

Al cabo de cierto tiempo, las dos desgraciadas bestias, que no habían comido desde la mañana, hicieron tal ruido alzando y dejando caer la aldaba de la puerta

que el procurador ordenó a su recadero ir a informarse en el vecindario a quién pertenecían el caballo y el mulo.

La señora Coquenard reconoció su regalo, y no comprendió al principio nada de aquella devolución; pero pronto la visita de Porthos la iluminó. La furia que brillaba en los ojos del mosquetero, pese a la coacción que se imponía espantó a la sensible amante. En efecto, Mosquetón no había ocultado a su amo que había encontrado a D'Artagnan y a Aramis, y que D'Artagnan había reconocido en el caballo amarillo la jaca bearnesa sobre la que había venido a Paris y que había vendido por tres escudos.

Porthos salió tras haber dado cita a la procuradora en el claustro Saint-Maglorie. La procuradora, al ver que Porthos se iba, lo invitó a cenar, invitación que el mosquetero rehusó con aire lleno de majestad.

La señora Coquenard se dirigió toda temblorosa al claustro Saint-Maglorie, porque adivinaba los reproches que allí le esperaban; pero estaba fascinada por las grandes maneras de Porthos.

Todas las imprecaciones y reproches que un hombre herido en su amor propio puede dejar caer sobre la cabeza de una mujer, Porthos las dejó caer sobre la cabeza inclinada de la procuradora.

-¡Ay! -dijo-. Lo he hecho lo mejor que he podido. Uno de nuestros clientes es mercader de caballos, debía dinero al bufete, y se mostraba recalcitrante. He cogido este mulo y este caballo por lo que nos debía; me había prometido dos monturas regias.

-¡Pues bien, señora -dijo Porthos-, si os debía más de cinco escudos vuestro chalán es un ladrón!

-No está prohibido buscar lo barato, señor Porthos -dijo la procuradora tratando de excusarse.

-No, señora, pero quienes buscan lo barato deben permitir a los otros buscarse amigos más generosos.

Y Porthos, girando sobre sus talones, dio un paso para retirarse.

-¡Señor Porthos, señor Porthos! -exclamó la procuradora-. Me he equivocado, lo reconozco, y no habría debido regatear tratándose de equipar a un caballero como vos.

Porthos, sin responder, dio un segundo paso de retirada.

La procuradora creyó verlo en una nube centelleante todo rodeado de duquesas y marquesas que le lanzaban bolsas de oro a los pies.

-¡Deteneos, en nombre del cielo! Señor Porthos -exclamó-, deteneos y hablemos.

-Hablar con vos me trae mala suerte -dijo Porthos.

-Pero decidme, ¿qué pedís?

-Nada, porque esto equivale a lo mismo que si os pidiese algo.

La procuradora se colgó del brazo de Porthos, y en el impulso de su dolor, exclamó:

-Señor Porthos, yo ignoro todo esto, ¿sé acaso lo que es un caballo? ¿Sé lo que son los arneses?

-Teníais que haber confiado en mí, que sí lo sé, señora; pero habéis querido economizar y, en consecuencia, prestar a usura.

-Es un error, señor Porthos, y lo repararé bajo palabra de honor.

-¿Y cómo? -preguntó el mosquetero.

-Escuchad. Esta noche el señor Coquenard va a casa del señor duque de Chaulnes, que lo ha llamado. Es para una consulta que durará dos horas por los menos; venid, estaremos solos y haremos nuestras cuentas.

-¡En buena hora! Eso es lo que se dice hablar, querida mía.

-¿Me perdonáis?

-Veremos -dijo majestuosamente Porthos.

Y ambos se separaron diciéndose: Hasta esta noche.

«¡Diablos! -pensó Porthos al alejarse-. Me parece que me estoy acercando por fin al baúl de maese Coquenard.»

Capítulo XXXV

De noche todos los gatos son pardos

Aquella noche, tan impacientemente esperada por Porthos y D'Artagnan, llegó por fin.

D'Artagnan, como de costumbre, se presentó hacia las nueve en casa de Milady. La encontró de un humor encantador; jamás lo había recibido tan bien. Nuestro gascón vio a la primera ojeada que su billete había sido entregado, y ese billete producía su efecto.

Ketty entró para traer sorbetes. Su amante le puso una cara encantadora, le sonrió con una sonrisa más graciosa, mas, ¡ay!, la pobre chica estaba tan triste que no se dio cuenta siquiera de la benevolencia de Milady.

D'Artagnan miraba juntas a aquellas dos mujeres y se veía forzado a confesar que la naturaleza se había equivocado al formarlas; a la gran dama le había dado un alma venal y vil, a la doncella le había dado un corazón de duquesa.

A las diez Milady comenzó a parecer inquieta. D'Artagnan comprendió lo que aquello quería decir; miraba el péndulo, se levantaba, se volvía a sentar, sonreía a D'Artagnan con un aire que quería decir: Sois muy amable sin duda, pero seríais encantador si os fueseis.

D'Artagnan se levantó y cogió su sombrero; Milady le dio su mano a besar; el joven sintió que se la estrechaba y comprendió que era por un sentimiento no de coquetería, sino de gratitud por su marcha.

-Lo ama endiabladamente -murmuró. Luego salió.

Aquella vez Ketty no lo esperaba, ni en la antecámara, ni en el corredor, ni en la puerta principal. Fue preciso que D'Artagnan encontrase él solo la escalera y el cuarto.

Ketty estaba sentada con la cabeza oculta entre sus manos y lloraba.

Oyó entrar a D'Artagnan pero no levantó la cabeza; el joven fue junto a ella y le cogió las manos; entonces ella estalló en sollozos.

Como D'Artagnan había presumido, Milady, al recibir la carta, le había dicho todo a su criada en el delirio de su alegría; luego, como recompensa por la forma de haber hecho el encargo esta vez, le había dado una bolsa. Ketty, al volver a su cuarto, había tirado la bolsa en un rincón donde había quedado completamente abierta, vomitando tres o cuatro piezas de oro sobre el tapiz.

A la voz de D'Artagnan la pobre muchacha alzó la cabeza. D'Artagnan mismo quedó asustado por el trastorno de su rostro. Juntó las manos con aire suplicante, pero sin atreverse a decir una palabra.

Por poco sensible que fuera el corazón de D'Artagnan, se sintió enternecido por aquel dolor mudo; pero le importaban demasiado sus proyectos, y sobre todo aquél, para cambiar algo en el programa que se había trazado de antemano. No dejó, pues, a Ketty ninguna esperanza de ablandarlo, sólo que presentó su acción como simple venganza.

Por lo demás esta venganza se hacía tanto más fácil cuanto que Milady, sin duda para ocultar su rubor a su amante, había recomendado a Ketty apagar todas las luces del piso, a incluso de su habitación. Antes del alba el señor de Wardes debería salir, siempre en la oscuridad.

Al cabo de un instante se oyó a Milady que entraba en su habitación. D'Artagnan se abalanzó al punto a su armario. Apenas se había acurrucado en él cuando se dejó oír la campanilla.

Milady parecía ebria de alegría, se hacía repetir por Ketty los menores detalles de la pretendida entrevista de la doncella con de Warder, cómo había recibido él su carta, cómo había respondido, cuál era la expresión de su rostro, si parecía muy enamorado; y a todas estas preguntas la pobre Ketty, obligada a poner buena cara, respondía con una voz ahogada cuyo acento doloroso su ama ni siquiera notaba, ¡así de egoísta es la felicidad!

Por fin, como la hora de su entrevista con el conde se acercaba, Milady hizo apagar todo en su cuarto, y ordenó a Ketty volver a su habitación a introducir a de Wardes tan pronto como se presentara.

La espera de Ketty no fue larga. Apenas D'Artagnan hubo visto por el agujero de la cerradura de su armario que todo el piso estaba en la oscuridad cuando se lanzó de su escondite en el momento mismo en que Ketty cerraba la puerta de comunicación.

-¿Qué es ese ruido? -preguntó Milady.

-Soy yo -dijo D'Artagnan a media voz-, yo, el conde de Wardes.

-¡Oh, Dios mío, Dios mío! -murmuró Ketty-. No ha podido esperar siquiera la hora que él mismo había fijado.

-¡Y bien! -dijo Milady con una voz temblorosa-. ¿Por qué no entra? Conde, conde -añadió-, ¡sabéis de sobra que os espero!

A esta llamada, D'Artagnan alejó suavemente a Ketty y se precipitó en la habitación de Milady.

Si la rabia y el dolor deben torturar su alma, ésa es la del amante que recibe bajo un nombre que no es el suyo protestas de amor que se dirigen a su afortunado rival.

D'Artagnan estaba en una situación dolorosa que no había previsto, los celos le mordían el corazón, y sufría casi tanto como la pobre Ketty, que en aquel mismo momento lloraba en la habitación vecina.

-Sí, conde -decía Milady con su voz más dulce, apretando tiernamente su mano entre las suyas-; sí, soy feliz por el amor que vuestras miradas y vuestras palabras me han declarado cada vez que nos hemos encontrado. También yo os amo. ¡Oh, mañana, mañana, quiero alguna prenda de vos que demuestre que pensáis en mí, y, como podríais olvidarme, tomad!

Y ella pasó un anillo de su dedo al de D'Artagnan.

D'Artagnan se acordó de haber visto aquel anillo en la mano de Milady: era un magnífico zafiro rodeado de brillantes.

El primer movimiento de D'Artagnan fue devolvérselo, pero Milady añadió:

-No, no, guardad este anillo por amor a mí. Además, aceptándolo -añadió con voz conmovida- me hacéis un servicio mayor de lo que podríais imaginar.

«Esta mujer está llena de misterios» -murmuró para sus adentros D'Artagnan.

En aquel momento se sintió dispuesto a revelarlo todo. Abrió la boca para decir a Milady quién era, y con qué objetivo de venganza había venido, pero ella añadió:

-¡Pobre ángel, a quien ese monstruo de gascón ha estado a punto de matar! El monstruo era él.

-¡Oh! -continuó Milady-. ¿Os hacen sufrir mucho todavía vuestras heridas?

-Sí, mucho -dijo D'Artagnan, que no sabía muy bien qué responder.

-Tranquilizaos -murmuró Milady, yo os vengaré, y cruelmente.

«¡Maldita sea! -se dijo D'Artagnan-. El momento de las confidencias todavía no ha llegado.»

Necesitó D'Artagnan algún tiempo todavía para reponerse de este breve diálogo; pero todas las ideas de venganza que había traído se habían desvanecido por completo. Aquella mujer ejercía sobre él un increíble poder, la odiaba y la adoraba a la vez; jamás había creído que estos dos sentimientos tan contrarios pudieran habitar en el mismo corazón y al reunirse formar un amor extraño y en cierta forma diabólico.

Sin embargo, acababa de sonar la una; hubo que separarse; D'Artagnan, en el momento de dejar a Milady, no sintió más que un vivo pesar por alejarse, y en el adiós apasionado que ambos se dirigieron recíprocamente, convinieron una nueva entrevista para la semana siguiente. La pobre Ketty esperaba poder dirigir algunas palabras a D'Artagnan cuando pasara por su habitación, pero Milady lo guió ella misma en la oscuridad y sólo lo dejó en la escalinata.

Al día siguiente por la mañana, D'Artagnan corrió a casa de Athos. Estaba empeñado en una aventura tan singular que quería pedirle consejo. Le contó todo. Athos frunció varias veces el ceño.

-Vuestra Milady -le dijo- me parece una criatura infame, pero no por ello habéis dejado de equivocaros al engañarla; de una forma o de otra, tenéis un terrible enemigo encima.

Y al hablarle, Athos miraba con atención el zafiro rodeado de diamantes que había ocupado en el dedo de D'Artagnan el lugar del anillo de la reina, cuidadosamente puesto en un escriño.

-¿Veis este anillo? -dijo el gascón glorioso por exponer a las miradas de sus amigos un presente tan rico.

-Sí -dijo Athos-, me recuerda una joya de familia.

-Es hermoso, ¿no es cierto? -dijo D'Artagnan.

-¡Magnífico! -respondió Athos-. No creía que existieran dos zafiros de unas aguas tan bellas. ¿Lo habéis cambiado por vuestro diamante?

-No -dijo D'Artagnan-: es un regalo de mi hermosa inglesa, o mejor, de mi hermosa francesa, porque, aunque no se lo he preguntado, estoy convencido de que ha nacido en Francia.

-¿Este anillo os viene de Milady? -exclamó Athos con una voz en la que era fácil distinguir una gran emoción.

-De ella misma; me lo ha dado esta noche.

-Enseñadme ese anillo -dijo Athos.

-Aquí está -respondió D'Artagnan sacándolo de su dedo.

Athos lo examinó y palideció, luego probó en el anular de su mano izquierda; le iba a aquel dedo como si estuviera hecho para él. Una nube de cólera y de venganza pasó por la frente ordinariamente tranquila del gentilhomme.

-Es imposible que sea el mismo -dijo-. ¿Cómo iba a encontrarse este anillo en las manos de Milady Clarick? Y sin embargo, es muy difícil que haya entre dos joyas un parecido semejante.

-¿Conocéis este anillo? -preguntó D'Artagnan.

-Había creído reconocerlo -dijo Athos-, pero sin duda me equivocaba.

Y lo devolvió a D'Artagnan sin cesar, sin embargo, de mirarlo.

-Mirad -dijo al cabo de un instante-, D'Artagnan, quitaos ese anillo de vuestro dedo o volved el engaste para dentro; me trae tan crueles recuerdos que no estaría tranquilo para hablar con vos. ¿No venís a pedirme consejos, no me decíais que estabais en apuros sobre lo que debíais hacer?... Esperad... Dejadme ese zafiro: ese al que yo me refiero debe tener una de sus caras rozada a consecuencia de un accidente.

D'Artagnan sacó de nuevo el anillo de su dedo y se lo entregó a Athos.

Athos se estremeció.

-Mirad -dijo-, ved, ¿no es extraño?

Y mostraba a D'Artagnan aquel rasguño que recordaba debía existir.

-Pero ¿de quién os venía este zafiro, Athos?

-De mi madre, que lo tenía de su madre. Como os digo, es una antigua joya... que jamás debió salir de la familia,.

-Y vos, ¿lo... vendisteis? -preguntó dudando D'Artagnan.

-No -contestó Athos con una sonrisa singular-; lo di durante una noche de amor, como os lo han dado a vos.

D'Artagnan permaneció pensativo a su vez; le parecía ver en el alma de Milady abismos cuyas profundidades eran sombrías y desconocidas.

Metió el anillo no en su dedo sino en su bolsillo.

-Oíd -le dijo Athos cogiéndole la mano-, ya sabéis cuánto os amo, D'Artagnan; si tuviera un hijo no lo querría tanto como a vos. Pues bien, creedme, renunciad a esa mujer. No la conozco, pero una especie de intuición me dice que es una criatura perdida, y que hay algo de fatal en ella.

-Y tenéis razón -dijo D'Artagnan-. También yo me aparto de ella; os confieso que esa mujer me asusta a mí incluso.

-¿Tendréis ese valor? -dijo Athos.

-Lo tendré -respondió D'Artagnan-, y desde ahora mismo.

-Pues bien, de verdad, hijo mío, tenéis razón -dijo el gentilhombre apretando la mano del gascón con un cariño casi paterno-; ojalá quiera Dios que esa mujer, que apenas ha entrado en vuestra vida, no deje en ella una huella funesta.

Y Athos saludó a D'Artagnan con la cabeza, como hombre que quiere hacer comprender que no le molesta quedarse a solas con sus pensamientos.

Al volver a su casa, D'Artagnan encontró a Ketty que lo esperaba. Un mes de fiebre no habría cambiado a la pobre niña más de lo que lo estaba por aquella noche de insomnio y de dolor.

Era enviada por su ama al falso de Wardes. Su ama estaba loca de amor, ebria de alegría; quería saber cuándo le daría el conde una segunda entrevista.

Y la pobre Ketty, pálida y temblorosa, esperaba la respuesta de D'Artagnan.

Athos tenía un gran influjo sobre el joven; los consejos de su amigo unidos a los gritos de su propio corazón le habían decidido, ahora que su orgullo estaba a salvo y su venganza satisfecha, a no volver a ver a Milady. Por toda respuesta tomó una pluma y escribió la carta siguiente:

«No contéis conmigo, señora, para la próxima cita; desde mi convalecencia tengo tantas ocupaciones de ese género que he tenido que poner cierto orden. Cuando llegue vuestra vez, tendré el honor de participároslo.

Os beso las manos.

Conde de Wardes.»

Del zafiro ni una palabra: ¿quería el gascón guardar un arma contra Milady? O bien, seamos francos, ¿no conservaba aquel zafiro como último recurso para el equipo?

Nos equivocáramos por lo demás si juzgáramos las acciones de una época desde el punto de vista de otra época. Lo que hoy sería mirado como una vergüenza por un hombre galante era en ese tiempo algo sencillo y completamente natural, y los segundones de las mejores familias se hacían mantener por regla general por sus amantes.

D'Artagnan pasó su carta abierta a Ketty, que la leyó primero sin comprenderla y que estuvo a punto de enloquecer de alegría al releerla por segunda vez.

Ketty no podía creer en tal felicidad. D'Artagnan se vio obligado a renovarle de viva voz las seguridades que la carta le daba por escrito; y cualquiera que fuese, dado el carácter arrebatado de Milady, el peligro que corría la pobre niña al entregar aquel billete a su ama, no dejó de volver a la Place Royale a toda velocidad de sus piernas.

El corazón de la mejor mujer es despiadado para los dolores de un rival.

Milady abrió la carta con una prisa igual a la que Ketty había puesto en traerla; pero a la primera palabra que leyó, se puso lívida; luego arrugó el papel; luego se volvió con un centelleo en los ojos hacia Ketty

-¿Qué significa esta carta? -dijo.

-Es la respuesta a la de la señora -respondió Ketty toda temblorosa.

-¡Imposible! -exclamó Milady-. Imposible que un gentilhomme haya escrito a una mujer semejante carta.

Luego, de pronto, temblando:

-¡Dios mío! -dijo ella-. Sabrá... -y se detuvo.

Sus dientes rechinaban, estaba color ceniza; quiso dar un paso hacia la ventana para ir en busca de aire, pero no pudo más que tender los brazos, le fallaron las piernas y cayó sobre un sillón.

Ketty creyó que se mareaba y se precipitó para abrir su corsé. Pero Milady se levantó con presteza.

-¿Qué queréis? -dijo-. ¿Y por qué me ponéis las manos encima?

-He pensado que la señora se mareaba y he querido ayudarla -respondió la sirvienta, completamente asustada por la expresión terrible que había tomado el rostro de su ama.

-¿Marearme yo? ¿Yo? ¿Yo? ¿Me tomáis por una mujerzuela? Cuando se me insulta no me mareo, me vengo, ¿entendéis?

Y con la mano hizo a Ketty señal de que saliese.

Capítulo XXXVI

Sueño de venganza

Por la noche, Milady ordenó introducir al señor D'Artagnan tan pronto como viniese, según su costumbre. Pero no vino.

Al día siguiente Ketty vino a ver de nuevo al joven y le contó todo lo que había pasado la víspera; D'Artagnan sonrió; aquella celosa cólera de Milady era su venganza.

Por la noche, Milady estuvo más impaciente aún que la víspera renovó la orden relativa al gascón, mas, como la víspera, lo esperó en vano.

Al día siguiente Ketty se presentó en casa de D'Artagnan, no alegre y viva como los dos días anteriores, sino por el contrario triste hasta morir.

D'Artagnan preguntó a la pobre niña lo que tenía; mas por toda respuesta ella sacó una carta de su bolso y se la entregó.

Aquella carta era de la escritura de Milady, sólo que esta vez estaba dirigida a D'Artagnan y no al señor de Wardes.

La abrió y leyó lo que sigue:

«Querido señor D'Artagnan, está mal descuidar así a sus amigos, sobre todo en el momento en que se los va a dejar por tanto tiempo. Mi cuñado y yo os hemos esperado ayer y anteayer inútilmente. ¿Pasará lo mismo esta tarde?

Vuestra muy agradecida,

Lady Clarick. »

-Es muy sencillo -dijo D'Artagnan-, y esperaba esta carta. Mi crédito está en alza por la baja del conde de Wardes.

-¿Es que iréis? -preguntó Ketty.

-Escucha, querida niña -dijo el gascón, que trataba de excusarse a sus propios ojos de faltar a la promesa que le había hecho a Athos-, comprende que sería descortés no responder a una invitación tan positiva. Milady, al ver que no volvía, no comprendería nada de la interrupción de mis visitas, podría sospechar algo, y ¿quién puede decir hasta dónde iría la venganza de una mujer de ese temple?

-¡Dios mío! -dijo Ketty-. Sabéis presentar las cosas de forma que siempre tenéis razón. Pero vais a seguir haciéndole la corte, y si esta vez vais a agradecerle bajo vuestro verdadero nombre y vuestro verdadero rostro, será mucho peor que la primera vez.

El instinto hacía adivinar a la pobre niña una parte de lo que iba a pasar.

D'Artagnan la tranquilizó lo mejor que pudo y le prometió permanecer insensible a las seducciones de Milady.

Le hizo responder que era imposible estar más agradecido a sus bondades y que se ponía a sus órdenes; pero no se atrevió a escribirle por miedo a no poder disimular suficientemente su escritura a unos ojos tan ejercitados como los de Milady.

Al sonar las nueve, D'Artagnan estaba en la Place Royale. Era evidente que los criados que esperaban en la antecámara estaban avisados, porque tan pronto como D'Artagnan apareció, antes incluso de que hubiera preguntado si Milady estaba visible, uno de ellos corrió a anunciarlo.

-Hacedle entrar -dijo Milady con voz seca, pero tan penetrante que D'Artagnan la oyó desde la antecámara.

Fue introducido.

-No estoy para nadie -dijo Milady-. ¿Entendéis? Para nadie El lacayo salió.

D'Artagnan lanzó una mirada curiosa sobre Milady; estaba pálido y tenía los ojos fatigados, bien por las lágrimas, bien por el insomnio. Se había disminuido adrede el número habitual de luces, y sin embargo, la joven no podía llegar a ocultar las marcas de la fiebre que la había devorado desde hacía dos días.

D'Artagnan se acercó a ella con su galantería de costumbre; ella hizo entonces un esfuerzo supremo para recibirlo, pero jamás fisonomía más turbada desmintió sonrisa más amable.

A las preguntas que D'Artagnan le hizo sobre su salud:

-Mala -respondió ella- muy mala.

-Pero entonces -dijo D'Artagnan-, soy indiscreto, tenéis sin duda necesidad de reposo y voy a retirarme.

-No -dijo Milady-; al contrario, quedaos, señor D'Artagnan vuestra amable compañía me distraerá.

«¡Oh, oh! -pensó D'Artagnan-. Nunca ha estado tan encantadora, desconfiemos. »

Milady adoptó el aire más afectuoso que pudo adoptar, y dio toda la brillantez posible a su conversación. Al mismo tiempo aquella fiebre que la había abandonado hacía un instante volvía a dar brillo a sus ojos, color a sus mejillas, carmín a sus labios. D'Artagnan volvió a encontrar a la Circe que ya le había envuelto en sus encantos. Su amor, que él creía apagado y que sólo estaba adormecido, se despertó en su corazón. Milady sonreía y D'Artagnan sentía que se condenaría por aquella sonrisa.

Hubo un momento en que sintió algo como un remordimiento por lo que había hecho contra ella.

Poco a poco Milady se volvió más comunicativa. Preguntó a D'Artagnan si tenía un amante.

-¡Ay! -dijo D'Artagnan con el aire más sentimental que pudo adoptar-. ¿Sois tan cruel para hacerme una pregunta semejante a mi que desde que os he visto no respiro ni suspiro más que por vos y para vos?

Milady sonrió con una sonrisa extraña.

-¿O sea que me amáis? -dijo ella.

-¿Necesito decíroslo? ¿No os habéis dado cuenta?

-Claro, pero ya lo sabéis, cuanto más orgullosos son los corazones, más difíciles son de coger.

-¡Oh, las dificultades no me asustan! -dijo D'Artagnan-. Sólo las cosas imposibles me espantan.

-Nada es imposible -dijo Milady- para un amor verdadero.

-¿Nada, señora?

-Nada -contestó Milady.

«¡Diablo! -prosiguió D'Artagnan para sus adentros-. La nota ha cambiado. ¿Se habrá enamorado la caprichosa de mí por casualidad, y estaría dispuesta a darme a mí mismo algún otro zafiro igual al que me ha dado al tomarme por de Wardes?»

D'Artagnan acercó con presteza su silla a Milady.

-Veamos -dijo ella-, ¿qué haríais para probar ese amor de que habláis?

-Todo cuanto se exigiera de mí. Que me manden, estoy dispuesto.

-¿A todo?

-¡A todo! -exclamó D'Artagnan, que sabía de antemano que no arriesgaba gran cosa arriesgándose así.

-Pues bien, hablemos un poco -dijo a su vez Milady, acercando su sillón a la silla de D'Artagnan.

-Os escucho, señora -dijo éste.

Milady permaneció un instante preocupada y como indecisa; luego, pareciendo adoptar una resolución, dijo:

-Tengo un enemigo.

-¿Vos, señora? -exclamó D'Artagnan fingiendo sorpresa-. ¿Es posible, Dios mío? ¿Hermosa y buena como sois?

-¡Un enemigo mortal!

-¿De verdad?

-Un enemigo que me ha insultado tan cruelmente que entre él y yo hay una guerra a muerte. ¿Puedo contar con vos como auxiliar?

D'Artagnan comprendió inmediatamente adónde quería ir aquella vengativa criatura.

-Podéis, señora -dijo con énfasis-; mi brazo y mi vida os pertenecen como mi amor.

-Entonces -dijo Milady-, puesto que sois tan generoso como enamorado...

Se detuvo.

-¿Y bien? -preguntó D'Artagnan.

-Y bien -prosiguió Milady tras un momento de silencio-, cesad desde hoy de hablar de imposibilidades.

-No me agobiéis con mi dicha -exclamó D'Artagnan precipitándose de rodillas y cubriendo de besos las manos que le dejaban.

«Véngame de ese infame de Wardes -murmuró Milady entre dientes-, y sabré desembarazarme de ti luego, ¡doble tonto, hoja de espada viviente!»

«Cae voluntariamente entre mis brazos después de haberme burlado descaradamente, hipócrita y peligrosa mujer -pensaba D'Artagnan por su parte-, y luego me reiré de ti con aquel a quien quieres matar por rni mano.»

D'Artagnan alzó la cabeza.

-Estoy dispuesto -dijo.

-¿Me habéis, pues, comprendido, querido señor D'Artagnan? -dijo Milady.

-Adivinaré una de vuestras miradas.

-¿O sea que emplearíais por mí vuestro brazo, que tanta fama ha conseguido ya?

-Ahora mismo.

-Pero y yo -dijo Milady-, ¿cómo pagaré semejante servicio? Conozco a los enamorados, son personas que no hacen nada por nada.

-Vos sabéis la única respuesta que yo deseo -dijo D'Artagnan-, la única que sea digna de vos y de mí.

Y la atrajo dulcemente hacia él.

Ella resistió apenas.

-¡Interesado! -dijo ella sonriendo.

-¡Ah! -exclamó D'Artagnan verdaderamente arrastrado por la pasión que esta mujer tenía el don de encender en su corazón-. ¡Ay, cuán inverosímil me parece

esta dicha! Tras haber tenido siempre miedo a verla desaparecer como un sueño, tengo prisa por hacerla realidad.

-Pues bien, mereced esa pretendida dicha.

-Estoy a vuestras órdenes -dijo D'Artagnan.

-¿Seguro? -preguntó Milady con una última duda.

-Nombradme al infame que ha podido hacer llorar vuestros hermosos ojos.

-¿Quién os dice que he llorado? -dijo ella.

-Me parecía...

-Las mujeres como yo no lloran -dijo Milady.

-¡Tanto mejor! Veamos, decidme cómo se llama.

-Pensad que su nombre es todo mi secreto.

-Sin embargo, es necesario que yo sepa su nombre.

-Sí, es necesario. ¡Ya veis la confianza que tengo en vos!

-Me colmáis de alegría. ¿Cómo se llama?

-Vos lo conocéis.

- De verdad?

-¿No será uno de mis amigos? -prosiguió D'Artagnan jugando a la duda para hacer creer en su ignorancia.

-Y si fuera uno de vuestros amigos, ¿dudaríais? -exclamó Milady. Y un destello de amenaza pasó por sus ojos.

-¡No, aunque fuese mi hermano! -exclamó D'Artagnan como arrebatado por el entusiasmo.

Nuestro gascón se adelantaba sin peligro porque sabía adónde iba.

-Amo vuestra adhesión -dijo Milady.

-¡Ay! ¿Sólo eso amáis en mí? -preguntó D'Artagnan.

-Os amo también a vos -dijo ella cogiéndole la mano.

Y la ardiente presión hizo temblar a D'Artagnan como si por el tacto aquella fiebre que quemaba a Milady lo ganase a él.

-¡Vos me amáis! -exclamó-. ¡Oh, si así fuera, sería para volverse loco!

Y la envolvió en sus dos brazos. Ella no trató de apartar sus labios de su beso, sólo que no lo devolvió.

Sus labios estaban fríos: a D'Artagnan le pareció que acababa de besar a una estatua.

No por ello estaba menos ebrio de alegría, electrizado de amor; creía casi en la ternura de Milady; creía casi en el crimen de Wardes. Si de Wardes hubiera estado en ese momento al alcance de su mano, lo habría matado.

Milady aprovechó la ocasión.

-Se llama... -dijo ella a su vez.

-De Wardes, lo sé -exclamó D'Artagnan.

-¿Y cómo lo sabéis? -preguntó Milady cogiéndole las dos manos y tratando de llegar por sus ojos hasta el fondo de su alma.

D'Artagnan sintió que se había dejado llevar y que había cometido una falta.

-Decid, decid, pero decid -repetía Milady-, ¿cómo lo sabéis?

-¿Cómo lo sé? -dijo D'Artagnan.

-Sí.

-Lo sé porque ayer de Wardes, en un salón en el que yo estaba, ha mostrado un anillo que decía tener de vos.

-¡Miserable! -exclamó Milady.

El epíteto, como se supondrá, resonó hasta en el fondo del corazón de D'Artagnan.

-¿Y bien? -continuó ella.

-Pues bien, os vengaré de ese miserable -replicó D'Artagnan dándose aires de don Japhet de Armenia.

-Gracias, mi bravo amigo -exclamó Milady-. ¿Y cuándo seré vengada?

-Mañana, ahora mismo, cuando vos queráis.

Milady iba a exclamar: «Ahora mismo»; pero pensó que semejante precipitación sería poco graciosa para D'Artagnan.

Por otra parte, tenía mil precauciones que tomar, mil consejos que dar a su defensor, para que evitara explicaciones ante testigos con el conde. Todo esto estaba previsto por una frase de D'Artagnan.

-Mañana -dijo- seréis vengada o yo estaré muerto.

-¡No! -dijo ella-. Me vengaréis, pero no moriréis. Es un cobarde.

-Con las mujeres puede ser, pero no con los hombres. Sé algo sobre eso.

-Pero me parece que en vuestra pelea con él no habéis tenido que quejaros de la fortuna.

-La fortuna es una cortesana: favorable ayer, puede traicionarme mañana.

-Lo cual quiere decir que ahora dudáis.

-No, no dudo, Dios me libre; pero, ¿sería justo dejarme ir a un muerte posible sin haberme dado al menos algo más que esperanza?

Milady respondió con una ojeada que quería decir:

«¿Sólo es eso? Marchaos, pues.»

Luego, acompañando la mirada de palabras explicativas:

-Es demasiado justo -dijo con ternura.

-¡Oh, sois un ángel! -dijo el joven.

-¿O sea que todo convenido? -dijo ella.

-Salvo lo que os pido, querida mía.

-Pero ¿cuándo os digo que podéis confiar en mi ternura?

-No tengo el día de mañana para esperar.

-Silencio; oigo a mi hermano, es inútil que os encuentre aquí Llamó. Apareció Kitty.

-Salid por esa puerta -dijo ella empujándolo hacia una puertecilla oculta-, y volved a las once; acabaremos esta entrevista. Kitty os introducirá en mi cuarto.

La pobre niña pensó caerse hacia atrás al oír estas palabras.

-Y bien, ¿qué hacéis, señorita, permaneciendo ahí inmóvil con una estatua? Vamos, llevad al caballero; y esta noche, a las once, habéis oído.

-Parece que sus citas son siempre a las once -pensó D'Artagnan-; es un hábito adquirido.

Milady le tendió una mano que él besó tiernamente.

-Veamos -dijo al retirarse y respondiendo apenas a los reproches de Ketty-, veamos, no hagamos el imbécil; decididamente es una mujer es una gran malvada; tengamos cuidado.



Capítulo XXXVII

El secreto de Milady

D'Artagnan había salido del palacete en vez de subir inmediatamente a la habitación de Ketty, pese a las instancias que le había hecho la joven, y esto por dos razones: la primera, porque de esta forma evitaba los reproches, las recriminaciones, las súplicas; la segunda, porque no le importaba leer un poco en su pensamiento y, si era posible, en el de aquella mujer.

Todo cuanto él tenía de más claro dentro es que D'Artagnan amaba a Milady como un loco y que ella no lo amaba nada de nada. Por un instante, D'Artagnan comprendió que lo mejor que podría hacer sería regresar a su casa y escribirle a Milady una larga carta en la que le confesaría que él y de Wardes eran hasta el presente completamente el mismo, que por consiguiente no podía comprometerse, su pena de suicidio, a matar a de Wardes. Pero también estaba espoleado por un feroz deseo de venganza; quería poseer a su vez a aquella mujer bajo su propio nombre; y como esta venganza le parecía tener cierta dulzura no quería renunciar a ella.

Dio cinco o seis veces la vuelta a la Place Royale, volviéndose cada diez pasos para mirar la luz del piso de Milady, que se vislumbraba a través de las celosías; era evidente que en esta ocasión la joven estaba menos urgida que la primera de volver a su cuarto.

Por fin la luz desapareció.

Con aquella luz se apagó la última irresolución en el corazón de D'Artagnan; recordó los detalles de la primera noche, y con el corazón palpitante la cabeza ardiendo, entró en el palacete y se precipitó en el cuarto de Ketty.

La joven, pálida como la muerte, temblando con todos sus miembros, quiso detener a su amante; pero Milady, con el oído en acecho, había oído el ruido que había hecho D'Artagnan: abrió la puerta.

-Venid -dijo.

Todo esto era de un impudor increíble, de un descaro tan monstruoso que apenas si D'Artagnan podía creer en lo que veía y oía. Creía estar arrastrado a alguna de esas intrigas fantásticas como las que se realizan en el sueño.

No por ello se abalanzó menos hacia Milady, cediendo a la atracción que el imán ejerce sobre el hierro.

La puerta se cerró tras ellos.

Ketty se abalanzó a su vez contra la puerta.

Los celos, el furor, el orgullo ofendido, todas las pasiones que, en fin, se disputan el corazón de una mujer enamorada la empujaban a una revelación; pero estaba perdida si confesaba haberse prestado a semejante maquinación; y por encima de todo, D'Artagnan estaba perdido para ella. Este último pensamiento de amor le aconsejó aún este último sacrificio.

D'Artagnan, por su parte, estaba en el colmo de todos sus deseos: no era ya un rival al que se amaba en él, era a él mismo a quien parecía amar. Una voz secreta le decía muy en el fondo del corazón que no era más que un instrumento de venganza al que se acariciaba a la espera de que diese la muerte, pero el orgullo, el amor propio, la locura, hacían callar aquella voz, ahogaban aquel murmullo. Luego, nuestro gascón, con la dosis de confianza que nosotros le conocemos, se comparaba a de Wardes y se preguntaba por qué, a fin de cuentas, no le iba a amar, también a él, por sí mismo.

Se abandonó por tanto por entero a las sensaciones del momento. Milady no fue para él aquella mujer de intenciones fatales que le habían asustado por un momento, fue una amante ardiente y apasionada abandonándose por entero a su amor que ella misma parecía experimentar. Dos horas poco más o menos transcurrieron así.

Sin embargo, los transportes de los dos amantes se calmaron. Milady, que no tenía los mismos motivos que D'Artagnan para olvidar, fue la primera en volver a la realidad y preguntó al joven si las medidas que debían llevar al día siguiente a él y a de Wardes a un encuentro estaban fijadas de antemano en su mente.

Pero D'Artagnan, cuyas ideas habían adquirido un curso muy distinto, se olvidó como un imbécil y respondió galantemente que era muy tarde para ocuparse de duelos a estocadas.

Aquella frialdad por los únicos intereses que la preocupaban, asustó a Milady, cuyas preguntas se volvieron más agobiantes.

Entonces D'Artagnan, que nunca había pensado seriamente en aquel duelo imposible, quiso desviar la conversación, pero no tenía ya fuerza.

Milady lo contuvo en los límites que había marcado de antemano con su espíritu irresistible y su voluntad de hierro.

D'Artagnan se creyó muy ingenioso aconsejando a Milady renunciar, perdonando a de Wardes, a los proyectos furiosos que ella había formado.

Pero a las primeras palabras que dijo, la joven se estremeció y se alejó.

- ¿Tenéis acaso miedo, querido D'Artagnan? -dijo ella con una voz aguda y burlona que resonó extrañamente en la oscuridad.

- ¡Ni lo penséis, querida! -respondió D'Artagnan-. ¿Y si, en última instancia, ese pobre conde de Wardes fuera menos culpable de lo que pensáis?

-En cualquier caso -dijo gravemente Milady-, me ha engañado, y desde el momento en que me ha engañado, ha merecido la muerte.

- ¡Morirá, pues, puesto que lo condenáis! -dijo D'Artagnan en un tono tan firme que a Milady le pareció expresión de una adhesión a toda prueba.

Al punto ella se acercó a él.

No podríamos decir el tiempo que duró la noche para Milady; pero D'Artagnan creía estar a su lado hacía dos horas apenas cuando la luz apareció en las rendijas de las celosías y pronto invadió la habitación de claridad macilenta.

Entonces Milady, viendo que D'Artagnan iba a dejarla, le recordó la promesa que le había hecho de vengarla de Wardes.

-Estoy completamente dispuesto -dijo D'Artagnan-, pero antes quisiera estar seguro de una cosa.

-¿De cuál? -preguntó Milady.

-De que me amáis.

-Me parece que os de dado la prueba.

-Sí, también soy yo en cuerpo y alma vuestro.

-¡Gracias, mi valiente amante! Pero de igual forma que yo os he probado mi amor, vos me probaréis el vuestro, ¿verdad?

-Desde luego. Pero si me amáis como decís -replicó D'Artagnan-, ¿no teméis por mí?

-¿Qué puedo temer?

-Pues que sea herido peligrosamente, que sea muerto, incluso.

-Imposible -dijo Milady-, sois un hombre muy valiente y una espada muy fina.

-¿No preferiríais, pues -replicó D'Artagnan-, un medio que os vengara y a la vez hiciera inútil el combate?

Milady miró a su amante en silencio: aquella luz macilenta de los primeros rayos del día daba a sus ojos claros una expresión extrañamente funesta.

-Realmente -dijo-, creo que ahora dudáis.

-No, no dudo; es que ese pobre conde de Wardes me da verdaderamente pena desde que ya no lo amáis, y me parece que un hombre debe estar tan cruelmente castigado por la pérdida sola de vuestro amor, que no necesita de otro castigo.

-¿Quién os dice que yo lo haya amado? -preguntó Milady.

-Al menos puedo creer ahora sin demasiada fatuidad que amáis a otro -dijo el joven en un tono cariñoso-, y os lo repito, me intereso por el conde.

-¿Vos? -preguntó Milady.

-Sí, yo.

-¿Y por qué vos?

-Porque sólo yo sé...

-¿Qué?

-Que está lejos de ser, o mejor, que está lejos de haber sido tan culpable hacia vos como parece.

-¿De veras? -dijo Milady con aire inquieto-. Explicaos, porque realmente no sé qué queréis decir.

Y miraba a D'Artagnan que la tenía abrazada con ojos que parecían inflamarse poco a poco.

-¡Sí, yo soy un hombre galante! -dijo D'Artagnan, decidido a terminar-. Y desde que vuestro amor es mío desde que estoy seguro de poseerlo, porque lo poseo, ¿no es cierto?

-Por entero, continuad.

-Pues bien me siento como transportado, me pesa una confesión.

-¿Una confesión?

-Si hubiera dudado de vuestro amor no lo habría hecho; pero, ¿me amáis, mi bella amante? ¿No es cierto que me amáis?

-Sin duda.

-Entonces, si por exceso de amor me he hecho culpable respecto a vos, ¿me perdonaréis?

-¡Quizá!

D'Artagnan trató, con la sonrisa más dulce que pudo adoptar, de acercar sus labios a los labios de Milady, pero ella lo apartó.

-Esa confesión -dijo palideciendo-, ¿cuál es?

-Habíais citado a de Warder, el jueves último, en esta misma habitación, ¿no es cierto?

-¡Yo, no! Eso no es cierto -dijo Milady con un tono de voz tan firme y un rostro tan impasible que, si D'Artagnan no hubiera tenido una certeza tan total, habría dudado.

-No mintáis, ángel mío -dijo D'Artagnan sonriendo-, sería inútil.

-¿Cómo? ¡Hablad, pues! ¡Me hacéis morir!

-¡Oh, tranquilizaos, no sois culpable frente a mí, y yo os he perdonado ya!

-¡Y después, después!

-De Warder no puede gloriarse de nada.

-¿Por qué? Vos mismo me habéis dicho que ere anillo...

-Ese anillo, amor mío, soy yo quien lo tengo. El duque de Warder del jueves y D'Artagnan de hoy son la misma persona.

El imprudente esperaba una sorpresa mezclada con pudor, una pequeña tormenta que se resolvería en lágrimas; pero se equivocaba extrañamente, y su error no duró mucho.

Pálida y terrible, Milady se irguió y al rechazar a D'Artagnan con un violento golpe en el pecho, se abalanzó fuera de la cama.

D'Artagnan la retuvo por su bata de fina tela de Indias para implorar su perdón; mas ella con un movimiento potente y resuelto, trató de huir. Entonces la batista se desgarró dejando al desnudo los hombros, y sobre uno de aquellos hermosos hombros redondos y blancos, D'Artagnan, con un sobrecogimiento inexpresable, reconoció la flor de lis, aquella marca indeleble que imprime la mano infamante del verdugo.

-¡Gran Dios! -exclamó D'Artagnan soltando la bata.

Y se quedó mudo, inmóvil y helado sobre la cama.

Pero Milady se sentía denunciada por el horror mismo de D'Artagnan. Sin duda lo había visto todo; el joven sabía ahora su secreto, secreto terrible que todo el mundo ignoraba, salvo él.

Ella se volvió, no ya como una mujer furiosa, sino como una pantera herida.

-¡Ah, miserable! -dijo ella-. Me has traicionado cobardemente, ¡y además conoces mi secreto! ¡Morirás!

Y corrió al cofre de marquetería puesto sobre el tocador, lo abrió con mano febril y temblorosa, sacó de él un pequeño puñal de mango de oro, de hoja aguda y delgada, y volvió de un salto sobre D'Artagnan medio desnudo.

Aunque el joven fuera valiente, como se sabe, quedó asustado por aquella cara alterada, aquellas pupilas horriblemente dilatadas, aquellas mejillas pálidas y aquellos labios sangrantes; retrocedió hasta quedar entre la cama y la pared, como habría hecho ante la proximidad de una serpiente que reptase hacia él, y al encontrar su espada bajo su mano mojada de sudor, la sacó de la funda.

Pero sin inquietarse por la espada, Milady trató de subirse a la cama para golpearlo, y no se detuvo sino cuando sintió la punta aguda sobre su pecho.

Entonces trató de coger aquella espada con las manos; pero D'Artagnan la apartó siempre de sus garras, y presentándola tanto frente a sus ojos como frente a su pecho, se dejó deslizar del lecho, tratando de retirarse por la puerta que conducía a la habitación de Ketty.

Durante este tiempo, Milady se abalanzaba sobre él con horribles transportes, rugiendo de un modo formidable.

Como esto se parecía a un duelo, D'Artagnan se iba reponiendo poco a poco.

-¡Bien, hermosa dama, bien! -decía-. Pero, por Dios, calmaos, u os dibujo una segunda flor de lis en el otro hombro.

-¡Infame, infame! -aullaba Milady.

Mas D'Artagnan, buscando siempre la puerta, estaba a la defensiva.

Al ruido que hacían, ella derribando los muebles para ir a por él, él parapetándose detrás de los muebles para protegerse de ella, Ketty abrió la puerta. D'Artagnan, que había maniobrado sin cesar para acercarse a aquella puerta, sólo estaba a tres pasos y de un solo impulso se abalanzó de la habitación de Milady a la de la criada y rápido como el relámpago cerró la puerta, contra la cual se apoyó con todo su peso mientras Ketty pasaba los cerrojos.

Entonces Milady trató de derribar el arbotante que la encerraba en su habitación con fuerzas muy superiores a las de una mujer; luego, cuando se dio cuenta de que era imposible, acribilló la puerta a puñaladas, algunas de las cuales atravesaron el espesor de la madera.

Cada golpe iba acompañado de una imprecación terrible.

-Deprisa, deprisa, Ketty -dijo D'Artagnan a media voz cuando los cerrojos fueron echados-. Sácame del palacio o, si le dejamos tiempo para prepararse, hará que me maten los lacayos.

-Pero no podéis salir así -dijo Ketty-, estáis completamente desnudo.

-Es cierto -dijo D'Artagnan, que sólo entonces se dio cuenta del traje que vestía-, es cierto vísteme como puedas, pero démonos prisa; compréndelo, se trata de vida o muerte.

Ketty no comprendía demasiado; en un visto y no visto le puso un vestido de flores, una amplia cofia y una manteleta; le dio las pantuflas, en las que metió sus pies desnudos, luego lo arrastró por los escalones. Justo a tiempo, Milady había hecho ya sonar la campanilla y despertado a todo al palacio. El portero tiró del cordón a la voz de Ketty en el momento mismo en que Milady, también medio desnuda, gritaba por la ventana: -¡No abráis!



Capítulo XXXVIII

Cómo, sin molestarse, Athos encontró su equipo

El joven huía mientras ella lo seguía amenazando con un gesto impotente. En el momento que lo perdió de vista, Milady cayó desvanecida en su habitación.

D'Artagnan estaba tan alterado que, sin preocuparse de lo que ocurriría con Ketty atravesó medio París a todo correr y no se detuvo hasta la puerta de Athos. El extravío de su mente, el terror que lo espoleaba, los gritos de algunas patrullas que se pusieron en su persecución y los abucheos de algunos transeúntes, que pese a la hora poco avanzada, se dirigían a sus asuntos, no hicieron más que precipitar su camera.

Cruzó el patio, subió los dos pisos de Athos y llamó a la puerta como para romperla.

Grimaud vino a abrir con los ojos abotargados de sueño. D'Artagnan se precipitó con tanta fuerza en la antecámara, que estuvo a punto de derribarlo al entrar.

Pese al mutismo habitual del pobre muchacho, esta vez la palabra le vino.

-¡Eh, eh, eh! -exclamó-. ¿Qué queréis, corredora? ¿Qué pedís, bribona?

D'Artagnan alzó sus cofias y sacó sus manos de debajo de la manteleta; a la vista de sus mostachos y de su espada desnuda, el pobre diablo se dio cuenta de que tenía que vérselas con un hombre.

Creyó entonces que era algún asesino.

-¡Socorro! ¡Ayuda! ¡Socorro! -gritó.

-¡Cállate desgraciado! -dijo el joven-. Soy D'Artagnan, ¿no me reconoces? ¿Dónde está tu amo?

-¡Vos, señor D'Artagnan! -exclamó Grimaud espantado-. Imposible.

-Grimaud -dijo Athos saliendo de su cuarto en bata-, creo que os permitís hablar.

-¡Ay, señor, es que!...

-Silencio.

Grimaud se contentó con mostrar con el dedo a su amo a D'Artagnan.

Athos reconoció a su camarada, y con lo flemático que era soltó una carcajada que motivaba de sobra la mascarada extraña que ante sus ojos tenía: cofias atravesadas, faldas que caían sobre los zapatos, mangas remangadas y mostachos rígidos por la emoción.

-No os riáis, amigo mío -exclamó D'Artagnan-; por el cielo, no os riáis, porque, por mi alma os lo digo, no hay nada de qué reírse.

Y pronunció estas palabras con un aire tan solemne y con un espanto tan verdadero que Athos le cogió las manos al punto exclamando:

-¿Estaréis herido, amigo mío? ¡Estáis muy pálido!

-No, pero acaba de ocurrirme un suceso terrible. ¿Estáis solo, Athos?

-¡Pardiez! ¿Quién queréis que esté en mi casa a esta hora?

-Bueno, bueno.

Y D'Artagnan se precipitó en la habitación de Athos.

-¡Venga, hablad! -dijo éste cerrando la puerta y echando los cerrojos para no ser molestados-. ¿Ha muerto el rey? ¿Habéis matado al señor cardenal? Estáis completamente cambiado; veamos, veamos, decid, porque realmente me muero de inquietud.

-Athos -dijo D'Artagnan desembarazándose de sus vestidos de mujer y apareciendo en camión-, preparaos para oír una historia increíble, inaudita.

-Poneos primero esta bata -dijo el mosquetero a su amigo.

D'Artagnan se puso la bata, tomando una manga por otra: ¡tan emocionado estaba todavía!

-¿Y bien? -dijo Athos.

-Y bien -respondió D'Artagnan inclinándose hacia él oído de Athos y bajando la voz-: Milady está marcada con una flor de lis en el hombro.

-¡Ay! -gritó el mosquetero como si hubiera recibido una bala en el corazón.

-Veamos -dijo D'Artagnan-, ¿estáis seguros de que la otra está bien muerta?

-¿La otra? -dijo Athos con una voz tan sorda que apenas si D'Artagnan la oyó.

-Sí, aquella de quien un día me hablasteis en Amiens.

Athos lanzó un gemido y dejó caer su cabeza entre las manos.

-Esta -continuó D'Artagnan- es una mujer de veintiséis a veintiocho años.

-Rubia -dijo Athos-, ¿no es cierto?

-Sí.

-¿De ojos azul claro, con una claridad extraña, con pestañas y cejas negras?

-Sí.

-¿Alta, bien hecha? Le falta un diente junto al canino de la izquierda.

-Sí.

-¿La flor de lis es pequeña, de color rojizo y como borrada por las capas de crema que le aplica.

-Sí.

-Sin embargo ¡vos decís que es inglesa!

-Se llama Milady, pero puede ser francesa. A pesar de esto, lord de Winter no es más que su cuñado.

-Quiero verla, D'Artagnan.

-Tened cuidado, Athos, tened cuidado; habéis querido matarla, es mujer para devolvéroslo y no fallar en vos.

-No se atreverá a decir nada porque sería denunciarse a sí misma.

-¡Es capaz de todo! ¿La habéis visto alguna vez furiosa?

-No -dijo Athos.

-¡Una tigresa, una pantera! ¡Ay, mi querido Athos, tengo miedo de haber atraído sobre nosotros dos una venganza terrible!

D'Artagnan contó entonces todo: la cólera insensata de Milady y sus amenazas de muerte.

-Tenéis razón y por mi alma que no daré mi vida por nada -dijo Athos-. Afortunadamente, pasado mañana dejamos Paris; con toda probabilidad vamos a La Rochelle, y una vez ¡dos...

-Os seguiría hasta el fin del mundo, Athos, si os reconociese; dejad que su odio se ejerza sobre mí sólo.

-¡Ay, querido amigo! ¿Qué me importa que ella me mate? -dijo Athos-. ¿Acaso pensáis que amo la vida?

-Hay algún horrible misterio en todo esto, Athos. Esta mujer es la espía del cardenal, ¡estoy seguro!

-En tal caso, tened cuidado. Si el cardenal no os tiene en alta estima por el asunto de Londres, os tiene en gran odio; pero como, a fin de cuentas, no puede reprocharos ostensiblemente nada y es preciso que su odio se satisfaga, sobre todo cuando es un odio de cardenal, tened cuidado. Si salís, no salgáis solo; si coméis, tomad vuestras precauciones; en fin, desconfiad de todo, incluso de vuestra sombra.

-Por suerte -dijo D'Artagnan-, sólo se trata de llegar a pasado mañana por la noche sin tropiezo, porque una vez en el ejército espero que sólo tengamos que temer a los hombres.

-Mientras tanto -dijo Athos-, renuncio a mis proyectos de reclusión, a iré por todas partes junto a vos; es preciso que volváis a la calle des Fossoyeurs, os acompaño.

-Pero por cerca que esté de aquí -replicó D'Artagnan-, no puedo volver así.

-Es cierto -dijo Athos. Y tiró de la campanilla.

Grimaud entró.

Athos le hizo señas de ir a casa de D'Artagnan y traer de allí vestidos.

Grimaud respondió con otra señal que comprendía perfectamente y partió.

-¡Ah! Con todo esto nada hemos avanzado en cuanto al equipo, querido amigo -dijo Athos-; porque, si no me equivoco, habéis dejado vuestro traje en casa de Milady, que sin duda no tendrá la atención de devolvéroslo. Suerte que tenéis el zafiro.

-El zafiro es vuestro, mi querido Athos. ¿No me habéis dicho que era un anillo de familia?

-Sí, mi padre lo compró por dos mil escudos, según me dijo antaño; formaba parte de los regalos de boda que hizo a mi madre; y el magnífico. Mi madre me lo dio, y yo, loco como estaba, en vez de guardar ese anillo como una reliquia santa, se lo di a mi vez a esa miserable.

-Entonces, querido, tomad este anillo que comprendo que debéis tener.

-¿Coger yo ese anillo tras haber pasado por las manos de la infame? ¡Nunca! Ese anillo está mancillado, D'Artagnan.

-Vendedlo entonces.

-¿Vender un diamante que viene de mi madre? Os confieso que lo consideraría una profanación.

-Entonces, empeñado, y seguro que os prestan más de un millar de escudos. Con esa suma, tendréis dinero de sobra; luego, con el primer dinero que os venga, lo desempeñáis y lo recobráis lavado de sus antiguas manchas, porque habrá pasado por las manos de los usureros

Athos sonrió.

-Sois un camarada encantador -dijo-, querido D'Artagnan; con vuestra eterna alegría animáis a los pobres espíritus en la aflicción. ¡Pues bien, sí, empeñemos ese anillo, pero con una condición!

-¿Cuál?

-Que sean quinientos escudos para vos y quinientos escudos para mí.

-¿Pensáis eso, Athos? Yo no necesito la cuarta parte de esa suma, yo, que estoy en los guardias y que vendiendo mi silla la conseguiré. ¿Qué necesito? Un caballo para Planchet, eso es todo. Olvidáis además que también yo tengo un anillo.

-Al que apreciáis más, según me parece, de lo que yo aprecio al mío; he creído darme cuenta al menos.

-Sí, porque en una circunstancia extrema puede sacarnos no sólo de algún gran apuro, sino incluso de algún gran peligro; es no sólo un diamante precioso, sino también un talismán encantado.

-No os comprendo, pero creo en lo que me decís. Volvamos, pues, a mi anillo, o mejor a vuestro anillo; o aceptáis la mitad de la suma que nos den o lo tiro al Sena, y dudo mucho de que, como a Polícatres, haya algún pez lo bastante complaciente para devolvérselo.

-¡Bueno, acepto! -dijo D'Artagnan.

En aquel momento Grimaud entró acompañado de Planchet; éste, inquieto por su maestro y curioso por saber lo que le había pasado, había aprovechado la circunstancia y traía los vestidos él mismo.

D'Artagnan se vistió, Athos hizo otro tanto; luego, cuando los dos estuvieron dispuestos a salir, este último hizo a Grimaud la señal de hombre que se pone en campaña; éste descolgó al punto su mosquetón y se dispuso a acompañar a su amo.

Athos y D'Artagnan, seguidos de sus criados, llegaron sin incidentes a la calle des Fossoyeurs. Bonacieux estaba a la puerta y miró a D'Artagnan con aire socarrón.

-¡Vaya, mi querido inquilino! -dijo-. Daos prisa, tenéis una hermosa joven que os espera, y ya sabéis que a las mujeres no les gusta que las hagan esperar.

-¡Es Ketty! -exclamó D'Artagnan.

Y se precipitó por la alameda.

Efectivamente, en el rellano que conducía a su habitación y agazapada junto a su puerta, encontró a la pobre niña toda temblorosa. Cuando ella lo vio:

-Me habéis prometido vuestra protección, me habéis prometido salvarme de su cólera -dijo-; recordad que sois vos quien me habéis perdido.

-Sí, por supuesto -dijo D'Artagnan-, cálmate, Ketty. Pero ¿qué ha pasado después de mi marcha?

-¿Lo sé acaso? -dijo Ketty-. A los gritos que se ha puesto a dar, los lacayos han acudido, estaba loca de cólera; ha vomitado contra vos todas las imprecaciones que existen. Entonces he pensado que ella recordaría que había sido por mi habitación por donde habíais penetrado en la suya, y que entonces

pensaría que yo era vuestra cómplice; he cogido el poco dinero que tenía, mis vestidos mejores y me he escapado.

-¡Pobre niña? Pero ¿qué voy a hacer de ti? Me marcho pasado mañana.

-Lo que queráis, señor caballero, hacedme salir de Paris, hacedme salir de Francia.

-Sin embargo, no puedo llevarte conmigo al sitio de La Rochelle -dijo D'Artagnan.

-No, pero podéis colocarme en provincias, junto a alguna dama de vuestro conocimiento, en vuestra región por ejemplo.

-¡Ay, querida amiga! En mi región las damas no tienen doncellas. Pero espera, me hago cargo del asunto. Planchet, vete a buscarme a Aramis, que venga inmediatamente. Tenemos una cosa muy importante que decirle.

-¡Comprendo! -dijo Athos-. Pero ¿por qué no Porthos? Me parece que su marquesa...

-La marquesa de Porthos se hace vestir por los pasantes de su marido -dijo D'Artagnan riendo-. Además, Ketty no querría quedarse en la calle aux Ours, ¿no es así, Ketty?

-Me quedaré donde queráis -dijo Ketty-, con tal que esté bien escondida y que no sepa dónde estoy.

-Ahora, Ketty, que vamos a separarnos y que por consiguiente no estás ya celosa de mí...

-Señor caballero, cerca o lejos -dijo Ketty-, os amaré siempre.

- Dónde diablos va a anidar la constancia? -murmuró Athos.

-También yo -dijo D'Artagnan- también yo te amaré siempre, estate tranquila. Pero, veamos, respóndeme. Ahora doy gran importancia a la pregunta que te hago: ¿Has oído hablar alguna vez de una dama joven a la que habían raptado cierta noche?

-Esperad... ¡Oh, Dios mío! Señor caballero, ¿es que todavía amáis a esa mujer?

-No, uno de mis amigos es el que la ama. Mira, es Athos, ése que está ahí.

-¿Yo? -exclamó Athos con acento parecido al de un hombre que se da cuenta que va a poner el pie sobre una culebra.

-¡Claro, vos! -dijo D'Artagnan apretando la mano de Athos-. Sabéis de sobra el interés que todos nosotros sentimos por esa pobre señora Bonacieux. Además, Ketty no dirá nada, ¿no es así, Ketty? Compréndelo, niña mía -continuó D'Artagnan-, es la mujer de ese horrible mamarracho que has visto a la puerta al entrar aquí.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó Ketty-. Me recordáis mi miedo, ¡con tal que no me haya reconocido!...

-¿Cómo reconocido? ¿Has visto en otra ocasión a ese hombre?

-Fue dos veces a casa de Milady.

-Ah, eso es. ¿Cuándo?

-Pues hará unos quince o dieciocho días aproximadamente.

-Exacto.

-Y volvió ayer tarde.

-Ayer tarde.

-Sí, un momento antes de que vos mismo vinieseis.

-Mi querido Athos, estamos envueltos en una red de espías. ¿Y crees que lo ha reconocido?

-He bajado mi cofia al verlo, pero quizá era demasiado tarde.

-Bajad Athos de vos desconfía menos que de mí, y ved si todavía está en la puerta.

Athos descendió y volvió a subir en seguida.

-Se ha marchado -dijo-, y la casa está cerrada.

-Ha ido a informar y a decir que todos los pichones están en este momento en el palomar.

-¡Pues bien, volemós entonces -dijo Athos- y dejemos aquí sólo a Planchet para que nos lleve las noticias!

-¡Un momento! ¿Y Aramis, al que hemos ido a buscar?

-Está bien -dijo Athos- esperemos a Aramis.

En aquel momento entró Áramis.

-Se le expuso el asunto y se le dijo cuán urgente era encontrar un lugar para Ketty entre todos sus altos conocimientos.

Aramis reflexionó un momento y dijo ruborizándose.

-¿Os haría un buen servicio, D'Artagnan?

-Os quedaría agradecido por él toda mi vida.

-Pues bien, la señora de Bois-Tracy me ha pedido según creo para una de sus amigas que vive en provincias, una doncella segura; y si vos, mi querido D'Artagnan, podéis responderme de la señorita...

-¡Oh, señor -exclamó Ketty- sería totalmente adicta, estad seguro de ello, a la persona que me dé los medios para dejar París!

-Entonces -dijo Aramis-, todo está arreglado.

Se sentó a la mesa y escribió unas letras, que luego selló con un anillo, y le dio el billete a Ketty.

-Ahora, hija mía -dijo D'Artagnan-, ya sabes que aquí tan insegura estás tú como nosotros. Separémonos. Ya volveremos a encontrarnos en tiempos mejores.

-En el tiempo en que nos encontremos, y en el lugar que sea -dijo Ketty-, me volveréis a encontrar tan amante como lo soy ahora de vos.

-Juramento de jugador -dijo Athos mientras D'Artagnan iba a acompañar a Ketty a la escalera.

Un instante después los tres jóvenes se separaron tras citarse a las cuatro en casa de Athos y dejando a Planchet para guardar la casa.

Aramis regresó a la Buys, y Athos y D'Artagnan se preocuparon de la venta del zafiro.

Como había previsto nuestro gascón, encontraron fácilmente trescientas pistolas por el anillo. Además el judío anunció que, si querían vendérselo, como le servía de colgante magnífico para los pendientes de las orejas daría por él hasta quinientas pistolas.

Athos y D'Artagnan, con la actividad de dos soldados y la ciencia de dos conocedores, tardaron tres horas apenas en comprar todo el equipo de

mosquetero. Además Athos era acomodaticio y gran señor hasta la punta de las uñas. Cada vez que algo le convenía, pagaba el precio exigido sin tratar siquiera de regatear. D'Artagnan quería hacer entonces algunas observaciones, pero Athos le ponía la mano sobre el hombro sonriendo y D'Artagnan comprendía que era bueno para él, pequeño gentil hombre gascón, regatear, pero no para un hombre que tenía aires de príncipe.

El mosquetero encontró un soberbio caballo andaluz, negro como el jade, de belfos de fuego, y patas finas y elegantes, que tenía seis años. Lo examinó y lo halló sin un defecto. Le costó mil libras.

Quizá lo hubiera tenido por menos; pero mientras D'Artagnan discutía el precio con el chalán, Athos contaba las cien pistolas sobre la mesa.

Grimaud tuvo un caballo picardo, achaparrado y fuerte, que costó trescientas libras.

Pero comprada la silla de este último caballo y las armas de Grimaud, no quedaba un céntimo de las cincuenta pistolas de Athos. D'Artagnan ofreció a su amigo que mordiera un bocado en la parte que le correspondía, con la obligación de devolverle más tarde lo que hubiera tomado en préstamo.

Pero Athos se limitó a encogerse de hombros por toda respuesta.

-¿Cuánto daba el judío por quedarse con el zafiro? -preguntó Athos.

-Quinientas pistolas.

-Es decir, doscientas pistolas más; cien pistolas para vos, cien pistolas para mí. Si eso es una auténtica fortuna, amigo mío. Volved a casa del judío.

-¡Cómo! ¿Queréis...?

-Decididamente ese anillo me traía recuerdos demasiado tristes; además, nunca tendríamos trescientas pistolas para devolverle, de modo que perderíamos dos mil libras en este asunto. Id a decirle que el anillo es suyo, D'Artagnan, y volved con las doscientas pistolas.

-Reflexionad, Athos.

-El dinero contante es caro en los tiempos que corren, y hay que saber hacer sacrificios. Id, D'Artagnan, id; Grimaud os acompañará con su mosquetón.

Media hora después, D'Artagnan volvió con las dos mil libras y sin que le hubiera ocurrido ningún accidente.

Así fue como Athos encontró en su ajuar recursos que no se esperaba.



Capítulo XXXIX

Una visión

A las cuatro, los cuatro amigos se hallaban reunidos en casa de Athos. Sus preocupaciones sobre el equipo habían desaparecido por entero, y cada rostro no conservaba otra expresión que las de sus propias y secretas inquietudes; porque detrás de cualquier felicidad presente se oculta un temor futuro.

De pronto Planchet entró con dos cartas dirigidas a D'Artagnan.

Una era un pequeño billete gentilmente plegado a lo largo con un lindo sello de cera verde en el que estaba impresa una paloma trayendo un ramo verde.

La otra era una gran epístola rectangular y resplandeciente con las armas terribles de Su Eminencia el cardenal duque.

A la vista de la carta pequeña, el corazón de D'Artagnan saltó, porque había creído reconocer la escritura; y aunque no había visto esa escritura más que una vez, la memoria de ella había quedado en lo más profundo de su corazón.

Cogió, pues, la epístola pequeña y la abrió rápidamente.

«Paseaos (se le decía) el miércoles próximo entre las seis y las siete de la noche, por la ruta de Chaillot, y mirad con cuidado en las carrozas que pasen, pero si amáis vuestra vida y la de las personas que os aman, no digáis ni una palabra, no hagáis un movimiento que pueda hacer creer que habéis reconocido a la que se expone a todo por veros un instante.»

Sin firma.

-Es una trampa -dijo Athos-, no vayáis, D'Artagnan.

-Sin embargo -dijo D'Artagnan-, me parece reconocer la escritura.

-Quizá esté amañada -replicó Athos-; a las seis o las siete, a esa hora, la ruta de Chaillot está completamente desierta: sería lo mismo que iros a pasear por el bosque de Bondy.

-Pero ¿y si vamos todos? -dijo D'Artagnan-. ¡Qué diablos! No nos devorarán a los cuatro; además, cuatro lacayos; además, los caballos; además, las armas.

-Además será una ocasión de lucir nuestros equipos -dijo Porthos.

-Pero si es una mujer la que escribe -dijo Aramis-, y esa mujer desea no ser vista, pensad que la comprometéis, D'Artagnan, cosa que está mal por parte de un gentilhomme.

-Nos quedaremos detrás -dijo Porthos-, y sólo él se adelantará.

-Sí, pero un disparo de pistola puede ser disparado fácilmente desde una carroza que va al galope.

-¡Bah! -dijo D'Artagnan-. Me fallarán. Alcanzaremos entonces la carroza y mataremos a quienes se encuentren dentro. Serán otros tantos enemigos menos.

-Tiene razón -dijo Porthos-. ¡Batalla! Además, tenemos que probar nuestras armas.

-¡Bueno, démonos ese placer! -dijo Aramis con su aire dulce y despreocupado.

-Como queráis -dijo Athos.

-Señores -dijo D'Artagnan-, son las cuatro y media; tenemos justo el tiempo de estar a las seis en la ruta de Chaillot.

-Además, si salimos demasiado tarde, nos verían, lo cual es perjudicial. Vamos pues, a prepararnos, señores.

-Pero esa segunda carta -dijo Athos-: os olvidáis de ella; sin embargo, me parece que el sello indica que merece ser abierta; en cuanto a mí, declaro, mi querido D'Artagnan, que me preocupa mucho más que la pequeña chuchería que acabáis de deslizar sobre vuestro corazón .

D'Artagnan enrojeció.

-Pues bien -dijo el joven-, veamos, señores, qué me quiere Su Eminencia.

Y D'Artagnan abrió la carta y leyó:

«El señor D'Artagnan, guardia del rey, en la compañía Des Essarts, es esperado en el Palais-Cardinal esta noche a las ocho.

LA HOUDINIÈRE

Capitán de los guardias.»

-¡Diablos! -dijo Athos-. Ahí tenéis una cita tan inquietante como la otra, pero de forma distinta.

-Iré a la segunda al salir de la primera -dijo D'Artagnan-; la una es para las siete, la otra para las ocho; habrá tiempo para todo.

-¡Hum! Yo no iría -dijo Aramis-; un caballero galante no puede faltar a una cita dada por una dama, pero un gentilhomme prudente puede excusarse de no ir a casa de Su Eminencia, sobre todo cuando tiene razones para creer que no es para que lo feliciten.

-Soy de la opinión de Aramis -dijo Porthos.

-Señores -respondió D'Artagnan- ya he recibido del señor de Cavois una invitación semejante de Su Eminencia; me despreocupé de ella, y al día siguiente me ocurrió una desgracia. Constance desapareció; por lo que pueda pasar, iré.

-Si es una decisión -dijo Athos-, hacedlo.

-Pero ¿y la Bastilla? -dijo Aramis.

-¡Bah, vosotros me sacaréis! -replicó D'Artagnan.

-Por supuesto -contestaron Aramis y Porthos con un aplomo admirable y como si fuera la cosa más sencilla-, por supuesto que os sacaremos; pero entretanto, como debemos marcharnos pasado mañana, haríais mejor en no correr el riesgo de la Bastilla.

-Hagamos otra cosa mejor -dijo Athos-: no le perdamos de vista durante la velada, y esperémosle cada uno de nosotros en una puerta del Palais con tres mosqueteros detrás de nosotros; si vemos salir algún coche con la portezuela cerrada y medio sospechoso, le caemos encima. Hace mucho tiempo que no nos hemos peleado con los guardias del señor cardenal, y el señor de Tréville debe de creernos muertos.

-Decididamente, Athos -dijo Aramis-, estáis hecho para general del ejército; ¿qué decís del plan, señores?

-Admirable! -repitieron a coro los jóvenes.

-Pues bien -dijo Porthos-, corro a palacio, prevengo a nuestros camaradas que estén preparados para las ocho; la cita será en la plaza del Palais-Cardinal; vos, durante ese tiempo, haced ensillar los caballos para los lacayos.

-Pero yo no tengo caballo -dijo D'Artagnan-; voy a coger uno hasta casa del señor de Tréville.

-Es inútil -dijo Aramis-, cogeréis uno de los míos.

-¿Cuántos tenéis entonces? -preguntó D'Artagnan.

-Tres -respondió sonriendo Aramis.

-Querido -dijo Athos-, sois desde luego el poeta mejor montado de Francia y Navarra.

-Escuchad, mi querido Aramis, no sabéis qué hacer con tres caballos, ¿verdad? No comprendo siquiera que hayáis comprado tres caballos.

-Claro, no he comprado más que dos -dijo Aramis.

-Y el tercero, ¿os caído del cielo?

-No, el tercero me ha sido traído esta misma mañana por un criado sin librea que no ha querido decirme a quién pertenecía y que me ha asegurado haber recibido la orden de su amo...

-O de su ama -interrumpió D'Artagnan.

-Eso da igual -dijo Aramis poniéndose colorado- ...y que me ha asegurado, decía, haber recibido de su ama la orden de poner ese caballo en mi cuadra sin decirme de parte de quién venía.

-Sólo a los poetas os ocurren esas cosas -replicó gravemente Athos.

-Pues bien, en tal caso, hagamos las cosas lo mejor posible -dijo

D'Artagnan-: ¿cuál de los dos caballos montaréis, el que habéis comprado o el que os han dado?

-El que me han dado, sin discusión; comprenderéis, D'Artagnan, que no puedo hacer esa injuria...

-Al donante desconocido -contestó D'Artagnan.

-O a la donante misteriosa -dijo Athos.

-Entonces, ¿el que habéis comprado se os vuelve inútil?

-Casi.

-¿Y lo habéis escogido vos mismo?

-Y con el mayor cuidado; como sabéis, la seguridad del caballero depende casi siempre de su caballo.

-Bueno, cedédmelo por el precio que os ha costado.

-Iba a ofrecéroslo, mi querido D'Artagnan, dándoos el tiempo que necesitéis para devolverme esa bagatela.

-¿Y cuánto os ha costado?

-Ochocientas libras.

-Aquí tenéis cuarenta pistolas dobles, mi querido amigo -dijo D'Artagnan sacando la suma de su bolsillo; sé que es ésta la moneda con que os pagan vuestros poemas.

-Entonces, ¿tenéis fondos? -dijo Aramis.

-Muchos, muchísimos, querido.

Y D'Artagnan hizo sonar en su bolso el resto de sus pistolas.

-Mandad vuestra silla al palacio de los Mosqueteros y os traerán vuestro caballo aquí con los nuestros.

-Muy bien, pero pronto serán las cinco, démonos prisa.

Un cuarto de hora después, Porthos apareció por la esquina de la calle Férou en un magnífico caballo berberisco; Mosquetón le seguía en un caballo de Auvergne, pequeño pero sólido. Porthos resplandecía de alegría y de orgullo.

Al mismo tiempo Aramis apareció por la otra esquina de la calle montado en un soberbio corcel inglés; Bazin lo seguía en un caballo ruano, llevando atado un vigoroso mecklemburgués: era la montura de D'Artagnan.

Los dos mosqueteros se encontraron en la puerta; Athos y D'Artagnan los miraban por la ventana.

-¡Diablos! -dijo Aramis-. Tenéis un soberbio caballo, querido Porthos.

-Sí -respondió Porthos-; éste es el que tenían que haberme enviado al principio: una jugarreta del marido lo sustituyó por el otro; pero el marido ha sido castigado luego y yo he obtenido satisfacciones.

Planchet y Grimaud aparecieron entonces llevando de la mano las monturas de sus amos; D'Artagnan y Athos descendieron, montaron junto a sus compañeros y los cuatro se pusieron en marcha: Athos en el caballo que debía a su mujer, Aramis en el caballo que debía a su amante, Porthos en el caballo que debía a su procuradora, y D'Artagnan en el caballo que debía a su buena fortuna, la mejor de las amantes.

Los seguían los criados.

Como Porthos había pensado, la cabalgada causó buen efecto; y si la señora Coquenard se hubiera encontrado en el camino de Porthos y hubiera podido ver el gran aspecto que tenía sobre su hermoso berberisco español, no habría lamentado la sangría que había hecho en el cofre de su marido.

Cerca del Louvre los cuatro amigos encontraron al señor de Tréville que volvía de Saint-Germain; los paró para felicitarlos por su equipo, cosa que en un instante atrajo a su alrededor algunos centenares de mirones.

D'Artagnan aprovechó la circunstancia para hablar al señor de Tréville de la carta de gran sello rojo y armas ducales; por supuesto, de la otra no sopló ni una palabra.

El señor de Tréville aprobó la resolución que había tomado, y le aseguró que si al día siguiente no había reaparecido, él sabría encontrarlo en cualquier sitio que estuviese.

En aquel momento, el reloj de la Samaritaine dio las seis; los cuatro amigos se excusaron con una cita y se despidieron del señor de Tréville.

Un tiempo de galope los condujo a la ruta de Chaillot; la luz comenzaba a bajar, los coches pasaban y volvían a pasar; D'Artagnan, guardado a algunos pasos por sus amigos, hundía sus miradas hasta el fondo de las carrozas, y no veía ningún rostro conocido.

Finalmente, al cuarto de hora de espera y cuando el crepúsculo caía completamente, apareció un coche llegando a todo galope por la ruta de Sèvres; un presentimiento le dijo de antemano a D'Artagnan que aquel coche encerraba a la persona que le había dado cita; el joven quedó completamente sorprendido al sentir su corazón batir tan violentamente. Casi al punto una cabeza de mujer salió por la portezuela, con dos dedos sobre la boca como para recomendar silencio, o como para enviar un beso; D'Artagnan lanzó un leve grito de alegría: aquella mujer, o mejor dicho, aquella aparición, porque el coche había pasado con la rapidez de una visión, era la señora Bonacieux.

Por un movimiento involuntario y pese a la recomendación hecha, D'Artagnan lanzó su caballo al galope y en pocos saltos alcanzó el coche; pero el cristal de la portezuela estaba herméticamente cerrado: la visión había desaparecido.

D'Artagnan se acordó entonces de la recomendación:

«Si amáis vuestra vida y la de las personas que os aman, permaneced inmóvil y como si nada hubierais visto.»

Se detuvo, por tanto, temblando no por él sino por la pobre mujer Rue, evidentemente, se había expuesto a un gran peligro dándole aquella cita.

El coche continuó su ruta caminando siempre a todo galope, se adentró en París y desapareció.

D'Artagnan había quedado desconcertado y sin saber qué pensar. Si era la señora Bonacieux y si volvía a París, ¿por qué aquella cita fugitiva, por qué aquel simple cambio de una mirada, por qué aquel beso perdido? Y si por otro lado no era ella, lo cual era muy posible porque la escasa luz que quedaba hacía fácil el error, si no era ella, ¿no sería el comienzo de un golpe de mano montado contra él con el cebo de aquella mujer cuyo amor por ella era conocido?

Los tres compañeros se le acercaron. Los tres habían visto perfectamente una cabeza de mujer aparecer en la portezuela, pero ninguno de ellos, excepto Athos, conocía a la señora Bonacieux. La opinión de Athos, por lo demás, fue que sí era ella; pero menos preocupado que D'Artagnan por aquel bonito rostro, había creído ver una segunda cabeza una cabeza de hombre, al fondo del coche.

-Si es así -dijo D'Artagnan-, sin duda la llevan de una prisión a otra. Pero ¿qué van a hacer con esa pobre criatura y cuándo volveré a verla?

-Amigo -dijo gravemente Athos-, recordad que los muertos son los únicos a los que uno está expuesto a volver a encontrar sobre la tierra. Vos sabéis algo de eso, igual que yo, ¿no es así? Ahora bien, si vuestra amante no está muerta, si es la que acabamos de ver, la encontraréis un día a otro. Y quizá, Dios mío -añadió con un acento misántropo que le era propio-, quizá antes de lo que queráis.

Sonaron las siete y media, el coche llevaba un retraso de veinte minutos respecto a la cita dada. Los amigos de D'Artagnan le recordaron que tenía una visita que hacer, haciéndole observar también que todavía estaba a tiempo de desdecirse.

Pero D'Artagnan era a la vez obstinado y curioso. Se le había metido en la cabeza que iría al Palais-Cardinal y que sabría lo que Su Eminencia quería. Nada pudo hacerle cambiar su determinación.

Llegaron a la calle Saint-Honoré, y en la plaza Palais-Cardinal encontraron a los doce mosqueteros convocados que se paseaban a la espera de sus camaradas. Sólo allí se les explicó de qué se trataba.

D'Artagnan era muy conocido en el honorable cuerpo de los mosqueteros del rey, donde se sabía que un día ocuparía un puesto; se le miraba por tanto por adelantado como a un camarada. Resultó de aquellos antecedentes que cada cual aceptó de buena gana la misión a que estaba invitado; por otra parte, según todas las probabilidades, se trataba de jugar una mala pasada al señor cardenal y a sus gentes, y para tales expediciones aquellos gentileshombres estaban siempre dispuestos.

Athos los repartió, pues, en tres grupos, tomó el mando de uno, dio el segundo a Aramis y el tercero a Porthos; luego cada grupo fue a emboscarse frente a una salida.

D'Artagnan por su parte entró valientemente por la puerta principal.

Aunque se sintiera vigorosamente apoyado, el joven no iba sin inquietud al subir paso a paso la escalinata. Su conducta con Milady se parecía mucho a una

traición, y sospechaba de las relaciones políticas que existían entre aquella mujer y el cardenal; además, de Wardes, a quien tan mal había tratado, era uno de los fieles de Su Eminencia, y D'Artagnan sabía que si Su Eminencia era terrible con sus enemigos, era muy adicto a sus amigos.

-Si de Wardes le ha contado todo nuestro asunto al cardenal, cosa que no es dudosa, y si me ha reconocido, cosa que es probable, debo considerarme poco más o menos como un hombre condenado -decía D'Artagnan moviendo la cabeza-. Pero ¿por qué ha esperado hasta hoy? Es muy sencillo, Milady se habrá quejado contra mí con ese dolor hipócrita que la vuelve tan interesante, y este último crimen habrá hecho desbordar el vaso. Afortunadamente -añadió-, mis buenos amigos estarán abajo y no dejarán que me lleven sin defenderme. Sin embargo, la compañía de mosqueteros del señor de Tréville no puede hacer sola la guerra al cardenal, que dispone de las fuerzas de toda Francia, y ante el cual la reina carece de poder y el rey de voluntad. D'Artagnan, amigo mío, eres valiente, tienes excelentes cualidades, ¡pero las mujeres lo perderán!

Estaba en tan triste conclusión cuando entró en la antecámara. Entregó su carta al ujier de servicio, que lo hizo pasar a la sala de espera y se metió en el interior del palacio.

En aquella sala de espera había cinco o seis guardias del señor cardenal que, al reconocer a D'Artagnan y sabiendo que era él quien había herido a Jussac, lo miraban sonriendo de manera singular.

Aquella sonrisa le pareció a D'Artagnan de mal augurio; sólo que como nuestro gascón no era fácil de intimidar, o mejor, gracias a un orgullo natural de las gentes de su región, no dejaba ver fácilmente lo que pasaba en su alma cuando aquello que pasaba se parecía al temor, se plantó orgullosamente ante los señores guardias y esperó con la mano en la cadera, en una actitud que no carecía de majestad.

El ujier volvió a hizo seña a D'Artagnan de seguirlo. Le pareció al joven que los guardias, al verlo alejarse, cuchicheaban entre sí.

Siguió un corredor, atravesó un gran salón, entró en una biblioteca y se encontró frente a un hombre sentado ante un escritorio y que escribía.

El ujier lo introdujo y se retiró sin decir una palabra. D'Artagnan permaneció de pie y examinó a aquel hombre.

D'Artagnan creyó al principio que tenía que habérselas con algún juez examinando su dossier, pero se dio cuenta de que el hombre del escritorio escribía o mejor corregía líneas de desigual longitud, contando las palabras con los dedos; vio que estaba frente a un poeta; al cabo de un instante, el poeta cerró su manuscrito sobre cuya cubierta estaba escrito: MIRAME, tragedia en cinco actos, y alzó la cabeza.

D'Artagnan reconoció al cardenal.



Capítulo XL

El cardenal

El cardenal apoyó su codo sobre su manuscrito, su mejilla sobre su mano, y miró un instante al joven. Nadie tenía el ojo más profundamente escrutador que el cardenal, y D'Artagnan sintió aquella mirada correr por sus venas como una fiebre.

Sin embargo puso buena cara, teniendo su sombrero en sus manos y esperando el capricho de Su Eminencia, sin demasiado orgullo, pero también sin demasiada humildad.

-Señor -le dijo el cardenal-, ¿sois vos un D'Artagnan del Béam?

-Sí, monseñor -respondió el joven.

-Hay muchas ramas de D'Artagnan en Tarbes y en los alrededores -dijo el cardenal-; ¿a cuál pertenecéis vos?

-Soy hijo del que hizo las guerras de religión con el gran rey Enrique, padre de Su Graciosa Majestad.

-Eso está bien. ¿Sois vos quien salisteis hace siete a ocho meses más o menos de vuestra región para venir a buscar fortuna a la capital?

-Sí, monseñor.

-Vinisteis por Meung, donde os ha ocurrido algo, no sé muy bien qué, pero algo.

-Monseñor -dijo D'Artagnan-, lo que me pasó...

-Inútil, inútil -replicó el cardenal con una sonrisa que indicaba que conocía la historia tan bien como el que quería contársela-; estabais recomendado al señor de Tréville, ¿no es así?

-Sí, monseñor, pero precisamente, en ese desgraciado asunto de Meung...

-Se perdió la carta -prosiguió la Eminencia-; sí, ya sé eso; pero el señor de Tréville es un fisonomista hábil que conoce a los hombres a primera vista, y os ha

colocado en la compañía de su cuñado, el señor des Essarts, dejándoos la esperanza de que un día a otro entraríais en los mosqueteros.

-Monseñor está perfectamente informado -dijo D'Artagnan.

-Desde esa época os han pasado muchas cosas: os habéis paseado por detrás de los Chartreux cierto día que más hubiera valido que estuviéseis en otra parte; luego habéis hecho con vuestros amigos un viaje a las aguas de Forges; ellos se han detenido en ruta, pero vos habéis continuado vuestro camino. Es muy sencillo, teníais asuntos en Inglaterra.

-Monseñor -dijo D'Artagnan completamente desconcertado-, yo iba...

-De caza, a Windsor, o a otra parte, eso no importa a nadie. Sé eso, porque mi obligación consiste en saberlo todo. A vuestro regreso, habéis sido recibido por una augusta persona, y veo con placer que habéis conservado el recuerdo que os ha dado.

D'Artagnan llevó la mano al diamante que tenía de la reina, y volvió con presteza el engaste hacia dentro; pero era demasiado tarde.

-Al día siguiente de esa fecha, habéis recibido la visita de Cavois -prosiguió el cardenal-; iba a rogaros que pasaseis por el Palais; esa visita no la habéis hecho, y habéis cometido un error.

-Monseñor, temía haber incurrido en desgracia con Vuestra Eminencia.

-¡Vaya! Y eso, ¿por qué señor? Por haber seguido las órdenes de vuestros superiores con más inteligencia y valor de lo que otro hubiera hecho. ¿Incurrir en mi desgracia cuando merecíais elogios? Son las personas que no obedecen las que yo castigo, y nos la que, como vos, obedecen... demasiado bien... Y la prueba, recordad la fecha del día en que os había dicho que vinierais a verme, buscad en vuestra memoria lo que pasó aquella misma noche.

Era la misma noche en que había tenido lugar el rapto de la señora Bonacieux; D'Artagnan se estremeció, y recordó que media hora antes la pobre mujer había pasado a su lado, arrastrada sin duda por la misma potencia que la había hecho desaparecer.

-En fin -continuó el cardenal- como no oía hablar de vos desde hace algún tiempo, he querido saber qué hacíais. Además, me debéis alguna gratitud: vos mismo habréis observado con qué miramientos habéis sido tratado en todas las circunstancias.

D'Artagnan se inclinó con respeto.

-Eso -continuó el cardenal-, se debía no sólo a un sentimiento de equidad natural, sino además a un plan que yo me había trazado respecto a vos.

D'Artagnan estaba cada vez más asombrado.

-Yo quería exponeros ese plan el día que recibisteis mi primera invitación; pero no vinisteis. Por suerte, nada se ha perdido con ese retraso, y hoy vais a oírlo. Sentaos ahí, delante de mí, señor D'Artagnan: sois lo suficientemente buen gentilhombre para no escuchar de pie.

Y el cardenal indicó con el dedo una silla al joven, que estaba tan asombrado de lo que pasaba que, para obedecer, esperó una segunda indicación de su interlocutor.

-Sois valiente, señor D'Artagnan -continuó la Eminencia-; sois prudente, cosa que vale más. Me gustan los hombres de cabeza y de corazón; no os asustéis -dijo sonriendo-, por hombres de corazón entiendo hombres de valor; mas, pese a lo joven que sois y recién entrado en el mundo, tenéis enemigos poderosos; ¡si no tenéis cuidado, os perderán!

-¡Ah, monseñor! -respondió el joven-. Lo harán muy fácilmente sin duda; porque son fuertes y están bien apoyados, mientras que yo estoy solo.

-Sí, es cierto; pero por más solo que estéis, habéis hecho ya mucho, y más haréis aún, no tengo ninguna duda. Sin embargo, necesitáis, en mi opinión, ser guiado en la aventurera carrera que habéis emprendido; porque, si no me equivoco, habéis venido a París con la ambiciosa idea de hacer fortuna.

-Estoy en la edad de las locas esperanzas, Monseñor -dijo D'Artagnan.

-No hay locas esperanzas más que para los tontos, señor, y vos sois Inteligente. Veamos, ¿qué diríais de una enseña en mis guardias, y de una compañía después de la campaña?

-¡Ah, Monseñor!

-Aceptáis, ¿no es así?

-Monseñor -replicó D'Artagnan con aire de apuro.

-¿Cómo? ¿Rehusáis? -exclamó el cardenal asombrado.

-Estoy en los guardias de Su Majestad, Monseñor, y no tengo motivos para estar descontento.

-Pero me parece -dijo la Eminencia- que mis guardias son también los guardias de Su Majestad, y que con tal que se sirva en un cuerpo francés, se sirve al rey.

-Monseñor, Vuestra Eminencia ha comprendido mal mis palabras.

-¿Queréis un pretexto, no es eso? Comprendo. Pues bien, ese pretexto lo tenéis. El ascenso, la campaña que se inicia, la ocasión que se os ofrece: eso para la gente; para vos, la necesidad de protecciones seguras; porque es bueno que sepáis, señor D'Artagnan, que he recibido quejas graves contra vos, vos no consagráis exclusivamente vuestros días y vuestras noches al servicio del rey.

D'Artagnan se puso colorado.

-Por lo demás -continuó el cardenal posando su mano sobre un legajo de papeles-, tengo todo un informe que os concierne; pero antes de leerlo, he querido hablar con vos. Os sé hombre de resolución, y vuestros servicios, bien dirigidos, en vez de perjudicaros pueden reportaros mucho. Veamos, reflexionad y decidid.

-Vuestra bondad me confunde, Monseñor -respondió D'Artagnan-, y reconozco en vuestra Eminencia una grandeza de alma que me hace tan pequeño como un gusano; pero, en fin, dado que Monseñor me permite hablarle con franqueza...

D'Artagnan se detuvo.

-Sí, hablad.

-Pues bien, diré a Vuestra Eminencia que todos mis amigos están en los mosqueteros y en los guardias del rey, y que mis enemigos, por una fatalidad inconcebible, están con Vuestra Eminencia; sería por tanto mal recibido y mal mirado si aceptara lo que monseñor me ofrece.

-¿Tendríais la orgullosa idea de que no os ofrezco lo que valéis, señor? -dijo el cardenal con una sonrisa de desdén.

-Monseñor, Vuestra Eminencia es cien veces bueno conmigo, y, por el contrario, pienso no haber hecho aún suficiente para ser digno de sus bondades. El sitio de La Rochelle va a empezar, monseñor; yo serviré ante los ojos de Vuestra Eminencia, y si tengo la suerte de comportarme en ese sitio de tal forma que merezca atraer sus miradas, ¡pues bien!, luego tendré al menos detrás de mí alguna acción brillante para justificar la protección con que tenga a bien honrarme. Todo debe hacerse a su tiempo, monseñor; quizá más tarde tenga yo derecho a darme, en este momento parecería que me vendo.

-Es decir, que rehusáis servirme, señor -dijo el cardenal con un tono de despecho en el que apuntaba sin embargo cierta clase de estima-; quedad, pues, libre y guardad vuestros odios y vuestras simpatías.

-Monseñor...

-Bien, bien -dijo el cardenal-, no os quiero; pero como comprenderéis bastante tiene uno con defender a sus amigos y recompensarlos, no debe nada a sus enemigos, y sin embargo os daré un consejo: manteneos alerta, señor D'Artagnan, porque en el momento en que yo haya retirado mi mano de vos, no compraría vuestra vida por un óbolo.

-Lo intentaré, monseñor -respondió el gascón con noble seguridad.

-Más tarde, y si en cierto momento os ocurre alguna desgracia -dijo Richelieu con intención-, pensad que soy yo quien ha ido a buscaros, y que ha hecho cuanto ha podido para que esa desgracia no os alcanzase.

-Pase lo que pase -dijo D'Artagnan poniendo la mano en el pecho a inclinándose-, tendré eterna gratitud a Vuestra Eminencia por lo que hace por mí en este momento.

-Bien, como habéis dicho -señor D'Artagnan-, volveremos a vernos en la campaña; os seguiré con los ojos, porque estaré allí -prosiguió el cardenal señalando con el dedo a D'Artagnan una magnífica armadura que debía endosarse-, y a vuestro regreso, pues bien, ¡hablaremos!

-¡Ah, monseñor! -exclamó D'Artagnan-. Ahorradme el peso de vuestra desgracia; permaneced neutral, monseñor, si os parece que actúo como hombre galante.

-Joven -dijo Richelieu-, si puedo deciros una vez más lo que os he dicho hoy, os prometo decíroslo.

Esta última frase de Richelieu expresaba una duda terrible; consternó a D'Artagnan más de lo que habría hecho una amenaza, porque era una advertencia. El cardenal trataba, pues, de preservarle de alguna desgracia que lo amenazaba. Abrió la boca para responder, pero con gesto altivo el cardenal lo despidió.

D'Artagnan salió; pero a la puerta estuvo a punto de fallarle el corazón, y poco le faltó para volver a entrar. Sin embargo, el rostro grave y severo de Athos se le apareció: si hacía con el cardenal el pacto que éste le proponía, Athos no volvería a darle la mano, Athos renegaría de él.

Fue este temor el que lo retuvo: ¡tan poderosa es la influencia de un carácter verdaderamente grande sobre cuánto le rodea!

D'Artagnan descendió por la misma escalera por la que había entrado, y encontró ante la puerta a Athos y a los cuatro mosqueteros que esperaban su regreso y que comenzaban a inquietarse. Con una palabra D'Artagnan los tranquilizó, y Planchet corrió a avisar a los demás puestos que era inútil montar una guardia más larga, dado que su amo había salido sano y salvo del Palais-Cardinal.

Una vez vueltos a casa de Athos, Aramis y Porthos se informaron de las causas de aquella extraña cita; pero D'Artagnan se contentó con decirles que el señor de Richelieu lo había hecho ir para proponerle entrar en sus guardias con el grado de enseña, y que había rehusado.

-Y habéis hecho bien -exclamaron a una Porthos y Aramis.

Athos cayó en profunda reflexión y no dijo nada. Pero en cuanto estuvo solo con D'Artagnan:

-Habéis hecho lo que debíais hacer, D'Artagnan -dijo Athos-, pero quizá habéis hecho mal.

D'Artagnan lanzó un suspiro; porque aquella voz respondía a una voz de su alma, que le decía que grandes desgracias lo esperaban.

La jornada del día siguiente se pasó en preparativos de partida; D'Artagnan fue a despedirse del señor de Tréville. A aquella hora se creía todavía que la separación de los guardias y de los mosqueteros sería momentánea, porque aquel día tenía el rey su parlamento y debían partir al día siguiente. El señor de Tréville se contentó, pues, con preguntar a D'Artagnan si necesitaba algo de él, pero D'Artagnan respondió orgullosamente que tenía todo lo que necesitaba.

La noche reunió a todos los camaradas de la compañía de los guardias del señor des Essarts y de la compañía de los mosqueteros del señor de Tréville, que habían hecho amistad. Se dejaban para volverse a ver cuando pluguiera a Dios y si placía a Dios. La noche fue por tanto una de las más ruidosas, como se puede suponer, porque en semejantes casos, no se puede combatir la extrema precaución más que con el extremo descuido.

Al día siguiente, al primer toque de las trompetas, los amigos se dejaron: los mosqueteros corrieron al palacio del señor de Tréville y los guardias al del señor des Essarts. Los dos capitanes condujeron al punto sus compañías al Louvre, donde el rey los revistaba.

El rey estaba triste y parecía enfermo, lo cual quitaba algo a su gesto altivo. En efecto, la víspera la fiebre lo había cogido en medio del parlamento y mientras ocupaba la presidencia. No por ello estaba menos decidido a partir aquella misma noche; y pese a las observaciones que se habían hecho, había querido pasar revista, esperando que el primer golpe de vigor vencería la enfermedad que comenzaba a apoderarse de él.

Una vez pasada la revista, los guardias se pusieron en marcha, ellos solos; los mosqueteros debían partir sólo con el rey, lo que permitió a Porthos ir a dar una vuelta, en su soberbio equipo, por la calle aux Ours.

La procuradora lo vio pasar en su uniforme nuevo y sobre su hermoso caballo. Amaba demasiado a Porthos para dejarlo partir así; le hizo seña de apearse y de venir a su lado. Porthos estaba magnífico; sus espuelas resonaban,

su coraza brillaba, su espada le golpeaba orgullosamente las piernas. Aquella vez los pasantes no tuvieron ninguna gana de reír: ¡tanta era la pinta que Porthos tenía de cortador de orejas!

El mosquetero fue introducido junto al señor Coquenard, cuyos ojillos grises brillaron de cólera al ver a su primo todo flamante. Sin embargo, una cosa lo consoló interiormente; es que por todas partes decían que la campaña sería ruda: en el fondo de su corazón esperaba dulcemente que Porthos muriera en ella.

Porthos presentó sus respetos a maese Coquenard y se despidió de él; maese Coquenard le deseó toda suerte de prosperidades. En cuanto a la señora Coquenard, no podía contener sus lágrimas; pero nadie sacó ninguna mala consecuencia de su dolor; se la sabía muy apegada a sus parientes, por los que había tenido siempre crueles disputas con su marido.

Pero las auténticas despedidas se hicieron en la habitación de la señora Coquenard: fueron desgarradoras.

Durante el tiempo que la procuradora pudo seguir con los ojos a su amante, agitó un pañuelo inclinándose fuera de la ventana, hasta el punto de que se creería que quería tirarse. Porthos recibió todas aquellas señales de ternura como hombre habituado a semejantes demostraciones. Sólo que al volver la esquina de la calle, se quitó el sombrero y lo agitó en señal de adiós.

Por su parte, Aramis escribía una larga carta. ¿A quién? Nadie sabía nada. En la habitación vecina, Ketty, que debía partir aquella misma noche para Tours, esperaba aquella carta misteriosa.

Athos bebía a sorbos la última botella de su vino español.

Mientras tanto, D'Artagnan desfilaba con su compañía.

Al llegar al barno de Saint-Antoine, se volvió para mirar alegremente la Bastilla; pero como era solamente la Bastilla lo que miraba, no vio a Milady que, montada sobre un caballo overo, lo señalaba con el dedo a dos hombres de mala catadura que se acercaron al punto a las filas para reconocerlo. A una interrogación que hicieron con la mirada, Milady respondió con un signo que era él. Luego,

segura de que no podía haber error en la ejecución de sus órdenes, espoleó su caballo y desapareció.

Los dos hombres siguieron entonces a la compañía, y a la salida del barrio Saint-Antoine montaron en dos caballos completamente preparados que un criado sin librea tenía en la mano esperándolos.



Capítulo XLI

El sitio de La Rochelle

El sitio de La Rochelle fue uno de los grandes acontecimientos políticos de Luis XIII, y una de las grandes empresas militares del cardenal. Es por tanto interesante, a incluso necesario, que digamos algunas palabras, dado que muchos detalles de ese asedio están ligados de manera demasiado importante a la historia que hemos comenzado a contar para que los pasemos en silencio.

Las miras políticas del cardenal cuando emprendió este asedio eran considerables. Expongámoslas primero, luego pasaremos a las miras particulares que no tuvieron sobre Su Eminencia menos influencia que las primeras.

De las ciudades importantes dadas por Enrique IV a los hugonotes como plazas de seguridad, sólo quedaba La Rochelle. Se trataba por tanto de destruir aquel último baluarte del calvinismo, levadura peligrosa a la que venían a mezclarse incesantemente fermentos de revuelta civil o de guerra extranjera,

Españoles, ingleses, italianos descontentos, aventureros de cualquier nación, soldados de fortuna de toda secta acudían a la primera llamada bajo las banderas de los protestantes y se organizaban como una vasta asociación cuyas ramas divergían a capricho en todos los puntos de Europa.

La Rochelle, que había adquirido nueva importancia con la ruina de las demás ciudades calvinistas era, pues, el hogar de las disensiones y de las ambiciones. Había más: su puerto era la primera puerta abierta a los ingleses en el reino de Francia; y al cerrarlo a Inglaterra, nuestra eterna enemiga, el cardenal acababa la obra de Juana de Arco y del duque de Guisa.

Por eso Bassompierre, que era a la vez protestante y católico, protestante de corazón y católico como comendador del Espíritu Santo; Bassompierre, que era alemán de nacimiento y francés de corazón; Bassompierre, en fin, que ejercía un mando particular en el asedio de La Rochelle, decía cargando a la cabeza de muchos otros señores protestantes como él:

-¡Ya veréis, señores, cómo somos tan bestias que conquistaremos La Rochelle!

Y Bassompierre tenía razón; el cañoneo de la isla de Ré presagiaba para él las dragonadas de Cévennes; la toma de La Rochelle era el prefacio de la revocación del edicto de Nantes.

Pero, ya lo hemos dicho, al lado de estas miras del ministro nivelador y simplificador, y que pertenecen a la historia, el cronista está obligado a reconocer las pequeñas miras del hombre enamorado y del rival celoso.

Richelieu, como todos saben, había estado enamorado de la reina; si este amor tenía en él un simple objetivo político o era naturalmente una de esas profundas pasiones como las que inspiró Ana de Austria a quienes la rodeaban, es lo que no sabríamos decir; pero en cualquier caso, por los desarrollos anteriores de esta historia, se ha visto que Buckingham había triunfado sobre él y que en dos o tres circunstancias, y sobre todo en la de los herretes, gracias al desvelo de los tres mosqueteros y al valor de D'Artagnan, había sido cruelmente burlado.

Se trataba, pues, para Richelieu no sólo de librar a Francia de un enemigo, sino de vengarse de un rival; por lo demás, la venganza debía ser grande y clamorosa, y digna en todo un hombre que tiene en su mano, por espada de combate, las fuerzas de todo un reino.

Richelieu sabía que combatiendo a Inglaterra combatía a Buckingham, que venciendo a Inglaterra vencía a Buckingham, y que humillando a Inglaterra ante los ojos de Europa humillaba a Buckingham a los ojos de la reina.

Por su lado Buckingham, aunque ponía ante todo el honor de Inglaterra estaba movido por intereses absolutamente semejantes a los del cardenal; Buckingham también perseguía una venganza particular: bajo ningún pretexto había podido Buckingham entrar en Francia como embajador, y quería entrar como conquistador.

De donde resulta que lo que realmente se ventilaba en esa partida que los dos reinos más poderosos jugaban por el capricho de dos hombres enamorados, era una simple mirada de Ana de Austria.

La primera ventaja había sido para el duque de Buckingham: llegado inopinadamente a la vista de la isla de Ré con noventa bajeles y veinte mil hombres aproximadamente, había sorprendido al conde Toiras, que mandaba en nombre del rey en la isla; tras un combate sangriento había realizado su desembarco.

Relatemos de paso que en este combate había perecido el barón de Chantal; el barón de Chantal dejaba huérfana una niña de dieciocho meses.

Esta niña fue luego Madame de Sévigné.

El conde de Toiras se retiró a la ciudadela Saint-Martin con la guarnición, y dejó un centenar de hombres en un pequeño fuerte que se llamaba de la Prée.

Este acontecimiento había acelerado las decisiones del cardenal; y a la espera de que el rey y él pudieran ir a tomar el mando del asedio de La Rochelle, que estaba decidido, había hecho partir a Monsieur para dirigir las primeras operaciones, y había hecho desfilarse hacia el escenario de la guerra todas las tropas de que había podido disponer.

De este destacamento enviado como vanguardia era del que formaba parte nuestro amigo D'Artagnan.

El rey, como hemos dicho, debía seguirlo tan pronto como hubiera terminado la solemne sesión real pero al levantarse de aquel asiento real, el 28 de junio se había sentido afiebrado; habría querido partir igualmente pero al empeorar su estado se vio obligado a detenerse en Villeroi.

Ahora bien, allí donde se detenía el rey se detenían los mosqueteros; de donde resultaba que D'Artagnan, que estaba pura y simplemente en los guardias, se había separado, momentáneamente al menos, de sus buenos amigos Athos, Porthos y Aramis; esta separación, que no era para él más que una contrariedad, se habría convertido desde luego en inquietud seria si hubiera podido adivinar qué peligros desconocidos lo rodeaban.

No por eso dejó de llegar, sin incidente alguno al campamento establecido ante La Rochelle, hacia el 10 del mes de septiembre del año 1627.

Todo se hallaba en el mismo estado: el duque de Buckingham y sus ingleses dueños de la isla de Ré, continuaban sitiando, aunque sin éxito, la ciudadela de

Saint-Martin y el fuerte de La Prée, y las hostilidades con La Rochelle habían comenzado hacía dos o tres días a propósito de un fuerte que el duque de Angulema acababa de hacer construir junto a la ciudad.

Los guardias, al mando del señor des Essarts, se alojaban en los Mínimos.

Pero como sabemos, D'Artagnan, preocupado por la ambición de pasar a los mosqueteros, raramente había hecho amistad con sus camaradas; se encontraba por tanto solo y entregado a sus propias reflexiones.

Sus reflexiones no eran risueñas; desde hacía un año que había llegado a Paris se había mezclado en los asuntos públicos; sus asuntos privados no habían adelantado mucho ni en amor ni en fortuna.

En amor, la única mujer a la que había amado era la señora Bonacieux, y la señora Bonacieux había desaparecido sin que él pudiera descubrir aún qué había sido de ella.

En fortuna, se había hecho, débil como era, enemigo del cardenal, es decir, de un hombre ante el cual temblaban los mayores del reino, empezando por el rey.

Aquel hombre podía aplastarlo, y sin embargo no lo había hecho; para un ingenio tan perspicaz como era D'Artagnan, aquella indulgencia era una luz por la que vela un porvenir mejor.

Luego se había hecho también otro enemigo menos de temer, pensaba, pero que sin embargo instintivamente sentía que no era de despreciar: ese enemigo era Milady.

A cambio de todo esto había conseguido la protección y la benevolencia de la reina, pero la benevolencia de la reina era, en aquellos tiempos, una causa más de persecuciones; y su protección, como se sabe, protegía muy mal; ejemplos: Chalais y la señora Bonacieux.

Lo que en todo aquello había ganado en claro era el diamante de cinco o seis mil libras que llevaba en el dedo; pero incluso de aquel diamante, suponiendo que D'Artagnan en sus proyectos de ambición quisiera guardarlo para convertirlo un día en señal de reconocimiento de la reina, no había que esperar, puesto que no podía deshacerse de él, más valor que de los guijarros que pisoteaba.

Decimos los guijarros que pisoteaba, porque D'Artagnan hacía estas reflexiones paseándose en solitario por un lindo caminito que conducía del campamento a la villa de Angoutin; ahora bien, estas reflexiones lo habían llevado más lejos de lo que pensaba, y la luz comenzaba a bajar cuando al último rayo del crepúsculo le pareció ver brillar detrás de un seto el cañón de un mosquete.

D'Artagnan tenía el ojo despierto y el ingenio pronto, comprendió que el mosquete no había venido hasta allí completamente solo y que quien lo manejaba no estaba escondido detrás de un seto con intenciones amistosas. Decidió por tanto largarse cuando, al otro lado de la ruta, tras una roca, divisó la extremidad de un segundo mosquete.

Era evidentemente una emboscada.

El joven lanzó una ojeadas sobre el primer mosquete y vio con cierta inquietud que se bajaba en su dirección, pero tan pronto como vio el orificio del cañón inmóvil se arrojó cuerpo a tierra. Al mismo tiempo salió el disparo y oyó el silbido de la bala que pasaba por encima de su cabeza.

No había tiempo que perder: D'Artagnan se levantó de un salto en el mismo momento que la bala del otro mosquete hizo volar los guijarros en el lugar mismo del camino en que se había arrojado de cara contra el suelo.

D'Artagnan no era uno de esos hombres inútilmente valientes que buscan la muerte ridícula para que se diga de ellos que no han retrocedido ni un paso; además, aquí no se trataba de valor: D'Artagnan había caído en una celada.

-Si hay un tercer disparo -se dijo-, soy hombre muerto.

Y al punto, echando a todo correr, huyó en dirección del campamento con la velocidad de las gentes de su región, tan renombradas por su agilidad; mas cualquiera que fuese la rapidez de su carrera, el primero que había disparado, habiendo tenido tiempo de volver a cargar su arma, le disparó un segundo disparo tan bien ajustado esta vez que la bala le atravesó el sombrero y lo hizo volar a diez pasos de él.

Sin embargo, como D'Artagnan no tenía otro sombrero, recogió el suyo a la carrera, llegó todo jadeante y muy pálido a su alojamiento, se sentó sin decir nada a nadie y se puso a reflexionar.

Aquel suceso podía tener tres causas:

La primera y más natural podía ser una emboscada de los rochelleleses, a quienes no les habría molestado matar a uno de los guardias de Su Majestad, primero porque era un enemigo menos, y porque este enemigo podía tener una bolsa bien guarnecida en su bolso.

D'Artagnan cogió su sombrero, examinó el agujero de la bala y movió la cabeza. La bala no era una bala de mosquete, era una bala de arcabuz; la exactitud del disparo le había dado ya la idea de que había sido disparado por un arma particular: aquello no era, por tanto, una emboscada militar, puesto que la bala no era de calibre.

Aquello podía ser un buen recuerdo del señor cardenal. Se recordará que en el momento mismo en que gracias a aquel bienaventurado rayo de sol había divisado el cañón del fusil, él se asombraba de la longanimidad de Su Eminencia para con él.

Pero D'Artagnan movió la cabeza. Con personas con las que no tenía más que extender la mano rara vez recurría Su Eminencia a semejantes medios.

Aquello podía ser una venganza de Milady.

Esto era lo más probable.

Trató inútilmente de recordar o los rasgos o el traje de los asesinos; se había alejado tan rápidamente de ellos que no había tenido tiempo de observar nada.

-¡Ay, mis pobres amigos! -murmuró D'Artagnan-. ¿Dónde estáis? ¡Cuánta falta me hacéis!

D'Artagnan pasó muy mala noche. Tres o cuatro veces se despertó sobresaltado, imaginándose que un hombre se acercaba a su cama para apuñalarlo. Sin embargo, apareció la luz sin que la oscuridad hubiera traído ningún incidente.

Pero D'Artagnan sospechó mucho que lo que estaba aplazado no estaba perdido.

D'Artagnan permaneció toda la jornada en su alojamiento; a sí mismo se dio la excusa de que el tiempo era malo.

Al día siguiente, a las nueve, tocaron llamada y tropa. El duque de Orleans visitaba los puestos. Los guardias corrieron a las armas y D'Artagnan ocupó su puesto en medio de sus camaradas.

Monsieur pasó ante el frente de batalla; luego, todos los oficiales superiores se acercaron a él para hacerle séquito, el señor Des Essarts, capitán de los guardias, igual que los demás.

Al cabo de un instante le pareció a D'Artagnan que el señor Des Essarts le hacía señas de acercarse: esperó un nuevo gesto de su superior, temiendo equivocarse, pero repetido el gesto, dejó las filas y se adelantó para oír la orden.

-Monsieur va a pedir hombres voluntarios para una misión peligrosa, pero que será un honor para quienes la cumplan; os he hecho esa seña para que estuvierais preparado.

-¡Gracias, mi capitán! -respondió D'Artagnan, que no pedía otra cosa que distinguirse a los ojos del teniente general.

En efecto, los rochellese habían hecho una salida durante la noche y habían recuperado un bastión del que el ejército realista se había apoderado dos días antes; se trataba de hacer un reconocimiento a cuerpo descubierto para ver cómo custodiaba el ejército aquel bastión.

Efectivamente, al cabo de algunos instantes Monsieur elevó la voz y dijo:

-Necesitaría para esta misión tres o cuatro voluntarios guiados por un hombre seguro.

-En cuanto al hombre seguro, lo tengo a mano, Monsieur -dijo el señor Des Essarts, mostrando a D'Artagnan-; y en cuanto a los cuatro o cinco voluntarios, Monsieur no tiene más que dar a conocer su intenciones, y no le faltarán hombres.

-¡Cuatro hombres de buena voluntad para venir a hacerse matar conmigo! -dijo D'Artagnan levantando su espada.

Dos de sus camaradas de los guardias se precipitaron inmediatamente, y habiéndose unido a ellos dos soldados, encontró que el número pedido era suficiente; D'Artagnan rechazó, pues, a todos los demás, no queriendo atropellar a quienes tenían prioridad.

Se ignoraba si después de la toma del bastión los rochelletes lo habían evacuado o habían dejado allí guarnición; había, pues, que examinar el lugar indicado desde bastante cerca para comprobarlo.

D'Artagnan partió con sus cuatro compañeros y siguió la trinchera: los dos guardias marchaban a su misma altura y los soldados venían detrás.

Así, cubriéndose con los revestimientos del terreno, llegaron a unos cien pasos del bastión. Allí, al volverse D'Artagnan, se dio cuenta de que los dos soldados habían desaparecido.

Creyó que por miedo se habían quedado atrás y continuó avanzando.

A la vuelta de la contraescarpa, se hallaron a sesenta pasos aproximadamente del bastión.

No se veía a nadie, y el bastión parecía abandonado.

Los tres temerarios deliberaban si seguir adelante cuando, de pronto, un cinturón de humo ciñó al gigante de piedra y una docena de balas vinieron a silbar en torno a D'Artagnan y sus dos compañeros.

Sabían lo que querían saber: el bastión estaba guardado. Quedarse más tiempo en aquel lugar peligroso hubiese sido, pues, una imprudencia inútil; D'Artagnan y los dos guardias volvieron la espalda y comenzaron una retirada que se parecía a una fuga.

Al llegar al ángulo de la trinchera que iba a servirles de muralla uno de los guardias cayó: una bala le había atravesado el pecho. El otro, que estaba sano y salvo, continuó su carrera hacia el campamento.

D'Artagnan no quiso abandonar así a su compañero y se inclinó hacia él para levantarlo y ayudarlo a alcanzar las líneas; pero en aquel momento salieron dos disparos de fusil: una bala vino a estrellarse sobre la roca tras haber pasado a dos pulgadas de D'Artagnan.

El joven se volvió rápidamente porque aquel ataque no podía venir del bastión, que estaba oculto por el ángulo de la trinchera. La idea de los dos soldados que lo habían abandonado le vino a la mente y le recordó a los asesinos de la víspera; resolvió, por tanto, saber a qué atenerse aquella vez y cayó sobre el cuerpo de su camarada como si estuviera muerto.

Vio al punto dos cabezas que se levantaban por encima de una obra abandonada que estaba a treinta pasos de allí; eran las de nuestros dos soldados. D'Artagnan no se había equivocado: aquellos dos hombres no le habían seguido más que para asesinarlo, esperando que la muerte del joven sería cargada en la cuenta del enemigo.

Sólo que, como podía estar solamente herido y denunciar su crimen, se acercaron para rematarlo; por suerte, engañados por la artimaña de D'Artagnan, se olvidaron de volver a cargar sus fusiles.

Cuando estuvieron a diez pasos de él, D'Artagnan, que al caer había tenido gran cuidado de no soltar su espada, se levantó de pronto y de un salto se encontró junto a ellos.

Los asesinos comprendieron que, si huían hacia el campamento sin haber matado a aquel hombre, serían acusados por él; por eso su primera idea fue la de pasarse al enemigo. Uno de ellos cogió su fusil por el cañón y se sirvió de él como de una maza: lanzó un golpe terrible a D'Artagnan, que lo evitó echándose hacia un lado; pero con este movimiento brindó paso al bandido, que se lanzó al punto hacia el bastión. Como los rochellese que lo vigilaban ignoraban con qué intención venía aquel hombre hacia ellos, dispararon contra él y cayó herido por una bala que le destrozó el hombro.

En este tiempo, D'Artagnan se había lanzado sobre el segundo soldado, atacándolo con su espada; la lucha no fue larga, aquel miserable no tenía para defenderse más que su arcabuz descargado; la espada del guardia se deslizó por sobre el cañón del arma vuelta inútil y fue a atravesar el muslo del asesino que cayó. D'Artagnan le puso inmediatamente la punta del hierro en el pecho.

-¡Oh, no me matéis! -exclamó el bandido-. ¡Gracia, gracia, oficial, y os lo diré todo!

-¿Vale al menos lo secreto la pena de que lo perdone la vida? -preguntó el joven conteniendo su brazo.

-Sí, si estimáis que la existencia es algo cuando se tienen veintidós años como vos y se puede alcanzar todo, siendo valiente y fuerte como vos lo sois.

-¡Miserable! -dijo D'Artagnan-. Vamos, habla deprisa, ¿quién te ha encargado asesinarme?

-Una mujer a la que no conozco, pero que se llamaba Milady.

-Pero si no conoces a esa mujer, ¿cómo sabes su nombre?

-Mi camarada la conocía y la llamaba así, fue él quien tuvo el asunto con ella y no yo; él tiene incluso en su bolso una carta de esa persona que debe tener para vos gran importancia, por lo que he oído decir.

-Pero ¿cómo te metiste en esta celada?

-Me propuso que diéramos el golpe nosotros dos y acepté.

-¿Y cuánto os dio ella por esta hermosa expedición?

-Cien luses.

-Bueno, en buena hora -dijo el joven riendo- estima que valgo algo: cien luses. Es una cantidad para dos miserables como vosotros; por eso comprendo que hayas aceptado y lo perdono con una condición.

-¿Cuál? -preguntó el soldado inquieto y viendo que no todo había terminado.

-Que vayas a buscarme la carta que tu camarada tiene en bolsillo.

-Pero eso -exclamó el bandido- es otra manera de matarme; ¿cómo queréis que vaya a buscar esta carta bajo el fuego del bastión?

-Sin embargo, tienes que decidirte a ir en su busca, o te juro que mueres por mi mano.

-¡Gracia, señor, piedad! ¡En nombre de esa dama a la que amáis a la que quizá creéis muerta y que no lo está! -exclamó el bandido poniéndose de rodillas y apoyándose sobre su mano, porque comenzaba a perder sus fuerzas con la sangre.

-¿Y por qué sabes tú que hay una mujer a la que amo y que yo he creído muerta a esa mujer? -preguntó D'Artagnan.

-Por la carta que mi camarada tiene en su bolsillo.

-Comprenderás entonces que necesito tener esa carta -di D'Artagnan-; así que no más retrasos ni dudas, o aunque me repugne temprar por segunda vez mi espada en la sangre de un miserable como tú, lo juro por mi fe de hombre honrado...

Y a estas palabras D'Artagnan hizo un gesto tan amenazador que el herido se levantó.

-¡Deteneos! ¡Deteneos! -exclamó recobrando valor a fuerza de terror-. ¡Iré..., iré...!

D'Artagnan cogió el arcabuz del soldado, lo hizo pasar delante de él y lo empujó hacia su compañero pinchándole los lomos con la punta de su espada.

Era algo horrible ver a aquel desgraciado dejando sobre el camino que recorría un largo reguero de sangre, cada vez más pálido ante muerte próxima, tratando de arrastrarse sin ser visto hasta el cuerpo de su cómplice que yacía a veinte pasos de allí.

El terror estaba pintado sobre su rostro cubierto de un sudor frío de tal modo que D'Artagnan se compadeció y mirándolo con desprecio:

-Pues bien -dijo-, voy a demostrarte la diferencia que existe entre un hombre de corazón y un cobarde como tú: quédate iré yo.

Y con paso ágil, el ojo avizor, observando los movimientos del enemigo, ayudándose con todos los accidentes del terreno, D'Artagnan llegó hasta el segundo soldado.

Había dos medios para alcanzar su objetivo: registrarlo allí mismo o llevárselo haciendo un escudo con su cuerpo y registrarlo en la trinchera.

D'Artagnan prefirió el segundo medio y cargó el asesino a sus hombros en el momento mismo que el enemigo hacía fuego.

Una ligera sacudida el ruido seco de tres balas que agujereaban las carnes, un último grito un estremecimiento de agonía le probaron a D'Artagnan que el que había querido asesinarlo acababa de salvarle la vida.

D'Artagnan ganó la trinchera y arrojó el cadáver junto al herido tan pálido como un muerto.

Comenzó el inventario inmediatamente: una cartera de cuero, una bolsa donde se encontraba evidentemente una parte de la suma del dinero que había recibido, un cubilete y los dados formaban la herencia del muerto.

Dejó el cubilete y los dados donde habían caído, lanzó la bolsa al herido y abrió ávidamente la cartera.

En medio de algunos papeles sin importancia, encontró la carta siguiente: era la que había ido a buscar con riesgo de su vida:

«Dado que habéis perdido el rastro de esa mujer y que ahora está a salvo en ese convento al que nunca deberíais haberla dejado llegar, tratad al menos de no fallar con el hombre; si no, sabéis que tengo la mano larga y que pagaréis caros los cien luises que os he dado.»

Sin firma. Sin embargo, era evidente que la carta procedía de Milady. Por consiguiente, la guardó como pieza de convicción y, a salvo tras el ángulo de la trinchera se puso a interrogar al herido. Este confesó que con su camarada, el mismo que acababa de morir, estaba encargado de raptar a una joven que debía salir de París por la barrera de La Villete pero que, habiéndose parado a beber en una taberna, habían llegado diez minutos tarde al coche.

-Pero ¿qué habríais hecho con esa mujer? -preguntó D'Artagnan con angustia.

-Debíamos entregarla en un palacio de la Place Royale -dijo el herido.

-¡Sí! ¡Sí! -murmuró D'Artagnan-. Es exacto, en casa de la misma Milady.

Entonces el joven estremeciéndose, comprendió qué terrible sed de venganza empujaba a aquella mujer a perderlo, a él y a los que lo amaban, y cuánto sabía

ella de los asuntos de la corte, puesto que lo había descubierto todo. Indudablemente debía aquellos informes al cardenal.

Más, en medio de todo esto, comprendió, con un sentimiento de alegría muy real, que la reina había terminado por descubrir la prisión en que la pobre señora Bonacieux expiaba su adhesión, y que la había sacado de aquella prisión. Así quedaban explicados la carta que había recibido de la joven y su paso por la ruta de Chaillot, un paso parecido a una aparición.

Y entonces, como Athos había predicho, era posible volver a encontrar a la señora Bonacieux, y un convento no era inconquistable.

Esta idea acabó de devolver a su corazón la clemencia. Se volvió hacia el herido que seguía con ansiedad todas las expresiones diversas de su cara, y le tendió el brazo:

-Vamos -le dijo-, no quiero abandonarte así. Apóyate en mí y volvamos al campamento.

-Sí -dijo el herido, que a duras penas creía en tanta magnanimidad-, pero ¿no será para hacer que me cuelguen?

-Tienes mi palabra -dijo D'Artagnan-, y por segunda vez te perdono la vida.

El herido se dejó caer de rodillas y besó de nuevo los pies de su salvador; pero D'Artagnan, que no tenía ningún motivo para quedarse tan cerca del enemigo, abrevió él mismo los testimonios de gratitud.

El guardia que había vuelto a la primera descarga de los rochellese había anunciado la muerte de sus cuatro compañeros. Quedaron, pues, asombrados y muy contentos a la vez en el regimiento cuando se vio aparecer al joven sano y salvo.

D'Artagnan explicó la estocada de su compañero por una salida que improvisó. Contó la muerte del otro soldado y los peligros que habían corrido. Este relato fue para el ocasión de un verdadero triunfo. Todo el ejército habló de aquella expedición durante un día, y Monsieur hizo que le transmitieran sus felicitaciones.

Por lo demás, como toda acción hermosa lleva consigo su recompensa, la hermosa acción de D'Artagnan tuvo por resultado devolverle la tranquilidad que

había perdido. En efecto, D'Artagnan creía poder estar tranquilo, puesto que de sus dos enemigos uno estaba muerto y otro era adicto a sus intereses.

Esta tranquilidad probaba una cosa, y es que D'Artagnan no conocía aún a Milady.

Capítulo XLII

El vino de Anjou

Tras las noticias casi desesperadas del rey, el rumor de su convalecencia comenzaba a esparcirse por el campamento; y como tenía mucha prisa por llegar en persona al asedio, se decía que tan pronto como pudiera montar a caballo se pondría en camino.

En este tiempo, Monsieur, que sabía que de un día para otro iba a ser reemplazado en su mando bien por el duque de Angulema, bien por Bassompierre, bien por Schomberg, que se disputaban el mando, hacía poco, perdía las jornadas en tanteos, y no se atrevía a arriesgar una gran empresa para echar a los ingleses de la isla de Ré, donde asediaban constantemente la ciudadela Saint-Martin y el fuerte de La Prée, mientras que por su lado los franceses asediaban La Rochelle.

D'Artagnan, como hemos dicho, se había tranquilizado, como ocurre siempre tras un peligro pasado, y cuando el peligro pareció desvanecido, sólo le quedaba una inquietud, la de no tener noticia alguna de sus amigos.

Pero una mañana a principios del mes de noviembre, todo quedó explicado por esta carta, datada en Villeroy:

«Señor D'Artagnan:

Los señores Athos, Porthos y Aramis, tras haber jugado una buena partida en mi casa y haberse divertido mucho, han armado tal escándalo que el preboste del castillo, hombre muy rígido, los ha acuartelado algunos días; pero yo he cumplido las órdenes que me dieron de enviar doce botellas de mi vino de Anjou, que apreciaron mucho: quieren que vos bebáis a su salud con su vino favorito.

Lo he hecho, y soy, señor, con gran respeto,
Vuestro muy humilde y obediente servidor,

GODEAU

Hostelero de los Señores Mosqueteros.»

-¡Sea en buena hora! -exclamó D'Artagnan-. Piensan en mí en sus placeres como yo pensaba en ellos en mi aburrimiento; desde luego, beberé a su salud y de muy buena gana, pero no beberé solo.

Y D'Artagnan corrió a casa de dos guardias con los que había hecho más amistad que con los demás, a fin de invitarlos a beber con él el delicioso vinillo de Anjou que acababa de llegar de Villeroy. Uno de los guardias estaba invitado para aquella misma noche y otro para el día siguiente; la reunión fue fijada por tanto para dos días después.

Al volver, D'Artagnan envió las doce botellas de vino a la cantina de los guardias, recomendando que se las guardasen con cuidado; luego, el día de la celebración, como la comida estaba fijada para la hora del mediodía, D'Artagnan envió a las nueve a Planchet para prepararlo todo.

Planchet, muy orgulloso de ser elevado a la dignidad de maître, pensó en preparar todo como hombre inteligente; a este efecto, se hizo ayudar del criado de uno de los invitados de su amo, llamado Fourreau, y de aquel falso soldado que había querido matar a D'Artagnan, y que por no pertenecer a ningún cuerpo, había entrado a su servicio, o mejor, al de Planchet, desde que D'Artagnan le había salvado la vida.

Llegada la hora del festín, los dos invitados llegaron y ocuparon su sitio y se alinearon los platos en la mesa. Planchet servía, servilleta en brazo, Fourreau descorchaba las botellas, y Brisemont, tal era el nombre del convaleciente, transvasaba a pequeñas garrafas de cristal el vino que parecía haber formado posos por efecto de las sacudidas del camino. La primera botella estaba algo turbia hacia el final: de este vino Brisemont vertió los posos en su vaso, y D'Artagnan le permitió beberlo; porque el pobre diablo no tenía aún muchas fuerzas.

Los convidados, tras haber tomado la sopa, iban a llevar el primer vaso a sus labios cuando de pronto el cañón resonó en el fuerte Louis y en el fuerte Neuf; al punto, creyendo que se trataba de algún ataque imprevisto, bien de los sitiados, bien de los ingleses, los guardias saltaron sobre sus espadas; D'Artagnan, no menos rápido, hizo como ellos y los tres salieron corriendo a fin de dirigirse a sus puestos.

Mas apenas estuvieron fuera de la cantina cuando se enteraron de la causa de aquel gran alboroto; los gritos de ¡Viva el rey! ¡Viva el cardenal! resonaban por todas las direcciones.

En efecto, el rey, impaciente como se había dicho, acababa de hacer en una dos etapas, y llegaba en aquel mismo instante con toda su casa y un refuerzo de diez mil hombres de tropa; le precedían y seguían sus mosqueteros. D'Artagnan, formando calle con su compañía, saludó con gesto expresivo a sus amigos, que le respondieron con los ojos, y al señor de Tréville, que lo reconoció al instante.

Una vez acabada la ceremonia de recepción, los cuatro amigos estuvieron al punto en brazos unos de otros.

-¡Diantre! -exclamó D'Artagnan-. No podíais haber llegado en mejor momento, y la carne no habrá tenido tiempo aún de enfriarse.

¿No es eso, señores? -añadió el joven volviéndose hacia los dos guardias, que presentó a sus amigos.

-¡Vaya, vaya, parece que estábamos de banquete! -dijo Porthos. -Espero -dijo Aramis- que no haya mujeres en vuestra comida.

-¿Es que hay vino potable en vuestra bicoca? -preguntó Athos.

-Diantre, tenemos el vuestro, querido amigo -respondió D'Artagnan.

-¿Nuestro vino? -preguntó Athos asombrado.

-Sí, el que me habéis enviado.

-¿Nosotros os hemos enviado vino?

-Lo sabéis de sobra, de ese vinillo de los viñedos de Anjou.

-Sí, ya sé a qué vino os referéis.

-El vino que preferís.

-Sin duda, cuando no tengo ni champagne ni chambertin.

-Bueno, a falta de champagne y de chambertin os contentaréis con éste.

- O sea que, sibaritas como somos, hemos hecho venir vino de Anjou -dijo Porthos.

-Pues claro, es el vino que me han enviado de parte vuestra.

-¿De nuestra parte? -dijeron los tres mosqueteros.

-Aramis, ¿sois vos quién habéis enviado vino? -dijo Athos.

-No, ¿y vos, Porthos?

-No, ¿y vos Athos?

-No.

-Si no es vuestro -dijo D'Artagnan-, es de vuestro hostelero.

-¿Nuestro hostelero?

-Pues claro, vuestro hostelero, Godeau, hostelero de los mosqueteros.

-A fe nuestra que, venga de donde quiera, no importa -dijo Porthos-; probémoslo, y si es bueno, bebámoslo.

-No -dijo Athos-, no bebamos el vino que tiene una fuente desconocida.

-Tenéis razón, Athos -dijo D'Artagnan-. ¿Ninguno de vosotros ha encargado al hostelero enviarme vino?

-¡No! Y sin embargo, ¿os lo ha enviado de nuestra parte?

-Aquí está la carta -dijo D'Artagnan.

Y presentó el billete a sus camaradas.

-¡Esta no es su escritura! -exclamó Athos-. La conozco porque fui yo quien antes de partir saldó las cuentas de la comunidad.

-Carta falsa -dijo Porthos-; nosotros no hemos sido acuartelados.

-D'Artagnan -preguntó Aramis en tono de reproche-, ¿cómo habéis podido creer que habíamos organizado un alboroto?...

D'Artagnan palideció y un estremecimiento convulsivo agitó sus miembros.

-Me asustas -dijo Athos, que no le tuteaba sino en las grandes ocasiones-.

¿Qué ha pasado entonces?

-¡Corramos, corramos, amigos míos! -exclamó D'Artagnan-. Una terrible sospecha cruza mi mente. ¿Será otra vez una venganza de esa mujer?

Fue Athos el que ahora palideció.

D'Artagnan se precipitó hacia la cantina. Los tres mosqueteros y los dos guardias lo siguieron.

Los primero que sorprendió la vista de D'Artagnan al entrar en el comedor fue Brisemont tendido en el suelo y retorciéndose en medio de atroces convulsiones.

Planchet y Fourreau, pálidos como muertos trataban de ayudarlo; pero era evidente que cualquier ayuda resultaba inútil: todos los rasgos del moribundo estaban crispados por la agonía.

-¡Ay! -exclamó al ver a D'Artagnan-. ¡Ay, es horrible, fingís perdonarme y me envenenáis!

-¡Yo! -exclamó D'Artagnan-. ¿Yo, desgraciado? Pero ¿qué dices?

-Digo que sois vos quien me habéis dado ese vino, digo que sois vos quien me ha dicho que lo beba, digo que habéis querido vengaros de mí, digo que eso es horroroso..

-No creáis eso, Brisemont -dijo D'Artagnan-, no creáis nada de eso; os lo juro, os aseguro que...

-¡Oh, pero Dios está aquí, Dios os castigará! ¡Dios mío! Que sufra un día lo que yo sufro.

-Por el Evangelio -exclamó D'Artagnan precipitándose hacia el moribundo-, os juro que ignoraba que ese vino estuviese envenenado y que yo iba a beber como vos.

-No os creo -dijo el soldado.

Y expiró en medio de un aumento de torturas.

-¡Horroroso! ¡Horroroso! -murmuraba Athos, mientras Porthos rompía las botellas y Aramis daba órdenes algo tardías para que fuesen en busca de un confesor.

-¡Oh, amigos míos! -dijo D'Artagnan-. Venís una vez más a salvarme la vida, no sólo a mí, sino a estos señores. Señores -continuó dirigiéndose a los guardias-,

os ruego silencio sobre toda esta aventura; grandes personajes podrían estar pringados en lo que habéis visto, y el perjuicio de todo esto recaería sobre nosotros.

-¡Ay, señor! -balbuceaba Planchet, más muerto que vivo-. ¡Ay, señor, me he librado de una buena!

-¡Cómo, bribón! -exclamó D'Artagnan-. ¿Ibas entonces a beber mi vino?

-A la salud del rey, señor, iba a beber un pobre vaso si Fourreau no me hubiera dicho que me llamaban.

¡Ay! -dijo Fourreau, cuyos dientes rechinaban de terror-. Yo quería alejarlo para beber completamente solo.

-Señores -dijo D'Artagnan dirigiéndose a los guardias-, comprenderéis que un festín semejante sólo sería muy triste después de lo que acaba de ocurrir; por eso, recibid mis excusas y dejemos la partida para otro día, por favor.

Los dos guardias aceptaron cortésmente las excusas de D'Artagnan y, comprendiendo que los cuatro amigos deseaban estar solos, se retiraron.

Cuando el joven guardia y los tres mosqueteros estuvieron sin testigos, se miraron de una forma que quería decir que todos comprendían la gravedad de la situación.

-En primer lugar -dijo Athos-, salgamos de esta sala; no hay peor compañía que un muerto de muerte violenta.

-Planchet -dijo D'Artagnan-, os encomiendo el cadáver de este pobre diablo. Que lo entierren en tierra santa. Cierto que había cometido un crimen, pero estaba arrepentido.

Y los cuatro amigos salieron de la habitación, dejando a Planchet y a Fourreau el cuidado de rendir los honores mortuorios a Brisemont.

El hostelero les dio otra habitación en la que les sirvió huevos pasados por agua y agua que el mismo Athos fue a sacar de la fuente. En pocas palabras Porthos y Aramis fueron puestos al corriente de la situación.

-¡Y bien! -dijo D'Artagnan a Athos-. Ya lo veis, querido amigo, es una guerra a muerte.

Athos movió la cabeza.

-Sí, sí -dijo-, ya lo veo, pero ¿creís que sea ella?

-Estoy seguro.

-Sin embargo os confieso que todavía dudo.

-¿Y esa flor de lis en el hombro?

-Es una inglesa que habrá cometido alguna fechoría en Francia y que habrá sido marcada a raíz de su crimen.

-Athos, es vuestra mujer, os lo digo yo -repitió D'Artagnan-. ¿No recordáis cómo coinciden las dos marcas?

-Sin embargo habría jurado que la otra estaba muerta, la colgué muy bien.

Fue D'Artagnan quien esta vez movió la cabeza.

-En fin ¿qué hacemos? -dijo el joven.

-Lo cierto es que no se puede estar así, con una espada eternamente suspendida sobre la cabeza -dijo Athos-, y que hay que salir de esta situación.

-Pero ¿cómo?

-Escuchad, tratad de encontraros con ella y de tener una explicación; decidle: ¡La paz o la guerra! Palabra de gentilhomme de que nunca diré nada de vos, de que jamás haré nada contra vos; por vuestra parte, juramento solemne de permanecer neutral respecto a mí; si no, voy en busca del canciller, voy en busca del rey, voy en busca del verdugo, amotino la corte contra vos, os denuncio por marcada, os hago meter a juicio, y si os absuelven, pues entonces os mato, palabra de gentilhomme, en la esquina de cualquier guardacantón, como mataría a un perro rabioso.

-No está mal ese sistema -dijo D'Artagnan-, pero ¿cómo encontrarme con ella?

-El tiempo, querido amigo, el tiempo trae la ocasión, la ocasión es la martingala del hombre; cuanto más empeñado está uno, más se gana si se sabe esperar.

-Sí, pero esperar rodeado de asesinos y de envenenadores...

-¡Bah! -dijo Athos-. Dios nos ha guardado hasta ahora, Dios nos seguirá guardando.

-Sí, a nosotros sí; además, nosotros somos hombres y, considerándolo bien, es nuestro deber arriesgar nuestra vida; pero ¡ella!... -añadió a media voz.

-¿Quién ella? -preguntó Athos.

-Constance.

-La señora Bonacieux. ¡Ah! Es justo eso -dijo Athos-. ¡Pobre amigo! Olvidaba que estabais enamorados.

-Pues bien -dijo Aramis-. ¿No habéis visto, por la carta misma que habéis encontrado encima del miserable muerto, que estaba en un convento? Se está muy bien en un convento, y tan pronto acabe el sitio de La Rochelle, os prometo que por lo que a mí se refiere.

-¡Bueno! -dijo Athos-. ¡Bueno! Sí, mi querido Aramis, ya sabemos que vuestros deseos tienden a la religión.

-Sólo soy mosquetero por ínterin -dijo humildemente Aramis

-Parece que hace mucho tiempo que no ha recibido nuevas de su amante -dijo en voz baja Athos-; mas no prestéis atención, ya conocemos eso.

-Bien -dijo Porthos-, me parece que hay un medio muy simple.

-¿Cuál? -preguntó D'Artagnan.

-¿Decís que está en un convento? -prosiguió Porthos.

-Sí.

-Pues bien, tan pronto como termine el asedio, la raptamos del ese convento.

-Pero habría que saber en qué convento está.

-Claro -dijo Porthos.

-Pero, pensando en ello -dijo Athos-, ¿no pretendéis querido D'Artagnan que ha sido la reina quien le ha escogido el convento?

-Sí, eso creo por lo menos.

-Pues bien, Porthos nos ayudará en eso.

-¿Y cómo?

-Pues por medio de vuestra marquesa, vuestra duquesa, vuestra princesa; debe tener largo el brazo.

-¡Chis! -dijo Porthos poniendo un dedo sobre sus labios-. La creo cardenalista y no debe saber nada.

-Entonces -dijo Aramis-, yo me encargo de conseguir noticia,

-¿Vos, Aramis? -exclamaron los tres amigos-. ¿Vos? ¿Y cómo?

-Por medio del limosnero de la reina, del que soy muy amigo -dijo Aramis ruborizándose.

Y con esta seguridad, los cuatro amigos, que habían acabado modesta comida, se separaron con la promesa de volverse a ver aquella misma noche; D'Artagnan volvió a los Mínimos, y los tres mosqueteros alcanzaron el acuartelamiento del rey, donde tenían que hacer preparar su alojamiento.



Capítulo XLIII

El albergue del Colombier-Rouge

Apenas llegado al campamento, el rey, que tenía tanta prisa por encontrarse frente al enemigo y que, con mejor derecho que el cardenal, compartía su odio contra Buckingham, quiso hacer todos los preparativos, primero para expulsar a los ingleses de la isla de Ré, luego para apresurar el asedio de La Rochelle; pero, a pesar suyo, se demoró por las disensiones que estallaron entre los señores de Bassompierre y Schomberg contra el duque de Angulema.

Los señores de Bassompierre y Schomberg eran mariscales de Francia y reclamaban su derecho a mandar el ejército bajo las órdenes del rey; pero el cardenal, que temía que Bassompierre, hugonote en el fondo del corazón, acosase débilmente a ingleses y rochelletes, sus hermanos de religión, apoyaba por el contrario al duque de Angulema, a quien el rey, a instigación suya, había nombrado teniente general. De ello resultó que, so pena de ver a los señores de Bassompierre y Schomberg abandonar el ejército, se vieron obligados a dar a cada uno un mando particular; Bassompierre tomó sus acuartelamientos al norte de la ciudad desde La Leu hasta Dompierre; el duque de Angulema al este, desde Dompierre hasta Périgny; y el señor de Schomberg al mediodía, desde Périgny hasta Angoutin.

El alojamiento de Monsieur estaba en Dompierre.

El alojamiento del rey estaba tanto en Etré como en La Jarrie.

Finalmente, el alojamiento del cardenal estaba en las dunas, en el puente de La Pierre en una simple casa sin ningún atrincheramiento.

De esta forma, Monsieur vigilaba a Bassompierre; el rey, al duque de Angulema, y el cardenal, al señor de Schomberg.

Una vez establecida esta organización, se ocuparon de echar a los ingleses de la isla.

La coyuntura era favorable: los ingleses, que ante todo necesitan buenos víveres para ser buenos soldados, al no comer más que carnes saladas y mal pan,

tenían muchos enfermos en su campamento; además el mar, muy malo en aquella época del año en todas las costas del Océano, estropeaba todos los días algún pequeño navío; y con cada marea la playa, desde la punta del Aiguillon hasta la trinchera, se cubría literalmente de restos de pinazas, de troncos de roble y de falúas; de lo cual resultaba que, aunque las gentes del rey se mantuviesen en su campamento, era evidente que un día a otro Buckingham, que sólo permanecía en la isla de Ré por obstinación, se vea obligado a levantar el sitio.

Pero como el señor de Toiras hizo decir que en el campamento enemigo se preparaba todo para un nuevo asalto, el rey juzgó que había que terminar y dio las órdenes necesarias para un ataque decisivo.

No siendo nuestra intención hacer un diario de asedio, sino por el contrario contar sólo los sucesos que tienen que ver con la historia que contamos, nos contentaremos con decir en dos palabras que la empresa tuvo éxito para gran asombro del rey y a la mayor gloria del señor cardenal. Los ingleses, rechazados paso a paso, batidos en todos los encuentros, aplastados al pasar por la isla de Loix, se vieron obligados a embarcar de nuevo, dejando en el campo de batalla dos mil hombres, entre ellos cinco coroneles, tres tenientes coroneles, doscientos cincuenta capitanes y veinte gentileshombres de calidad, cuatro piezas de cañón y sesenta banderas, que fueron llevadas a París por Claude de Saint-Simon y colgadas con gran pompa en las bóvedas de Notre-Dame.

Fueron cantados tedéum en el campamento, y de ahí se esparcieron por toda Francia.

El cardenal quedó, pues, dueño de proseguir el asedio sin tener, al menos momentáneamente, nada que temer de parte de los ingleses.

Pero como acabamos de decir, el reposo era solo momentáneo.

Un enviado del duque de Buckingham, llamado Montaigu, había sido capturado, y se le había encontrado la prueba de una liga entre el Imperio, España, Inglaterra y Lorena.

Aquella liga estaba dirigida contra Francia.

Además, en el alojamiento de Buckingham, que se había visto obligado a abandonar más precipitadamente de lo que habría creído, se habían encontrado papeles que confirmaban aquella liga y que, por lo que afirma el señor cardenal en sus Memorias, comprometían mucho a la señora de Chevreuse y por consiguiente a la reina.

Era sobre el cardenal sobre el que pesaba toda la responsabilidad, porque no se es ministro absoluto sin ser responsable; por eso todos los recursos de su vasto ingenio estaban tensos día y noche, y ocupados en escuchar el menor rumor que se alzara en uno de los grandes reinos de Europa.

El cardenal conocía la actividad y sobre todo el odio de Buckingham; si la liga que amenazaba a Francia triunfaba, toda su influencia estaba perdida; la política española y la política austríaca tenían sus representantes en el gabinete del Louvre, donde aún no tenían más que partidarios; él, Richelieu, el ministro francés, el ministro nacional por excelencia, estaba perdido. El rey, que pese a obedecerlo como un niño, lo odiaba como un niño odia a su maestro, lo abandonaba a las venganzas reunidas de Monsieur y de la reina; estaba por tanto perdido, y quizá Francia con él. Había que remediar todo aquello.

Por eso se vieron correos, a cada instante más numerosos, sucederse día y noche en aquella casita del puente de La Pierre, donde el cardenal había establecido su residencia.

Eran monjes que llevaban tan mal el hábito que era fácil reconocer que pertenecían sobre todo a la Iglesia militante; mujeres algo molestas en sus trajes de pajes, y cuyos largos calzones no podían disimular por entero las formas redondeadas; en fin, campesinos de manos ennegrecidas pero de pierna fina, y que olían a hombre de calidad a una legua a la redonda.

Luego otras visitas menos agradables, porque dos o tres veces corrió el rumor de que el cardenal había estado a punto de ser asesinado.

Cierto que los enemigos de Su Eminencia decían que era ella misma la que ponía en campaña a asesinos torpes, a fin de tener, llegado el caso, el derecho de

adoptar represalias; pero no hay que creer ni lo que dicen los ministros ni lo que dicen sus enemigos.

Lo cual, por lo demás, no impedía al cardenal, a quien jamás ni sus más encarnizados detractores han negado el valor personal, hacer sus recorridos nocturnos para comunicar al duque de Angulema órdenes importantes, tanto para ir a ponerse de acuerdo con el rey como para ir a conferenciar con algún mensajero que no quería que se dejase entrar en su casa.

Por su lado los mosqueteros, que no tenían gran cosa que hacer en el asedio, no eran severamente controlados y llevaban una vida alegre. Y esto les era tanto más fácil, sobre todo a nuestros tres amigos, cuanto que, siendo amigos del señor de Tréville, obtenían fácilmente de él el llegar tarde y quedarse tras el cierre del campamento con permisos particulares.

Pero una noche en que D'Artagnan, que estaba de trinchera, no había podido acompañarlos, Athos, Porthos y Aramis, montados en sus caballos de batalla, envueltos en capas de guerra y con una mano sobre la culata de sus pistolas, volvían los tres de una cantina que Athos había descubierto dos días antes en el camino de La Jarrie, y que se llamaba el Colombier-Rouge, siguiendo el camino que llevaba al campamento estando en guardia, como hemos dicho, por temor a una emboscada, cuando a un cuarto de legua más o menos de la aldea de Boisnar, creyeron oír el paso de una cabalgata que venía hacia ellos; al punto los tres se detuvieron, apretados uno contra otro, y esperaron, en medio del camino. Al cabo de un instante, y cuando precisamente salía la luna de una nube, vieron aparecer en una vuelta del camino dos caballeros que al divisarlos se detuvieron también, pareciendo deliberar si debían continuar su ruta o volver atrás. Esta duda proporcionó algunas sospechas a los tres amigos y Athos, dando algunos pasos hacia adelante, gritó con su firme voz:

-¿Quién vive?

-¿Quién vive, vos? -respondió uno de aquellos caballeros.

-Eso no es contestar -dijo Athos-. ¿Quién vive? Responded o cargamos.

-¡Tened cuidado con lo que vais a hacer señores! -dijo entonces una voz vibrante que parecía tener el hábito de mando.

-¿Es algún oficial superior que hace su ronda de noche? -dijo Athos-. ¿Qué queréis hacer, señores?

-¿Quiénes sois? -dijo la misma voz con el mismo tono de mando. Responded o podríais pasarlo mal por vuestra desobediencia.

-Mosqueteros del rey -dijo Athos, más y más convencido de que quien los interrogaba tenía derecho a ello.

- Qué compañía?

- Compañía de Tréville.

-Avanzad en orden y venid a darme cuenta de lo que hacíais aquí a esta hora.

Los tres mosqueteros avanzaron, con la cabeza algo gacha, porque los tres estaban ahora convencidos de que tenían que vérselas con alguien más fuerte que ellos; se dejó por lo demás a Athos el cuidado de portavoz.

Uno de los caballeros, el que había tomado la palabra en segundo lugar, estaba diez pasos por delante de su compañero; Athos hizo señas a Porthos y a Aramis de quedarse, por su parte, atrás, y avanzó solo.

-¡Perdón, mi oficial! -dijo Athos-. Pero ignorábamos con quién teníamos que vérnoslas, y como podéis ver estábamos ojo avizor.

-¿Vuestro nombre? -dijo el oficial que se cubría una parte del rostro con su capa.

-¿Y el vuestro, señor? -dijo Athos que comenzaba a revolverse contra aquel interrogatorio-. Dadme, por favor, una prueba de que tenéis derecho a interrogarme.

-¿Vuestro nombre? -repitió por segunda vez el caballero dejando caer su capa de tal forma que dejaba el rostro al descubierto.

-¡Señor cardenal! -exclamó el mosquetero estupefacto.

-¡Vuestro nombre! -repitió por tercera vez Su Eminencia.

-Athos -dijo el mosquetero.

El cardenal hizo una seña al escudero, que se acercó.

-Estos tres mosqueteros nos seguirán -dijo en voz baja-, no quiero que se sepa que he salido del campamento, y siguiéndonos estaremos más seguros de que no lo dirán a nadie.

-Nosotros somos gentileshombres, Monseñor -dijo Athos-; pedidnos, pues, nuestra palabra y no os inquietéis por nada. A Dios gracias, sabemos guardar un secreto.

El cardenal clavó sus ojos penetrantes sobre aquel audaz interlocutor.

-Tenéis el oído fino, señor Athos -dijo el cardenal-; pero ahora escuchad esto: os ruego que me sigáis, no por desconfianza, sino por mi seguridad. Sin duda vuestros dos compañeros son los señores Porthos y Aramis.

-Sí, Eminencia -dijo Athos mientras los dos mosqueteros que se habían quedado atrás se acercaban con el sombrero en la mano.

-Os conozco, señores -dijo el cardenal-, os conozco; sé que no sois completamente amigos míos y estoy molesto por ello, pero sé que sois valientes y leales gentileshombres y que se puede fiar de vosotros. Señor Athos, hacedme, pues, el honor de acompañarme, vos y vuestros amigos, y entonces tendré una escolta como para dar envidia a Su Majestad si nos lo encontramos.

Los tres mosqueteros se inclinaron hasta el cuello de sus caballos.

-Pues bien, por mi honor -dijo Athos-, que Vuestra Eminencia hace bien en llevarnos con ella: hemos encontrado en el camino caras horribles, a incluso con cuatro de esas caras hemos tenido una querrela en el Colombier-Rouge.

-¿Una querrela? ¿Y por qué, señores? -dijo el cardenal-. No me gustan los camorristas, ¡ya lo sabéis!

-Por eso precisamente tengo el honor de prevenir a Vuestra Eminencia de lo que acaba de ocurrir; porque podría enterarse por otras personas distintas a nosotros y creer, por la falsa relación, que estamos en falta.

-¿Y cuáles han sido los resultados de esa querrela? -pregunté el cardenal frunciendo el ceño.

-Pues mi amigo Aramis, que está aquí, ha recibido una leve estocada en el brazo, lo cual no le impedirá, como Vuestra Eminencia podrá ver, subir al asalto mañana si Vuestra Excelencia ordena h escalada.

-Pero no sois hombres para dejaros dar estocadas de esa forma -dijo el cardenal-; vamos, sed francos, señores, algunas habréis de vuelto; confesaos, ya sabéis que tengo derecho a dar la absolución

-Yo, Monseñor -dijo Athos-, no he puesto siquiera la espada en la mano, pero he agarrado al que me tocaba por medio del cuerpo y lo he tirado por la ventana. Parece que al caer -continuó Athos con cierta duda- se ha roto una pierna.

-¡Ah, ah! -dijo el cardenal-. ¿Y vos, señor Porthos?

-Yo, Monseñor, sabiendo que el duelo está prohibido, he cogido un banco y le he dado a uno de esos bergantes un golpe que, según creo, le ha partido el hombro.

-Bien -dijo el cardenal-. ¿Y vos, señor Aramis?

-Yo, Monseñor, como soy de temperamento dulce y como además, cosa que igual no sabe Monseñor, estoy a punto de tomar el hábito, quería separarme de mis camaradas cuando uno de aquellos miserables me dio traidoramente una estocada de través en el brazo izquierdo. Entonces me faltó paciencia, saqué la espada a mi vez, y, cuando volvía a la carga, creo haber notado que al arrojarse sobre mí se había atravesado el cuerpo; sólo sé con certeza que ha caído y me ha parecido que se lo llevaban con sus dos compañeros.

-¡Diablos, señores! -dijo el cardenal-. Tres hombres fuera de combate por una disputa de taberna; no os vais de vacío. ¿Y a propósito, ¿de qué vino la querella?

-Aquellos miserables estaban borrachos -dijo Athos-, y sabiendo que había una mujer que había llegado por la noche a la taberna querían forzar la puerta.

-¿Forzar la puerta? -dijo el cardenal-. ¿Y eso para qué?

-Para violentarla sin duda -dijo Athos-; tengo el honor de decir a Vuestra Eminencia que aquellos miserables estaban borrachos.

-¿Y esa mujer era joven y hermosa? -preguntó el cardenal con cierta inquietud.

-No la hemos visto, Monseñor -dijo Athos.

-¡No la habéis visto! ¡Ah, muy bien! -replicó vivamente el cardenal-. Habéis hecho bien en defender el honor de una mujer, y como es al albergue del Colombier-Rouge a donde yo voy, sabré si me habéis dicho la verdad.

-Monseñor -dijo altivamente Athos-, somos gentileshombres, y para salvar nuestra cabeza no diríamos una mentira.

-Por eso no dudo de lo que me decís, señor Athos, no lo dudo ni un solo instante, pero -añadió para cambiar de conversación-, ¿aquella dama estaba, por tanto, sola?

-Aquella dama tenía encerrado con ella un caballero -dijo Athos-; pero como pese al alboroto el caballero no ha aparecido, es de presumir que es un cobarde.

-¡No juzguéis temerariamente!, dice el Evangelio -replicó el cardenal.

Athos se inclinó.

-Y ahora, señores, está bien -continuó Su Eminencia-. Sé lo que quería saber; seguidme.

Los tres mosqueteros pasaron tras el cardenal, que se envolvió de nuevo el rostro con su capa y echó su caballo a andar manteniéndose a ocho o diez pasos por delante de sus acompañantes.

Llegaron pronto al albergue silencioso y solitario; sin duda el hostelero sabía qué ilustre visitante esperaba, y por consiguiente había despedido a los importunos.

Diez pasos antes de llegar a la puerta, el cardenal hizo seña a su escudero y a los tres mosqueteros de detenerse. Un caballo completamente ensillado estaba atado al postigo. El cardenal llamó tres veces y de determinada manera.

Un hombre envuelto en una capa salió al punto y cambió algunas rápidas palabras con el cardenal, tras lo cual volvió a subir a caballo y partió en la dirección de Surgères, que era también la de París.

-Avanzad, señores -dijo el cardenal.

-Me habéis dicho la verdad, gentileshombres -dijo dirigiéndose a los tres mosqueteros-. Sólo a mí me atañe que nuestro encuentro de esta noche os sea ventajoso; mientras tanto, seguidme.

El cardenal echó pie a tierra y los tres mosqueteros hicieron otro tanto; el cardenal arrojó la brida de su caballo a las manos de su escudero y los tres mosqueteros ataron las bridas de los suyos a los postigos.

El hotelero permanecía en el umbral de la puerta; para él el cardenal no era más que un oficial que venía a visitar a una dama.

-¿Tenéis alguna habitación en la planta baja donde estos señores puedan esperarme junto a un buen fuego? -dijo el cardenal.

El hostelero abrió la puerta de una gran sala, en la que precisamente acababan de reemplazar una mala estufa por una gran chimenea excelente.

-Tengo ésta -respondió.

-Está bien -dijo el cardenal-. Entrad ahí, señores, y tened a bien esperarme; no tardaré más de media hora.

Y mientras los tres mosqueteros entraban en la habitación de la planta baja, el cardenal, sin pedir informes más amplios, subió la escalera como hombre que no necesita que le indiquen el camino.



Capítulo XLIV

De la utilidad de los tubos de estufa

Era evidente que, sin sospecharlo, y movidos solamente por su carácter caballeresco y aventurero, nuestros tres amigos acababan de prestar algún servicio a alguien a quien el cardenal honraba con su protección particular.

Pero ¿quién era ese alguien? Es la pregunta que se hicieron primero los tres mosqueteros; luego, viendo que ninguna de las respuestas que podía hacer su inteligencia era satisfactoria, Porthos llamó al hotelero y pidió los datos.

Porthos y Aramis se sentaron ante una mesa y se pusieron a jugar, Athos se paseó reflexionando.

Al reflexionar y pasearse, Athos pasaba una y otra vez por delante del tubo de la estufa roto por la mitad y cuya otra extremidad daba a la habitación superior, y cada vez que pasaba y volvía a pasar, de un murmullo de palabras que terminó por centrar su atención. Athos se acercó y distinguió algunas palabras que sin duda le parecieron merecer un interés tan grande que hizo seña a sus compañeros de callasen quedando él inclinado, con el oído puesto a la altura del orificio interior.

-Escuchad, Milady -decía el cardenal-; el asunto es importante; sentaos ahí y hablemos.

-¡Milady! -murmuró Athos.

-Escucho a Vuestra Excelencia con la mayor atención -respondió una voz de mujer que hizo estremecer al mosquetero.

-Un pequeño navío con tripulación inglesa, cuyo capitán está de mi parte, os espera en la desembocadura del Charente, en el fuerte de La Pointe: se hará a la vela mañana por la mañana.

-Entonces, ¿es preciso que vaya allí esta noche?

-Ahora mismo, es decir, cuando hayáis recibido mis instrucciones. Dos hombres que encontraréis a la puerta al salir os servirán de escolta; me dejaréis salir a mí primero; luego, media hora después de mí, saldréis vos.

-Sí, monseñor. Ahora volvamos a la misión que tenéis a bien encargarme; y como quiero seguir mereciendo la confianza de Vuestra Eminencia, dignaos exponérmela en términos claros y precisos para que no cometa ningún error.

Hubo un instante de profundo silencio entre los dos interlocutores; era evidente que el cardenal media por adelantado los términos en que iba a hablar y que Milady reunía todas sus facultades intelectuales para comprender las cosas que él iba a decir y grabarlas en su memoria cuando estuviesen dichas.

Athos aprovechó ese momento para decir a sus dos compañeros que cerraran la puerta por dentro y para hacerles seña de que vinieran a escuchar con él.

Los dos mosqueteros, que amaban la comodidad, trajeron una silla para cada uno de ellos y otra silla para Athos. Los tres se sentaron entonces con las cabezas juntas y el oído al acecho.

-Vais a partir para Londres -continuó el cardenal-. Una vez llegada a Londres, iréis en busca de Buckingham.

-Haré observar a Su Eminencia -dijo Milady- que, desde el asunto de los herretes de diamantes, que el duque siempre sospechó obra mía, Su Gracia desconfía de mí.

-Esta vez -dijo el cardenal- no se trata de captar su confianza, sino de presentarse franca y lealmente a él como negociadora.

-Franca y lealmente -repitió Milady con una indecible expresión de duplicidad.

-Sí, franca y lealmente -replicó el cardenal en el mismo tono-; toda esta negociación debe ser hecha al descubierto.

-Seguiré al pie de la letra las instrucciones de Su Eminencia, y espero que me las dé.

-Iréis en busca de Buckingham de parte mía, y le diréis que sé todos los preparativos que hace, pero que apenas me preocupo por ello, dado que, al primer movimiento que haga, pierdo a la reina.

-¿Creerá él que Vuestra Eminencia está en condiciones de cumplir la amenaza que le hace?

-Sí, porque tengo pruebas.

-Es preciso que yo pueda presentar estas pruebas a su consideración.

-Por supuesto, y le diréis que publico el informe de Bois-Robert y del marqués de Beutru sobre la entrevista que el duque tuvo en casa de la señora condestable con la reina, la noche en que la señora condestable dio una fiesta de máscaras; le diréis, para que no dude de nada, que el fue vestido de Gran Mogol, traje que debía llevar el caballero de Guisa, y que compró a este último mediante la suma de tres mil pistolas.

-De acuerdo, monseñor.

-Todos los detalles de su entrada en el Louvre y de su salida, durante la noche en que se introdujo en Palacio con el traje de decididor de la buenaventura italiano, me son conocidos; le diréis, para que tampoco dude de la autenticidad de mis informes, que tenía bajo su capa un gran traje blanco sembrado de lágrimas negras, de calaveras y de huesos en forma de aspa; porque en caso de sorpresa, debía hacerse pasar por el fantasma de la Dama blanca que, como todo el mundo sabe, vuelve al Louvre cada vez que va a ocurrir algún gran suceso.

-¿Eso es todo, monseñor?

-Decidle que también sé todos los detalles de la aventura de Amiens, que haré escribir una novelita, ingeniosamente disfrazada, con un plano del jardín y los retratos de los principales actores de aquella escena nocturna.

-Le diré eso.

-Decidle además que tengo en mi poder a Montaigu, está en la Bastilla, que no le han sorprendido ninguna carta encima, es cierto, pero que la tortura puede hacerle decir lo que sabe, a incluso... lo que no sabe.

-De acuerdo.

-En fin, añadid que Su Gracia, en la precipitación que puso al dejar la isla de Ré, olvidó en su alojamiento cierta carta de la señora de Chevreuse que compromete especialmente a la reina, en la que ella demuestra no sólo que Su Majestad puede amar a los enemigos del rey, sino que incluso conspira con los de Francia. Habéis retenido todo lo que os he dicho, ¿no es así?

-Juzgue Vuestra Eminencia: el baile de la señora condestable; la noche del Louvre; la velada de Amiens; el arresto de Montaigu; la carta de la señora de Chevreuse.

-Eso es -dijo el cardenal-, eso es; tenéis una memoria afortunada, Milady.

-Pero -replicó aquella a quien el cardenal acababa de dirigir su cumplido adulador- ¿si pese a todas estas razones el duque no se rinde y continúa amenazando a Francia?

-El duque está enamorado como un loco, o mejor, como un necio -contestó Richelieu con profunda amargura-; como los antiguos paladines, ha emprendido esta guerra nada más que por obtener una mirada de su bella. Si sabe que esta guerra puede costarle el honor y quizá la libertad de la dama de sus pensamientos, como él dice, os respondo de que se lo pensará dos veces.

-Sin embargo -dijo Milady con una persistencia que probaba que quería ver claro hasta el fin en la misión de que iba a encargarse-, sin embargo, ¿si persiste?

-Si persiste... -dijo el cardenal-... No es probable.

-Es posible -dijo Milady.

-Si persiste... -Su Eminencia hizo una pausa y prosiguió-. Pues bien, si persiste, esperaré uno de esos acontecimientos que cambian la faz de los Estados.

-Si Su Eminencia quisiera citarme alguno de esos acontecimientos en la historia -dijo Milady quizá comparta yo su confianza en el futuro.

Pues bien, mirad, por ejemplo -dijo Richelieu-, cuando en 1610, por un motivo más o menos parecido al que hace conmoverse al duque, el rey Enrique IV, de gloriosa memoria, iba a invadir a la vez Flandes y Italia para golpear a un mismo tiempo a Austria por dos lados, ¿no ocurrió entonces un acontecimiento que salvó a Austria? ¿Por qué el rey de Francia no habría de tener la misma suerte que el emperador?

-¿Vuestra Eminencia se refiere a la cuchillada de la calle de la Ferronerie?

-Precisamente -dijo el cardenal.

-¿Vuestra Eminencia no teme que el suplicio de Ravallac espanto a quienes tengan por un instante la idea de imitarlo?

-En todo tiempo y en todos los países, sobre todo si esos países están divididos por la religión, habrá fanáticos que no pedirán otra cosa que convertirse en mártires. Y ved, precisamente ahora recuerdo que los puritanos están furiosos contra el duque de Buckingham y que sus predicadores lo designan como el Anticristo.

-¿Y entonces? -preguntó Milady.

-Pues que -continuó el cardenal con un aire indiferente- por el momento no se trataría, por ejemplo, sino de buscar una mujer hermosa, joven, hábil, que tuviera que vengarse del duque. Tal mujer puede encontrarse: el duque es hombre de aventuras galantes y si ha sembrado muchos amores con sus promesas de constancia eterna, ha debido sembrar muchos odios también por sus continuas infidelidades.

-Sin duda -dijo fríamente Milady-, se puede encontrar una mujer semejante.

-Pues bien, una mujer semejante, que pusiera el cuchillo de Jaques Clément o de Ravillac en las manos de un fanático, salvaría a Francis.

-Sí, pero sería cómplice de un asesinato.

-¿Se ha conocido alguna vez a los cómplices de Ravillac o de Jacques Clément?

-No, porque quizá estaban situados demasiado alto para que se atrevieran a irlos a buscar donde estaban; no se quemaría el Palacio de Justicia por todo el mundo, monseñor.

-¿Creéis, pues, que el incendio del Palacio de Justicia tiene una causa distinta a la del azar? -preguntó Richelieu en un tono como el de quien hace una pregunta sin ninguna importancia.

-Yo, monseñor -respondió Milady-, no creo nada, cito un hecho, eso es todo; sólo digo que si yo me llamara señorita de Montpensier, o reina Maria de Médicis, tomaría menos precauciones de las que tomo por llamarme simplemente lady Clarick.

-Eso es justo -dijo Richelieu-. ¿Qué queréis entonces?

-Querría una orden que ratificase de antemano todo cuanto yo crea deber hacer para mayor bien de Francia.

-Pero primero habría que buscar la mujer que he dicho y que tuviera que vengarse del duque.

-Está encontrada -dijo Milady.

-Luego habría que encontrar ese miserable fanático que servirá de instrumento a la justicia de Dios.

-Se encontrará.

-Pues bien -dijo el duque-, entonces será el momento de reclamar la orden que pedís ahora mismo.

-Vuestra Eminencia tiene razón -dijo Milady-, y soy yo quien está equivocada al ver en la misión con que me honra otra cosa de lo que realmente es, es decir, anunciar a Su Gracia, de parte de Su Eminencia, que conocéis los diferentes disfraces con ayuda de los cuales ha conseguido acercarse a la reina durante la fiesta dada por la señora condestable; que tenéis pruebas de la entrevista concedida en el Louvre por la reina a cierto astrólogo italiano que no es otro que el duque de Buckingham; que habéis encargado una novelita, de las más ingeniosas, sobre la aventura de Amiens, con el plano del jardín donde esa aventura ocurrió y retratos de los actores que figuraron en ella; que Montaigu está en la Bastilla, y que la tortura puede hacerle decir cosas que recuerde, incluso cosas que habría olvidado; finalmente, que vos poseéis cierta carta de la señora de Chevreuse, encontrada en el alojamiento de Su Gracia, que compromete de modo singular, no sólo a quien la escribió, sino que incluso a aquella en cuyo nombre fue escrita. Luego, si pese a todo esto persiste, como es a lo que acabo de decir a lo que se limita mi misión, no tendré más que rogar a Dios que haga un milagro para salvar a Francia. ¿Basta con eso, Monseñor? ¿Tengo que hacer alguna otra cosa?

-Basta con eso -replicó secamente monseñor.

-Pues ahora -dijo Milady sin parecer observar el cambio de tono del cardenal respecto a ella-, ahora que he recibido las instrucciones de Vuestra Eminencia a

propósito de sus enemigos, ¿monseñor me permitirá decirle dos palabras de los míos?

-¿Tenéis entonces enemigos? -preguntó Richelieu.

-Sí, monseñor; enemigos contra los cuales me debéis todo vuestro apoyo, porque me los he hecho sirviendo a Vuestra Eminencia.

-¿Y cuáles? -replicó el cardenal.

-En primer lugar una pequeña intrigante llamada Bonacieux.

-Está en la prisión de Nantes.

-Es decir, estaba allí -prosiguió Milady-, pero la reina ha sorprendido una orden del rey, con ayuda de la cual la ha hecho llevar a un convento.

-¿A un convento? -dijo el cardenal.

-Sí, a un convento.

-Y ¿a cuál?

-Lo ignoro, el secreto ha sido bien guardado.

-¡Yo lo sabré!

-¿Y Vuestra Eminencia me dirá en qué convento está esa mujer?

-No veo ningún inconveniente -dijo el cardenal.

-Bien; ahora tengo otro enemigo muy de temer por distintos motivos que esa pequeña señora Bonacieux.

-¿Cuál?

-Su amante.

-¿Cómo se llama?

-¡Oh! Vuestra Eminencia lo conoce bien -exclamó Milady llevada por la cólera-. Es el genio malo de nosotros dos; es ése que en un encuentro con los guardias de Vuestra Eminencia decidió la victoria de los mosqueteros del rey; es el que dio tres estocadas a de Wardes, vuestro emisario, y que hizo fracasar el asunto de los herretes; es el que, finalmente, sabiendo que era yo quien le había raptado a la señora Bonacieux, ha jurado mi muerte.

-¡Ah, ah! -dijo el cardenal-. Sé a quién os referís.

-Me refiero a ese miserable de D'Artagnan.

-Es un intrépido compañero -dijo el cardenal.

-Y precisamente porque es un intrépido compañero es más de temer.

-Sería preciso -dijo el duque- tener una prueba de su inteligencia con Buckingham.

-¡Una prueba! -exclamó Milady-. Tendré diez.

-Pues bien entonces es la cosa más sencilla del mundo, presentarme esa prueba y lo mando a la Bastilla.

-¡De acuerdo, monseñor! Pero ¿y después?

-Cuando se está en la Bastilla, no hay después -dijo el cardenal con voz sorda-. ¡Ah, diantre -continuó-, si me fuera tan fácil desembarazarme de mi enemigo como fácil me es desembarazarme de los vuestros, y si fuera contra personas semejantes por lo que pedís vos la impunidad!...

-Monseñor -replicó Milady-, trueque por trueque, vida por vida, hombre por hombre; dadme a mí ese y yo os doy el otro.

-No sé lo que queréis decir -replicó el cardenal-, y no quiero siquiera saberlo; pero tengo el deseo de seros agradable y no veo ningún inconveniente en daros lo que pedís respecto a una criatura tan ínfima; tanto más, como vos me decís, cuanto que ese pequeño D'Artagnan es un libertino, un duelista y un traidor.

-¡Un infame, monseñor, un infame!

-Dadme, pues, un papel, una pluma y tinta -dijo el cardenal.

-Helos aquí, monseñor.

Se hizo un instante de silencio que probaba que el cardenal estaba ocupado en buscar los términos en que debía escribirse el billete, o incluso si debía escribirlo. Athos, que no había perdido una palabra de la conversación, cogió a cada uno de sus compañeros por una mano y los llevó al otro extremo de la habitación.

-¡Y bien! -dijo Porthos-. ¿Qué quieres y por qué no nos dejas escuchar el final de la conversación?

-¡Chis! -dijo Athos hablando en voz baja-. Hemos oído todo cuanto es necesario oír; además no os impido escuchar el resto, pero es preciso que me vaya.

-¡Es preciso que te vayas! -dijo Porthos-. Pero si el cardenal pregunta por ti, ¿qué responderemos?

-No esperaréis a que pregunte por mí, le diréis los primeros que he partido como explorador porque algunas palabras de nuestro hostelero me han hecho pensar que el camino no era seguro; primero diré dos palabras sobre ello al escudero del cardenal; el resto es cosa mía, no os preocupéis.

-¡Sed prudente, Athos! -dijo Aramis.

-Estad tranquilos -respondió Athos-, ya sabéis, tengo sangre fría.

Porthos y Aramis fueron a ocupar nuevamente su puesto junto al tubo de estufa.

En cuanto a Athos, salió sin ningún misterio, fue a tomar su caballo atado con los de sus amigos a los molinetes de los postigos, convenció con cuatro palabras al escudero de la necesidad de una vanguardia Para el regreso, inspeccionó con afectación el fulminante de sus pistolas, se puso la espada en los dientes y siguió, como hijo pródigo, la ruta que llevaba al campamento.



Capítulo XL V

Escena conyugal

Como Athos había previsto, el cardenal no tardó en descender; abrió la puerta de la habitación en que habían entrado los mosqueteros y encontró a Porthos jugando una encarnizada partida de dados con Aramis. De rápida ojeada registró todos los rincones de la sala y vio que le faltaba uno de los hombres.

-¿Qué ha sido del señor Athos? -preguntó.

-Monseñor -respondió Porthos-, ha partido como explorador por algunas frases de nuestro hostelero, que le han hecho creer que la ruta no era segura.

-¿Y vos, que habéis hecho vos, señor Porthos?

-Le he ganado cinco pistolas a Aramis.

-Y ahora, ¿podéis volver conmigo?

-Estamos a las órdenes de Vuestra Eminencia.

-A caballo pues, señores, que se hace tarde.

-El escudero estaba a la puerta y sostenía por las bridas el caballo del cardenal. Un poco más lejos, un grupo de dos hombres y de tres caballos aparecía en la sombra: aquellos dos hombres eran los que debían conducir a Milady al fuerte de La Pointe y velar por su embarque.

El escudero confirmó al cardenal lo que los dos mosqueteros ya le habían dicho a propósito de Athos. El cardenal hizo un gesto aprobador y emprendió la ruta, rodeándose de las mismas precauciones que había tomado al partir.

Dejémosle seguir el camino del campamento, protegido por el escudero y los dos mosqueteros, y volvamos a Athos.

Durante una centena de pasos, había caminado al mismo trote; mas una vez fuera de la vista, había lanzado su caballo a la derecha, había dado un rodeo, y había vuelto a una veintena de pasos, al bosquecillo, para acechar el paso de la pequeña tropa; una vez reconocidos los sombreros bordados de sus compañeros y la franja dorada de la capa del señor cardenal, esperó a que los caballeros hubieran

doblado el recodo del camino, y habiéndoles perdido de vista, volvió al galope al albergue que se le abrió sin dificultad.

El hostelero lo reconoció.

-Mi oficial -dijo Athos- ha olvidado hacer a la dama del primero una recomendación importante; me envía para reparar su olvido.

-Subid -dijo el hostelero-, todavía está en su habitación.

Athos aprovechó el permiso, subió la escalera con su paso más ligero, llegó a la meseta y a través de la puerta entreabierta vio a Milady que se ataba su sombrero.

Entró en la habitación y cerró la puerta tras sí.

Al ruido que hizo al empujar el cerrojo, Milady se volvió.

Athos estaba de pie ante la puerta, envuelto en su capa, la capa cubriéndole hasta los ojos.

Al ver aquella figura muda e inmóvil como una estatua, Milady tuvo miedo.

-¿Quién sois? ¿Y qué queréis? -exclamó.

-Vamos, ¡es ella! -murmuró Athos.

Y dejando caer su capa y alzando su sombrero avanzó hacia Milady.

-¿Me reconocéis, señora? -dijo.

Milady dio un paso adelante, luego retrocedió como ante la vista de una serpiente.

-Vamos -dijo Athos-, está bien, ya veo que me reconocéis.

-¡El conde de La Fère! -murmuró Milady palideciendo y retrocediendo hasta que el muro le impidió ir más lejos.

-Sí, Milady -respondió Athos-, el conde de La Fère en persona, que vuelve directamente del otro mundo para tener el placer de veros. Sentémonos, pues, y hablemos, como dice Monseñor el cardenal.

Milady, dominada por un terror inexpresable, se sentó sin proferir una sola palabra.

-¿Sois acaso un demonio enviado a la tierra? -dijo Athos-. Vuestro poder es grande, pero sabéis también que con la ayuda de Dios los hombres han vencido

con frecuencia a los demonios más terribles. Ya os cruzasteis en mi camino, creía haberos vencido, señora; pero, o yo me equivocaba o el infierno os ha resucitado.

A estas palabras que le traían recuerdos espantosos, Milady bajó la cabeza con un gemido sordo.

-Sí, el infierno os ha resucitado -prosiguió Athos-, el infierno os ha hecho rica, el infierno os ha dado otro nombre, el infierno os ha rehecho casi otro rostro; pero no ha borrado ni las mancillas de vuestra alma ni la marca de vuestro cuerpo.

Milady se levantó como movida por un resorte, y sus ojos lanzaron destellos. Athos permaneció sentado.

-Me creíais muerto, como yo os creía muerta, ¿no es así? ¡Y este nombre de Athos había ocultado al conde de La Fère, como el nombre de Milady Clarick había ocultado a Anne de Breuil! ¿No era así como os llamabais cuando vuestro honrado hermano nos casó? Nuestra posición es realmente extraña -prosiguió Athos riendo-; uno y otro sólo hemos vivido hasta ahora porque nos creíamos muertos, y porque un recuerdo molesta menos que una criatura, aunque ésta sea más devoradora a veces que un recuerdo.

-Pero, en fin -dijo Milady con una voz sorda-, ¿qué os trae a m? ¿Y qué queréis de mí?

-Quiero deciros que, aunque permaneciendo invisible a vuestros ojos, no os he perdido de vista.

-¿Sabéis lo que he hecho?

-Puedo contar día por día vuestras acciones, desde vuestra entrada al servicio del cardenal hasta esta noche.

Una sonrisa de incredulidad pasó por los labios pálidos de Milady.

-Oíd: sois vos quien cortó los dos herretes de diamantes del hombro del duque de Buckingham; sois vos quien ha hecho raptar a la señora Bonacieux; sois vos quien, enamorada de De Wardes, y creyendo pasar la noche con él, habéis abierto vuestra puerta al señor D'Artagnan; sois vos quien, creyendo que De Wardes os había engañado quisisteis hacerlo matar por su rival; sois vos quien, cuando este rival hubo descubierto vuestro infame secreto, habéis querido hacerlo

matar por dos asesinos que enviasteis en su persecución; sois vos quien, viendo que las balas habían fallado su tiro, habéis enviado vino envenenado con una carta falsa para hacer creer a vuestra víctima que aquel vino venía de sus amigos; sois vos, en fin, quien en esta habitación, y sentada en la silla en que estoy, acabáis de aceptar con el cardenal Richelieu el compromiso de hacer asesinar al duque de Buckingham, a cambio de la promesa que él os ha hecho de dejaros asesinar a D'Artagnan.

Milady estaba lívida.

-Pero ¿sois acaso Satán? -dijo ella.

-Quizá -dijo Athos-, pero en cualquier caso, escuchad bien esto: asesinéis o hagáis asesinar al duque de Buckingham, poco importa; no lo conozco, además es un inglés. Pero no toquéis con la punta de los dedos ni un solo pelo de D'Artagnan, que es un fiel amigo a quien amo y a quien defiendo, a os juro por la cabeza de mi padre que el crimen que hayáis cometido será el último.

-El señor D'Artagnan me ha ofendido cruelmente -dijo Milady con voz sorda-. El señor D'Artagnan morirá.

-¿De veras es posible que alguien os ofenda, señora? -dijo riendo Athos-. ¿Os ha ofendido y morirá?

-Morirá -replicó Milady-; ella primero, él después.

Athos fue arrebatado como por un vértigo: la vista de aquella criatura, que no tenía nada de mujer, le traía recuerdos terribles; pensó que un día, en una situación menos peligrosa que aquella en que se encontraba, había ya querido sacrificarla a su honor; su deseo de crimen le volvió quemándole y lo invadió como una fiebre ardiente: se levantó a su vez, llevó la mano a su cintura, sacó de él una pistola y la armó.

Milady, pálida como un cadáver, quiso gritar, pero su lengua helada no pudo proferir más que un sonido ronco que no tenía nada de palabra humana y que parecía el estertor de una bestia fiera; pegada contra la sombría tapicería, con los cabellos esparcidos, parecía como la imagen espantosa del terror.

Athos alzó lentamente su pistola, extendió el brazo de manera que el arma tocara casi la frente de Milady y luego, con una voz tanto más terrible cuanto que tenía la calma suprema de una inflexible resolución:

-Señora -dijo-, ahora mismo vais a entregarme el papel que os ha firmado el cardenal, o por mi alma que os salto la tapa de los sesos.

Con otro hombre Milady habría podido conservar alguna duda, pero ella conocía a Athos; sin embargo, permaneció inmóvil.

-Tenéis un segundo para decidiros -dijo él.

Milady vio en la contracción de su rostro que el disparo iba a salir; llevó vivamente la mano a su pecho, sacó de él un papel y lo tendió a Athos.

-¡Tomad -dijo ella-, y sed maldito!

Athos cogió el papel, volvió a poner la pistola en su cintura, se acercó a la lámpara para asegurarse de que era aquél, lo desplegó y leyó:

«El portador de la presente ha "hecho lo que ha hecho" por orden mía y para bien del Estado.

3 de diciembre de 1627.

Richelieu»

-Y ahora -dijo Athos recobrando su capa y volviendo a ponerse el sombrero en la cabeza-, ahora que lo he arrancado los dientes, víbora, muere si puedes.

Y salió de la habitación sin mirar siquiera para atrás.

A la puerta encontró a los dos hombres y el caballo que tenían de la mano.

-Señores -dijo- la orden de Monseñor, ya lo sabéis, es conducir a esa mujer, sin perder tiempo, al fuerte de La Pointe y no dejarla hasta que esté a bordo.

Como estas palabras concordaban efectivamente con la orden que había recibido, inclinaron la cabeza en señal de asentimiento.

En cuanto a Athos, montó con ligereza y partió al galope; sólo que, en lugar de seguir la ruta, tomó campo a través, picando con vigor a su caballo y deteniéndose de vez en cuando para escuchar.

En uno de estos altos, oyó por el camino el paso de varios caballos. No dudó que fueran el cardenal y su escolta. Entonces echó una nueva carrera, restregó a

su caballo con los brezales y las hojas de los árboles y vino a situarse de través en el camino, a doscientos pasos del campamento aproximadamente.

-¿Quién vive? -gritó de lejos cuando divisó a los caballeros.

-Es nuestro valiente mosquetero, según creo -dijo el cardenal.

-Sí, Monseñor -respondió Athos-, el mismo.

-Señor Athos -dijo Richelieu-, recibid mi agradecimiento por la buena custodia que habéis hecho de nosotros; señores, hemos llegado: tomad la puerta de la izquierda, la contraseña es Rey y Ré.

Al decir estas palabras, el cardenal saludó con la cabeza a los tres amigos y giró a la derecha seguido de su escudero; porque aquella noche dormía en el campamento.

-¡Y bien! -dijeron a una Porthos y Aramis cuando el cardenal estuvo fuera del alcance de la voz-. Y bien, ha firmado el papel que ella pedía.

-Lo sé -dijo tranquilamente Athos-, porque es éste.

Y los tres amigos no intercambiaron una sola palabra hasta su acuartelamiento, excepto para dar la contraseña a los centinelas.

Sólo que enviaron a Mosquetón a decir a Planchet que rogaban a su amo que, al ser relevado de trinchera, se dirigiese al momento al alojamiento de los mosqueteros.

Por otra parte, como Athos había previsto, Milady, al encontrarse en la puerta a los hombres que la esperaban, no puso ninguna dificultad en seguirlos; por un instante había tenido ganas de hacerse llevar ante el cardenal y contarle todo, pero una revelación por su parte llevaba a una revelación por parte de Athos: ella diría que Athos la había colgado, pero Athos diría que ella estaba marcada; pensó que más valía guardar silencio, partir discretamente, cumplir con su habilidad ordinaria la difícil misión de que se había encargado y luego, una vez cumplido todo a satisfacción del cardenal, ir a reclamar su venganza.

Por consiguiente, tras haber viajado toda la noche, a las siete de la mañana estaba en el fuerte de La Pointe, a las ocho había embarcado y a las nueve el

navío, que con la patente de corso del cardenal se suponía en franquía para Bayonne, levaba el ancla y navegaba rumbo a Inglaterra.



Capítulo XLVI

El bastión Saint-Geruais

Al llegar donde sus tres amigos, D'Artagnan los encontró reunidos en la misma habitación: Athos reflexionaba, Porthos rizaba su mostacho, Aramis decía sus oraciones en un encantador librito de horas encuadernado en terciopelo azul.

-¡Diantre, señores! -dijo-. Espero que lo que tengáis que decirme valga la pena; en caso contrario os prevengo que no os perdonaré haberme hecho venir en lugar de dejarme descansar después de una noche pasada conquistando y desmantelando un bastión. ¡Ah, y que no estuvierais allí, señores! ¡Hizo buen calor!

-¡Estábamos en otro lado donde tampoco hacía frío! -respondió Porthos haciendo adoptar a su mostacho un rizo que le era particular.

-¡Chis! -dijo Athos.

-¡Vaya! -dijo D'Artagnan comprendiendo el ligero fruncimiento de ceño del mosquetero-. Parece que hay novedades por aquí.

-Aramis -dijo Athos-, creo que anteayer fuisteis a almorzar al albergue del Parpaillot.

-Sí.

-¿Qué tal está?

-Por lo que a mí se refiere comí muy mal: anteayer era día de ayuno, y no tenían más que carne.

-¿Cómo? -dijo Athos-. ¿En un puerto de mar no tienen pescado?

-Dicen -replicó Aramis volviendo a su piadosa lectura- que el dique que ha hecho construir el señor cardenal lo echa a alta mar.

-Mas no es eso lo que yo os preguntaba, Aramis -prosiguió Athos-; yo os preguntaba si estuvisteis a gusto, y si nadie os había molestado.

-Me parece que no tuvimos demasiados importunos; sí, de hecho, y para lo que queréis decir, Athos, estaremos bastante bien en el Parpaillot.

-Vamos entonces al Parpailot -dijo Athos-, porque aquí las paredes son como hojas de papel.

D'Artagnan, que estaba habituado a las maneras de hacer de su amigo, que reconocía inmediatamente en una palabra, en un gesto, en un signo suyo que las circunstancias eran graves, cogió el brazo de Athos y salió con él sin decir nada; Porthos siguió platicando con Aramis.

En camino encontraron a Grimaud y Athos le hizo seña de seguirlos; Grimaud, según su costumbre, obedeció en silencio; el pobre muchacho había terminado casi por olvidarse de hablar.

Llegaron a la cantina del Parpailot: eran las siete de la mañana, el día comenzaba a clarear; los tres amigos encargaron un desayuno y entraron en la sala donde, a decir del huésped, no debían ser molestados.

Por desgracia la hora estaba mal escogida para un conciliábulo; acababan de tocar diana, todos sacudían el sueño de la noche, y para disipar el aire húmedo de la mañana venían a beber la copita a la cantina dragones, suizos, guardias, mosqueteros, caballos-ligeros se sucedía con una rapidez que debía hacer ir bien los asuntos del hostelero, pero que cumplía muy mal las miras de los cuatro amigos. Por eso respondieron de una forma muy huraña a los saludos, a los brindis y a las bromas de sus camaradas.

-¡Vamos! -dijo Athos-. Vamos a organizar alguna buena pelea, y no tenemos necesidad de eso en este momento. D'Artagnan, contadnos vuestra noche; luego nosotros os contaremos la nuestra.

-En efecto -dijo un caballo-ligero que se contoneaba sosteniendo en la mano un vaso de aguardiente que degustaba con lentitud-; en efecto, esta noche estabais de trinchera, señores guardias, y me parece que andado en dimes y diretes con los rochelleses.

D'Artagnan miró a Athos para saber si debía responder a aquel intruso que se mezclaba en la conversación.

-Y bien -dijo Athos-, ¿no oyes al señor de Busigny que te hace el honor de dirigirte la palabra? Cuenta lo que ha pasado esta noche, que estos señores desean saberlo.

-¿No habrán cogido un bastión? -preguntó un suizo que bebía ron en un vaso de cerveza.

-Sí, señor -respondió D'Artagnan inclinándose-, hemos tenido ese honor; incluso hemos metido, como habéis podido oír, bajo uno de los ángulos, un barril de pólvora que al estallar ha hecho una hermosa brecha; sin contar con que, como el bastión no era de ayer, todo el resto de la obra ha quedado tambaleándose.

-Y ¿qué bastión es? -preguntó un dragón que tenía ensartada en su sable una oca que traía para que se la asasen.

-El bastión Saint-Gervais -respondió D'Artagnan, tras el cual los rochelleses inquietaban a nuestros trabajadores.

-¿Y la cosa ha sido acalorada?

-Por supuesto; nosotros hemos perdido cinco hombres y los rochelleses ocho o diez.

-¡Triante! -exclamó el suizo, que, pese a la admirable colección de juramentos que posee la lengua alemana, había tomado la costumbre de jurar en francés.

-Pero es probable -dijo el caballo-ligero- que esta mañana envíen avanzadillas para poner las cosas en su sitio en el bastión.

-Sí, es probable -dijo D'Artagnan.

-Señores -dijo Athos-, una apuesta.

-¡Ah! Sí, una apuesta -dijo el suizo.

- Cuál? -preguntó el caballo-ligero.

-Esperad -dijo el dragón poniendo su sable, como un asador, sobre los dos grandes morillos que sostenían el fuego de la chimenea-, estoy con vosotros. Hostelero maldito, una grasera en seguida, para que no pierda ni una sola gota de la grasa de esta estimable ave.

-Tiene razón -dijo el suizo-, la grasa suya, es muy buena con confituras.

-Ahí -dijo el dragón-. Ahora, veamos la apuesta. ¡Escuchamos, señor Athos!

-¡Sí, la apuesta! -dijo el caballo- ligero.

-Pues bien, señor de Busigny, apuesto con vosotros -dijo Athosa que mis tres compañeros, los señores Porthos, Aramis y D'Artagnan y yo nos vamos a desayunar al bastión Saint-Gervais y que estaremos allí una hora, reloj en mano, haga lo que haga el enemigo para desalojarnos.

Porthos y Aramis se miraron; comenzaban a comprender.

-Pero -dijo D'Artagnan inclinándose al oído de Athos- vas a hacernos matar sin misericordia.

-Estamos mucho más muertos -respondió Athos- si no vamos.

-¡Ah! A fe que es una hermosa apuesta -dijo Porthos retrepándose en su silla y retorciéndose el mostacho.

-Acepto -dijo el señor de Busigny-; ahora se trata de fijar la puesta.

-Vosotros sois cuatro, señores -dijo Athos-; nosotros somos cuatro; una cena a discreción para ocho, ¿os parece?

-De acuerdo -replicó el señor de Busigny.

-Perfectamente -dijo el dragón.

-Me da -dijo el suizo.

El cuarto auditor, que en toda esta conversación había jugado un papel mudo, hizo con la cabeza una señal de que aceptaba la proposición.

-El desayuno de estos señores está dispuesto -dijo el hostelero.

-Pues bien, traedlo -dijo Athos.

El hostelero obedeció. Athos llamó a Grimaud, le mostró una gran cesta que yacía en un rincón y le hizo el gesto de envolver en las servilletas las viandas traídas.

Grimaud comprendió al instante que se trataba de desayunar en el campo, cogió la cesta, empaquetó las viandas, unió a ello botellas y cogió la cesta al brazo.

-Pero ¿dónde se van a tomar mi desayuno? -dijo el hostelero.

-¿Qué os importa -dijo Athos-, con tal de que os paguen?

Y majestuosamente tiró dos pistolas sobre la mesa.

-¿Hay que devolveros algo mi oficial? -dijo el hostelero.

-No, añade solamente dos botellas de Champagne y la diferencia será por las servilletas.

El hostelero no hacía tan buen negocio como había creído al principio pero se recuperó deslizando a los comensales dos botellas de vino de Anjou en lugar de dos botellas de vino de Champagne.

-Señor de Busigny -dijo Athos-, ¿tenéis a bien poner vuestro reloj con el mío, o me permitís poner el mío con el vuestro?

-De acuerdo, señor -dijo el caballo-ligero sacando del bolsillo del chaleco un hermoso reloj rodeado de diamantes-; las siete y media -dijo.

-Siete y treinta y cinco minutos -dijo Athos-; ya sabemos que el mío se adelanta cinco minutos sobre vos, señor.

Y saludando a los asistentes boquiabiertos, los cuatro jóvenes tomaron el camino del bastión Saint-Gervais, seguidos de Grimaud, que llevaba la cesta, ignorando dónde iba, pero en la obediencia pasiva a que se había habituado con Athos no pensaba siquiera en preguntarlo.

Mientras estuvieron en el recinto del campamento, los cuatro amigos no intercambiaron una palabra; además eran seguidos por los curiosos que, conociendo la apuesta hecha, querían saber cómo saldrían de ella.

Pero una vez hubieron franqueado la línea de circunvalación y se encontraron en pleno campo, D'Artagnan, que ignoraba por completo de qué se trataba, creyó que había llegado el momento de pedir una explicación.

-Y ahora, mi querido Athos -dijo-, tened la amabilidad de decirme adónde vamos.

-Ya lo veis -dijo Athos-, vamos al bastión.

-Sí, pero ¿qué vamos a hacer allí?

-Ya lo sabéis, vamos a desayunar.

-Pero ¿por qué no hemos desayunado en el Parpaillot?

-Porque tenemos cosas muy importantes que decirnos, y porque era imposible hablar cinco minutos en ese albergue, con todos esos importunos que

van, que vienen, que saludan, que se pegan a la mesa; ahí por lo menos -prosiguió Athos señalando el bastión- no vendrán a molestarnos.

-Me parece -dijo D'Artagnan con esa prudencia que tan bien y tan naturalmente se aliaba en él a una bravura excesiva-, me parece que habríamos podido encontrar algún lugar apartado en las dunas, a orillas del mar.

-Donde se nos habría visto conferenciar a los cuatro juntos, de suerte que al cabo de un cuarto de hora el cardenal habría sido avisado por sus espías de que teníamos consejo.

-Sí -dijo Aramis-, Athos tiene razón: Animad vertuntur in desertis.

-Un desierto no habría estado mal -dijo Porthos-, pero se trataba de encontrarlo.

-No hay desierto en el que un pájaro no pueda pasar por encima de la cabeza, donde un pez no pueda saltar por encima del agua, donde un conejo no pueda salir de su madriguera, y creo que pájaro, pez, conejo todo es espía del cardenal. Más vale, pues, seguir nuestra empresa, ante la cual por otra parte ya no podemos retroceder sin vergüenza; hemos hecho una apuesta, una apuesta que no podía preverse, y sobre cuya verdadera causa desafío a quien sea a que la adivine: para ganarla vamos a permanecer una hora en el bastión. Seremos atacados o no lo seremos. Si no lo somos, tendremos todo el tiempo para hablar, y nadie nos oirá, porque respondo de que los muros de este bastión no tienen orejas; si lo somos, hablaremos de nuestros asuntos al mismo tiempo, y además, al defendernos, nos cubrimos de gloria. Ya veis que todo es beneficio.

-Sí -dijo D'Artagnan-, pero indudablemente pescaremos alguna bala.

-Vaya, querido -dijo Athos-, ya sabéis vos que las balas más de temer no son las del enemigo.

-Pero me parece que para semejante expedición habríamos debido al menos traer nuestros mosquetes.

-Sois un necio, amigo Porthos; ¿para qué cargar con un peso inútil?

-No me parece inútil frente al enemigo un buen mosquete de calibre, doce cartuchos y un cebador.

-Pero bueno -dijo Athos-, ¿no habéis oído lo que ha dicho D'Artagnan?

-¿Qué ha dicho D'Artagnan? -preguntó Porthos.

-D'Artagnan ha dicho que en el ataque de esta noche había ocho o diez franceses muertos, y otros tantos rochelleleses.

-¿Y qué?

-No ha habido tiempo de despojarlos, ¿no es así? Dado que, por el momento, había otras cosas más urgentes.

-Y ¿qué?

-¡Y qué! Vamos a buscar sus mosquetes sus cebadores y sus cartuchos, y en vez de cuatro mosquetes y de doce balas vamos a tener una quincena de fusiles y un centenar de disparos.

-¡Oh, Athos! -dijo Aramis-. Eres realmente un gran hombre.

Porthos inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

Sólo D'Artagnan no parecía convencido.

Indudablemente Grimaud compartía las dudas del joven; porque al ver que se continuaba caminando hacia el bastión, cosa que había dudado hasta entonces, tiró a su amo por el faldón de su traje.

-¿Dónde vamos? -preguntó por gestos.

Athos le señaló el bastión.

-Pero -dijo en el mismo dialecto el silencioso Grimaud- dejaremos ahí nuestra piel.

Athos alzó los ojos y el dedo hacia el cielo.

Grimaud puso su cesta en el suelo y se sentó moviendo la cabeza.

Athos cogió de su cintura una pistola, miró si estaba bien cargada, la armó y acercó el cañón a la oreja de Grimaud.

Grimaud volvió a ponerse en pie como por un resorte.

Athos le hizo seña de coger la cesta y de caminar delante.

Grimaud obedeció.

Todo cuanto había ganado el pobre muchacho con aquella pantomima de un instante es que había pasado de la retaguardia a la vanguardia.

Llegados al bastión, los cuatro se volvieron.

Más de trescientos soldados de todas las armas estaban reunidos a la puerta del campamento, y en un grupo separado se podía distinguir al señor de Busigny, al dragón, al suizo y al cuarto apostante.

Athos se quitó el sombrero, lo puso en la punta de su espada y lo agitó en el aire.

Todos los espectadores le devolvieron el saludo, acompañando esta cortesía con una gran hurra que llegó hasta ellos.

Tras lo cual, los cuatro desaparecieron en el bastión donde ya los había precedido Grimaud.



Capítulo XLVII

El consejo de los mosqueteros

Como Athos había previsto, el bastión sólo estaba ocupado por una docena de muertos tanto franceses como rochelletes.

-Señores -dijo Athos, que había tomado el mando de la expedición-, mientras Grimaud pone la mesa, comencemos a recoger los fusiles y los cartuchos; además podemos hablar al cumplir esa tarea. Estos señores -añadió él señalando a los muertos- no nos oyen.

-Podríamos de todos modos echarlos en el foso -dijo Porthos-, después de habernos asegurado que no tienen nada en sus bolsillos.

-Sí -dijo Aramis-, eso es asunto de Grimaud.

-Bueno -dijo D'Artagnan-, entonces que Grimaud los registre y los arroje por encima de las murallas.

-Guardémonos de hacerlo -dijo Athos-, pueden servirnos.

-¿Esos muertos pueden servirnos? -dijo Porthos-. ¡Vaya, os estáis volviendo loco, amigo mío!

-¡«No juzguéis temerariamente», dice el Evangelio el señor cardenal!
-respondió Athos-. ¿Cuántos fusiles, señores.

-Doce -respondió Aramis.

-¿Cuántos disparos?

-Un centenar.

-Es todo cuanto necesitamos; carguemos las armas.

Los cuatro mosqueteros se pusieron a la tarea. Cuando acababan de cargar el último fusil, Grimaud hizo señas de que el desayuno estaba servido.

Athos respondió, siempre por gestos, que estaba bien e indicó a Grimaud una especie de atalaya donde éste comprendió que debía quedarse de centinela. Sólo

que para suavizar el aburrimiento de la guardia, Athos le permitió llevar un pan, dos chuletas y una botella de vino.

-Y ahora, a la mesa -dijo Athos.

Los cuatro amigos se sentaron en el suelo, con las piernas cruzadas, como los turcos o los canteros.

-¡Ah! -dijo D'Artagnan-. Ahora que ya no tienes miedo de ser oído, espero que vayas a hacernos participe de tu secreto, Athos.

-Espero que os procure a un tiempo agrado y gloria, señores -dijo Athos-. Os he hecho dar un paseo encantador; aquí tenemos un desayuno de los más succulentos, y quinientas personas allá abajo, como podéis verles a través de las troneras, que nos toman por locos o por héroes, dos clases de imbéciles que se parecen bastante.

-Pero ¿y ese secreto? -preguntó D'Artagnan.

-El secreto -dijo Athos- es que ayer por la noche vi a Milady. D'Artagnan llevaba su vaso a los labios; pero al nombre de Milady la mano le tembló tan fuerte que lo dejó en el suelo para no derramar el contenido...

-¿Has visto a tu mu...?

-¡Chis! -interrumpió Athos-. Olvidáis, querido, que estos señores no están iniciados como vos en el secreto de mis asuntos domésticos; he visto a Milady.

-¿Y dónde? -preguntó D'Artagnan.

-A dos leguas más o menos de aquí, en el albergue del Colombier-Rouge.

-En tal caso estoy perdido -dijo D'Artagnan.

-No, no del todo aún -prosiguió Athos-, porque a esta hora debe haber abandonado las costas de Francia.

D'Artagnan respiró.

-Pero, a fin de cuentas -prosiguió Porthos-, ¿quién es esa Milady?

-Una mujer encantadora -dijo Athos degustando un vaso de vino espumoso-. ¡Canalla de hostelero -exclamó-, que nos da vino de Anjou por vino de Champagne y que cree que nos vamos a dejar coger! Sí -continuó-, una mujer encantadora que ha tenido bondades con nuestro amigo D'Artagnan, que le ha hecho no sé qué

perfidia que ella ha tratado de vengar, hace un mes tratando de hacerlo matar a disparos de mosquete, hace ocho días tratando de envenenarlo, y ayer pidiendo su cabeza al cardenal.

-¿Cómo? ¿Pidiendo mi cabeza al cardenal? -exclamó D'Artagnan, pálido de terror.

-Eso es tan cierto -dijo Porthos- como el Evangelio; lo he oído con mis dos orejas.

-Y yo también -dijo Aramis.

-Entonces -dijo D'Artagnan dejando caer su brazo con desaliento- es inútil seguir luchando más tiempo; da igual que me salte la tapa de los sesos, todo está terminado.

-Es la última tontería que hay que hacer -dijo Athos-, dado que es la única que no tiene remedio.

-Pero no escaparé nunca -dijo D'Artagnan- con semejantes enemigos. Primero, mi desconocido de Meung; luego de Wardes, a quien he dado tres estocadas; luego Milady, cuyo secreto he sorprendido; por fin el cardenal, cuya venganza he hecho fracasar.

-¡Pues bien! -dijo Athos-. Todo eso no hace más que cuatro, y nosotros somos cuatro, uno contra uno. Diantre, si hemos de creer las señas que nos hace Grimaud, vamos a tener que vérnoslas con un número de personas mucho mayor. ¿Qué pasa, Grimaud? Considerando la gravedad de las circunstancias, amigo mío, os permito hablar, pero sed lacónico, por favor. ¿Qué veis?

-Una tropa.

-¿De cuántas personas?

-De veinte hombres.

-¿Qué hombres?

-Dieciséis zapadores, cuatro soldados.

-¿A cuántos pasos están?

-A quinientos pasos.

-Bueno, aún tenemos tiempo de acabar estas aves y beber un vaso de vino a tu salud, D'Artagnan.

-¡A tu salud! -repitieron Porthos y Aramis.

-Pues bien, ¡a mi salud! Aunque no creo que vuestros deseos me sirvan de gran cosa.

-¡Bah! -dijo Athos-. Dios es grande, como dicen los sectarios de Mahoma y el porvenir está en sus manos.

Luego, tragando el contenido de su vaso, que dejó junto a sí, Athos se levantó indolentemente, cogió el primer fusil que había a mano y se acercó a una tronera.

Porthos, Aramis y D'Artagnan hicieron otro tanto. En cuanto a Grimaud, recibió la orden de colocarse detrás de los cuatro a fin de volver a cargar las armas.

Al cabo de un instante vieron aparecer la tropa; seguía una especie de ramal de trinchera que establecía comunicación entre el bastión y la ciudad.

-¡Diantre! -dijo Athos-. ¿Merecía la pena molestarnos por una veintena de bribones armados de piquetas, de azadones y de palas? Grimaud no hubiera debido hacer otra cosa que hacerles señas de que se fueran y estoy convencido de que nos habrían dejado tranquilos.

-Lo dudo -observó D'Artagnan-, porque avanzan muy decididos por ese lado. Por otra parte, con los trabajadores hay cuatro soldados y un brigadier armados de mosquetes.

-Eso es que no nos han visto -replicó Athos.

-¡A fe -dijo Aramis- confieso que me da repugnancia disparar sobre esos pobres diablos de burgueses!

-¡Mal cura -respondió Porthos- el que tiene piedad de los heréticos!

-Realmente -dijo Athos-, Aramis tiene razón, voy a avisarlos.

-¿Qué diablos hacéis? -exclamó D'Artagnan-. Vais a hacerlos fusilar, querido.

Pero Athos no hizo caso alguno del aviso, y subiéndose a la brecha con el fusil en una mano y el sombrero en la otra:

-Señores -dijo dirigiéndose a los soldados y a los trabajadores, que, asombrados por su aparición se detenían a cincuenta pasos aproximadamente del

bastión, y saludándolos cortésmente-, señores, algunos amigos y yo estamos a punto de desayunar en este bastión. Y ya sabéis que nada es tan desagradable como ser molestado cuando uno desayuna; por tanto, os rogamos que, si tenéis algo que hacer inexorablemente aquí, esperéis a que hayamos terminado nuestra comida, o que volváis más tarde; a menos que tengáis el saludable deseo de dejar el partido de la rebelión y de venir a beber con nosotros a la salud del rey de Francia.

-¡Ten cuidado, Athos! -exclamó D'Artagnan-. ¿No ves que lo están apuntando?

-Ya lo veo, lo veo -dijo Athos-, pero son burgueses que disparan muy mal, y que se libren de tocarme.

En efecto, en aquel mismo instante cuatro disparos de fusil salieron y las balas vinieron a estrellarse junto a Athos, pero sin que una sola lo tocara.

Cuatro disparos de fusil los respondieron casi al mismo tiempo, pero éstos estaban mejor dirigidos que los de los agresores: tres soldados cayeron en el sitio, y uno de los trabajadores fue herido.

-¡Grimaud, otro mosquete! -dijo Athos, que seguía en la brecha.

Grimaud obedeció inmediatamente. Por su parte, los tres amigos habían cargado sus armas; una segunda descarga siguió a la primera: el brigadier y dos zapadores cayeron muertos, el resto de la tropa huyó.

-Vamos, señores, una salida -dijo Athos.

Y los cuatro amigos, lanzándose fuera del fuerte, llegaron hasta el campo de batalla, recogieron los cuatro mosquetes y el espontón del brigadier; y convencidos de que los huidos no se detendrían hasta la ciudad, tomaron de nuevo el camino del bastión, trayendo los trofeos de la victoria.

-Volved a cargar las armas, Grimaud -dijo Athos-, y nosotros, señores, volvamos a nuestro desayuno y sigamos. ¿Dónde estábamos?

-Yo lo recuerdo -dijo D'Artagnan, que se preocupaba mucho del itinerario que debía seguir Milady.

-Va a Inglaterra -respondió Athos.

-¿Con qué fin?

-Con el fin de asesinar o hacer asesinar a Buckingham.

D'Artagnan lanzó una exclamación de sorpresa y de indignación.

-¡Pero eso es infame! -exclamó.

-¡Oh, en cuanto a eso -dijo Athos-, os ruego que creáis que me inquieto muy poco! Ahora que habéis terminado, Grimaud -continuó Athos-, tomad el espontón de nuestro brigadier, atadle una servilleta y plantadlo en lo alto de nuestro bastión, a fin de que esos rebeldes de los rochelleses vean que tienen que vérselas con valientes y leales soldados del rey.

Grimaud obedeció sin responder. Un instante después la bandera blanca flotaba por encima de los cuatro amigos; un trueno de aplausos saludó su aparición; la mitad del campamento estaba en las barreras.

-¿Cómo? -replicó D'Artagnan-. ¿Te inquietas poco de que mate o haga matar a Buckingham? Pero el duque es nuestro amigo.

-El duque es inglés, el duque combate contra nosotros; que haga del duque lo que quiera, me preocupo tanto por ello como por una botella vacía.

Y Athos lanzó a quince pasos de él una botella que tenía en la mano y de la que acababa de trasvasar hasta la última gota a su vaso.

-Un momento -dijo D'Artagnan-, yo no abandono a Buckingham así; nos dio caballos muy buenos.

-Y sobre todo unas buenas sillas -añadió Porthos, que en aquel momento mismo llevaba en su capa el galón de la suya.

-Además -observó Aramis-, Dios quiere la conversión y no la muerte del pecador.

-Amén -dijo Athos-, y ya volveremos sobre eso más tarde, si es ese vuestro gusto; pero por el momento lo que más me preocupaba, y estoy seguro de que tú, D'Artagnan, me comprenderás, era recuperar de aquella mujer una especie de firma en blanco que había arrancado al cardenal, y con cuya ayuda ella debía desembarazarse de ti y quizá de nosotros impunemente.

-Pero esa criatura es un demonio -dijo Porthos tendiendo su plato a Aramis, que trinchaba un ave.

-Y esa firma en blanco -dijo D'Artagnan-, esa firma en blanco, ¿ha quedado entre sus manos?

-No, ha pasado a las mías; no diré que haya sido sin esfuerzo, porque mentiría.

-Querido Athos -dijo D'Artagnan-, ya no seguiré contando las veces que os debo la vida.

-Entonces, ¿nos dejasteis para volver junto a ella? -preguntó Aramis.

-Exacto.

-¿Y tienes esa carta del cardenal? -dijo D'Artagnan.

-Aquí está -dijo Athos.

Y sacó el precioso papel del bolsillo de su casaca.

D'Artagnan lo desplegó con una mano cuyo temblor no trataba siquiera de disimular y leyó:

«El portador de la presente ha "hecho lo que ha hecho" por orden mía y para bien del Estado.

5 de diciembre de 1627.

Richelieu»

-En efecto -dijo Aramis-, es una absolución en toda regla.

-Hay que romper ese papel -exclamó D'Artagnan, que parecía leer su sentencia de muerte.

-Muy al contrario -dijo Athos-, hay que conservarlo por encima de todo, y yo no daría este papel aunque lo cubrieran de piezas de oro.

-¿Y qué va a hacer ahora ella? -preguntó el joven.

-Pues probablemente -dijo despreocupado Athos- va a escribir al cardenal que un maldito mosquetero, llamado Athos, le ha arrancado por la fuerza su salvoconducto; en la misma carta le dará consejo de desembarazarse al mismo

tiempo que de él de sus dos amigos, Porthos y Aramis; el cardenal recordará que son los mismos hombres que encontró en su camino entonces, una buena mañana hará detener a D'Artagnan y para que no se aburra solo, nos enviará a hacerle compañía a la Bastilla.

-¡Vaya! -dijo Porthos-. Me parece que estáis haciendo bromas de mal gusto, querido.

-No bromeo -respondió Athos.

-¿Sabéis -dijo Porthos- que retorcerle el cuello a esa maldita Milady sería un pecado menor que retorcérselo a estos pobres diablos de hugonotes, que nunca han cometido más crímenes que cantar en francés salmos que nosotros cantamos en latín?

-¿Qué dice el abate a esto? -preguntó tranquilamente Athos.

-Digo que soy de la opinión de Porthos -respondió Aramis.

-¡Y yo también! -dijo D'Artagnan.

-Suerte que ella está lejos -observó Porthos-; porque confieso que me molestaría mucho aquí.

-Me molesta en Inglaterra tanto como en Francia -dijo Athos.

-A mí me molesta en todas partes -continuó D'Artagnan.

-Pero puesto que la teníais -dijo Porthos-, ¿por qué no la habéis ahogado, estrangulado, colgado? Sólo los muertos no vuelven.

-¿Eso creéis, Porthos? -respondió el mosquetero con una sonrisa sombría que sólo D'Artagnan comprendió.

-Tengo una idea -dijo D'Artagnan.

-Veamos -dijeron los mosqueteros.

-¡A las armas! -gritó Grimaud.

Los jóvenes se levantaron con presteza a los fusiles.

Aquella vez avanzaba una pequeña tropa compuesta de veinte o veinticinco hombres; pero ya no eran trabajadores, eran soldados de la guarnición.

-¿Y si volviéramos al campamento? -dijo Porthos-. Me parece que la partida no es igual.

-Imposible por tres razones -respondió Athos-; la primera es que no hemos terminado de almorzar; la segunda es que aún tenemos cosas importantes que decir, la tercera es que todavía faltan diez minutos para que pase la hora.

-Bueno -dijo Aramis-, sin embargo hay que preparar un plan de batalla.

-Es muy simple -respondió Athos-: tan pronto como el enemigo esté al alcance del mosquete, nosotros hacemos fuego; si continúa avanzando, nosotros volvemos a hacer fuego; hacemos fuego mientras tengamos los fusiles cargados; si lo que quede de la tropa quiere todavía subir al asalto, dejamos a los asaltantes bajar hasta el foso, y entonces les echamos encima de la cabeza ese lienzo de muralla que sólo está en pie por un milagro de equilibrio.

-¡Bravo! -exclamó Porthos-. Decididamente, Athos, habéis nacido para general, y el cardenal, que se cree un gran hombre de guerra, es bien poca cosa a vuestro lado.

-Señores -dijo Athos-, nada de repeticiones inútiles, por favor; que cada uno apunte bien a su hombre.

-Yo tengo el mío -dijo D'Artagnan.

-Y yo el mío -dijo Porthos.

-Y yo ídem -dijo Aramis.

-¡Entonces fuego! -dijo Athos.

Los cuatro disparos de fusil no hicieron más que una detonación y cuatro hombres cayeron.

Entonces batió el tambor, y la pequeña tropa avanzó a paso de carga.

Entonces los disparos de fusil se sucedieron sin regularidad, pero siempre enviados con igual precisión. Sin embargo, como si hubieran conocido la debilidad numérica de los amigos, los rochelleses continuaban avanzando a paso de carrera.

Con los otros tres disparos de fusil cayeron dos hombres; sin embargo, el paso de los que quedaban en pie no aminoraba.

Llegados al pie del bastión, los enemigos eran todavía doce o quince; una última descarga los acogió, pero no los detuvo: saltaron al foso y se aprestaron a escalar la brecha.

-¡Vamos; amigos míos! -dijo Athos-. Terminemos de un golpe: ¡a la muralla, a la muralla!

Y los cuatro amigos, secundados por Grimaud, se pusieron a empujar con el cañón de sus fusiles un enorme lienzo de muro que se inclinó como si el viento lo arrastrase, y desprendiéndose de su base cayó con horrible estruendo en el foso; luego se oyó un gran grito, una nube de polvo subió hacia el cielo, y eso fue todo.

-¿Los habremos aplastado desde el primero hasta el último? -preguntó Athos.

-A fe que eso me parece -dijo D'Artagnan.

-No -dijo Porthos-, ahí hay dos o tres que escapan cojeando.

En efecto, tres o cuatro de aquellos desgraciados, cubiertos de barro y de sangre, huían por el camino encajonado y ganaban de nuevo la ciudad: era todo lo que quedaba de la tropilla.

Athos miró su reloj.

-Señores -dijo-, hace una hora que estamos aquí y ahora la partida está ganada; pero hay que ser buenos jugadores, y además D'Artagnan no nos ha dicho su idea.

Y el mosquetero, con su sangre fría habitual, fue a sentarse ante los restos del desayuno.

-¿Mi idea? -dijo D'Artagnan.

-Sí, decíais que teníais una idea -replicó Athos.

-¡Ah, ya recuerdo! -contestó D'Artagnan-. Yo paso a Inglaterra por segunda vez, voy en busca del señor de Buckingham y le advierto del complot tramado contra su vida.

-Vos no haréis eso, D'Artagnan -dijo fríamente Athos.

-¿Y por qué no? ¿No lo he hecho ya?

-Sí, pero en esa época no estábamos en guerra; en esa época, el señor de Buckingham era un aliado y no un enemigo: lo que queréis hacer sería tachado de traición.

D'Artagnan comprendió la fuerza de este razonamiento y se calló.

-Pues me parece -dijo Porthos- que también yo tengo una idea.

-¡Silencio para la idea de Porthos! -dijo Aramis.

-Yo le pido permiso al señor de Tréville, bajo algún pretexto que vos encontraréis: yo no soy fuerte en eso de los pretextos, Milady no me conoce, me acerco a ella a sin que sospeche de mí y, cuando encuentre una ocasión, la estrangulo.

-¡Bueno -dijo Athos-, no estoy muy lejos de adoptar la idea de Porthos!

-¡Qué va! -dijo Aramis-. ¡Matar a una mujer! No, mirad, yo tengo la idea buena.

-¡Veamos vuestra idea, Aramis! -pidió Athos, que sentía mucha deferencia por el joven mosquetero.

-Hay que prevenir a la reina.

-¡A fe que sí! -exclamaron juntos Porthos y D'Artagnan-. Creo que estamos dando en el blanco.

-¿Prevenir a la reina? -dijo Athos-. ¿Y cómo? ¿Tenemos relaciones en la corte? ¿Podemos enviar a alguien a Paris sin que se sepa en el campamento? De aquí a Paris hay ciento cuarenta leguas: la carta no habrá llegado a Angers cuando estemos ya en el calabozo.

-En cuanto a enviar con seguridad una carta a Su Majestad -propuso Aramis ruborizándose-, yo me encargo de ello; conozco en Tours una persona hábil...

Aramis se detuvo viendo sonreír a Athos.

-¡Bueno! ¿No adoptáis ese medio, Athos? -dijo D'Artagnan.

-No lo rechazo del todo -dijo Athos-, pero sólo quiero hacer observar a Aramis que él no puede abandonar el campamento; que cualquier otro de nosotros no es seguro; que dos horas después de que el mensajero haya partido, todos los capuchinos, todos los alguaciles, todos los bonetes negros del cardenal sabrán vuestra carta de memoria, y que vos y vuestra hábil persona seréis detenidos.

-Sin contar -objetó Porthos- que la reina salvará al señor de Buckingham, pero que en modo alguno nos salvará a nosotros.

-Señores -dijo D'Artagnan-, lo que Porthos objeta está lleno de sentido.

-¡Ah, ah! ¿Qué pasa en la ciudad? -dijo Athos.

-Tocan a generala.

Los cuatro amigos escucharon, y el ruido del tambor llegó efectivamente hasta ellos.

-Vais a ver cómo nos mandan un regimiento entero -dijo Porthos.

-¿Por qué no? -dijo el mosquetero-. Me siento en vena, y resistiría ante un ejército con tal de que hubiera tenido la preocupación de coger una docena más de botellas.

-Palabra de honor que el tambor se acerca -dijo D'Artagnan. -Dejadlo que se acerque -dijo Athos-, hay un cuarto de hora de camino de aquí a la ciudad, y por tanto de la ciudad aquí. Es más tiempo del que necesitamos para preparar nuestro plan; si nos vamos de aquí nunca encontraremos un lugar tan conveniente. Y mirad, precisamente, señores, acaba de ocurrírseme la idea buena.

-Decid, pues.

-Permitid que dé a Grimaud algunas órdenes indispensables.

Athos hizo a su criado señal de acercarse.

-Grimaud -dijo Athos señalando a los muertos que yacían en el bastión-, vais a coger a estos señores, vais a enderezarlos contra la muralla, vais a ponerles su sombrero en la cabeza y su fusil en la mano.

-¡Oh gran hombre -exclamó D'Artagnan-, lo comprendo!

-¿Comprendéis? -dijo Porthos.

-Y tú, Grimaud, ¿comprendes? -preguntó Aramis.

Grimaud hizo seña de que sí.

-Es todo lo que se necesita -dijo Athos-, volvamos a mi idea. -Sin embargo, yo quisiera comprender -observó Porthos.

-Es inútil.

-Sí, sí, la idea de Athos -dijeron al mismo tiempo D'Artagnan y Aramis.

-Esa Milady, esa mujer esa criatura ese demonio tiene un cuñado, según creo que me habéis dicho D'Artagnan.

-Sí, yo lo conozco incluso mucho, y creo además que no tiene grandes simpatías por su cuñada.

-No hay mal en ello -respondió Athos-, a incluso sería mejor que la detestara.

-En tal caso estamos servidos a placer.

-Sin embargo -dijo Potthos-, me gustaría comprender lo que Grimaud hace.

-¡Silencio, Porthos! -dijo Aramis.

-¿Cómo se llama ese cuñado?

-Lord de Winter.

-¿Dónde está ahora?

-Volvió a Londres al primer rumor de guerra.

-¡Pues bien ése es precisamente el hombre que necesitamos! -dijo Athos-.

Ese es al que nos conviene avisar; le haremos saber que su cuñada está a punto de asesinar a alguien, y le rogaremos no perderla de vista. Espero que en Londres haya algún establecimiento del género de las Madelonetas, o Muchachas arrepentidas; hace meter allá a su cuñada, y nosotros tranquilos.

-Sí -dijo D'Artagnan-, hasta que salga.

-A fe -replicó Athos- que pedís demasiado, D'Artagnan, os he dado lo que tenía y os prevengo que es el fondo de mi bolso.

-A mí me parece que es lo mejor -dijo Aramis-; prevenimos a la vez a la reina y a lord de Winter.

-Sí, pero ¿a quién enviaremos con la carta a Tours y con la carta a Londres?

-Yo respondo de Bazin -dijo Aramis.

-Y yo de Planchet -continuó D'Artagnan.

-En efecto -dijo Porthos-, si nosotros no podemos ausentarnos del campamento, nuestros lacayos pueden dejarlo.

-Por supuesto -dijo Aramis-, y hoy mismo escribimos las cartas, les damos dinero y parten.

-¿Les damos dinero? -replicó Athos-. ¿Tenéis, pues, dinero?

Los cuatro amigos se miraron, y una nube pasó por las frentes que un instante antes estaban despejadas.

-¡Alerta! -gritó D'Artagnan-. Veo puntos negros y puntos rojos que se agitan allá. ¿Qué decíais de un regimiento, Athos? Es un verdadero ejército.

-A fe que sí -dijo Athos-, ahí están. ¡Vaya con los hipócritas que venían sin tambor ni trompeta. ¡Ah, ah! ¿Has terminado Grimaud?

Grimaud hizo seña de que sí, y mostró una docena de muertos que había colocado en las actitudes más pintorescas: los unos sosteniendo las armas, los otros con pinta de echárselas a la cara, los otros con la espada en la mano.

-¡Bravo! -repitió Athos-. Eso honra tu imaginación.

-Es igual -dijo Porthos-. Me gustaría sin embargo comprender.

-Levantemos el campo primero -lo interrumpió D'Artagnan-, luego comprenderás.

-¡Un instante, señores, un instante! Demos a Grimaud tiempo de quitar la mesa.

-¡Ah! -dijo Aramis-. Mirad cómo los puntos negros y los puntos rojos crecen visiblemente, y yo soy de la opinión de D'Artagnan: creo que no tenemos tiempo que perder para ganar nuestro campamento.

-A fe -dijo Athos- que no tengo nada contra la retirada; habíamos apostado por una hora, y nos hemos quedado hora y media; no hay nada que decir; partamos, señores, partamos.

Grimaud había tomado ya la delantera con la cesta y el servicio.

Los cuatro amigos salieron tras él y dieron una decena de pasos.

-¡Eh! -exclamó Athos-. ¿Qué diablos hacemos, señores?

-¿Nos hemos olvidado algo? -preguntó Aramis.

-La bandera, Pardiez. ¡No hay que dejar una bandera en manos del enemigo, aunque esa bandera no sea más que una servilleta!

Y Athos se precipitó al bastión, subió a la plataforma y quitó la bandera; sólo que como los rochellese habían llegado a tiro de mosquete, hicieron un fuego terrible sobre aquel hombre que, como por placer, iba a exponerse a los disparos.

Pero se habría dicho que Athos tenía un encanto pegado a su persona: las balas pasaron silbando a su alrededor y ninguna lo tocó.

Athos agitó su estandarte volviéndoles la espalda a las gentes de la ciudad y saludando a las del campamento. De las dos partes resonaron grandes gritos, de la una gritos de cólera, de la otra gritos de entusiasmo.

Una segunda descarga hizo realmente de la servilleta una bandera. Se oyeron los clamores de todo el campamento que gritaba:

-¡Bajad, bajad!

Athos bajó; sus camaradas, que lo esperaban con ansiedad, lo vieron aparecer con alegría.

-Vamos, Athos, vamos -dijo D'Artagnan-, larguémonos; ahora que hemos encontrado todo, menos el dinero, sería estúpido ser muertos.

Pero Athos continuó caminando majestuosamente por más observaciones que le hicieran sus compañeros, los cuales, viendo que era inútil, regularon sus pasos por el suyo.

Grimaud y su cesta habían tomado la delantera y se hallaban los dos fuera de alcance.

Al cabo de un instante se oyó el ruido de una descarga de fusilería colérica.

-¿Qué es eso? -preguntó Porthos-. ¿Y sobre quién disparan? No oigo silbar las balas y no veo a nadie.

-Disparan sobre nuestros muertos -respondió Athos.

-Pero nuestros muertos no responderán.

-Precisamente: entonces creerán en una emboscada, deliberarán; enviarán un parlamentario, y cuando se den cuenta de la burla, estaremos fuera del alcance de las balas. He ahí por qué es inútil coger una pleuresía dándonos prisa.

-¡Oh, comprendo! -exclamó Porthos maravillado.

-¡Es una suerte! -dijo Athos encogiéndose de hombros.

Por su parte, los franceses, al ver volver a los cuatro amigos, lanzaban gritos de entusiasmo.

Finalmente una nueva descarga de mosquetes se dejó oír, y esta vez las balas vinieron a estrellarse sobre los guijarros alrededor de los cuatro amigos y a

silbar lúgubrementemente en sus orejas. Los rochelletes acababan por fin de apoderarse del bastión.

-¡Vaya gentes tan torpes! -dijo Athos-. ¿Cuántos hemos matado? ¿Doce?

-O quince.

-¿Cuántos hemos aplastado?

-Ocho o diez.

-¿Y a cambio de todo esto ni un arañazo? ¡Ah, sí! ¿Qué tenéis en la mano, D'Artagnan? Sangre, me parece.

-No es nada -dijo D'Artagnan.

-¿Una bala perdida?

-Ni siquiera.

-¿Qué, entonces?

Ya lo hemos dicho, Athos amaba a D'Artagnan como a su hijo, y aquel carácter sombrío e inflexible tenía a veces por el joven solicitudes de padre.

-Un rasguño -repuso D'Artagnan-; me he pillado los dedos entre dos piedras, la del muro y la de mi anillo; y la piel se ha abierto.

-Eso pasa por tener diamantes, amigo mío -dijo desdeñosamente Athos.

-¡Ah, claro! -exclamó Porthos-. En efecto, hay un diamante. ¿Y por qué diablos, puesto que hay un diamante, nos quejamos de no tener dinero?

-¡Claro, es cierto! -dijo Aramis.

-Enhorabuena Porthos; esta vez es una idea.

-Sin duda -dijo Porthos engallándose ante el cumplido de Athos-, puesto que hay un diamante, vendámoslo.

-Pero es el diamante de la reina -dijo D'Artagnan.

-Razón de más -repuso Athos-, la reina salvando al señor de Buckingham su amante, nada más justo; la reina salvándonos a nosotros, que somos sus amigos, nada más moral. Vendamos el diamante. ¿Qué piensa el señor abate? No pido la opinión de Porthos, ya la ha dado.

-Pues yo pienso -dijo Aramis ruborizándose- que, al no venir su anillo de una amante, y por consiguiente al no ser una prenda de amor, D'Artagnan puede venderlo.

-Querido, habláis como la teología en persona. ¿O sea que vuestra opinión es...?

-Vender el diamante -respondió Aramis.

-Pues bien -dijo alegremente D'Artagnan-, vendamos él diamante y no hablemos más.

La descarga de fusilería continuaba, pero los amigos estaban fuera del alcance, y los rochellese no disparaban más que por descargo de conciencia.

-A fe -dijo Athos-, a tiempo le ha venido esa idea a Porthos: ya estamos en el campamento. Señores, ni una palabra sobre este asunto. Nos observan, vienen a nuestro encuentro, vamos a ser llevados en triunfo.

En efecto, como hemos dicho, todo el campamento estaba emocionado; más de dos mil personas habían asistido, como a un espectáculo a la feliz fanfarronada de los cuatro amigos fanfarronada cuyo verdadero motivo estaban muy lejos de sospechar. No se oían más que los gritos de ¡Vivan los guardias! ¡Vivan los mosqueteros! El señor de Busigny había venido el primero a estrechar la mano de Athos y a reconocer que la apuesta estaba perdida. El dragón y el suizo lo habían seguido, todos los compañeros habían seguido al dragón y al suizo. Aquello eran felicitaciones, apretones de manos, abrazos que no terminaban, risas inextinguibles a propósito de los rochellese; finalmente, un tumulto tan grande que el señor cardenal creyó que había motín y envió a La Houdinière, su capitán de los guardias, a informarse de lo que pasaba.

La cosa le fue contada al mensajero con todo el efluvio del entusiasmo.

-Y bien -preguntó el cardenal al ver a La Houdinière.

-Y bien, Monseñor -dijo éste-, son tres mosqueteros y un guardia que han apostado con el señor de Busigny a que iban a desayunar al bastión Saint-Gervais, y mientras desayunaban han resistido allí al enemigo, y han matado no sé cuántos rochellese.

-¿Estáis informado del nombre de esos tres mosqueteros?

-Sí, Monseñor.

-¿Cómo se llaman?

-Son los señores Athos, Porthos y Aramis.

-¡Siempre mis tres valientes! -murmuró el cardenal-. ¿Y el guardia?

-El señor D'Artagnan.

-¡Siempre mi bribón! Decididamente es preciso que estos hombres sean míos.

Aquella noche misma, el cardenal habló al señor de Tréville de la hazaña de la mañana, que era la comidilla de todo el campamento. El señor de Tréville, que conocía el relato de la aventura de la boca misma de los héroes, la volvió a contar con todos sus detalles a Su Eminencia, sin olvidar el episodio de la servilleta.

-Está bien, señor de Tréville -dijo el cardenal-, hacedme llegar esa servilleta, os lo ruego. Haré bordar en ella tres flores de lis de oro, y la daré por guión de vuestra compañía.

-Monseñor -dijo el señor de Tréville-, será injusto para los guardianes: el señor D'Artagnan no es mío, sino del señor Des Essarts.

-Pues bien, lleváoslo -dijo el cardenal-; no es justo que, dado que esos cuatro valientes militares se quieren tanto, no sirvan en la misma compañía.

Aquella misma noche, el señor de Tréville anunció esta buena noticia a los tres mosqueteros y a D'Artagnan, invitando a los cuatro a almorzar al día siguiente.

D'Artagnan no cabía en sí de alegría. Ya lo sabemos, el sueño de toda su vida había sido ser mosquetero.

Los tres amigos estaban muy contentos.

-¡A fe -dijo D'Artagnan a Athos- que has tenido una idea victoriosa y que, como dijiste, hemos conseguido con ella gloria y hemos podido trabar una conversación de la mayor importancia!

-Que podemos proseguir ahora sin que nadie sospeche, porque, con la ayuda de Dios, en adelante vamos a pasar por cardenalistas.

Aquella misma noche D'Artagnan fue a presentar sus respetos al señor Des Essarts y a participarle el ascenso que había obtenido.

El señor den Essarts, que quería mucho a D'Artagnan, le ofreció entonces sus servicios: aquel cambio de cuerpo traía consigo gastos de equipamiento.

D'Artagnan rehusó; pero, pareciéndole buena la ocasión, le rogó hacer estimar el diamante, que le entregó y que deseaba convertir en dinero.

Al día siguiente, a las ocho de la mañana, el criado del señor Des Essarts entró en el alojamiento de D'Artagnan y le entregó una bolsa de oro conteniendo siete mil libras.

Era el precio del diamante de la reina.



Capítulo XLVIII

Asunto de familia

Athos había encontrado la palabra: asunto de familia. Un asunto de familia no estaba sometido a la investigación del cardenal; un asunto de familia no afectaba a nadie; uno podía ocuparse ante todo el mundo de un asunto de familia.

Desde luego, Athos había dado con la palabra: asunto de familia.

Aramis había dado con la idea: los lacayos.

Porthos había dado con el medio: el diamante.

Únicamente D'Artagnan no había dado con nada, él que solía ser el más inventivo de los cuatro; pero también hay que decir que el solo nombre de Milady lo paralizaba.

Ah, sí, nos equivocamos: había dado con comprador para el diamante.

El almuerzo en casa del señor de Tréville fue de una alegría encantadora. D'Artagnan tenía ya su uniforme; como era poco más o menos de la misma talla que Aramis, y como Aramis, pagado con largueza, como se recordará, por el librero que le había comprado su poema, había hecho el doble de todo, había cedido a su amigo un equipo completo.

D'Artagnan habría estado en el colmo de todos sus deseos si no hubiera visto despuntar a Milady como una nube sombría en el horizonte.

Después de almorzar, convinieron en reunirse por la noche en el alojamiento de Athos, y allí terminarían el asunto.

D'Artagnan pasó el día enseñando su traje de mosquetero por todas las calles del campamento.

Por la noche, a la hora fijada, los cuatro amigos se reunieron; sólo quedaban tres cosas que decidir:

Lo que había que escribir al hermano de Milady.

Lo que había que escribir a la persona hábil de Tours.

Y qué lacayos serían los que llevarían las camas.

Cada cual ofreció el suyo: Athos hablaba de la discreción de Grimaud, que sólo hablaba cuando su amo le descosía la boca; Porthos ponderaba la fuerza de Mosquetón, que era de corpulencia capaz de dar una tunda a cuatro hombres de complexión ordinaria; Aramis, confiando en la destreza de Bazin, hacía un elogio pomposo de su candidato; finalmente, D'Artagnan tenía fe completa en la bravura de Planchet, y recordaba la forma en que se había comportado en el espinoso asunto de Boulogne.

Estas cuatro virtudes disputaron largo tiempo el premio, y dieron lugar a magníficos discursos, que no referiremos aquí por miedo a que resulten largos.

-Por desgracia -dijo Athos-, será preciso que aquel a quien se envíe posea por sí solo las cuatro cualidades juntas.

-Pero ¿dónde encontrar un lacayo semejante?

-¡Incontrable! -dijo Athos-. Lo sé bien: tomad, pues, a Grimaud.

-Tomad a Mosquetón.

-Tomad a Bazin.

-Tomad a Planchet; Planchet es bravo y diestro; ahí tenéis ya dos de las cuatro cualidades.

-Señores -dijo Aramis-, lo principal no es saber cuál de nuestros cuatro lacayos es el más discreto, el más fuerte, el más diestro o el más bravo; lo principal es saber cuál ama más el dinero.

-Lo que Aramis dice está lleno de sensatez -prosiguió Athos-; hay que especular sobre los defectos de las personas y no sobre sus virtudes; señor abate, ¡sois un gran moralista!

-Indudablemente -replicó Aramis-; porque no sólo necesitamos estar bien servidos para triunfar, sino incluso para no fracasar; porque en caso de fracaso, está en juego la cabeza, no de los lacayos...

-¡Más bajo, Aramis! -dijo Athos.

-Exacto, no de los lacayos -prosiguió Aramis-, sino del amo, e incluso de los amos. ¿Nos son bastante adictos nuestros lacayos para arriesgar su vida por nosotros? No.

-¡A fe -dijo D'Artagnan- que respondería casi de Planchet!

-¡Pues bien, querido amigo! Añadid a su adhesión natural una buena suma que le proporcione algún desahogo, y entonces, en lugar de responder por él una vez, responderéis dos.

-¡Buen Dios! Os equivocareis de todos modos -dijo Athos, que era optimista cuando se trataba de las cosas, y pesimista cuando se trataba de los hombres-. Prometerán todo para tener el dinero, y en camino el miedo los impedirá actuar. Una vez cogidos, los encerrarán; y encerrados confesarán. ¡Qué diablo! ¡No somos niños! Para ir a Inglaterra -Athos bajó la voz-, hay que atravesar toda Francia, sembrada de espías y de criaturas del cardenal; se necesita un pase para embarcarse; hay que saber inglés para preguntar el camino a Londres. Ya veis que la cosa me parece muy difícil.

-Nada de eso -dijo D'Artagnan que estaba empeñado en que la cosa se realizase-; yo, por el contrario, la veo fácil. ¡No hay ni que decir, por supuesto, que si se escribe a lord de Winter los horrores del cardenal...!

-¡Más bajo! -dijo Athos.

-Las intrigas y los secretos de Estado -continuó D'Artagnan haciendo caso a la recomendación- no hay ni que decir que ¡todos nosotros seremos enrodados vivos!; pero, por Dios, no olvidéis, como vos mismo habéis dicho, Athos, que le escribimos por un asunto de familia; que le escribimos con el único fin de que ponga a Milady, desde su llegada a Londres, en la imposibilidad de perjudicarnos. Le escribiré, por tanto, una carta poco más o menos en estos términos:

-Veamos -dijo Aramis, adoptando de antemano un semblante de crítico.

-«Señor y querido amigo...

-Vaya, pues sí; querido amigo a un inglés -interrumpió Athos-; buen comienzo, ¡bravo!, D'Artagnan. Sólo que con esa palabra seréis descuartizado en lugar de enrodado vivo.

-Bueno, de acuerdo, entonces diré señor a secas.

-Podéis decir incluso milord -prosiguió Athos, que se empeñaba en las conveniencias.

-«Milord, ¿os acordáis del pequeño cercado de cabras del Luxemburgo?»

-¡Vaya! ¡Ahora el Luxemburgo! Creerá que es una alusión a la reina madre. ¡Eso sí que es ingenioso! -dijo Athos.

-Pues entonces pondremos simplemente: «Milord, ¿os acordáis de un pequeño cercado en el que se os salvó la vida?»

-Mi querido D'Artagnan -dijo Athos-, no seréis nunca otra cosa que un mal redactor: «¡En que se os salvó la vida! ¡Quita de ahí Eso no es digno. A un hombre galante no se le recuerdan esos servicios. Beneficio reprochado, ofensa hecha.

-¡Ah amigo mío! -dijo D'Artagnan-. Sois insoportable, y si hay que escribir bajo vuestra censura, a fe que renuncio.

-Y hacéis bien. Manejad el mosquete y la espada, querido, practicáis hábilmente los dos ejercicios, pero pasad la pluma al señor abate, esto le concierne.

-¡Ah sí por cierto -dijo Porthos-, pasad la pluma a Aramis, que escribe tesis en latín!

-Pues bien, sea -dijo D'Artagnan-, redactadnos esa nota, Aramis, pero, ¡por San Pedro!, hacedlo con cautela, porque os aviso que yo también os espulgaré.

-No pido otra cosa -dijo Aramis con esa ingenua confianza que todo poeta tiene en sí mismo-; pero que me pongan al corriente; por aquí y por allá he oído decir que esa cuñada era una bribona, yo mismo he tenido pruebas de ello al escuchar su conversación con el cardenal.

-¡Más bajo, Pardiez! -dijo Athos.

-Mas se me escapan los detalles -continuó Aramis.

-Y a mí también -dijo Porthos.

D'Artagnan y Athos se miraron algún tiempo en silencio. Por fin Athos, tras haberse recogido y poniéndose aún más pálido de lo que era por costumbre, hizo un signo de asentimiento; D'Artagnan comprendió que podía hablar.

-¡Pues bien! Esto es lo que tengo que decir -prosiguió D'Artagnan-: «Milord, vuestra cuñada es una criminal, que quiso haceros matar para heredaros. Además,

no podía desposar a vuestro hermano, por estar ya casada en Francia y por haber sido...»

D'Artagnan se detuvo como si buscara la palabra, mirando a Athos.

-Arrogada por su marido -dijo Athos.

-Por haber sido marcada -continuó D'Artagnan.

-¡Bah! -exclamó Porthos-. ¡Imposible! ¿Ha querido hacer matar a su cuñado?

-Sí.

-¿Estaba casada? -preguntó Aramis.

-Sí.

-¿Y su marido se dio cuenta de que tenía una flor de lis en el hombro?

-exclamó Porthos.

-Sí.

Estos tres síes fueron dichos por Athos con una entonación más sombría cada vez.

-¿Y quién ha visto esa flor de lis? -preguntó Aramis.

-D'Artagnan y yo, o mejor, para observar el orden cronológico, yo y D'Artagnan -respondió Athos.

-¿Y el marido de esa horrible criatura vive aún?- dijo Aramis.

-Aún vive.

-¿Estáis seguro?

-Lo estoy.

Hubo un instante de frío silencio durante el que cada cual se sintió impresionado según su naturaleza.

-Esta vez -prosiguió Athos interrumpiendo el primero el silencio D'Artagnan nos ha dado un programa excelente, y eso es lo primero que hay que escribir.

-¡Diablos! Tenéis razón, Athos -prosiguió Aramis-, y la redacción es espinosa. El mismo señor canciller se vería en apuros para redactar una epístola de esa fuerza, y sin embargo, el señor canciller redacta muy tranquilamente un atestado. ¡No importa, callaos, escribo!

En efecto, Aramis cogió la pluma, reflexionó algunos instantes, se puso a escribir ocho o diez líneas de una encantadora y diminuta escritura de mujer, y luego, con voz dulce y lenta, como si cada palabra hubiera sido sopesada escrupulosamente, leyó lo que sigue:

«Milord:

La persona que os escribe estas pocas líneas ha tenido el honor de cruzar la espada con vos en un pequeño cercado de la calle d'Enfer. Como luego tuvisteis a bien declararos varias veces amigo de esta persona, ésta os debe agradecer esa amistad con un buen aviso. Dos veces habéis estado a punto de ser víctima de un pariente próximo a quien creéis vuestro heredero, porque ignoráis que antes de contraer matrimonio en Inglaterra estaba ya casada en Francia. Pero la tercera vez que es ésta, podéis sucumbir a ella. Vuestro pariente ha partido de La Rochelle para Inglaterra durante la noche. Vigilad su llegada, porque tiene grandes y terribles proyectos. Si queréis saber absolutamente de lo que es capaz, leed su pasado en su hombro izquierdo.»

-¡Bien! A las mil maravillas -dijo Athos-, y tenéis pluma de secretario de Estado, mi querido Aramis. Ahora lord de Winter estará ojo avizor, si el aviso le llega; y aunque caiga en manos de Su Eminencia misma, no podríamos quedar comprometidos. Mas como el criado que partirá podría hacernos creer que ha estado en Londres y detenerse en Châtellerault, démosle sólo con la carta la mitad de la suma, prometiéndole la otra mitad a cambio de la respuesta. ¿Tenéis el diamante? -continuó Athos.

-Tengo algo mejor que eso, tengo el dinero.

Y D'Artagnan arrojó la bolsa sobre la mesa: al sonido del oro, Aramis alzó los ojos. Porthos se estremeció; en cuanto a Athos, permaneció impasible.

-¿Cuánto hay en esa pequeña bolsa? -dijo.

-Siete mil libras en lises de doce francos.

-¡Siete mil libras! -exclamó Porthos-. ¿Ese mal diamantucho valía siete mil libras?

-Eso parece -dijo Athos-, porque aquí están; no creo que nuestro amigo D'Artagnan haya puesto de lo suyo.

-Pero señores -dijo D'Artagnan-, en todo esto no pensamos en la reina. Cuidemos algo la salud de su querido Buckingham. Es lo menos que le debemos.

-Es justo -dijo Athos-, pero eso concierne a Aramis.

-¡Bien! -respondió éste ruborizándose-. ¿Qué tengo que hacer?

-Es muy sencillo -replicó Athos-, redactar una segunda carta para esa persona hábil que vive en Tours.

Aramis volvió a tomar la pluma, se puso a reflexionar de nuevo y escribió las siguientes líneas, que sometió al instante mismo a la aprobación de sus amigos:

«Mi querida prima...»

-Vaya -dijo Athos-, ¿esa persona hábil es pariente vuestra?

-Prima hermana -dijo Aramis.

-¡Vaya entonces por prima!

Aramis continuó:

«Mi querida prima, Su Eminencia el cardenal, a quien Dios conserve para felicidad de Francia y confusión de los enemigos del reino, está a punto de acabar con los rebeldes heréticos de La Rochelle: es probable que el socorro de la flota inglesa no llegue siquiera a la vista de la plaza; me atrevería a decir incluso que estoy seguro de que el señor de Buckingham se verá impedido de partir por algún gran acontecimiento. Su Eminencia es el político más ilustre de los tiempos pasados, del tiempo presente y probablemente de los tiempos futuros. Apagaría el sol si el sol le molestara. Dad estas felices nuevas a vuestra hermana, querida prima. He soñado que ese maldito inglés era matado. No puedo recordar si lo era por el hierro o por el veneno; sólo estoy segura de que he soñado que era matado, y, ya lo sabéis, mis sueños no me engañan jamás. Estad segura, por tanto, de que pronto me veréis volver.»

-¡De maravilla! -exclamó Athos-. Sois el rey de los poetas; mi querido Aramis, habláis como el Apocalipsis y sois verdadero como el Evangelio. Ahora no os queda más que poner las señas en esa carta.

-Es muy fácil -dijo Aramis.

Y plegó coquetamente la carta, la volvió y escribió:

«A mademoiselle Marie Michon, costurera de Tours.»

Los tres amigos se miraron riendo: estaban prendados.

-Ahora -dijo Aramis- comprenderéis, señores, que sólo Bazin puede llevar esta carta a Tours; mi prima sólo conoce a Bazin y no tiene confianza más que en él: cualquier otro haría fracasar el asunto. Además, Bazin es ambicioso y sabio; Bazin ha leído la historia, señores, sabe que Sixto V se convirtió en Papa tras haber guardado puercos. Pues bien, como cuenta con entrar en la iglesia al tiempo que yo, no desespera convertirse él también en Papa o al menos en cardenal: comprenderéis que un hombre que tiene semejantes miras no se dejará prender o, si es prendido, sufrirá el martirio antes que hablar.

-Bien, bien -dijo D'Artagnan-, os concedo de buena gana a Bazin; pero concededme a mí a Planchet: Milady lo hizo poner en la calle cierto día a fuerza de bastonazos; ahora bien, Planchet tiene buena memoria y, os respondo de ello, si puede suponer una venganza posible, antes se dejará romper la crisma que renunciar a ella. Si vuestros asuntos en Tours son vuestros asuntos, Aramis, los de Londres son los míos. Ruego por tanto que se escoja a Planchet, quien además ya ha estado en Londres conmigo y sabe decir muy correctamente: London, sir, if you please y my master lord D'Artagnan; con esto, estad tranquilos, hará su camino de ida y vuelta.

-En ese caso -dijo Athos-, es preciso que Planchet reciba setecientas libras para ir y setecientas libras para volver, y Bazin, trescientas libras para ir y trescientas para volver; esto reducirá la suma a cinco mil libras; nosotros cogeremos mil libras cada uno para emplearlas como bien nos parezca, y

dejaremos un fondo de mil libras que guardará el abate para los casos extraordinarios o para las necesidades comunes. ¿Estáis de acuerdo?

-Mi querido Athos -dijo Aramis-, habláis como Néstor, que era, como todos sabemos, el más sabio de los griegos.

-Pues bien, todo resuelto -prosiguió Athos-: Planchet y Bazin partirán; en última instancia, no me molesta conservar a Grimaud; está acostumbrado a mis modales, y me quedo con él, el día de ayer ha debido baldarle, y ese viaje lo perdería.

Se hizo venir a Planchet y se le dieron las instrucciones; ya había sido prevenido por D'Artagnan, que de primeras le había anunciado la gloria, luego el dinero, después el peligro.

-Llevaré la carta en la bocamanga de mi traje -dijo Planchet-, y la tragaré si me prenden.

-Pero entonces no podrás hacer el encargo -dijo D'Artagnan.

-Esta noche me daréis una copia, que mañana sabré de memoria.

-¡Y bien! ¿Qué os había dicho?

-Ahora -continuó dirigiéndose a Planchet- tienes ocho días para llegar junto a lord de Winter, tienes otros ocho para volver aquí; en total, dieciséis días; si al dieciseisavo día de tu partida, a las ocho de la tarde, no has llegado, nada de dinero, aunque sean las ocho y cinco minutos.

-Entonces, señor -dijo Planchet-, compradme un reloj.

-Toma éste -dijo Athos, dándole el suyo con una generosidad despreocupada- y sé un valiente muchacho. Piensa que si hablas, te vas de la lengua y callejeas haces cortar el cuello a tu amo, que tiene tanta confianza en tu fidelidad que nos ha respondido de ti. Pero piensa también que si por tu culpa le ocurre alguna desgracia a D'Artagnan, te encontraré donde sea y será para abrirte el vientre.

-¡Oh señor! -dijo Planchet, humillado por la sospecha y asustado sobre todo por el aire tranquilo del mosquetero.

-Y yo -dijo Porthos haciendo girar sus grandes ojos-, piensa que te desuello vivo.

-¡Ay, señor!

-Y yo -continuó Aramis con su voz dulce y melodiosa-, piensa que te quemo a fuego lento como un salvaje.

-¡Ah, señor!

Y Planchet se puso a llorar; no nos atreveríamos a decir si fue de terror, debido a las amenazas que le hacían o de ternura al ver a los cuatro amigos tan estrechamente unidos.

D'Artagnan le cogió la mano y lo abrazó.

-¿Ves, Planchet? -le dijo-. Estos señores lo dicen todo eso por ternura hacia mí, pero en el fondo lo quieren.

-¡Ay, señor! -dijo Planchet-. O triunfo o me cortan en cuatro; aunque me descuarten, estad convencido de que ni un solo trozo hablará.

Quedó decidido que Planchet partiría al día siguiente a las ocho de la mañana a fin de que, como había dicho, pudiera durante la noche aprenderse la carta de memoria. Justo a las doce se llegó a este acuerdo; debía estar de vuelta al decimosexto día, a las ocho de la tarde.

Por la mañana, en el momento en que iba a montar a caballo, D'Artagnan, que en el fondo sentía debilidad por el duque, tomó aparte a Planchet.

-Escucha -le dijo-, cuando hayas entregado la carta a lord de Winter y la haya leído, le dirás: «Velad por Su Gracia lord Buckingham, porque lo quieren asesinar.» Pero esto, Planchet, es tan grave y tan importante que ni siquiera he querido confesar a mis amigos que te confiaría este secreto, y ni por un despacho de capitán querría escribírtelo.

-Estad tranquilo, señor -dijo Planchet-, ya veréis si se puede contar conmigo.

Y montando sobre un excelente caballo, que debía dejar a veinte leguas de allí para tomar la posta, Planchet partió al galope, el corazón algo encogido por la triple promesa que le habían hecho los mosqueteros, pero por lo demás en las mejores disposiciones del mundo.

Bazin partió al día siguiente por la mañana para Tours, y tuvo ocho días para hacer su comisión.

Los cuatro amigos, durante toda la duración de estas dos ausencias, tenían, como fácilmente se comprenderá, el ojo en acecho más que nunca, la nariz al viento y los oídos a la escucha. Sus jornadas se pasaban tratando de sorprender lo que se decía de acechar los pasos del cardenal y de olfatear los correos que llegaban. Más de una vez un estremecimiento insuperable se apoderó de ellos cuando se los llamó para algún servicio inesperado. Por otra parte, tenían que guardarse de su propia seguridad, Milady era un fantasma que cuando se había aparecido una vez a las personas, no las dejaba ya dormir tranquilas.

La mañana del octavo día, Bazin, fresco como siempre y sonriendo según su costumbre, entró en la taberna de Parpaillot cuando los cuatro amigos estaban a punto de almorzar, diciendo según el acuerdo fijado:

-Señor Aramis, aquí está la respuesta de vuestra prima.

Los cuatro amigos intercambiaron una mirada alegre: la mitad de la tarea estaba hecha; cierto que era la más corta y la más fácil.

Aramis, ruborizándose a pesar suyo, tomó la carta, que era de una escritura grosera y sin ortografía.

-¡Buen Dios! -exclamó riendo-. Decididamente no lo conseguirá; nunca esa pobre Michon escribirá como el señor de Voiture.

-¿Qué es lo que quiere decir esa Mijon? -preguntó el suizo, que estaba a punto de hablar con los cuatro amigos cuando la carta había llegado.

-¡Oh, Dios mío! Nada de nada -dijo Aramis-, una costurerita encantadora a la que amaba mucho y a la que le he pedido algunas líneas de su puño y letra a manera de recuerdo.

-¡Diozez! -dijo el suizo-. Si ella es tan galante como su escritura, tendrás mucha fortuna camarada.

Aramis leyó la carta y la pasó a Athos.

-Ved, pues, lo que me escribe, Athos -dijo.

Athos lanzó una mirada sobre la epístola, y para hacer desvanecerse todas las sospechas que hubieran podido nacer, leyó en alta voz:

«Prima mía, mi hermana y yo adivinamos muy bien los sueños, y tenemos incluso un miedo horroroso por ellos; pero espero que del vuestro pueda decir que todo sueño es mentira. ¡Adiós! Portaos bien, y haced que de vez en cuando oigamos hablar de voz.

Aglae Michon

¿Y de qué sueño habla ella? -preguntó el dragón que se había acercado durante la lectura.

-Sí, ¿de qué sueño? -dijo el suizo.

-¡Diantre! -dijo Aramis-. Es muy sencillo: de un sueño que tuve y le conté.

-¡Oh!, sí, por Dios; es muy sencillo de contar su sueño; pero yo no sueño jamás.

-Sois muy dichoso -dijo Athos levantándose-. ¡Y me gustaría poder decir lo mismo que vos!

-¡Jamás! -exclamó el suizo, encantado de que un hombre como Athos le envidiase algo-. ¡Jamás! ¡Jamás!

D'Artagnan, viendo que Athos se levantaba, hizo otro tanto, tomó su brazo y salió.

Porthos y Aramis se quedaron para hacer frente a las chirigotas del dragón y del suizo.

En cuanto a Bazin, se fue a acostar sobre un haz de paja; y como tenía más imaginación que el suizo, soñó que el señor Aramis, vuelto Papa, le tocaba con un capelo de cardenal.

Pero como hemos dicho, Bazin con su feliz retorno no había quitado más que una parte de la inquietud que agujijoneaba a los cuatro amigos. Los días de la espera son largos, y D'Artagnan sobre todo hubiera apostado que ahora los días tenían cuarenta y ocho horas. Olvidaba las lentitudes obligadas de la navegación, exageraba el poder de Milady. Prestaba a aquella mujer, que le parecía semejante a un demonio, auxiliares sobrenaturales como ella; al menor ruido se imaginaba

que venían a detenerle y que traían a Planchet para carearlo con él y con sus amigos. Hay más: su confianza de antaño tan grande en el digno picardo disminuía de día en día. Esta inquietud era tan grande que ganaba a Porthos y a Aramis. Sólo Athos permanecía impassible como si ningún peligro se agitara en torno suyo, y como si respirase su atmósfera cotidiana.

El decimosexto día sobre todo estos signos de agitación eran tan visibles en D'Artagnan y sus dos amigos que no podían quedarse en su sitio, y vagaban como sombras por el camino por el que debía volver Planchet.

-Realmente -les decía Athos- no sois hombres, sino niños, para que una mujer os cause tan gran miedo. Después de todo, ¿de qué se trata? ¡De ser encarcelados! De acuerdo, pero nos sacarán de prisión: de ella ha sido sacada la señora Bonacieux. ¿De ser decapitados: Pero si todos los días, en la trinchera, vamos alegremente a exponernos a algo peor que eso, porque una bala puede partirnos una pierna, y estoy convencido de que un cirujano nos hace sufrir más cortándonos el muslo que un verdugo al cortarnos la cabeza. Estad, por tanto, tranquilos; dentro de dos horas, de cuatro, de seis a más tardar, Planchet estará aquí: ha prometido estar aquí, y yo tengo grandísima fe en las promesas de Planchet, que me parece un muchacho muy valiente.

-Pero ¿si no llega? -dijo D'Artagnan.

-Pues bien, si no llega es que se habrá retrasado, eso es todo. Puede haberse caído del caballo, puede haber hecho una cabriola por encima del puente, puede haber corrido tan deprisa que haya cogido una fluxión de pecho. Vamos, señores, tengamos en cuenta los acontecimientos. La vida es un rosario de pequeñas miserias que el filósofo desgrana riendo. Sed filósofos como yo, señores sentaos a la mesa y bebamos; nada hace parecer el porvenir color de rosa como mirarlo a través de un vaso de chambertin.

-Eso está muy bien -respondió D'Artagnan-; pero estoy harto de tener que temer, cuando bebo bebidas frías, que el vino salga de la bodega de Milady.

-¡Qué difícil sois! -dijo Athos-. ¡Una mujer tan bella!

-¡Una mujer de marca! -dijo Porthos con su gruesa risa.

Athos se estremeció, pasó la mano por su frente para enjugarse el sudor y se levantó a su vez con un movimiento nervioso que no pudo reprimir.

Sin embargo, el día pasó y la noche llegó más lentamente, pero al fin llegó; las cantinas se llenaron de parroquianos; Athos, que se había embolsado su parte del diamante, no dejaba el Parpailot. Había encontrado en el señor de Busigny, que por lo demás le había dado una cena magnífica, un parte digno de él. Jugaban, pues, juntos, como de costumbre, cuando las siete sonaron: se oyó pasar las patrullas que iban a doblar los puestos; a las siete y media sonó la retreta.

-Estamos perdidos -dijo D'Artagnan al oído de Athos.

-Queréis decir que hemos perdido -dijo tranquilamente Athos sacando cuatro pistolas de su bolsillo y arrojándolas sobre la mesa-. Vamos, señores -continuó-, tocan a retreta, vamos a acostarnos.-

Y Athos salió del Parpailot seguido de D'Artagnan. Aramis venía detrás dando el brazo a Porthos. Aramis mascullaba versos y Porthos se arrancaba de vez en cuando algunos pelos del mostacho en señal de desesperación.

Pero he aquí que, de pronto en la oscuridad, se dibuja una sombra, cuya forma es familiar a D'Artagnan, y que una voz muy conocida le dice:

-Señor os traigo vuestra capa, porque hace fresco esta noche.

-¡Planchet! -exclamó D'Artagnan ebrio de alegría.

-¡Planchet! -repitieron Porthos y Aramis.

-Pues claro, Planchet -dijo Athos-. ¿Qué hay de sorprendente en ello? Había prometido estar de regreso a las ocho, y están dando las ocho. ¡Bravo! Planchet, sois un muchacho de palabra, y si alguna vez dejáis a vuestro amo, os guardo un puesto a mi servicio.

-¡Oh, no, nunca! -dijo Planchet-. Nunca dejaré al señor D'Artagnan!

Al mismo tiempo D'Artagnan sintió que Planchet le deslizaba un billete en la mano.

D'Artagnan tenía grandes deseos de abrazar a Planchet al regreso como lo había abrazado a la partida; pero tuvo miedo de que esta señal de efusión, dada a su lacayo en plena calle, pareciese extraordinaria a algún transeúnte, y se contuvo.

-Tengo el billete -dijo a Athos y a sus amigos.

-Está bien -dijo Athos-, entremos en casa y lo leeremos.

El billete ardía en la mano de D'Artagnan; quería acelerar el paso; pero Athos le cogió el brazo y lo pasó bajo el suyo; y así, el joven tuvo que acompañar su cámara a la de su amigo.

Por fin entraron en la tienda, encendieron una lámpara, y mientras Planchet se mantenía en la puerta para que los cuatro amigos no fueran sorprendidos, D'Artagnan, con una mano temblorosa, rompió el sello y abrió la carta tan esperada.

Contenía media línea de una escritura completamente británica y de una concisión completamente espartana:

«Thank you, be easy.»

Lo cual quería decir:

«¡Gracias, estad tranquilo!»

Athos tomó la carta de manos de D'Artagnan, la aproximó a la lámpara, la prendió fuego y no la soltó hasta que no quedó reducida a cenizas.

Luego, llamando a Planchet:

-Ahora, muchacho, puedes reclamar tus setecientas libras, mas no arriesgabas gran cosa con un billete como éste.

-No será por falta de haber inventado muchos medios para guardarlo -dijo Planchet.

-Y bien -dijo D'Artagnan- cuéntanos eso.

-Maldición, es muy largo, señor.

-Tienes razón, Planchet -dijo Athos-; además la retreta ha sonado, y nos haríamos notar conservando la luz más tiempo que los demás.

-Sea -dijo D'Artagnan-, acostémonos. Duerme bien, Planchet.

-A fe, señor, que será la primera vez en dieciséis días.

-¡También para mí! -dijo D'Artagnan.

-¡También para mí! -replicó Porthos.

-¡Y para mí también! -repitió Aramis.

-Pues bien, si queréis que os confiese la verdad, ¡para mí también! -dijo Athos.



Capítulo XLIX

Fatalidad

Entretanto Milady, ebria de cólera, rugiendo sobre el puente del navío como una leona a la que embarcan, había estado tentada de arrojarse al mar para ganar la costa, porque no podía hacerse a la idea de que había sido insultada por D'Artagnan amenazada por Athos y que abandonaba Francia sin vengarse de ellos. Pronto esta idea se había vuelto tan insoportable para ella que, con riesgo de lo que de terrible podía ocurrir para ella misma, había suplicado al capitán arrojarla junto a la costa; mas el capitán, apremiado para escapar a su falsa posición, colocado entre los cruceros franceses a ingleses como el murciélago entre las ratas y los pájaros, tenía mucha prisa en volver a ganar Inglaterra, y rehusó obstinadamente obedecer a lo que tomaba por un capricho de mujer, prometiendo a su pasajera, que además le había sido recomendada particularmente por el cardenal, dejarla, si el mar y los franceses lo permitían, en uno de los puertos de Bretaña, bien en Lorient, bien en Brest; pero, entretanto el viento era contrario, la mar mala, voltejaban y daban bordadas. Nueve días después de la salida de Charente, Milady, completamente pálida por sus penas y su cólera, vela aparecer sólo las costas azules del Finisterre.

Calculó que para atravesar aquel rincón de Francia y volver junto al cardenal necesitaba por lo menos tres días; añadid un día para desembarco, y eran cuatro; añadid esos cuatro días a los otros nueve, y eran trece días perdidos, trece días durante los que tantos acontecimientos importantes podían pasar en Londres. Perdurablemente que el cardenal estaría furioso por su regreso y que por consiguiente estaría más dispuesto a escuchar las quejas que se lanzarían contra ella que las acusaciones que ella lanzará contra los otros. Dejó, por tanto, pasar Lorient y Brest sin insistirle al capitán que, por su parte, se guardó mucho de dar aviso. Milady continuo, pues, su ruta, y el mismo día en que Planchet se embarcaba

de Portsmouth para Francia, la mensajera de su Eminencia entraba triunfante en el puerto.

Toda la ciudad estaba agitada por un movimiento extraordinario: cuatro grandes bajeles recientemente terminados acababan de ser lanzados al mar; de pie sobre la escollera engalanado de oro, deslumbrante, según su costumbre, de diamantes y pedrerías, el sombrero de fieltro adornado con una pluma blanca que volvía a caer sobre su hombro, se vela a Buckingham rodeado de un estado mayor casi tan brillante como él.

Era una de esas bellas y raras jornadas de invierno en que Inglaterra se acuerda de que hay sol. El astro pálido, pero sin embargo aún espléndido, se ponía en el horizonte empurpurando a la vez el cielo y el mar con bandas de fuego y arrojando sobre las tomes y las viejas casas de la ciudad un último rayo de oro que hacía centellear los cristales como el reflejo de un incendio. Milady, al respirar aquel aire del océano más vivo y más balsámico a la proximidad de la tierra, al contemplar todo el poder de aquellos preparativos que ella estaba encargada de destruir, todo el poderío de aquel ejército que ella debía combatir sola -ella mujer- con algunas bolsas de oro, se comparó mentalmente a Judith, la terrible judía, cuando penetró en el campamento de los Asirios y cuando vio la masa enorme de carros, de caballos, de hombres y de armas que un gesto de su mano debía disipar como una nube de humo.

Entraron en la rada pero cuando se aprestaban a echar el ancla, un pequeño cúter formidablemente armado se aproximó al navío mercante declarándose guardacostas, a hizo echar al mar su bote, que se dirigió hacia la escala. Aquel bote llevaba un oficial, un contramaestre y ocho remadores; sólo el oficial subió a bordo, donde fue recibido con toda la deferencia que inspira un uniforme.

El oficial se entretuvo algunos instantes con el patrón, le hizo leer un papel de que era portador y, por orden del capitán mercante, toda la tripulación del navío, marineros y pasajeros, fue llevada al puente.

Cuando concluyó aquella especie de pase de lista, el oficial preguntó en voz alta del punto de partida de la bricarca, de su ruta, de sus puntos de tierra tocados,

y a todas las preguntas el capitán satisfizo sin duda, y sin dificultad. Entonces el oficial comenzó a pasar revista de todas las personas una tras otra y, deteniéndose en Milady, la consideró con gran cuidado, pero sin dirigirle una sola palabra.

Luego volvió al capitán, le dijo aún unas palabras; y como si fuera a él a quien en adelante el navío debiera obedecer, ordenó una maniobra que la tripulación ejecutó al punto. Entonces el navío se puso en marcha, siempre escoltado por el pequeño cúter, que bogaba borda con borda -a su lado, amenazando su flanco con la boca de sus seis cañones; mientras, la barca seguía la estela del navío, débil punto junto a la enorme masa.

Durante el examen que el oficial había hecho de Milady, Milady, como se supondrá, lo había devorado por su parte con la mirada. Mas, sea el que fuere el hábito que esta mujer de ojos de llama tuviera de leer en el corazón de aquellos cuyos secretos necesitaba adivinar, esta vez encontró un rostro de una impasibilidad tal que ningún descubrimiento siguió a su investigación. El oficial, que se había detenido ante ella y que sigilosamente la había estudiado con tanto cuidado, podía tener entre veinticinco y veintiséis años; era blanco de rostro, con ojos ; azul claro algo sumidos; su boca, fina y bien dibujada, permanecía inmóvil en sus líneas correctas; su mentón, vigorosamente acusado, de notaba esa fuerza de voluntad que en el tipo vulgar británico no es ordinariamente más que cabezonería; una frente algo huidiza, como conviene a los poetas, a los entusiastas y a los soldados, estaba apenas sombreada por una cabellera corta y rala que, como la barba que cubría la parte baja de su rostro, era de un hermoso color castaño oscuro.

Cuando entraron en el puerto era ya de noche. La bruma espesaba aún más la oscuridad y formaba en torno de los fanales y de las linternas de las escolleras un círculo semejante al que rodea la luna cuando el tiempo amenaza con volverse lluvioso. El aire que se respiraba era triste, húmedo y frío.

Milady, aquella mujer tan fuerte, se sentía tiritar a pesar suyo.

El oficial se hizo indicar los bultos de Milady, hizo llevar su equipaje al bote, y una vez que estuvo hecha esta operación, la invitó a ella misma tendiéndole su mano.

-¿Quién sois, señor -preguntó ella-, que habéis tenido la bondad de ocuparos tan particularmente de mí?

-Debéis saberlo, señora, por mi uniforme; soy oficial de la marina inglesa -respondió el joven.

-Pero ¿es costumbre que los oficiales de la marina inglesa se pongan a las órdenes de sus compatriotas cuando llegan a un puerto de Gran Bretaña y lleven la galantería hasta conducirlos a tierra?

-Sí, Milady, es costumbre, no por galantería sino por prudencia, que en tiempo de guerra los extranjeros sean conducidos a una hostería designada a fin de que queden bajo la vigilancia del gobierno hasta una perfecta información sobre ellos.

Estas palabras fueron pronunciadas con la cortesía más puntual y la calma más perfecta. Sin embargo, no tuvieron el don de convencer a Milady.

-Pero yo no soy extranjera, señor -dijo ella con el acento más puro que jamás haya sonado de Porstmouth a Manchester-, me llamo lady Clarick, y esta medida...

-Esta medida es general, Milady, y trataríais en vano de sustraeros a ella.

-Entonces os seguiré, señor.

Y aceptando la mano del oficial, comenzó a descender la escala, a cuyo extremo le esperaba el bote. El oficial la siguió: una gran capa estaba extendida a popa, el oficial la hizo sentar sobre la capa y se sentó junto a ella.

-Remad -dijo a los marineros.

Los ocho remos cayeron en el mar, haciendo un solo ruido, golpeando con un solo golpe, y el bote pareció volar sobre la superficie del agua.

Al cabo de cinco minutos tocaban tierra.

El oficial saltó al muelle y ofreció la mano a Milady.

Un coche esperaba.

- Es para nosotros este coche? -preguntó Milady.

-Sí, señora -respondió el oficial.

-La hostería debe estar entonces muy lejos.

-Al otro extremo de la ciudad.

-Vamos -dijo Milady.

Y subió resueltamente al coche.

El oficial veló porque los bultos fueran cuidadosamente atados detrás de la caja, y, concluida esta operación, ocupó su sitio junto a Milady y cerró la portezuela.

Al punto, sin que se diese ninguna orden y sin que hubiera necesidad de indicarle su destino, el cochero partió al galope y se metió por las calles de la ciudad.

Una recepción tan extraña debía ser para Milady amplia materia de reflexión; por eso, al ver que el joven oficial no parecía dispuesto en modo alguno a trabar conversación, se acodó en un ángulo del coche pasó revista una tras otra a todas las suposiciones que se presentan a su espíritu.

Sin embargo, al cabo de un cuarto de hora, extrañada de la largura del camino, se inclinó hacia la portezuela para ver adónde se la conducía. No se percibían ya casas; en las tinieblas, aparecían los árboles como grandes fantasmas negros recorriendo uno tras otro.

Milady se estremeció.

-Pero ya no estamos en la ciudad, señor -dijo.

El joven guardó silencio.

-No seguiré más lejos si no me decís adónde me conducís; ¡os lo prevengo, señor!

Esta amenaza no obtuvo ninguna respuesta.

-¡Oh, esto es demasiado! -exclamó Milady-. ¡Socorro! ¡Socorro!

Ninguna voz respondió a la suya, el coche continuo rodando con rapidez; el oficial parecía una estatua.

Milady miró al oficial con una de esas expresiones terribles, peculiares de su rostro y que raramente dejaban de causar su efecto; la cólera hacía centellear sus ojos en la sombra.

El joven permaneció impasible.

Milady quiso abrir la portezuela y tirarse.

-Tened cuidado, señora -dijo fríamente el joven-; si saltáis os mataréis.

Milady volvió a sentarse echando espuma; el oficial se inclinó, la miró a su vez y pareció sorprendido al ver aquel rostro, tan bello no hacía mucho, trastornado por la rabia y vuelto casi repelente. La astuta criatura comprendió que se perdía al dejar ver así en su alma; volvió a serenar sus rasgos, y con una voz gimiente dijo:

-En nombre del cielo, señor, decidme si es a vos, a vuestro gobierno, o a un enemigo al que debo atribuir la violencia que se me hace.

-No se os hace ninguna violencia, señora, y lo que os sucede es el resultado de una medida totalmente simple que estamos obligados a tomar con todos aquellos que desembarcan en Inglaterra.

-Entonces, ¿vos no me conocéis, señor?

-Es la primera vez que tengo el honor de veros.

-Y, por vuestro honor, ¿no tenéis ningún motivo de odio contra mí?

-Ninguno, os lo juro.

Había tanta serenidad, tanta sangre fría, dulzura incluso en la voz del joven, que Milady quedó tranquilizada.

Finalmente, tras una hora de marcha aproximadamente, el coche se detuvo ante una verja de hierro que cerraba un camino encajonado que conducía a un castillo severo de forma, macizo y aislado. Entonces, como las ruedas rodaban sobre arena fina, Milady oyó un vasto mugido que reconoció por el ruido del mar que viene a romper sobre una costa escarpada.

El coche pasó bajo dos bóvedas, y finalmente se detuvo en un patio sombrío y cuadrado; casi al punto la portezuela del coche se abrió, el joven saltó ágilmente a tierra y presentó su mano a Milady, que se apoyó en ella y descendió a su vez con bastante calma.

-Lo cierto es -dijo Milady mirando en torno suyo y volviendo sus ojos sobre el joven oficial con la más graciosa sonrisa- que estoy prisionera; pero no será por mucho tiempo, estoy segura -añadió-; mi conciencia y vuestra cortesía, señor, son garantías de ello.

Por halagador que fuese el cumplido, el oficial no respondió nada; pero sacando de su cintura un pequeño silbato de plata semejante a aquel de que se sirven los contramaestres en los navíos de guerra, silbó tres veces, con tres modulaciones diferentes; entonces aparecieron varios hombres, desengancharon los caballos humeantes y llevaron el coche bajo el cobertizo.

Luego, el oficial, siempre con la misma cortesía calma, invitó a su prisionera a entrar en la casa. Esta, siempre con su mismo rostro sonriente, le tomó el brazo y entró con él bajo una puerta baja y cimbrada que por una bóveda sólo iluminada al fondo conducía a una escalera de piedra que giraba en torno de una arista de piedra; luego se detuvieron ante una puerta maciza que, tras la introducción en la cerradura de una llave que el joven llevaba consigo, giró pesadamente sobre sus goznes y dio entrada a la habitación destinada a Milady.

De una sola mirada la prisionera abarcó la habitación en sus menores detalles.

Era una habitación cuyo moblaje era al mismo tiempo muy limpio para una prisión y muy severo para una habitación de hombre libre; sin embargo, los barrotes en las ventanas y los cerrojos exteriores de la puerta decidían la causa en favor de la prisión.

Por un instante, toda la fuerza de ánimo de esta criatura, templada sin embargo en las fuentes más vigorosas, la abandonó; cayó en un sillón, cruzando los brazos, bajando la cabeza y esperando a cada instante ver entrar a un juez para interrogarla.

Pero nadie entró, sino dos o tres soldados de marina que trajeron los baúles y las cajas, los depositaron en un rincón y se retiraron sin decir nada.

El oficial presidía todos estos detalles con la misma calma que constantemente le había visto Milady, sin pronunciar una palabra y haciéndose obedecer con un gesto de su mano o a un toque de silbato.

Se hubiera dicho que entre este hombre y sus inferiores la lengua hablada no existía o resultaba inútil.

Finalmente Milady no se pudo contener por más tiempo y rompió el silencio.

-En nombre del cielo, señor -exclamó-, ¿qué quiere decir todo cuanto pasa? Aclarad mis irresoluciones; tengo valor para cualquier peligro que preveo, para cualquier desgracia que comprendo. ¿Dónde estoy y qué soy aquí? Si estoy libre, ¿por qué esos barrotes y esas puertas? Si estoy prisionera, ¿qué crimen he cometido?

-Estáis aquí en la habitación que se os ha destinado, señora. He recibido la orden de ir a recogeros en el mar y conducirlos a este castillo; creo haber cumplido esta orden con toda la rigidez de un soldado, pero también con toda la cortesía de un gentilhomme. Ahí termina, al menos hasta el presente, la carga que tenía que cumplir junto a vos, lo demás concierne a otra persona.

-Y esa otra persona, ¿quién es? -preguntó Milady-. ¿No podéis decirme su nombre?...

En aquel momento se oyó por las escaleras un gran rumor de espuelas; algunas voces pasaron y se apagaron, y el ruido de un paso aislado se acercó a la puerta.

-Esa persona, hela aquí, señora -dijo el oficial descubriendo el pasaje y colocándose en actitud de respeto y sumisión.

Al mismo tiempo se abrió la puerta: un hombre apareció en el umbral...

Estaba sin sombrero, llevaba la espada al costado y estrujaba un pañuelo entre sus dedos.

Milady creyó reconocer a aquella sombra en la sombra; se apoyó con una mano en el brazo de su sillón y adelantó la cabeza como para ir por delante de una certidumbre.

Entonces el extraño avanzó lentamente; y a medida que avanzaba al entrar en el círculo de luz proyectado por la lámpara, Milady retrocedía involuntariamente.

Luego, cuando ya no tuvo ninguna duda:

-¡Cómo! ¡Mi hermano! -exclamó en el colmo del estupor-. ¿Sois vos?

-Sí, hermosa dama -respondió lord de Winter haciendo un saludo mitad cortés, mitad irónico-, yo mismo.

-Pero, entonces, ¿este castillo?

-Es mío.

-¿Esta habitación?

-Es la vuestra.

-¿Soy, pues, vuestra prisionera?

-Más o menos.

-¡Pero esto es un horrendo abuso de fuerza!

-Nada de grandes palabras; sentémonos y hablemos tranquilamente, como conviene hacer entre un hermano y una hermana.

Luego, volviéndose hacia la puerta, y viendo que el joven oficial esperaba sus últimas órdenes:

-Está bien -dijo-, gracias; ahora, dejadnos, señor Felton.



Capítulo L

Charla de un hermano con su hermana

Durante el tiempo que lord de Winter tardó en cerrar la puerta, en echar un cerrojo y acercar un asiento al sillón de su cuñada Milady, pensativa, hundió su mirada en las profundidades de la posibilidad, y descubrió toda la trama que ni siquiera había podido entrever mientras ignoró en qué manos había caído. Tenía a su cuñado por un buen gentilhomme, cabal cazador, jugador intrépido, emprendedor con las mujeres, pero de fuerza inferior a la suya tratándose de intriga. ¿Cómo había podido descubrir su llegada? ¿Cómo hacerla prender? ¿Por qué la retenía?

Athos le había dicho algunas palabras que probaban que la conversación que había mantenido con el cardenal había caído en oídos extraños; pero no podía admitir que él hubiera podido cavar una contramina tan pronta y tan audaz.

Temió más bien que sus precedentes operaciones en Inglaterra hubieran sido descubiertas. Buckingham podía haber adivinado que era ella quien había cortado los dos herretes, y vengarse de aquella pequeña traición; pero Buckingham era incapaz de entregarse a ningún exceso contra una mujer, sobre todo si suponía que aquella mujer había actuado movida por un sentimiento de celos.

Esta suposición le pareció la más probable; creyó que querían vengarse del pasado y no ir al encuentro del futuro. Sin embargo, y en cualquier caso, se congratuló de haber caído en manos de su cuñado, de quien contaba sacar provecho, antes que entre las de un enemigo directo e inteligente.

-Sí, hablemos, hermano mío -dijo ella con una especie de jovialidad, decidida como estaba a sacar de la conversación, pese al disimulo que pudiera aportar a ella lord de Winter, las aclaraciones que necesitaba para regular su conducta futura.

-¿Os habéis, pues, decidido a volver a Inglaterra -dijo lord de Winter-, a pesar de la resolución que tan a menudo me manifestasteis en Paris de no volver a poner los pies sobre territorio de Gran Bretaña?

Milady respondió a una pregunta con otra pregunta.

-Ante todo -dijo ella-, decidme cómo me habéis hecho espiar tan severamente para estar prevenidos de antemano no sólo de mi llegada, sino aun del día, de la hora y del puerto al que llegaba.

Lord de Winter adoptó la misma táctica que Milady, pensando que, puesto que su cuñada la empleaba, ésa debía ser la buena.

-Mas, decidme vos, mi querida hermana -prosiguió-, qué venís a hacer en Inglaterra.

-Pero si vengo a veros -prosiguió Milady, sin saber cuánto agravaba, con esta respuesta, las sospechas que había hecho nacer en el espíritu de su cuñado la carta de D'Artagnan, y queriendo sólo captar la benevolencia de su oyente con una mentira.

-¡Ah! ¿Verme? -dijo tímidamente lord de Winter.

-Claro, veros. ¿Qué hay de sorprendente en ello?

-Y al venir a Inglaterra, ¿no habéis tenido otro objetivo que verme?

-No.

-¿O sea, que sólo por mí os habéis tomado la molestia de atravesar la Mancha?

-Sólo por vos.

-¡Vaya! ¡Cuánta ternura, hermana mía!

-¿No soy acaso vuestro pariente más próximo? -preguntó Milady con el tono de ingenuidad más conmovedora.

-E incluso mi única heredera, ¿no es eso? -dijo a su vez lord de Winter, fijando sus ojos sobre los de Milady.

Por mucho que fuera el poder que tuviera sobre sí misma, Milady no pudo impedir estremecerse, y como al pronunciar las últimas palabras que había dicho,

lord de Winter había puesto la mano en el brazo de su hermana, ese estremecimiento no se le escapó.

En efecto, el golpe era directo y profundo. La primera idea que vino al espíritu de Milady fue que había sido traicionada por Ketty, y que ésta le había contado al barón esa aversión interesada cuya señal había dejado escapar imprudentemente ante su criada; recordó también la salida furiosa e imprudente que había hecho contra D'Artagnan cuando había salvado la vida de su cuñado.

-No comprendo, milord -dijo ella para ganar tiempo y hacer hablar a su adversario-. ¿Qué queréis decir? ¿Y hay algún sentido desconocido oculto en vuestras palabras?

-¡Oh, Dios mío! No -dijo lord de Winter con aparente bondad-. Vos tenéis el deseo de verme, y venís a Inglaterra. Yo me entero de ese deseo, o mejor, sospecho que lo sentís, y a fin de ahorraros todas las molestias de una llegada nocturna a un puerto, todas las fatigas de un desembarco, envío a uno de mis oficiales a vuestro encuentro; pongo un coche a sus órdenes y él os trae aquí, a este castillo, del que soy gobernador, al que vengo todos los días, y en el que, para que nuestro doble deseo de veros quede satisfecho, os hago preparar una habitación. ¿Hay algo en cuanto digo más sorprenderte de lo que hay en cuanto vos me habéis dicho?

-No, lo que encuentro sorprendente es que vos hayáis sido prevenido de mi llegada.

-Sin embargo es la cosa más simple, querida hermana: ¿no habéis visto que el capitán de vuestro pequeño navío había enviado por delante, al entrar en la rada, para obtener su entrada al puerto, un pequeño bote portador de su libro de corredera y de su registro de tripulación? Yo soy comandante del puerto, me han traído ese libro, he reconocido en él vuestro nombre. Mi corazón me ha dicho lo que acababa de confiarme vuestra boca, es decir, el motivo por el que os exponíais a los peligros de un mar tan peligroso o al menos tan fatigante en este momento, y he enviado mi cúter a vuestro encuentro. El resto ya lo sabéis.

Milady comprendió que lord de Winter mentía y quedó más asustada aún.

-Hermano mío -continuó ella-. ¿No es milord Buckingham a quien vi sobre la escollera, por la noche, al llegar?

-El mismo. ¡Ah! Comprendo que su vista os haya sorprendido -prosiguió lord de Winter-. Vos venís de un país donde deben ocuparse mucho de él, y sé que su armamento contra Francia preocupa mucho a vuestro amigo el cardenal.

-¡Mi amigo el cardenal! -exclamó Milady, viendo que tanto sobre este punto como sobre el otro lord de Winter parecía enterado de todo.

-¿No es, pues, amigo vuestro? -prosiguió negligentemente el barón-. ¡Ah!, perdón, eso creía; pero ya volveremos a milord duque más tarde, no nos apartemos del giro sentimental que la conversación había tomado. ¿Venís, a lo que decís, para verme?

-Sí.

-Pues bien, yo os he respondido que seríais servida a placer, y que nos veríamos todos los días.

-¿Debo, por tanto, permanecer eternamente aquí? -preguntó Milady con cierto terror.

-¿Os encontráis mal alojada, hermana mía? Pedid lo que os falte, yo me apresuraré a hacer que os lo den.

-Pero no tengo ni mis mujeres ni mis criados...

-Tendréis todo eso, señora; decidme en qué tren había montado vuestro primer marido vuestra casa; aunque yo no sea más que vuestro cuñado, la montaré en un tren parecido.

-¿Mi primer marido? -exclamó Milady mirando a lord de Winter con los ojos pasmados.

-Sí, vuestro marido francés; no hablo de mi hermano. Por lo demás, si lo habéis olvidado, como aún vive podría escribirle y él me haría llegar informes a este respecto.

Un sudor frío perló la frente de Milady.

-Vos bromeáis -dijo ella con una voz sorda.

-¿Tengo aire de hacerlo? -preguntó el barón levantándose y dando un paso hacia atrás.

-O mejor, me insultáis -continuó ella apretando con sus manos crispadas los dos brazos del sillón y alzándose sobre sus muñecas.

-¿Yo insultaros? -dijo lord de Winter con desprecio-. En verdad, señora, ¿creéis que es posible?

-En verdad, señor -dijo Milady-, o estáis ebrio o sois un insensato; salid y enviadme una mujer.

-Las mujeres son muy indiscretas, hermana; ¿no podría yo servirlos de doncella? De esta forma todos nuestros secretos quedarían en familia.

-¡Insolente! -exclamó Milady, y, como movida por un resorte, saltó sobre el barón, que la esperó impasible, pero, sin embargo, con una mano sobre la guarda de su espada.

-¡Eh, eh! -dijo él-. Sé que tenéis costumbre de asesinar a las personas, pero yo me defenderé, os lo prevengo, aunque sea contra vos.

-¡Oh, tenéis razón! -dijo Milady-. ¡Y me dais la impresión de ser lo bastante cobarde como para poner la mano sobre una mujer!

-Quizá sí; además tendría mi excusa: mi mano no sería la primera mano de hombre que sería puesta sobre vos, según imagino.

Y el barón indicó con un gesto lento y acusador el hombro izquierdo de Milady, que casi tocó con el dedo.

Milady lanzó un rugido sordo y retrocedió hasta el ángulo de la habitación como una pantera que quiere acularse para abalanzarse.

-¡Oh, rugid cuanto queráis! -exclamó lord de Winter-. Pero no tratéis de morderme porque, os lo advierto, se volvería en perjuicio vuestro; aquí no hay procuradores que arreglen de antemano las sucesiones, no hay caballero errante que venga a buscarme pelea por la hermosa dama que retengo prisionera, sino que tengo completamente dispuestos jueces que dispondrán de una mujer lo bastante desvergonzada para venir a deslizarse, bígama, en el lecho de lord de Winter, mi

hermano mayor, y estos jueces, os lo advierto, os enviarán a un verdugo que os pondrán los dos hombros parejos.

Los ojos de Milady lanzaban tales destellos que, aunque él fuera hombre y armado ante una mujer desarmada, sintió el frío del miedo deslizarse hasta el fondo de su alma; no por ello dejó de continuar, con un furor creciente:

-Sí, comprendo, después de haber heredado de mi hermano, os habría sido dulce heredar de mí; pero, sabedlo de antemano, podéis matarme o hacerme matar, mis precauciones están tomadas, ni un penique de cuanto poseo pasará a vuestras manos. ¿No sois lo bastante rica, vos, que poseéis cerca de un millón, y no podéis deteneros en vuestro camino fatal si no hacéis el mal más que por el goce infinito y supremo de hacerlo? Mirad: os aseguro que si la memoria de mi hermano no fuera sagrada iríais a pudriros en un calabozo del Estado o a saciar en Tyburn la curiosidad de los marineros; me callaré, pero vos soportaréis tranquilamente vuestra cautividad; dentro de quince o veinte días parto para La Rochelle con el ejército; pero la víspera de mi partida vendrá a recogeros un bajel, que yo veré partir y que os conducirá a nuestras colonias del Sur; y estad tranquila, os uniré un compañero que os levantará la tapa de los sesos a la primera tentativa que arriesguéis por volver a Inglaterra, o al continente.

Milady escuchaba con una atención que dilataba sus ojos llenos de llamas.

-Sí, pero hasta entonces -continuó lord de Winter- permaneceréis en este castillo: los muros son espesos, las puertas son fuertes, los barrotes son sólidos; además, vuestra ventana da a pico sobre el mar; los hombres de mi séquito, que me son fieles en la vida y en la muerte, montan guardia en torno a esta habitación, y vigilan todos los pasajes que conducen al patio; y llegada al patio, os quedarían aún tres verjas que atravesar. La consigna es precisa: un paso, un gesto, una palabra que simule una evasión, y dispararán sobre vos; si os matan, la justicia inglesa tendrá, como espero, alguna obligación conmigo por haberle ahorrado la tarea. ¡Ah! Vuestros trazos recuperan la calma, vuestro rostro reencuentra su seguridad. Quince días, veinte días, decís, ¡bah!; de aquí a entonces, tengo el genio

inventivo, me vendrá alguna idea; tengo el espíritu infernal y encontraré alguna víctima. De aquí a quince días, os decís, estaré fuera de aquí. ¡Ah, ah! Intentadlo.

Viéndose adivinada, Milady se hundió las uñas en la carne para domar todo movimiento que pudiera dar a su fisonomía una significación cualquiera distinta a la de la angustia.

Lord de Winter continuó:

-El oficial que manda aquí en mi ausencia -ya lo habéis visto y lo conocéis- sabe, como veis, observar una consigna, porque, os conozco, vos no habéis venido desde Portsmouth aquí sin haber tratado de hablarle. ¿Qué decís a eso? ¿Habría sido más impasible y muda una estatua de mármol? Habéis ensayado ya el poder de vuestras seducciones sobre muchos hombres, y desgraciadamente habéis triunfado siempre; pero ensayadlo con éste, diantre; si lo conseguís, os declaro el mismo demonio.

Fue hacia la puerta y la abrió bruscamente.

-¡Qué llamen al señor Felton! -dijo-. Esperad un instante, voy a recomendaros a él.

Entre los dos personajes se hizo un silencio extraño, durante el cual se oyó el ruido de un paso lento y regular que se acercaba; al punto, en la sombra del corredor se vio dibujarse una forma humana, y el joven teniente con el que ya hemos trabado conocimiento se detuvo en el umbral, esperando las órdenes del barón.

-Entrad, mi querido John -dijo lord de Winter-, entrad y cerrad la puerta.

El joven oficial entró.

-Ahora -dijo el barón-, mirad a esta mujer: es joven, es bella, tiene todas las seducciones de la tierra; pues bien, es un monstruo que a sus veinticinco años se ha hecho culpable de tantos crímenes como podáis leer en un año en los archivos de nuestros tribunales; su voz habla en su favor, su belleza sirve de cebo a las víctimas, su cuerpo mismo paga lo que ha prometido, es justicia que hay que hacerle; tratará de seduciros, quizá intente incluso mataros. Yo os he sacado de la miseria, Felton, os he hecho nombrar teniente, os he salvado la vida una vez, ya

sabéis en qué ocasión; soy para vos no sólo un protector, sino un amigo; no sólo un bienhechor, sino un padre; esta mujer ha vuelto a Inglaterra a fin de conspirar contra mi vida; tengo a esta serpiente entre mis manos; pues bien, os hago llamar y os digo: amigo Felton, John, hijo mío, guárdame y sobre todo guárdate de esta mujer; jura por tu salvación que la conservarás para el castigo que ha merecido. John Felton, me fío de tu palabra; John Felton, creo en tu lealtad.

-Milord -dijo el joven oficial, cargando su mirada pura de todo el odio que pudo encontrar en su corazón-, milord, os juro que se hará como deseáis.

Milady recibió aquella mirada como víctima resignada: era imposible ver una expresión más sumisa y más dulce de la que reinaba entonces sobre su hermoso rostro. Apenas si el propio lord de Winter reconoció a la tigresa que un momento antes él se aprestaba a combatir.

-No saldrá jamás de esta habitación, ¿entendéis, John? -continuó el barón-. No se carteará con nadie, no hablará más que con vos, si es que tenéis a bien hacerle el honor de dirigirle la palabra.

-Basta, milord, he jurado.

-Y ahora, señora, tratad de hacer la paz con Dios, porque estáis juzgada por los hombres.

Milady dejó caer su cabeza como si se hubiera sentido aplastada por este juicio. Lord de Winter salió haciendo un gesto a Felton, que salió tras él y cerró la puerta.

Un instante después se oía en el corredor el paso pesado de un soldado de marina que hacía de centinela, el hacha a la cintura y el mosquete en la mano.

Milady permaneció durante algunos minutos en la misma posición, porque pensó que se la vigilaba por la cerradura; luego, lentamente, alzó su cabeza, que había recuperado una expresión formidable de amenaza y desafío, corrió a escuchar a la puerta, miró por la ventana y volviendo a enterrarse en un amplio sillón, pensó.



Capítulo LI

Oficial

Entre tanto, el cardenal esperaba nuevas de Inglaterra, pero ninguna nueva llegaba, ni siquiera enfadosa y amenazadora.

Aunque La Rochelle estuviera bloqueada, por cierto que pudiera parecer el éxito gracias a las precauciones tomadas y sobre todo al dique que no dejaba ya penetrar ningún barco en la ciudad asediada, sin embargo el bloqueo podía durar mucho tiempo todavía; y era una gran afrenta para las armas del rey y una gran molestia para el señor cardenal, que ya no tenía, por cierto, que malquistar a Luis XIII con Ana de Austria, ya estaba hecho, sino conciliar al señor de Bassompierre, que estaba malquistado con el duque de Angulema.

En cuanto a Monsieur, que había comenzado el asedio, dejaba al cardenal el cuidado de acabarlo.

La ciudad, pese a la increíble perseverancia de su alcalde, había intentado una especie de motín para rendirse; el alcalde había hecho colgar a los amotinados. Esta ejecución calmó a las peores cabezas, que entonces se decidieron a dejarse morir de hambre. Esta muerte les parecía siempre más lenta y menos segura que morir por estrangulamiento.

Por su parte, de vez en cuando, los sitiadores cogían mensajeros que los rochelleses enviaban a Buckingham, o espías que Buckingham enviaba a los rochelleses. En uno y otro caso el proceso se hacía deprisa. El señor cardenal decía esta sola palabra: ¡Colgado! Se invitaba al rey a ver el ahorcamiento. El rey venía lánguidamente, se ponía en primera fila para ver la operación en todos sus detalles: esto le distraía siempre algo y le hacía tomar el asedio con paciencia, pero no le impedía aburrirse mucho ni hablar en todo momento de volver a Paris, de suerte que, si hubieran faltado mensajeros y espías, Su Eminencia, a pesar de toda su imaginación, se habría encontrado en muchos apuros.

No obstante el paso del tiempo, los rochelleses no se rendían: el último espía que se había cogido era portador de una carta. Esta carta decía a Buckingham que la ciudad estaba en las últimas; pero en lugar de añadir: «Si vuestro socorro no llega antes de quince días, nos rendiremos», añadía siempre: «Si vuestro socorro no llega antes de quince días, habremos muerto todos de hambre cuando llegue».

Los rochelleses no tenían, pues, esperanza más que en Buckingham. Buckingham era su Mesías. Era evidente que si un día se enteraban con certeza de que no había que contar ya con Buckingham, con la esperanza caería su valor.

El cardenal esperaba, por tanto, con gran impaciencia las nuevas de Inglaterra que debían anunciar que Buckingham no vendría.

El tema de apoderarse de la ciudad a viva fuerza, debatido con frecuencia en el consejo real, había sido descartado siempre; en primer lugar, La Rochelle parecía inconquistable, pues el cardenal, dijera lo que dijera, sabía de sobra que el horror de la sangre derramada en este encuentro, en que franceses debían combatir contra franceses, era un movimiento retrógrado de sesenta años impreso en la política, y el cardenal era en aquella época lo que hoy se denomina un hombre de progreso. En efecto, el saco de La Rochelle, el asesinato de tres mil o cuatro mil hugonotes que se habrían hecho matar se parecía demasiado, en 1628, a la matanza de San Bartolomé en 1572; y, además, por encima de todo esto, este medio extremo, que nada repugnaba al rey, buen católico, venía a estrellarse siempre contra este argumento de los generales sitiadores: La Rochelle era inconquistable de otro modo que por el hambre.

El cardenal no podía apartar de su espíritu el temor en que le arrojaba su terrible emisaria, porque también él había comprendido las proposiciones extrañas de esta mujer, tan pronto serpiente como león. ¿Lo había traicionado? ¿Estaba muerta? En cualquier caso la conocía lo bastante como para saber que actuando a su favor o contra él, amiga o enemiga, ella no permanecía inmóvil sin grandes impedimentos. Esto era lo que no podía saber.

Por lo demás, contaba, y con razón, con Milady: había adivinado en el pasado de esta mujer esas cosas terribles que sólo su capa roja podía cubrir; y sentía que

por una causa o por otra, esta mujer le era adicta, al no poder encontrar sino en él un apoyo superior al peligro que la amenazaba.

Resolvió, por tanto, hacer la guerra completamente solo y no esperar cualquier éxito extraño más que como se espera una suerte afortunada. Continuó haciendo elevar el famoso dique que debía hacer padecer hambre a La Rochelle; mientras tanto, puso los ojos sobre aquella desgraciada ciudad que encerraba tanta miseria profunda y tantas virtudes heroicas y, acordándose de la frase de Luis XI, su predecesor político como él era predecesor de Robespierre, murmuró esta máxima del compadre de Tristán: «Dividir para reinar.»

Enrique IV, al asediar Paris, hacía arrojar por encima de las murallas pan y víveres; el cardenal hizo arrojar pequeños billetes en los que manifestaba a los rochelleses cuán injusta, egoísta y bárbara era la conducta de sus jefes; estos jefes tenían trigo en abundancia, y no lo compartían; adoptaban la máxima, porque también ellos tenían máximas, de que poco importaba que las mujeres, los niños y los viejos muriesen, con tal que los hombres que debían defender sus murallas siguiesen fuertes y con buena salud. Hasta entonces, bien por adhesión, bien por impotencia para reaccionar contra ella, esta máxima, sin ser generalmente adoptada, pasaba, sin embargo, de la teoría a la práctica; pero los billetes vinieron a atentar contra ella. Los billetes recordaban a los hombres que aquellos hijos, aquellas mujeres, aquellos viejos a los que se dejaba morir eran sus hijos, sus esposas y sus padres; que sería más justo que todos fueran reducidos a la miseria común, a fin de que una misma posición hiciera adoptar resoluciones unánimes.

Estos billetes causaron todo el efecto que podía esperar quien los había escrito, dado que decidieron a un gran número de habitantes a iniciar negociaciones particulares con el ejército real.

Pero en el momento en que el cardenal veía fructificar ya su medio y se aplaudía por haberlo puesto en práctica, un habitante de La Rochelle, que había podido pasar a través de las líneas reales, Dios sabe cómo, pues tanta era la vigilancia de Bossompierre, de Schomberg y del duque de Angulema, vigilados ellos mismos por el cardenal, un habitante de La Rochelle, decíamos, entró en la

ciudad procedente de Portsmouth y diciendo que había visto una flota magnífica dispuesta a hacerse a la vela antes de ocho días. Además, Buckingham anunciaba al alcalde que por fin iba a declararse la gran lucha contra Francia, y que el reino iba a ser invadido a la vez por los ejércitos ingleses, imperiales y españoles. Esta carta fue leída públicamente en todas las plazas, se pegaron copias en las esquinas de las calles y los mismos que habían comenzado a iniciar las negociaciones las interrumpieron, resueltos a esperar este socorro tan pomposamente anunciado.

Esta circunstancia inesperada devolvió a Richelieu sus inquietudes primeras, y lo forzó a pesar suyo a volver nuevamente los ojos hacia el otro lado del mar.

Durante este tiempo, libre de las inquietudes de su único y verdadero jefe, el ejército real llevaba una existencia alegre; los víveres no faltaban en el campamento, ni tampoco el dinero; todos los cuerpos rivalizaban en audacia y alegría. Coger espías y colgarlos, hacer expediciones audaces sobre el dique o por el mar, imaginar locuras, ponerlas en práctica, tal era el pasatiempo que hacía encontrar cortos al ejército aquellos días tan largos no sólo para los rochelletes roídos por el hambre y la ansiedad, sino incluso por el cardenal que los bloqueaba con tanto ardor.

A veces, cuando el cardenal, siempre cabalgando como el último gendarme del ejército, paseaba su mirada pensativa sobre las obras, tan lentas a gusto de su deseo, que alzaban por orden suya los ingenieros que había hecho venir de todos los rincones de Francia, encontraba algún mosquetero de la compañía de Tréville, se acercaba a él, lo miraba de forma singular y al no reconocerlo por uno de nuestros compañeros, dejaba ir hacia otra parte su mirada profunda y su vasto pensamiento.

Cierto día en que, roído por un hastío mortal, sin esperanza en las negociaciones con la ciudad, sin nuevas de Inglaterra, el cardenal había salido sin más objeto que salir, acompañado solamente de Cahusac y de La Houdinière, costeano las playas arenosas y mezclando la inmensidad de sus sueños a la inmensidad del océano, llegó al paso de su caballo a una colina desde cuya altura percibió detrás de un seto, tumbados sobre la arena y tomando de paso uno de

esos rayos de sol tan raros en esa época del año, a siete hombres rodeados de botellas vacías. Cuatro de esos hombres eran nuestros mosqueteros disponiéndose a escuchar la lectura de una carta que uno de ellos acababa de recibir. Esta carta era tan importante que había hecho abandonar sobre un tambor cartas y dados.

Los otros tres se ocupaban en destapar una damajuana de vino de Collioure; eran los lacayos de aquellos señores.

Como hemos dicho, el cardenal estaba de sombrío humor, y nada, cuando se encontraba en esa situación de espíritu, redoblaba tanto su desabrimiento como la alegría de los demás. Por otro lado, tenía una preocupación extraña: era creer que las causas mismas de su tristeza excitaban la alegría de los extraños. Haciendo seña a La Houdinière y a Cahusac de detenerse, descendió de su caballo y se aproximó a aquellos reidores sospechosos, esperando que con la ayuda de la arena que apagaba sus pasos, y del seto que ocultaba su marcha, podría oír algunas palabras de aquella conversación que tan interesante parecía; a diez pasos del seto solamente reconoció el parloteo gascón de D'Artagnan, y como ya sabía que aquellos hombres eran mosqueteros, no dudó que los otros tres fueran aquellos que llamaban los inseparables, es decir, Athos, Porthos y Aramis.

Júzguese si su deseo de oír la conversación aumentó con este descubrimiento; sus ojos adoptaron una expresión extraña, y con paso de ocelote avanzó hacia el seto; pero aún no había podido coger más que sílabas vagas y sin ningún sentido positivo cuando un grito sonoro y breve lo hizo estremecerse y atrajo la atención de los mosqueteros.

-¡Oficial! -gritó Grimaud.

-Habláis en mi opinión de forma rara -dijo Athos alzándose sobre un codo y fascinando a Grimaud con su mirada resplandeciente.

Por eso Grimaud no añadió ni una palabra, contentándose con tener el dedo índice en la dirección del seto y denunciando con este gesto al cardenal y a su escolta.

De un solo salto los cuatro mosqueteros estuvieron en pie y saludaron con respeto.

El cardenal parecía furioso.

-Parece que los señores mosqueteros se hacen cuidar -dijo-. ¿Acaso vienen los ingleses por tierra? ¿O no será que los mosqueteros se consideran oficiales superiores?

-Monseñor -respondió Athos, porque en medio del terror general sólo él había conservado aquella calma y aquella sangre fría de gran señor que no lo abandonaban nunca-, Monseñor, los mosqueteros, cuando no están de servicio o cuando su servicio ha terminado, beben y juegan a los dados, y son oficiales muy superiores para sus lacayos.

-¡Lacayos! -masculló el cardenal-. Lacayos que tienen la orden de advertir a sus amos cuando pasa alguien no son lacayos, son centinelas.

-Su Eminencia ve, sin embargo, que si no hubiéramos tomado esta precaución, nos habríamos expuesto a dejarle pasar sin presentarle nuestros respetos y ofrecerle nuestra gratitud por la gracia que nos ha hecho de reunirnos. D'Artagnan -continuó Athos-, vos que hace un momento pedíais esta ocasión de expresar vuestra gratitud a Monseñor, hela aquí, aprovechadla.

Estas palabras fueron pronunciadas con aquella flema imperturbable que distinguía a Athos en las horas de peligro, y con aquella excesiva cortesía que hacía de él en ciertos momentos un rey más majestuoso que los reyes de nacimiento.

D'Artagnan se acercó y balbuceó algunas palabras de gratitud, que pronto expiraron bajo la mirada ensombrecida del cardenal.

-No importa, señores -continuó el cardenal, al parecer por nada del mundo apartado de su intención primera por el incidente que Athos había suscitado-; no importa, señores, no me gusta que simples soldados, porque tienen la ventaja de servir en un cuerpo privilegiado, hagan de esta forma los grandes señores, y la disciplina es la misma para ellos que para todo el mundo.

Athos dejó al cardenal acabar completamente su frase e, inclinándose en señal de asentimiento, replicó a su vez:

-La disciplina, Monseñor, no ha sido olvidada por nosotros de ninguna manera, eso espero al menos. No estamos de servicio y hemos creído que al no estar de servicio podíamos disponer de nuestro tiempo como bien nos pareciera. Si somos lo bastante afortunados para que Su Eminencia tenga alguna orden particular que darnos, estamos dispuestos a obedecerle. Monseñor ve -continuó Athos frunciendo el ceño porque aquella especie de interrogatorio comenzaba a impacientarlo- que, para estar dispuestos a la menor alerta, hemos salido con nuestras armas.

Y señaló con el dedo al cardenal los cuatro mosquetes en haz junto al tambor sobre el que estaban las camas y los dados.

-Tenga a bien Vuestra Eminencia creer -añadió D'Artagnan- que nos habríamos dirigido a su encuentro si hubiéramos podido suponer que era ella la que venía hacia nosotros con tan pequeña compañía.

El cardenal se mordió los mostachos y un poco los labios.

-¿Sabéis de qué tenéis aire, siempre juntos, como aquí ahora, armados como estáis, y guardados por vuestros lacayos? -dijo el cardenal-. Tenéis aire de cuatro conspiradores.

-¡Oh! En cuanto a eso, Monseñor, es cierto -dijo Athos-, y nosotros conspiramos, como Vuestra Eminencia pudo ver la otra mañana, sólo que contra los rochellese.

-¡Vaya con los señores políticos! -prosiguió el cardenal frunciendo a su vez el ceño-. Quizá se encontraría en vuestros cerebros el secreto de muchas cosas que son ignoradas si se pudiera leer en ellos como leéis en esa cama que habéis ocultado cuando me habéis visto venir.

El rubor subió al rostro de Athos, que dio un paso hacia Su Eminencia.

-Se diría que sospecháis de nosotros verdaderamente, Monseñor, y que estamos sufriendo un auténtico interrogatorio; si es así, dígnese Vuestra Eminencia explicarse, y por lo menos sabremos a qué atenernos.

-Y aunque esto fuera un interrogatorio -replicó el cardenal-, otros distintos a vosotros los han sufrido, señor Athos, y han respondido.

-Por eso, Monseñor, he dicho a Vuestra Eminencia que no tenía más que preguntar, y que nosotros estábamos prestos para responder.

-¿De quién era esa carta que ibais a leer, señor Aramis, y que vos habéis ocultado?

-Una carta de mujer, Monseñor.

-¡Oh! Lo supongo -dijo el cardenal-; hay que ser discreto para esa clase de cartas; sin embargo, se pueden mostrar a un confesor; como sabéis, he recibido las órdenes.

-Monseñor -dijo Athos con una calma tanto más terrible cuanto que se jugaba la cabeza al dar esta respuesta-, la carta es de una mujer, pero no está firmada ni Marion de Lorme, ni señorita D'Aiguillon.

El cardenal se volvió pálido como la muerte, un destello leonado salió de sus ojos; se volvió como para dar una orden a Cahusac y a La Houdinière. Athos vio el movimiento: dio un paso hacia los mosqueteros, sobre los que los tres amigos tenían fijos los ojos como hombres poco dispuestos a dejarse detener. Con el cardenal eran tres; los mosqueteros, comprendidos los lacayos, eran siete; juzgó que la partida sería muy desigual, que Athos y sus compañeros conspiraban realmente; y mediante uno de esos giros rápidos que siempre tenía a su disposición, toda su cólera se fundió en una sonrisa.

-¡Vamos, vamos! -dijo-. Sois jóvenes valientes, orgullosos a plena luz, fieles en la oscuridad; no hay mal alguno en vigilar sobre uno mismo cuando se vigila tan bien sobre los demás; señores, no he olvidado la noche en que me servisteis de escolta para ir al Colombier-Rouge; si hubiera algún peligro que temer en la ruta que voy a seguir os rogaría que me acompañaseis; pero como no lo hay, permaneced donde estáis, acabad vuestras botellas, vuestra partida y vuestra carta. Adiós, señores.

Y volviendo a montar en su caballo, que Cahusac le había traído, los saludó con la mano y se alejó.

Los cuatro jóvenes, de pie e inmóviles, lo siguieron con los ojos sin decir una sola palabra hasta que hubo desaparecido.

Luego se miraron.

Todos tenían el rostro consternado, porque pese al adiós amistoso de Su Eminencia comprendían que el cardenal se iba con la rabia en el corazón.

Sólo Athos sonreía con sonrisa potente y desdeñosa. Cuando el cardenal estuvo fuera del alcance de la voz y de la vista:

-¡Ese Grimaud ha gritado muy tarde! -dijo Porthos, que tenía muchas ganas de hacer caer su mal humor sobre alguien.

Grimaud iba a responder para excusarse. Athos alzó el dedo y Grimaud se calló.

-¿Habrías entregado la carta, Aramis? -dijo D'Artagnan.

-Estaba totalmente resuelto -dijo Aramis con su voz más aflautada-: si hubiera exigido que le fuera entregada la carta, le habría presentado la carta con una mano, y con la otra le habría pasado mi espada a través del cuerpo.

-Eso me esperaba -dijo Athos-; por eso me he lanzado entre vos y él. En verdad, ese hombre es muy imprudente al hablar así a otros hombres; se diría que no se las ha visto más que con mujeres y niños.

-Mi querido Athos -dijo D'Artagnan-, os admiro, pero después de todo estábamos en culpa.

-¿Cómo en culpa? -prosiguió Athos-. ¿De quién es este aire que respiramos? ¿De quién este océano sobre el que se extiende nuestras miradas? ¿De quién esta arena sobre la que estamos tumbados? ¿De quién esta carta de vuestra amante? ¿Son del cardenal? A fe mía que ese hombre se figura que el mundo le pertenece; estáis ahí, balbuceante, estupefacto, aniquilado; se hubiera dicho que la Bastilla se alzaba ante vos y que la gigantesca Medusa os convertía en piedra. Veamos, ¿es que acaso es conspirar estar enamorado? Vois estáis enamorado de una mujer a la que el cardenal ha hecho encerrar, queréis apartarla de las manos del cardenal; es una partida que jugáis con Su Eminencia: esa carta es vuestro juego; ¿por qué ibais a mostrar vuestro juego a vuestro adversario? Eso no se hace. ¿Que él lo adivina? En buena hora. Nosotros adivinamos el suyo de sobra.

-De hecho -dijo D'Artagnan-, lo que vos decís, Athos, está lleno de sentido.

-En tal caso, que no vuelva a tratarse de lo que acaba de ocurrir, y que Aramis prosiga la carta de su prima donde el señor cardenal le ha interrumpido.

Aramis sacó la carta de su bolso, los tres amigos se acercaron a él y los tres lacayos se reunieron de nuevo junto a la damajuana.

-No habíais leído más que una o dos líneas -dijo D'Artagnan-; empezad, pues, la carta desde el principio.

-Encantado -dijo Aramis.

«Querido primo, creo que me decidiré a partir para Stenay, donde mi hermana ha hecho entrar a nuestra pequeña criada en el convento de las Carmelitas; esa pobre muchacha está resignada, sabe que no se puede vivir en ninguna otra parte sin que esté en peligro la salvación de su alma. Sin embargo, si los asuntos de nuestra familia se arreglan como nosotros deseamos, creo que ella correrá el riesgo de condenarse, y que volverá junto a aquellos a los que echa de menos, tanto más cuanto que sabe que se piensa siempre en ella. Mientras tanto, no es demasiado desdichada: todo cuanto desea es una carta de su pretendiente. Sé de sobra que esa clase de géneros pasa difícilmente por entre las verjas; mas, después de todo, como ya os he dado pruebas de ello, querido primo, no soy demasiado torpe y me haré cargo de esa comisión. Mi hermana os agradece vuestro recuerdo fiel y eterno. Ha sentido por un instante una gran inquietud; mas, finalmente, se ha tranquilizado algo ahora, tras haber enviado a su agente allá a fin de que nada imprevisto ocurra.

Adiós, mi querido primo, dadnos nuevas de vos con la mayor frecuencia que podáis, es decir, cuantas veces creáis poder hacerlo con seguridad. Recibid un abrazo.

Marie Michon.»

-¡Cuánto os debo, Aramis! -exclamó D'Artagnan-. ¡Querida Costance! ¡Por fin tengo nuevas tuyas! ¡Vive, está a buen seguro en un convento, está en Stenay! ¿Dónde pensáis que está Stenay, Athos?

-A algunas leguas de las fronteras; una vez levantado el asedio, podremos ir a dar una vuelta por ese lado.

-Y esperemos que no sea muy tarde -dijo Porthos-; esta mañana han colgado a un espía que ha declarado que los rochellesees estaban con los cueros de sus zapatos. Suponiendo que tras haber comido el cuero se coman la suela, no sé qué les quedará para después, a menos que se coman unos a otros.

-¡Pobres imbéciles! -dijo Athos vaciando un vaso de excelente vino de Burdeos, que sin tener en aquella época la reputación que tiene hoy, no por eso la merecía menos-. ¡Pobres imbéciles! ¡Como si la religión católica no fuera la más ventajosa y agradable de las religiones! Da igual -prosiguió tras haber hecho chascar su lengua contra el paladar-, son gentes valientes. Mas ¿qué diablos hacéis, Aramis? -continuó Athos-. ¿Guardáis esa carta en vuestro bolsillo?

-Sí -dijo D'Artagnan-, Athos tiene razón, hay que quemarla.

Quién sabe si el señor cardenal no tiene un secreto para interrogar a las cenizas...

-Debe tener uno -dijo Athos.

-Pero ¿qué queréis hacer con esa carta? -preguntó Porthos.

-Venid aquí, Grimaud -dijo Athos.

Grimaud se levantó y obedeció.

-Para castigaros por haber hablado sin permiso, amigo mío, vais a comer este trozo de papel; luego, para recompensar el servicio que nos habéis hecho, beberéis este vaso de vino; aquí tenéis la carta primero, masticad con energía.

Grimaud sonrió y con los ojos fijos sobre el vaso que Athos acababa de llenar hasta el borde, trituró el papel y lo tragó.

-¡Bravo, maese Grimaud! -dijo Athos-. Y ahora tomad esto; bien, os dispenso de dar las gracias.

Grimaud tragó silenciosamente el vaso de vino de Burdeos, pero sus ojos alzados al cielo hablaban durante todo el tiempo que duró esta dulce ocupación un lenguaje que no por ser mudo era menos expresivo.

-Y ahora -dijo Athos-, a menos que el señor cardenal tenga la ingeniosa idea de hacer abrir el vientre de Grimaud, creo que podemos estar casi tranquilos.

Durante este tiempo Su Eminencia continuaba su paseo melancólico murmurando entre sus mostachos.

-¡Decididamente es preciso que estos cuatro hombres sean míos!

Capítulo LII

Primera jornada de cautividad

Volvamos a Milady, a la que una mirada lanzada sobre las costas de Francia nos ha hecho perder la vista un instante.

La volvemos a encontrar en la posición desesperada en que lo hemos dejado, ahondando un abismo de sombrías reflexiones, sombrío infierno a cuya puerta ha dejado casi la esperanza; porque por primera vez duda, porque por vez primera siente miedo.

En dos ocasiones le ha fallado su fortuna, en dos ocasiones se ha visto descubierta y traicionada, y en estas dos ocasiones ha sido contra el genio fatal enviado sin duda por el Señor para combatirla contra lo que ha fracasado: D'Artagnan la ha vencido a ella, esa invencible potencia del mal.

El la ha engañado en su amor, humillado en su orgullo, hecho fracasar en su ambición, y ahora la pierde en su fortuna, la golpea en su libertad, la amenaza incluso en su vida. Es más, ha alzado una punta de su máscara, esa égida con que ella se cubre y que la vuelve tan fuerte.

D'Artagnan ha alejado de Buckingham, a quien ella odia como odia a todo cuanto ha amado, la tempestad con que lo amenazaba Richelieu en la persona de la reina. D'Artagnan se ha hecho pasar por de Wardes, hacia quien ella sentía una de esas fantasías de tigresa, indomables como las tienen las mujeres de ese carácter. D'Artagnan conocía ese terrible secreto que ella juró que nadie conocería sin morir. Finalmente, en el momento en que acaba de obtener una firma en blanco con cuya ayuda iba a vengarse de su enemigo, esa firma en blanco le es arrancada de las manos, y es D'Artagnan quien la tiene prisionera y quien va a enviarla a algún inmundo Botany-Bay, a algún Tyburn infame del océano Indico.

Porque indudablemente todo esto le viene de D'Artagnan; ¿de quién procederían tantas vergüenzas amontonadas sobre su cabeza si no es de él? Sólo él ha podido transmitir a lord de Winter todos esos horribles secretos, que él ha

descubierto uno tras otro por una especie de fatalidad. Conoce a su cuñado, le habrá escrito.

¡Cuánto odio destila! Allí inmóvil, con los ojos ardientes y fijos en su cuarto desierto, ¡cómo los destellos de sus rugidos sordos, que a veces escapan con su respiración del fondo de su pecho, acompañan perfectamente el ruido del oleaje que asciende, gruñe, muge y viene a romperse, como una desesperación eterna a impotente, contra las rocas sobre las cuales está construido ese castillo sombrío y orgulloso! ¡Cómo concibe, a la luz de los rayos que su cólera tormentosa hace brillar en su espíritu, contra la señorita Bonacieux, contra Buckingham y, sobre todo, contra D'Artagnan, magníficos proyectos de venganza, perdidos en las lejanías del futuro!

Sí, pero para vengarse hay que ser libre, y para ser libre, cuando se está prisionero, hay que horadar un muro, desempotrar los barrotes, agujerear el suelo; empresas todas estas que puede llevar a cabo un hombre paciente y fuerte, pero ante las cuales deben fracasar las irritaciones febriles de una mujer. Por otra parte, para hacer todo esto hay que tener tiempo, meses, años, y ella..., ella tiene diez o doce días, según lo dicho por lord de Winter, su fraterno y terrible carcelero.

Y, sin embargo, si fuera hombre intentaría todo esto, y quizá triunfaría. ¿Por qué, pues, el cielo se ha equivocado de esta forma, poniendo esta alma viril en ese cuerpo endeble y delicado?

Por eso han sido terribles los primeros momentos de cautividad: algunas convulsiones de rabia que no ha podido vencer han pagado su deuda de debilidad femenina a la naturaleza. Pero poco a poco ha superado los relámpagos de su loca cólera, los estremecimientos nerviosos que han agitado su cuerpo han desaparecido, y ahora está replegada sobre sí misma como una serpiente fatigada que reposa.

-Vamos, vamos; estaba loca al dejarme llevar así -dice hundiendo en el espejo, que refleja en sus ojos su mirada brillante, por la que parece interrogarse a sí misma-. Nada de violencia, la violencia es una prueba de debilidad. En primer lugar, nunca he triunfado por ese medio; quizá si usara mi fuerza contra las

mujeres, tendría oportunidad de encontrarlas más débiles aún que yo, y por consiguiente vencerlas, pero es contra hombres contra los que yo lucho, y no soy para ellos más que una mujer. Luchemos como mujer, mi fuerza está en mi debilidad

Entonces, como para rendirse a sí misma cuenta de los cambios que podía imponer a su fisonomía tan expresiva y tan móvil, la hizo adoptar a la vez todas las expresiones, desde la de la cólera que crispaba sus rasgos hasta la de la más dulce, afectuosa y seductora sonrisa. Luego sus cabellos adoptaron sucesivamente bajo sus manos sabias las ondulaciones que creyó que podían ayudar a los encantos de su rostro. Finalmente, satisfecha de sí misma, murmuró:

-Vamos, nada está perdido. Sigo siendo hermosa.

Eran, aproximadamente, las ocho de la noche; Milady vio una cama; pensó que un descanso de algunas horas refrescaría no sólo su cabeza y sus ideas, sino también su tez. Sin embargo, antes de acostarse, le vino una idea mejor. Había oído hablar de cena. Estaba ya desde hacía una hora en aquella habitación, no podían tardar en traerle su comida. La prisionera no quiso perder tiempo, y resolvió hacer, desde aquella misma noche, alguna tentativa para sondear el terreno estudiando el carácter de las personas a las que su custodia estaba confiada.

Una luz apareció por debajo de la puerta; aquella luz anunciaba el regreso de sus carceleros. Milady, que se había levantado, se lanzó vivamente sobre su sillón, la cabeza echada hacia atrás, sus hermosos cabellos sueltos y esparcidos, su pecho medio desnudo bajo sus encajes chafados, una mano sobre el corazón y la otra colgando.

Descorrieron los cerrojos, la puerta chirrió sobre sus goznes, y en la habitación resonaron unos pasos que se aproximaron.

-Poned ahí esa mesa -dijo una voz que la prisionera reconoció como la de Felton.

La orden fue ejecutada.

-Traeréis antorchas y haréis el relevo del centinela -continuó Felton.

Esta doble orden que dio a los mismos individuos el joven teniente probó a Milady que sus servidores eran los mismos hombres que sus guardianes, es decir soldados.

Las órdenes de Felton eran ejecutadas por los demás con una silenciosa rapidez que daba buena idea del floreciente estado en que mantenía la disciplina.

Finalmente, Felton, que aún no había mirado a Milady, se volvió hacia ella.

-¡Ah, ah! -dijo-. Duerme, está bien; cuando se despierte cenará.

Y dio algunos pasos para salir.

-Pero, mi teniente -dijo un soldado menos estoico que su jefe, y que se había acercado a Milady-, esta mujer no duerme.

-¿Cómo que no duerme? -dijo Felton-. ¿Entonces, qué hace?

-Está desvanecida; su rostro está muy pálido, y por más que escucho no oigo su respiración.

-Tenéis razón -dijo Felton tras haber mirado a Milady desde el lugar en que se encontraba, sin dar un paso hacia ella-; id a avisar a lord de Winter que su prisionera está desvanecida porque no sé qué hacer: el caso no estaba previsto.

El soldado salió para cumplir las órdenes de su oficial: Felton se sentó en un sillón que por azar se encontraba junto a la puerta y esperó sin decir una palabra, sin hacer un gesto. Milady poseía ese gran arte, tan estudiado por las mujeres, de ver a través de sus largas pestañas sin dar la impresión de abrir los párpados: vislumbró a Felton que le daba la espalda, continuó mirándolo durante diez minutos aproximadamente, y durante esos diez minutos el impassible guardián no se volvió ni una sola vez.

Pensó entonces que lord de Winter iba a venir a dar, con su presencia, nueva fuerza a su carcelero: su primera prueba estaba perdida, adoptó su partido como mujer que cuenta con sus recursos; en consecuencia, alzó la cabeza, abrió los ojos y suspiró débilmente.

A este suspiro Felton se volvió por fin.

-¡Ah! Ya habéis despertado señora -dijo-; nada tengo que hacer ya aquí. Si necesitáis algo, llamad.

-¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¡Cuánto he sufrido! -murmuró con aquella voz armoniosa que, semejante a la de las encantadoras antiguas, encantaba a todos a quienes quería perder.

Y al enderezarse en su sillón adoptó una posición más graciosa y más abandonada aún que la que tenía cuando estaba tumbada.

Felton se levantó.

-Seréis servida de este modo tres veces al día, señora -dijo-: por la mañana, a las nueve; durante el día, a la una, y por la noche, a las ocho. Si no os va bien, podéis indicar vuestras horas en lugar de las que os propongo, y en este punto obraremos conforme a vuestros deseos.

-Pero ¿voy a quedarme siempre sola en esta habitación grande y triste? -preguntó Milady.

-Se ha avisado a una mujer de los alrededores, mañana estará en el castillo, y vendrá siempre que deseéis su presencia.

-Os lo agradezco, señor -respondió humildemente la prisionera.

Felton hizo un leve saludo y se dirigió hacia la puerta. En el momento en que iba a franquear el umbral lord de Winter apareció en el corredor, seguido del soldado que había ido a llevarle la nueva del desvanecimiento de Milady. Traía en la mano un frasco de sales.

-¿Y bien? ¿Qué es? ¿Qué es lo que pasa aquí? -dijo con una voz burlona viendo a su prisionera de pie y a Felton dispuesto a salir-. ¿Está muerta ha resucitado ya? Demonios, Felton, hijo mío, ¿no has visto que te tomaba por un novicio y que representaba para ti el primer acto de una comedia cuyos desarrollos tendremos sin duda el placer de seguir?

-Lo he pensado, milord -dijo Felton-; pero como la prisionera es mujer después de todo, he querido tener los miramientos que todo hombre bien nacido debe a una mujer, si no por ella, al menos por uno mismo.

Milady sintió un estremecimiento por todo su cuerpo. Estas palabras de Felton pasaban como hielo por todas sus venas.

-O sea -prosiguió de Winter riendo-, esos hermosos cabellos sabiamente esparcidos, esa piel blanca y esa lánguida mirada, ¿no te han seducido aún, corazón de piedra?

-No, milord -respondió el impasible joven-, y creedme, se necesita algo más que tejemanejes y coqueterías de mujer para corromperme.

-En tal caso, mi bravo teniente, dejemos a Milady buscar otra cosa y vayamos a cenar. ¡Ah!, tranquilízate, tiene la imaginación fecunda, y el segundo acto de la comedia no tardará en seguir al primero.

Y a estas palabras lord de Winter pasó su brazo bajo el de Felton y se lo llevó riendo.

-¡Oh! Ya encontraré lo que necesitas -murmuró Milady entre dientes-; estate tranquilo pobre monje frustrado, pobre soldado convertido, que te has cortado el uniforme de un hábito.

-A propósito -prosiguió de Winter deteniéndose en el umbral de la puerta-, no es preciso, Milady, que este fracaso os quite el apetito. Catad ese pollo y ese pescado que no he hecho envenenar, palabra de honor. Me llevo bastante bien con mi cocinero, y como no tiene que heredar de mí, tengo en él plena y total confianza. Haced como yo. ¡Adiós, querida hermana! Hasta vuestro próximo desvanecimiento.

Era cuanto Milady podía soportar: sus manos se crisparon sobre su sillón, sus dientes rechinaron sordamente, sus ojos siguieron el movimiento de la puerta que se cerró tras lord de Winter y Felton; y cuando se vio sola, una nueva crisis de desesperación se apoderó de ella; lanzó los ojos sobre la mesa, vio brillar un cuchillo, se abalanzó y lo cogió; pero su desengaño fue cruel: la hoja era redonda y de plata flexible.

Una carcajada resonó tras la puerta mal cerrada, y la puerta volvió a abrirse.

-¡Ja, ja! -exclamó lord de Winter-. ¡Ja, ja, ja! ¿Ves, mi valiente Felton, ves lo que te había dicho? Ese cuchillo era para ti; hijo mío, te habría matado. ¿Ves? Es uno de sus defectos, desembarazarse así, de una forma o de otra, de las personas que la molestan. Si te hubiera escuchado, el cuchillo habría sido puntiagudo y de

acero: entonces se acabó Felton, te habría degollado y después de ti a todo el mundo. Mira, además, John, qué bien sabe empuñar su cuchillo.

En efecto, Milady empuñaba aún el arma ofensiva en su mano crispada, pero estas últimas palabras, este supremo insulto, destensaron sus manos, sus fuerzas y hasta su voluntad.

El cuchillo cayó a tierra.

-Tenéis razón, milord -dijo Felton con un acento de profundo disgusto que resonó hasta en el fondo del corazón de Milady-, tenéis razón y soy yo el que estaba equivocado.

Y los os salieron de nuevo.

Pero esta vez Milady prestó oído más atento que la primera vez, y oyó alejarse sus pasos y apagarse en el fondo del corredor.

-Estoy perdida -murmuró-, heme aquí en poder de gentes sobre las que no tendré más ascendiente que sobre estatuas de bronce o granito; me conocen de memoria y están acorazados contra todas mis armas. Es, sin embargo, imposible que esto termine como ellos han decidido.

En efecto, como indicaba esta última reflexión, ese retorno instintivo a la esperanza, en aquella alma profunda el temor y los sentimientos débiles no flotaban demasiado tiempo. Milady se sentó a la mesa, comió de varios platos, bebió un poco de vino español, y sintió que le volvía toda su resolución.

Antes de acostarse ya había comentado, analizado, mirado por todas su facetas, examinado desde todos los puntos de vista las palabras, los pasos, los gestos, los signos y hasta el silencio de sus carceleros, y de este estudio profundo, hábil y sabio, había resultado que Felton era, en conjunto, el más vulnerable de sus dos perseguidores.

Una frase sobre todo volvía a la mente prisionera:

-Si te hubiera escuchado -había dicho lord de Winter a Felton.

Por tanto, Felton había hablado en su favor, puesto que lord de Winter no había querido escuchar a Felton.

-Débil o fuerte -repetía Milady-, ese hombre tiene un destello de piedad en su alma; de ese destello haré yo un incendio que lo devorará. En cuanto al otro, me conoce, me teme y sabe lo que tiene que esperar de mí si alguna vez me escapo de sus manos; es, pues, inútil intentar nada sobre él. Pero Felton es otra cosa: es un joven ingenuo, puro y que parece virtuoso; a éste hay un medio de perderlo.

Y Milady se acostó y se durmió con la sonrisa en los labios; quien la hubiera visto durmiendo la habría supuesto una muchacha soñando con la corona de flores que debía poner sobre su frente en la próxima fiesta.



Capítulo LIII

Segunda jornada de cautividad

Milady soñaba que por fin tenía a D'Artagnan, que asistía a su suplicio, y era la vista de su sangre odiosa corriendo bajo el hacha del verdugo lo que dibujaba aquella encantadora sonrisa sobre sus labios.

Dormía como duerme un prisionero acunado por su primera esperanza.

Al día siguiente, cuando entraron en su cuarto, estaba todavía en su cama. Felton estaba en el corredor: traía la mujer de que había hablado la víspera y que acababa de llegar; esta mujer entró y se aproximó a la cama de Milady ofreciéndole sus servicios.

Milady era habitualmente pálida; su tez podía, pues, equivocarse a una persona que la viera por primera vez.

-Tengo fiebre -dijo ella-; no he dormido un solo instante durante toda esta larga noche, sufro horriblemente; ¿seréis vos más humana de lo que fueron ayer conmigo?

- ¿Queréis que llame a un médico? -dijo la mujer.

Felton escuchaba este diálogo sin decir una palabra.

Milady reflexionaba que cuanto más gente la rodease más gente tendría que apiadar y más se redoblaría la vigilancia de lord de Winter; además, el médico podría declarar que la enfermedad era fingida, y Milady, tras haber perdido la primera parte, no quería perder la segunda.

-Ir a buscar a un médico -dijo-, ¿para qué? Esos señores declararon ayer que mi mal era una comedia; sin duda ocurriría lo mismo hoy; porque desde ayer noche han tenido tiempo de avisar al doctor.

-Entonces -dijo Felton impaciente-, decid vos misma, señora, qué tratamiento queréis seguir.

-¿Lo sé yo acaso? ¡Dios mío! Siento que sufro, eso es todo; me den lo que me den, poco me importa.

-Id a buscar a lord de Winter -dijo Felton cansado de aquellas quejas eternas.

-¡Oh, no, no! -exclamó Milady-. No señor, no lo llaméis, os lo ruego; estoy bien, no necesito nada, no lo llaméis.

Puso una vehemencia tan prodigiosa, una elocuencia tan arrebatadora en esta exclamación, que Felton, arrobado, dio algunos pasos dentro de la habitación.

«Está emocionado», pensó Milady.

-Sin embargo, señora -dijo Felton-, si sufrís realmente se enviará a buscar un médico, y si nos engañáis, pues bien, entonces tanto peor para vos, pero al menos por nuestra parte no tendremos nada que reprocharnos.

Milady no respondió; pero echando hacia atrás su hermosa cabeza sobre la almohada, se fundió en lágrimas y estalló en sollozos.

Felton la miró un instante con su impasibilidad ordinaria; luego, como la crisis amenazaba con prolongarse, salió; la mujer lo siguió. Lord de Winter no apareció.

-Creo que empiezo a verlo claro -murmuró Milady con una alegría salvaje, sepultándose bajo las sábanas para ocultar a cuantos pudieran espiarle este arrebatado de satisfacción interior.

Transcurrieron dos horas.

-Ahora es tiempo de que la enfermedad cese -dijo-; levantémonos y obtengamos algunos éxitos desde hoy; no tengo más que diez días, y esta noche se habrán pasado dos.

Al entrar por la mañana en la habitación de Milady, le habían traído su desayuno; y ella había pensado que no tardarían en venir a levantar la mesa, y que en ese momento volvería a ver a Felton.

Milady no se equivocaba. Felton reapareció y, sin prestar atención a si Milady había tocado o no la comida, hizo una señal para que se llevasen fuera de la habitación la mesa, que ordinariamente traían completamente servida.

Felton se quedó el último, tenía un libro en la mano.

Milady, tumbada en un sillón junto a la chimenea, hermosa, pálida y resignada, parecía una virgen santa esperando el martirio.

Felton se aproximó a ella y dijo:

-Lord de Winter, que es católico como vos, señora, ha pensado que la privación de los ritos y de las ceremonias de vuestra religión puede seros penosa:

consiente, pues, en que leáis cada día el ordinario de vuestra misa, y este es un libro que contiene el ritual.

Ante la forma en que Felton depositó aquel libro sobre la mesita junto a la que estaba Milady, ante el tono con que pronunció estas dos palabras: vuestra misa, ante la sonrisa desdeñosa con que las acompañó, Milady alzó la cabeza y miró más atentamente al oficial.

Entonces, en aquel peinado severo, en aquel traje de una sencillez exagerada, en aquella frente pulida como el mármol, pero dura e impenetrable como él, reconoció a uno de esos sombríos puritanos que con tanta frecuencia había encontrado tanto en la corte del rey Jacobo como en la del rey de Francia, donde, pese al recuerdo de San Bartolomé, venían a veces a buscar refugio.

Tuvo, pues, una de esas inspiraciones súbitas como sólo las gentes de genio las reciben en las grandes crisis, en los momentos supremos que deben decidir su fortuna o su vida.

Estas dos palabras: vuestra misa, y una simple ojeada sobre Felton le habían revelado, en efecto, toda la importancia de la respuesta que iba a dar.

Pero con esa rapidez de inteligencia que le era peculiar, aquella respuesta se presentó completamente formulada a sus labios:

-¡Yo! -dijo con un acento de desdén, puesto al unísono con aquel que había observado en la voz del joven oficial-, yo, señor, ¿mi misa? Lord de Winter, el católico corrompido, sabe bien que yo no soy de su religión, y que es una trampa que quiere tenderme.

-¿Y de qué religión sois entonces, señora? -preguntó Felton con una sorpresa que, pese al dominio que sobre sí mismo tenía, no pudo ocultar por completo.

-Lo diré -exclamó Milady con exaltación fingida- el día en que haya sufrido lo suficiente por mi fe.

La mirada de Felton descubrió a Milady toda la extensión del espacio que acababa de abrirse con esta sola frase.

Sin embargo, el joven oficial permaneció mudo e inmóvil: sólo su mirada había hablado.

-Estoy en manos de mis enemigos -prosiguió ella con ese tono de entusiasmo que sabía familiar a los puritanos-. Pues bien, ¡que mi Dios me salve o perezca yo por mi Dios! He ahí la respuesta que os suplico deis por mí a lord de Winter. Y en cuanto a ese libro -añadió ella señalando el ritual con la punta del dedo, pero sin tocarlo como si temiera mancillarse a tal contacto-, podéis llevároslo y serviros de él vos mismo, porque sin duda sois doblemente cómplice de lord de Winter, cómplice en su persecución, cómplice en su herejía.

Felton no respondió, tomó el libro con el mismo sentimiento de repugnancia que ya había manifestado y se retiró pensativo. Lord de Winter vino hacia las cinco de la tarde; Milady había tenido tiempo durante todo el día de trazarse su plan de conducta; lo recibió como mujer que ya ha recuperado todas sus ventajas.

-Parece - dijo el barón sentándose en un sillón frente al que ocupaba Milady y extendiendo indolentemente sus pies sobre el hogar-, parece que hemos cometido una pequeña apostasía.

-¿Qué queréis decir, señor?

-Quiero decir que desde la última vez que nos vimos hemos cambiado de religión; ¿os habréis casado por casualidad con un tercer marido protestante?

-Explicaos, milord -prosiguió la prisionera con majestad-, porque os declaro que oigo vuestras palabras pero que no las comprendo.

-Entonces es que no tenéis religión de ningún tipo; prefiero esto -prosiguió riéndose burlonamente lord de Winter.

-Es cierto que eso va mejor con vuestros principios -replicó fríamente Milady.

-¡Oh! Os confieso que me da completamente igual.

-Aunque no confesarais esa indiferencia religiosa, milord, vuestros excesos y vuestros crímenes darían fe de ella.

-¡Vaya! Habláis de excesos, señora Mesalina; habláis de crímenes, lady Macbeth. O yo he oído mal o, diantre, sois bien impúdica.

-Habláis así porque sabéis que nos escuchan, señor -respondió fríamente Milady-, y porque queréis interesar a vuestros carceleros y a vuestros verdugos contra mí.

-¡Mis carceleros! ¡Mis verdugos! Bueno, señora, lo tomáis en un tono poético y la comedia de ayer se vuelve esta noche tragedia. Por lo demás, dentro de ocho días estaréis donde debéis estar, y mi tarea habrá acabado.

-¡Tarea infame! ¡Tarea impía! -replicó Milady con la exaltación de la víctima que provoca a su juez.

-Palabra de honor que creo -dijo de Winter levantándose- que la bribona se vuelve loca. Vamos, vamos, calmaos, señora puritana, u os hago meter en el calabozo. Diantre, es mi vino español el que se os sube a la cabeza, ¿no es así? Estad tranquila, esa embriaguez no es peligrosa y no tendrá consecuencias.

Y lord de Winter se retiró jurando, cosa que en aquella época era un hábito completamente caballeresco.

Felton estaba en efecto detrás de la puerta y no había perdido ni palabra de toda esta escena.

Milady había adivinado bien.

-¡Sí! ¡Vete, vete! -le dijo a su hermano-. Por el contrario, las consecuencias se acercan, pero tú no las verás, imbécil, sino cuando sea tarde para evitarlas.

Se restableció el silencio, transcurrieron dos horas; trajeron la cena y encontraron a Milady ocupada en hacer sus oraciones, oraciones que había aprendido de un viejo servidor de su segundo marido, un puritano de los más austeros. Parecía en éxtasis y no pareció prestar atención siquiera a lo que pasaba en torno suyo. Felton hizo señal de que no se la molestara, y cuando todo quedó preparado él salió sin ruido con los soldados.

Milady sabía que podía ser espiada; continuó, pues, sus oraciones hasta el final, y le pareció que el soldado que estaba de centinela a su puerta no caminaba con el mismo paso y que parecía escuchar.

Por el momento no pretendía más, se levantó, se sentó a la mesa, comió poco y no bebió más que agua.

Una hora después vinieron a levantar la mesa, pero Milady observó que esta vez Felton no acompañaba a los soldados.

Temía, por tanto, verla con demasiada frecuencia.

Se volvió hacia la pared para sonreír, porque en esa sonrisa había tal expresión de triunfo que esa sola sonrisa la habría denunciado.

Aún dejó transcurrir media hora, y como en aquel momento todo estaba en silencio en el viejo castillo, como no se oía más que el eterno murmullo del oleaje, esa respiración inmensa del océano, con su voz pura, armoniosa y vibrante comenzó la primera estrofa de este salmo que gozaba entonces de gran favor entre los puritanos:

Señor, si nos abandonas
es para ver si somos fuertes,
mas luego eres tú quien das
con tu celeste mano la palma a nuestros esfuerzos.

Estos versos no eran excelentes, les faltaba incluso mucho para serlo; mas como todos saben, los protestantes no se las daban de poetas.

Al cantar, Milady escuchaba: el soldado de guardia a su puerta se había detenido como si se hubiera convertido en piedra. Milady pudo por tanto juzgar el efecto que había producido.

Entonces ella continuó su canto con un fervor y un sentimiento inexpresables; le pareció que los sonidos se desparramaban a lo lejos bajo las bóvedas a iban como un encanto mágico a dulcificar el corazón de sus carceleros. Sin embargo, parece que el soldado de centinela, celoso católico sin duda, agitó el encanto, porque a través de la puerta dijo:

-¡Callaos, señora! Vuestra canción es triste como un De profundis, y si además de estar de guardia aquí hay que oír cosas semejantes, no habrá quien aguante.

-¡Silencio! -dijo una voz grave que Milady reconoció como la de Felton-. ¿A qué os mezcláis, gracioso? ¿Os ha ordenado alguien impedir cantar a esta mujer? No. Se os ha ordenado custodiarla, disparar sobre ella si intenta huir. Custodiadla; si huye, matadla; pero no alteréis en nada las órdenes.

Una expresión de alegría indecible iluminó el rostro de Milady, mas esta expresión fue fugitiva como el reflejo de un rayo, y sin dar la impresión de haber oído el diálogo del que no se había perdido ni una palabra, siguió dando a su voz todo el encanto, toda la amplitud y toda la seducción que el demonio había puesto en ella:

Para tantos lloros y miseria,
para mi exilio y para mis cadenas,
tengo mi juventud, mi plegaria,
y Dios, que tendrá en cuenta los males que he sufrido

Aquella voz, de una amplitud nunca oída y de una pasión sublime, daba a la poesía ruda e inculta de estos salmos una magia y una expresión que los puritanos más exaltados raramente encontraban en los cantos de sus hermanos, que ellos se veían obligados a adornar con todos los recursos de su imaginación: Felton creyó oír cantar al ángel que consolaba a los tres hebreos en el horno:

Milady continuó:

Mas para nosotros llegará el día
de la liberación, Dios justo y fuerte;
y si nuestra esperanza es engañado
siempre nos queda el martirio y la muerte.

Esta estrofa, en la que la terrible encantadora se esforzó por poner toda su alma acabó de sembrar el desorden en el corazón del joven oficial; abrió bruscamente la puerta y Milady lo vio aparecer pálido como siempre, pero con los ojos ardientes y casi extraviados.

-¿Por qué cantáis así -dijo- y con semejante voz?

-Perdón, señor -dijo Milady con dulzura-, olvidaba que mis cantos no son de recibo en esta casa. Sin duda os he ofendido en vuestras creencias; pero ha sido

sin querer, os lo juro, perdonadme, pues, una falta que quizá es grande, pero que desde luego es involuntaria.

Milady estaba tan bella en aquel momento, el éxtasis religioso en que parecía sumida daba tal expresión a su semblante que Felton, deslumbrado, creyó ver al ángel que hacía un instante sólo creía oír.

-Sí, sí -respondió-, sí: perturbáis, agitáis a las personas que viven en este castillo.

Y el pobre insensato no se daba cuenta de la incoherencia de sus frases, mientras Milady hundía su ojo de lince en lo más profundo de su corazón.

-Me callaré -dijo Milady bajando los ojos con toda la dulzura que pudo dar a su voz, con toda la resignación que pudo imponer a su porte.

-No, no, señora -dijo Felton-; sólo que cantad menos alto, sobre todo por la noche.

Y a estas palabras, Felton, sintiendo que no podría conservar mucho tiempo su severidad para con la prisionera, se precipitó fuera de su habitación.

-Habéis hecho bien, teniente -dijo el soldado-; esos cantos perturban el alma; sin embargo, uno termina por acostumbrarse. ¡Es tan hermosa su voz!



Capítulo LIV

Tercera jornada de cautividad

Felton había venido, pero todavía tenía que dar un paso. Había que retenerlo, o mejor, era preciso que se quedase solo, y Milady sólo oscuramente veía aún el medio que debía conducirla a este resultado.

Se necesitaba más aún: había que hacerlo hablar, a fin de hablarle también. Porque Milady lo sabía de sobra, su mayor seducción estaba en su voz, que recorría con tanta habilidad toda la gama de tonos, desde la palabra humana hasta el lenguaje celeste.

Y, sin embargo, pese a toda su seducción, Milady podría fracasar porque Felton estaba prevenido, y esto contra el menor azar. Desde ese momento, vigiló todas sus acciones, todas sus palabras, hasta la más simple mirada de sus ojos, hasta su gesto, hasta su respiración, que se podía interpretar como un suspiro. En fin ella estudió todo, como hace un hábil cómico a quien se acaba de dar un papel nuevo en un puesto que no tiene la costumbre de ocupar.

Respecto a lord de Winter su conducta era más fácil: también estaba decidida desde la víspera. Permanecer muda y digna en su presencia, irritarlo de vez en cuando por medio de un desdén afectado, por medio de una palabra despectiva, empujarlo a amenazas y a violencias que hicieran contraste con su resignación, tal era su proyecto. Felton vería: quizá no dijera nada; pero vería.

Por la mañana Felton vino como de costumbre; pero Milady le dejó presidir todos los preparativos del desayuno sin dirigirle la palabra. Por eso, en el momento en que iba él a retirarse, ella tuvo un rayo de esperanza; porque creyó que era él quien iba a hablar; pero sus labios se movieron sin que ningún sonido saliera de su boca, y haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, encerró en su corazón las palabras que iban a escapar de sus labios, y salió.

Hacia mediodía, entró lord de Winter.

Hacía un hermoso día de invierno, y un rayo de ese pálido sol de Inglaterra que ilumina pero no calienta, pasaba a través de los barrotes de la prisión.

Milady miraba por la ventana, y fingió no oír la puerta que se abría.

-¡Vaya vaya! -dijo lord de Winter-. Tras haber hecho comedia, tras haber hecho tragedia, ahora hacemos melancolía.

La prisionera no respondió.

-Sí, sí -continuó lord de Winter-, comprendo; de buena gana quisierais estar en libertad en esa orilla; de buena gana querríais, sobre un buen navío, hender las olas de ese mar verde como la esmeralda; querríais de buena gana, bien en tierra, bien sobre el océano, tenderme una de esas buenas emboscadas que tan bien sabéis combinar. ¡Paciencia, paciencia! Dentro de cuatro días os será permitida la orilla, os será abierto el mar, más abierto de lo que quisierais, porque dentro de cuatro días Inglaterra será desembarazada de vos.

Milady unió las manos, y alzando sus hermosos ojos al cielo:

-¡Señor, Señor! -dijo con una angélica suavidad de gesto y de entonación-. Perdonad a este hombre como yo lo perdono.

-Sí, reza, maldita -exclamó el barón-. Tu oración es tanto más generosa cuanto que, te lo juro, estás en poder de un hombre que no perdonará.

Y salió.

En el momento en que salía, una mirada penetrante se coló por la puerta entreabierta, y ella vislumbró a Felton que volvía a su sitio rápidamente para no ser visto por ella.

Entonces se arrojó de rodillas y se puso a rezar.

-¡Dios mío, Dios mío! -dijo-. Vos sabéis por qué santa causa sufro; dadme, pues, la fuerza de sufrir.

La puerta se abrió suavemente; la hermosa suplicante fingió no haber oído, y con una voz llena de lágrimas continuó:

-¡Dios vengador, Dios de bondad! ¿Dejaréis que se cumplan los horribles proyectos de este hombre?

Sólo entonces fingió ella oír el ruido de los pasos de Felton y, alzándose rápida como el pensamiento, se ruborizó como si tuviera vergüenza de haber sido sorprendida de rodillas.

-No me gusta molestar a los que rezan, señora -dijo gravemente Felton-; no os molestéis, pues, por mí, os lo suplico.

-¿Cómo sabéis que rezaba? Señor -dijo Milady, con una voz ahogada por los sollozos-, os equivocáis; señor, yo no rezaba.

-¿Pensáis acaso, señora -respondió Felton con su misma voz grave, aunque con un acento más dulce- que me creo con derecho de impedir a una criatura prosternarse ante su Creador? ¡No lo permita Dios! Por otra parte, el arrepentimiento sienta bien a los culpables; sea el que fuere el crimen que haya cometido, un culpable a los pies de Dios me parece sagrado.

-¡Culpable yo! -dijo Milady con una sonrisa que habría desarmado al ángel del juicio final-. ¡Culpable! ¡Dios mío, tú sabes bien si lo soy! Si decís que estoy condenada, señor, sea en buena hora; pero ya lo sabéis Dios, que ama a los mártires, permite que, a veces, se condene a los inocentes.

-Si estuvierais condenada, si fuerais mártir -respondió Felton-, razón de más para rezar, y yo mismo os ayudaría con mis plegarias.

-¡Oh! Vos sois justo -exclamó Milady, precipitándose a sus pies-; mirad, no puedo resistir por más tiempo, porque temo que me falten las fuerzas en el momento en que tenga que sostener la lucha y confesar mi fe; escuchad, pues, la súplica de una mujer desesperada. Os engañan, señor, pero no se trata de esto, no os pido más que una gracia, y si me la concedéis, os bendeciré en este mundo y en el otro.

-Hablad con el señor, señora -dijo Felton-; afortunadamente no estoy encargado ni de perdonar ni de castigar; y es alguien más alto que yo a quien Dios ha confiado esa responsabilidad.

-A vos, no, sólo a vos. Escuchadme, antes de contribuir a mi perdición, antes de contribuir a mi ignominia.

-Si habéis merecido esa vergüenza, señora, si habéis incurrido en esa ignominia, hay que sufrirla ofreciéndola a Dios.

-¡Qué decís! ¡Oh, no me comprendéis! Cuando yo hablo de ignominia, creéis que hablo de un castigo cualquiera, de la prisión o de la muerte. ¡Ojalá plazca al cielo! ¿Qué me importan a mí la muerte o la prisión?

-Soy yo quien ahora no os comprende, señora.

-O quien finge no comprenderme, señor -respondió la prisionera con una sonrisa de duda.

-¡No, señora, por el honor de un soldado, por la fe de un cristiano!

-¡Cómo! ¿Ignoráis los designios de lord de Winter sobre mí?

-Los ignoro.

-Imposible, sois su confidente.

-Yo no miento nunca, señora.

-¡Oh! Se esconde demasiado poco para que no se le adivine.

-Yo no trato de adivinar nada, señora; yo espero que se confíe a mí; y aparte de lo que ante vos me ha dicho, lord de Winter nada me ha confiado.

-Mas -exclamó Milady con un increíble acento de verdad-, ¿no sois, pues, su cómplice, no sabéis, pues, que él me destina a una vergüenza que todos los castigos de la tierra no podrían igualar en horror?

-Os equivocáis, señora -dijo Felton enrojecido-; lord de Winter no es capaz de semejante crimen.

«Bueno -dijo Milady para sus adentros-, ¡sin saber lo que es, lo llama crimen!»

Y luego, en voz alta:

-El amigo del infame es capaz de todo.

-¿A quién llamáis infame? -preguntó Felton.

-¿Hay en Inglaterra dos hombres a quien un nombre semejante pueda convenir?

-¿Os referís a Georges Villiers? -dijo Felton, cuyas miradas se inflamaron.

-A quien los paganos, los gentiles y los infieles llaman duque de Buckingham -prosiguió Milady-. ¡No habría creído que hubiera un inglés en toda Inglaterra que necesitara una explicación tan larga para reconocer a aquel al que me refería!

-La mano del Señor está extendida sobre él -dijo Felton-, no escapará al castigo que merece.

Felton no hacía sino expresar respecto al duque el sentimiento de execración que todos los ingleses habían consagrado a aquel a quien los mismos católicos llamaban el exactor, el concusionario, el disoluto, y a quien los puritanos llamaban simplemente Satán.

-¡Oh, Dios mío, Dios mío! -exclamó Milady-. Cuando os suplico enviar a ese hombre el castigo que le es debido, sabéis que no es por venganza propia por lo que lo persigo, sino que es la liberación de todo un pueblo lo que imploro.

-¿Lo conocéis entonces? -preguntó Felton.

«Por fin me pregunta», se dijo a sí misma Milady en el colmo de la alegría por haber llegado tan pronto a tan gran resultado.

-¡Oh! ¿Si lo conozco? ¡Claro que sí! ¡Para mi desgracia, para mi desgracia eterna!

Y Milady se torció los brazos como llegada al paroxismo del dolor. Felton sintió sin duda en sí mismo que su fuerza lo abandonaba, y dio algunos pasos hacia la puerta; la prisionera, que no lo perdía de vista, saltó en su persecución y lo detuvo.

-¡Señor! -exclamó-. Sed bueno, sed clemente, escuchad mi ruego: ese cuchillo que la fatal prudencia del barón me ha quitado, porque sabe el uso que quiero hacer de él. ¡Oh, escuchadme hasta el final! ¡Ese cuchillo dejádmelo un minuto solamente, por gracia, por piedad! Abrazo vuestras rodillas; mirad, cerraréis la puerta, no es en vos en quien quiero usarlo. ¡Dios!, en vos, el único ser justo, bueno y compasivo que he encontrado; en vos, mi salvador quizá; un minuto, ese cuchillo, un minuto, uno sólo, y os lo devuelvo por el postigo de la puerta; nada más que un minuto, señor Felton, ¡y habréis salvado mi honor!

-¡Mataros! -exclamó Felton con terror, olvidando retirar sus manos de las manos de la prisionera-. ¡Mataros!

-¡He dicho señor -murmuró Milady bajando la voz y dejándose caer abatida sobre el suelo-, he dicho mi secreto! Lo sabe todo, Dios mío, estoy perdida.

Felton permanecía de pie, inmóvil e indeciso.

«Aún duda -pensó Milady-, no he sido suficientemente verdadera.»

Se oyó caminar en el corredor; Milady reconoció el paso de lord de Winter. Felton lo reconoció también y se adelantó hacia la puerta.

Milady se abalanzó.

-¡Oh!, ni una palabra -dijo con voz concentrada-, ni una palabra de cuanto os he dicho a ese hombre, o estoy perdida, y seréis vos, vos...

Luego, como los pasos se acercaban, ella se calló por miedo a que su voz fuera oída, apoyando con un gesto de terror infinito su hermosa mano sobre la boca de Felton. Felton rechazó suavemente a Milady, que fue a caer sobre una tumbona.

Lord de Winter pasó ante la puerta sin detenerse, y se oyó el ruido de los pasos que se alejaban.

Felton, pálido como la muerte, permaneció algunos instantes con el oído tenso y escuchando; luego, cuando el ruido se hubo apagado por completo, respiró como un hombre que sale de un sueño, y se precipitó fuera de la habitación.

-¡Ah! -dijo Milady escuchando a su vez el ruido de los pasos de Felton, que se alejaban en dirección opuesta a los de lord de Winter-. ¡Por fin eres mío!

Luego su frente se ensombreció.

-Si le habla al barón -dijo-, estoy perdida, porque el barón, que sabe de sobra que no me mataré, me pondrá delante de él un cuchillo en las manos, y él verá que toda esta gran desesperación no era más que un juego.

Fue a situarse ante el espejo y se miró: jamás había estado tan bella.

-¡Oh, sí -dijo sonriendo-, pero él no hablará!

Por la noche, lord de Winter vino con la cena.

-Señor -le dijo Milady-, ¿vuestra presencia es un accesorio obligado de mi cautividad, o podríais ahorrarme ese aumento de torturas que causan vuestras visitas?

-¡Cómo, querida hermana! -dijo de Winter-. ¿No me anunciasteis sentimentalmente, con esa linda boca tan cruel hoy para mí, que veníais a Inglaterra con el único fin de verme a vuestro gusto, goce cuya privación, según decíais, sentíais tanto que lo arriesgasteis todo por eso: mareo, tempestad, cautividad? Pues bien, aquí me tenéis, quedad satisfecha; además, esta vez mi visita tiene un motivo.

Milady se estremeció, creyó que Felton había hablado; nunca en toda su vida quizá aquella mujer, que había experimentado tantas emociones potentes y opuestas, había sentido latir su corazón tan violentamente.

Estaba sentada; lord de Winter cogió un sillón, lo acercó a su lado y se sentó junto a ella; luego, sacando de su bolso un papel que desplegó lentamente:

-Mirad -le dijo-, quería mostraros esta especie de pasaporte que yo mismo he redactado y que en adelante os servirá de número de orden en la vida que consiento en dejaros.

Luego, volviendo sus ojos de Milady al papel, leyó:

«Orden de conducir a...»

-El nombre está en blanco -interrumpió lord de Winter-. Si tenéis alguna preferencia, indicádmela; y con tal que sea a un millar de leguas de Londres, se hará a vuestro gusto. Prosigo:

«Orden de conducir a... la citada Charlotte Backson, marcada por la justicia del reino de Francia, más liberada por el castigo; permanecerá en esa residencia, sin apartarse nunca de ella más de tres leguas. En caso de tentativa de evasión, le será aplicada la pena de muerte. Recibirá cinco chelines diarios para su alojamiento y alimentación.»

-Esa orden no me concierne a mí -respondió fríamente Milady-, porque lleva un nombre distinto al mío.

-¡Un nombre! Pero ¿es que tenéis uno?

-Tengo el de vuestro hermano.

-Os equivocáis, mi hermano sólo es vuestro segundo marido, y el primero todavía vive. Decidme su nombre y lo pondré en vez del nombre de Charlotte Backson. ¿No? ¿No queréis?... ¿Guardáis silencio? ¡Está bien! Seréis inscrita bajo el nombre de Charlotte Backson.

Milady permaneció silenciosa; sólo que en esta ocasión no era ya por su afectación, sino por terror; creyó que la orden estaba dispuesta a ser ejecutada: pensó que lord de Winter había adelantado su partida; creyó que estaba condenada a partir aquella misma noche. En su mente todo lo vio, pues, perdido durante un instante cuando de pronto se dio cuenta de que la orden no estaba adornada con ninguna firma.

La alegría que sintió ante este descubrimiento fue tan grande que no la pudo ocultar.

-Sí, sí -dijo lord de Winter, que se dio cuenta de lo que ella pensaba-. Sí, buscáis la firma y os decís: no todo está perdido, porque esa acta no está firmada; me lo enseñan para asustarme, eso es todo. Os equivocáis: mañana esta orden será enviada a lord de Buckingham; pasado mañana volverá firmada por su puño y adornada con su sello, y veinticuatro horas después, y de eso yo soy quien os responde, recibirá su principio de ejecución. Adiós, señora, eso es todo lo que tenía que deciros.

-Y yo os responderé, señor, que ese abuso de poder y ese exilio bajo nombre supuesto son una infamia.

-¿Preferís ser colgada bajo vuestro verdadero nombre, Milady? Ya lo sabéis, las leyes inglesas son inexorables cuando se abusa del matrimonio; explicaos con franqueza: aunque mi nombre, o mejor el nombre de mi hermano, se halle

mezclado en todo esto, correré el riesgo del escándalo en un proceso público con tal de estar seguro de que al mismo tiempo me veré libre de vos.

Milady no respondió, pero se tornó pálida como un cadáver.

-¡Ah, ya veo que preferís la peregrinación! Divinamente, señora, y hay un viejo proverbio que dice que los viajes forman a la juventud. ¡A fe que no estáis equivocada después de todo: la vida es buena! Por eso no me preocupa que vos me la quitéis. Todavía queda por arreglar el asunto de los cinco chelines; me muestro algo parsimonioso, ¿no es así? Se debe a que no me preocupa que corrompáis a vuestros guardianes. Además, siempre os quedarán vuestros encantos para seducirlos. Usadlos si vuestro fracaso con Felton no os ha asqueado de las tentativas de ese género.

«Felton no ha hablado -se dijo Milady-, nada está perdido aún.»

-Y ahora, señora, hasta luego. Mañana vendré para anunciaros la partida de mi mensajero.

Lord de Winter se levantó, saludó irónicamente a Milady y salió. Milady respiró: todavía tenía cuatro días por delante; cuatro días le bastaban para terminar de seducir a Felton.

Una idea terrible se le ocurrió entonces: que lord de Winter enviaría quizá al propio Felton a hacer firmar la orden a Buckingham; de esa suerte Felton se le escapaba, y para que la prisionera triunfase se necesitaba la magia de una seducción continua.

Sin embargo, como hemos dicho, una cosa la tranquilizaba: Felton no había hablado.

No quiso parecer conmovida por las amenazas de lord de Winter, se sentó a la mesa y comió.

Luego, como había hecho la víspera, se puso de rodillas y repitió en voz alta sus oraciones. Como la víspera, el soldado dejó de caminar y se detuvo para escucharla.

Al punto oyó pasos más ligeros que los del centinela que venían del fondo del corredor y que se detenían ante su puerta.

-Es él -dijo.

Y comenzó el mismo canto religioso que la víspera había exaltado tan violentamente a Felton.

Mas, aunque su voz dulce, plena y sonora vibró más armoniosa y más desgarradora que nunca, la puerta permaneció cerrada. En una de las miradas furtivas que lanzaba sobre un pequeño postigo, le pareció a Milady vislumbrar a través de la reja cerrada los ojos ardientes del joven; pero fuera realidad o visión, esta vez él tuvo sobre sí mismo el poder de no entrar.

Sólo que instantes después de que ella terminara su canto religioso, Milady creyó oír un profundo suspiro; luego los mismos pasos que había oído acercarse se alejaron lentamente y como con pesar.

Capítulo LV

Cuarta jornada de cautividad

Al día siguiente, cuando Felton entró en la habitación de Milady, la encontró de pie, subida sobre un sillón, teniendo entre sus manos una cuerda tejida con la ayuda de algunos pañuelos de batista desgarrados en tiras trenzadas unas con otras atadas cabo con cabo; al ruido que Felton hizo al abrir la puerta, lady saltó con presteza al pie de su sillón, y trató de ocultar tras ella aquella cuerda improvisada que sostenía en la mano.

El joven estaba aún más pálido que de costumbre, y sus ojos enrojecidos por el insomnio indicaban que había pasado una noche febril.

Sin embargo, su frente estaba armada de una serenidad más austera que nunca.

Avanzó lentamente hacia Milady, que se había sentado, y cogiendo un cabo de la trenza asesina que por descuido, o adrede quizá, ella había dejado ver:

-¿Qué es esto, señora? -preguntó fríamente.

-¿Esto? Nada -dijo Milady sonriendo con esa expresión dolorosa que tan bien sabía dar ella a su sonrisa-. El hastío es el enemigo mortal de los prisioneros, me aburría y me he divertido trenzando esta cuerda.

Felton dirigió los ojos hacia el punto del muro de la habitación ante el que había encontrado a Milady de pie sobre el sillón en que ahora estaba sentada, y por encima de su cabeza divisó un gancho dorado, empotrado en el muro, y que servía para colgar bien los uniformes, bien las armas.

Temblaba, y la prisionera vio aquel temblor; porque aunque tuviera los ojos bajos, nada se le escapaba.

-¿Y qué hacéis de pie sobre ese sillón? -preguntó.

-¿Qué os importa? -respondió Milady.

-Deseo saberlo -contestó Felton.

-No me preguntéis -dijo la prisionera-; vos sabéis de sobra que a nosotros, los verdaderos cristianos, nos está prohibido mentir.

-Pues bien -dijo Felton-; voy a deciros lo que hacíais, o mejor, lo que ibais a hacer: ibais a acabar la obra fatal que alimentáis en vuestro espíritu; pensad, señora, que si nuestro Dios prohíbe la mentira, prohíbe mucho más severamente aún el suicidio.

-Cuando Dios ve a una de esas criaturas injustamente perseguida, colocada entre el suicidio y el deshonor, creedme, señor, -respondió Milady con un tono de profunda convicción-, Dios le perdona el suicidio; porque entonces el suicidio es el martirio.

-Decís demasiado o demasiado poco; hablad, señora, en nombre del cielo, explicaos.

-¿Que os cuente mis desgracias para que las tratéis de fábulas? ¿Que os diga mis proyectos para que vayáis a denunciarlos a mi perseguidor? No, señor. Además, ¿qué os importa la vida o la muerte de una infeliz condenada? Vos no responderéis más que de mi cuerpo, ¿no es así? Y con tal que presentéis un cadáver que sea reconocido por el mío, no se os exigirá más y quizá incluso tengáis recompensa doble.

-¡Yo, señora, yo! -exclamó Felton-. ¿Suponer que aceptaré el premio de vuestra vida? ¡Oh, no pensáis en lo que decís!

-Dejadme hacer, Felton, dejadme hacer -dijo Milady exaltándose-; todo soldado debe ser ambicioso, ¿no es así? Vos sois teniente; pues bien, seguiréis mi cortejo con el grado de capitán.

-Pero ¿qué os he hecho yo -dijo Felton trastornado- para que me carguéis con semejante responsabilidad ante los hombres y ante Dios? Dentro de algunos días os marcharéis muy lejos de aquí, señora, vuestra vida no estará ya bajo mi custodia, y entonces -añadió él con un suspiro- haréis lo que queráis.

-O sea -exclamó Milady como si no pudiera resistir a una santa indignación-, vos, un hombre piadoso, vos a quien se llama un justo, no pedís otra cosa: no ser inculpado, no ser inquietado por mi muerte.

-Yo debo velar por vuestra vida, señora, y velaré por ella.

-Mas ¿comprendéis la misión que cumplís? Cruel ya, si yo fuera culpable, ¿qué nombre le daríais, qué nombre le dará el Señor si soy inocente?

-Yo soy soldado, señora, y cumplo las órdenes que he recibido.

-¿Creéis que el día del juicio final Dios separará los verdugos ciegos de los jueces inicuos? Vos no queréis que yo mate mi cuerpo, y os hacéis el agente de quien quiere matar mi alma.

-Pero, os lo repito -prosiguió Felton trastornado-, ningún peligro os amenaza, y yo respondo por lord de Winter como de mí mismo.

-¡Insensato! -exclamó Milady- Pobre insensato que se atreve a responder de otro hombre cuando los más sabios, cuando los más grandes, según Dios, dudan en responder de ellos mismos, y que se coloca en el partido más fuerte y más feliz para abrumar a la más débil y más desdichada.

-Imposible, señora, imposible -murmuró Felton, que en el fondo de su corazón sentía la justicia de este argumento-; prisionera, no recuperaréis por mí la libertad; viva, no perderéis por mí la vida.

-Sí -exclamó Milady-, pero perderé lo que es mucho más caro que la vida, perderé el honor, Felton, y seréis vos, vos, a quien yo haré responsable ante Dios y ante los hombres de mi vergüenza y de mi infamia.

Esta vez Felton, por más impasible que fuera o que fingiera ser, no pudo resistir a la influencia secreta que ya se había apoderado de él: ver a aquella mujer tan hermosa, blanca como la más cándida visión, verla alternativamente desconsolada y amenazadora, sufrir a la vez el ascendiente del dolor y de la belleza, era demasiado para un visionario, era demasiado para un cerebro minado por los sueños ardientes de la fe extática, era demasiado para un corazón corroído a la vez por el amor del cielo que abrasa, por el odio de los hombres que devora.

Milady vio la turbación, sentía por intuición la llama de las pasiones opuestas que ardían con la sangre en las venas del joven fanático; y como un general hábil que, viendo al enemigo dispuesto a retroceder, marcha sobre él lanzando el grito de victoria, ella se levantó, bella como una sacerdotisa antigua, inspirada como una

virgen cristiana, y con el brazo extendido, el cuello al descubierto, los cabellos esparcidos, reteniendo con una mano su vestido púdicamente recogido sobre su pecho, la mirada iluminada por ese fuego que ya había llevado el desorden a los sentidos del joven puritano, caminó hacia él, exclamando con un aire vehemente de su voz tan dulce, a la que, en aquella ocasión, prestaba un acento terrible:

Entrega a Baal su víctima,
arroja a los leones el mártir:
¡Dios hará que te arrepientas!...
A él clamo desde el abismo.

Felton se detuvo ante este extraño apóstrofe, como petrificado.

-¿Quién sois vos, quién sois vos? -exclamó él juntando las manos-. ¿Sois una enviada de Dios, sois un ministro de los infiernos, sois ángel o demonio, os llamáis Eloah o Astarté?

-¿No me has reconocido, Felton? Yo no soy ni un ángel ni un demonio, soy una hija de la tierra, soy una hermana de tu creencia, eso es todo.

-¡Sí, sí -dijo Felton-. Aún dudaba, pero ahora creo.

-¡Crees y, sin embargo, eres el cómplice de ese hijo de Belial que se llama lord de Winter! ¡Crees y, sin embargo, me dejas en manos de mis enemigos, del enemigo de Inglaterra, del enemigo de Dios! ¡Crees y, sin embargo, me entregas a quien llena y mancilla el mundo con sus herejías y sus desenfrenos, a ese infame Sardanápalo a quien los ciegos llaman duque de Buckingham y a quien los creyentes llaman el anticristo!

-¿Yo entregaros a Buckingham? ¿Yo? ¿Qué decís?

-Tienen ojos -exclamó Milady- y no verán; tienen oídos y no oirán.

-Sí, sí -dijo Felton pasándose las manos por la frente cubierta de sudor como para arrancar de ella su última duda-; sí, reconozco la voz que me habla en mis sueños: sí, reconozco los rasgos del ángel que se me aparece cada noche, gritando a mi alma que no puede dormir: «¡Golpea, salva a Inglaterra, sálvate a ti mismo,

porque morirás sin haber calmado a Dios!» ¡Hablad, hablad! -exclamó Felton-. Ahora puedo comprenderos.

Un destello de alegría terrible, pero rápido como el pensamiento, brotó de los ojos de Milady.

Por fugitiva que hubiera sido aquella luz homicida, Felton la vio y se estremeció como si aquella luz hubiera iluminado los abismos del corazón de aquella mujer.

Felton se acordó de pronto de las advertencias de lord de Winter, de las seducciones de Milady, de sus primeras tentativas desde su llegada; retrocedió un paso y bajó la cabeza, pero sin cesar de mirarla; como si, fascinado por aquella extraña criatura, sus ojos no pudieran desprenderse de sus ojos.

Milady no era mujer capaz de equivocarse en cuanto al sentido de aquella duda. Bajo sus aparentes emociones su sangre fría no la abandonaba. Antes de que Felton le hubiera respondido y de que ella se viera obligada a proseguir aquella conversación tan difícil de sostener en el mismo acento de exaltación, dejó caer sus manos y, como si la debilidad de la mujer se superpusiese al entusiasmo del instante:

-Mas no -dijo-, no me toca a mí ser la Judith que libró a Betulia de este Holofernes. La espada del Eterno es demasiado pesada para mi brazo. Dejadme, pues, rehuir el deshonor de la muerte, dejadme refugiarme en el martirio. No os pido ni la libertad, como haría un culpable, ni la venganza, como haría una pagana. Dejadme morir, eso es todo. Os suplico, os imploro de rodillas: dejadme morir, y mi último suspiro será una bendición para mi salvador.

Ante esta voz dulce y suplicante, ante esta mirada tímida y abatida, Felton se acercó. Poco a poco la encantadora se había revestido de aquellos adornos mágicos que se ponía y quitaba a voluntad, es decir, la belleza, la dulzura, las lágrimas y, sobre todo, el irresistible atractivo de la voluptuosidad mística, la más devoradora de las voluptuosidades.

-¡Ay! -dijo Felton-. No puedo más que una cosa, compadeceros si me probáis que sois una víctima. Mas lord de Winter tiene crueles quejas contra vos. Vos sois

cristiana, sois mi hermana en religión; me siento arrastrado hacia vos, yo que no he amado más que a mi bienhechor, yo, que no he encontrado en la vida más que traidores e impíos. Pero vos, señora, tan bella en realidad, tan pura en apariencia, para que lord de Winter os persiga, habréis cometido iniquidades.

-Tienen ojos -repitió Milady con un acento indecible de dolor- y no verán; tienen oídos y no oirán.

-Entonces -exclamó el joven oficial- hablad, hablad, pues.

-¡Confiaros mi vergüenza! -exclamó Milady con el rubor del pudor en el rostro-. Porque a menudo el crimen de uno es la vergüenza del otro. ¡Confiaros mi vergüenza a vos, un hombre; yo, una mujer! ¡Oh! -continuo ella llevando púdicamente su mano sobre sus hermosos ojos-. ¡Oh, jamás, jamás podré!

-¡A mí, a un hermano! -exclamó Felton.

Milady lo miró largo tiempo con una expresión que el joven oficial tomó por duda, y que, sin embargo, no era más que una observación y, sobre todo, voluntad de fascinar.

Felton, suplicante a su vez, juntó las manos.

-Pues bien -dijo Milady-, me fío de mi hermano, me atrevo.

En ese momento se oyó el paso de lord de Winter; pero esta vez el terrible cuñado de Milady no se contentó, como había hecho la víspera, con pasar delante de la puerta y alejarse: se detuvo, cambió dos palabras con el centinela, luego la puerta se abrió y apareció él.

Mientras se habían cambiado esas dos palabras, Felton había retrocedido vivamente, y cuando lord de Winter entró, él estaba a algunos pasos de la prisionera.

El barón entró lentamente y dirigió su mirada escrutadora de la prisionera al joven oficial.

-Hace mucho tiempo, John -dijo-, que estáis aquí. ¿Os ha contado esa mujer sus crímenes? Entonces comprendo la duración de la entrevista.

Felton temblaba, y Milady sintió que estaba perdida si no acudía en ayuda del puritano desconcertado.

-¡Ah! ¡Teméis que vuestra prisionera se os escape! -dijo ella-. Pues bien, preguntad a vuestro digno carcelero qué gracia solicitaba de él hace un instante.

-¿Pedíais una gracia? -dijo el barón suspicaz.

-Sí, milord -replicó el joven confuso.

-Y veamos, ¿qué gracia? -preguntó lord de Winter.

-Un cuchillo que ella me devolverá por el postigo un minuto después de haberlo recibido -respondió Felton.

-¿Hay aquí alguien escondido a quien esta graciosa persona quiera degollar?

-prosiguió lord de Winter con su voz burlona y despreciativa.

-Estoy yo -respondió Milady.

-Os he dado a elegir entre América y Tyburn -replicó lord de Winter-; escoged Tyburn, Milady: la cuerda es todavía más segura que el cuchillo creedme.

Felton palideció y dio un paso adelante pensando que, en el momento en que él había entrado, Milady tenía una cuerda.

-Tenéis razón -dijo ésta-, y ya había pensado en ello -luego añadió con una voz sorda-: lo volveré a pensar.

Felton sintió correr un estremecimiento hasta en la médula de sus huesos; probablemente lord de Winter percibió este movimiento.

-Desconfía, John -dijo-. John, amigo mío, me he apoyado en ti, ten cuidado. ¡Te he prevenido! Además, ten valor, hijo mío, dentro de tres días nos veremos libres de esta criatura, y donde la envíen no perjudicará a nadie.

-¡Ya lo oís! -exclamó Milady con escándalo de tal forma que el barón creyó que ella se dirigía al cielo y que Felton comprendió que era para él.

Felton bajó la cabeza y meditó.

El barón tomó al oficial por el brazo volviendo la cabeza sobre su hombro, a fin de no perder de vista a Milady hasta haber salido.

-Vamos, vamos -dijo la prisionera cuando la puerta se hubo cerrado-, no estoy tan adelantada como creía. Winter ha cambiado su estupidez ordinaria por una prudencia desconocida. ¡Lo que es el deseo de venganza, y cuánto forma al hombre ese deseo! En cuanto a Felton, duda. ¡Ay, no es un hombre como ese

maldito D'Artagnan! Un puritano no adora más que a las vírgenes, y las adora juntando las manos. Un mosquetero ama a las mujeres, y las ama juntado los brazos.

Sin embargo, Milady esperó con impaciencia, porque sospechaba que la jornada no pasaría sin volver a ver a Felton. Por fin una hora después de la escena que acabamos de contar, oyó que se hablaba en voz baja junto a la puerta, luego al punto la puerta se abrió y reconoció a Felton.

El joven avanzó rápidamente por el cuarto, dejando la puerta abierta tras él y haciendo señal a Milady de callarse; tenía el rostro alterado.

-¿Qué me queréis? -dijo ella.

-Escuchad -respondió Felton en voz baja-, acabo de alejar al centinela para poder permanecer aquí sin que se sepa que he venido, para hablaros sin que se pueda oír lo que os digo. El barón acaba de contarme una historia espantosa.

Milady adoptó una sonrisa de víctima resignada y sacudió la cabeza.

-O vos sois un demonio -continuó Felton-, o el barón, mi bienhechor, mi padre, es un monstruo. Os conozco desde hace cuatro días, le amo a él desde hace diez años; puedo, pues, dudar entre los dos; no os asustéis de lo que os digo, necesito estar convencido. Esta noche, después de las doce, vendré a veros, vos me convenceréis.

-No, Felton, no, hermano mío -dijo ella-, el sacrificio es demasiado grande, y siento cuánto os cuesta. No, estoy perdida, no os perdáis conmigo. Mi muerte será mucho más elocuente que mi vida, y el silencio del cadáver os convencerá mucho mejor que las palabras de la prisionera.

-Callaos, señora -exclamó Felton-, y no me habléis así; he venido para que me prometáis bajo palabra de honor, para que me juréis por lo más sagrado para vos que no atentaréis contra vuestra vida.

-No quiero prometer -dijo Milady- porque nadie más que yo respeta el juramento y, si prometiera, tendría que cumplirlo.

-¡Pues bien! -dijo Felton-. Comprometeos sólo hasta el momento en que me volváis a ver. Si cuando me hayáis vuelto a ver persistís aún, ¡pues bien!, entonces seréis libre, y yo mismo os daré el arma que me habéis pedido.

-¡De acuerdo! -dijo Milady-. Esperaré por vos.

-Juradlo.

-Lo juro por nuestro Dios. ¿Estáis contento?

-Bien -dijo Felton-; hasta esta noche.

Y se precipitó fuera del cuarto, volvió a cerrar la puerta y esperó fuera, con el espontón del soldado en la mano, como si hubiera montado la guardia en su lugar.

Una vez vuelto el soldado, Felton le devolvió el arma.

Entonces, a través del postigo al que se había acercado, Milady vio al joven persignarse con un fervor delirante a irse por el corredor con un transporte de alegría.

En cuanto a ella, volvió a su puesto con una sonrisa de salvaje desprecio en sus labios, y repitió blasfemando ese nombre terrible de Dios por el que había jurado sin haber aprendido nunca a conocerlo.

-¡Mi Dios! -dijo ella-. ¡Fanático insensato! ¡Mi Dios soy yo, yo, y él quien me ayudará a vengarme!



Capítulo LVI

Quinta jornada de cautividad

Milady había llegado a la mitad del triunfo y el éxito obtenido redoblaba sus fuerzas.

No era difícil vencer, como lo había hecho hasta entonces, a hombres prontos a dejarse seducir y a quienes la educación galante de la corte arrastraba pronto a la trampa; Milady era bastante hermosa para no encontrar resistencia de parte de la carne, y era bastante hábil para pasar por encima de todos los obstáculos del espíritu.

Mas esta vez tenía que luchar contra una naturaleza salvaje, concentrada, insensible a fuerza de austeridad; la religión y la penitencia habían hecho de Felton un hombre inaccesible a las seducciones corrientes. Daba vueltas en aquella cabeza exaltada a planes tan vastos, a proyectos tan tumultuosos, que no quedaba en ella sitio para ningún amor, de capricho o de materia, ese sentimiento que se nutre de ocio y crece con la corrupción. Milady había abierto por tanto brecha, con su falsa virtud, en la opinión de un hombre horriblemente prevenido contra ella, y con su belleza en el corazón y los sentidos de un hombre casto y puro. Finalmente, se había mostrado a sí misma la medida de sus medios, desconocidos para ella misma hasta entonces, mediante esta experiencia hecha sobre el sujeto más rebelde que la naturaleza y la religión podían someter a su estudio.

Sin embargo, durante la velada muchas veces había desesperado ella del destino y de sí misma; no invocaba a Dios, ya lo sabemos, pero tenía fe en el genio del mal, esa inmensa soberanía que reina en todos los detalles de la vida humana, y a la que, como en la fábula árabe, un grano de granada le basta para reconstruir un mundo perdido.

Milady, bien preparada para recibir a Felton, pudo montar sus baterías para el día siguiente. Sabía que no le quedaban más que dos días, que una vez firmada la

orden por Buckingham (y Buckingham la firmaría tanto más fácilmente cuanto que la orden llevaba un nombre falso, y que no podría él reconocer a la mujer de que se trataba), una vez firmada aquella orden, decíamos, el barón la haría embarcar inmediatamente, y sabía también que las mujeres condenadas a la deportación usan armas mucho menos poderosas en sus seducciones que las pretendidas mujeres virtuosas cuya belleza ilumina el sol del mundo, cuyo espíritu alaba la voz de la moda y un reflejo de aristocracia adora con sus luces encantadas. Ser una mujer condenada a una pena miserable e infamante no es impedimento para ser bella, pero es un obstáculo para volverse alguna vez poderosa. Como todas las gentes de mérito real, Milady conocía el medio que convenía a su naturaleza, a sus recursos. La pobreza le repugnaba, la abyección disminuía dos tercios de su grandeza. Milady no era reina sino entre las reinas; su dominación necesitaba el placer del orgullo satisfecho. Mandar a seres inferiores era para ella más una humillación que un placer.

Desde luego, habría vuelto de su exilio, eso no lo dudaba ni un instante; pero ¿cuánto tiempo podría durar ese exilio? Para una naturaleza activa y ambiciosa como la de Milady, los días que uno no se ocupa en subir son días nefastos. ¡Piénsese, pues, cuál es la palabra con que deben denominarse los días que uno emplea en descender! Perder un año, dos años, tres años; es decir, una eternidad, volver cuando D'Artagnan, feliz y triunfante, hubiera recibido de la reina, junto con sus amigos, la recompensa que se habían granjeado de sobra con los servicios que habían prestado: era ésta una de esas ideas devoradoras que una mujer como Milady no podía soportar. Por lo demás, la tormenta que bramaba en ella duplicaba su fuerza, y habría hecho estallar los muros de su prisión si su cuerpo hubiera podido tomar por un solo instante las proporciones de su espíritu.

Luego, lo que en medio de todo esto la agujoneaba era el recuerdo del cardenal. ¿Qué debía pensar, qué debía decir de su silencio el cardenal, desconfiado, inquieto, suspicaz; el cardenal, no sólo su único apoyo, su único sostén, su único protector en el presente, sino además el principal instrumento de su fortuna y de su venganza futura? Ella lo conocía, ella sabía que a su retraso tras

un viaje inútil, por más que arguyese la prisión, por más que exaltase los sufrimientos soportados, el cardenal respondería con aquella calma burlona del escéptico potente a la vez por la fuerza y por el genio: «¡No teníais que haberos dejado coger!»

Entonces Milady reunía toda su energía, murmurando en el fondo de su pensamiento el nombre de Felton, el único destello de luz que penetraba hasta ella en el fondo del infierno en que había caído; y como una serpiente que enrolla y desenrolla sus anillos para darse ella misma cuenta de su fuerza, envolvía de antemano a Felton en los mil repliegues de su imaginación inventiva.

Sin embargo el tiempo transcurría, las horas, unas tras otras, parecían despertar la campana al pasar, y cada golpe del badajo de bronce repercutía en el corazón de la prisionera. A las nueve, lord de Winter hizo su visita acostumbrada, miró la ventana y los barrotes, sondeó el suelo y los muros, inspeccionó la chimenea y las puertas sin que durante esta larga y minuciosa inspección ni él ni Milady pronunciasen una sola palabra.

Indudablemente los dos comprendían que la situación se había vuelto demasiado grave para perder el tiempo en palabras inútiles y en cóleras sin efecto.

-Vamos, vamos -dijo el barón al dejarla-, ¡esta noche todavía no escaparéis!

A las diez vino Felton a colocar un centinela; Milady reconoció su paso. Ahora lo adivinaba ella como una amante adivina el del amado de su corazón, y, sin embargo, Milady detestaba y despreciaba a la vez a aquel débil fanático.

No era la hora convenida, Felton no entró.

Dos horas después, y cuando daban las doce, el centinela fue relevado.

Esta vez sí era la hora; por eso, a partir de ese momento Milady esperó con impaciencia.

El nuevo centinela comenzó a pasearse por el corredor.

Al cabo de diez minutos llegó Felton.

Milady prestó oído.

-Escucha -dijo el joven al centinela- no te alejes de este puesto bajo ningún pretexto, porque sabes que la noche pasada un soldado fue castigado por milord

por haber dejado su puesto un instante, aunque fui yo quien, durante su corta ausencia, vigiló en su puesto.

-Sí, lo sé -dijo el soldado.

-Te recomiendo, por tanto, la más exacta vigilancia. Yo -añadió- voy a entrar para inspeccionar por segunda vez la habitación de esta mujer, que según temo tiene siniestros proyectos contra sí misma y a la cual he recibido orden de cuidar.

-Bueno -murmuró Milady-, ¡ya tenemos al austero puritano mintiendo!

En cuanto al soldado, se contentó con sonreír.

-¡Diantre! Mi teniente -dijo-, no sois tan desgraciado por estar encargado de semejantes comisiones, sobre todo si milord os autoriza a mirar hasta en su cama.

Felton se ruborizó; en cualquier otra circunstancia hubiera reprendido al soldado que se permitía semejante broma; pero su conciencia murmuraba demasiado alto para que su boca osase hablar.

-Si llamo -dijo-, ven; igual que si alguien viene, llámame.

-Sí, mi teniente -dijo el soldado.

Felton entró en la habitación de Milady. Milady se levantó.

-¿Ya estáis aquí? -dijo ella.

-Os había prometido venir -dijo Felton- y he venido.

-Me habíais prometido otra cosa además.

-¿Qué? ¡Dios mío! -dijo el joven que, pese a su dominio sobre sí mismo, sentía sus rodillas temblar y comenzar a brotar el sudor en su frente.

-Habíais prometido traerme un cuchillo y dejármelo tras nuestra conversación.

-No habléis de eso, señora -dijo Felton- no hay situación por terrible que sea que autorice a una criatura de Dios a darse la muerte. He reflexionado que no debo hacerme nunca culpable de semejante pecado.

-¡Ah, habéis reflexionado! -dijo la prisionera sentándose en su sillón con una sonrisa de desdén-. También yo he reflexionado.

-¿En qué?

-En que yo no tenía nada que decir a un hombre que no mantenía su palabra.

-¡Dios mío! -murmuró Felton.

-Podéis retiraros -dijo Milady-, no hablaré.

-¡Aquí está el cuchillo! -dijo Felton sacando de su bolsillo el arma que según su promesa había traído, pero que dudaba en entregar a su prisionera.

-Veámoslo -dijo Milady.

-¿Qué vais a hacer?

-Palabra de honor, os lo devuelvo al momento; lo pondré sobre la mesa y vos quedaréis entre él y yo.

Felton tendió el arma a Milady, que examinó atentamente su temple y probó la punta en el extremo de su dedo.

-Bien -dijo ella devolviendo el cuchillo al joven oficial-, es un buen acero; sois un fiel amigo, Felton.

Felton cogió el arma y la puso sobre la mesa como acababa de ser acordado con su prisionera.

Milady lo siguió con los ojos e hizo un gesto de satisfacción.

-Ahora -dijo ella-, escuchadme.

La recomendación era inútil: el joven oficial estaba de pie ante ella esperando sus palabras para devorarlas.

-Felton -dijo Milady con una severidad llena de melancolía-, Felton, si vuestra hermana, la hija de vuestro padre, os dijera: «Joven aún, bastante hermosa por desgracia, me hicieron caer en una trampa, resistí; se multiplicaron en torno mío las emboscadas, resistí; se blasfemó la religión a la que sirvo, al Dios que adoro, porque llamaba en mi ayuda a ese Dios y a esa religión, resistí; entonces se me prodigaron los ultrajes, y como no podían perder mi alma, quisieron mancillar mi cuerpo para siempre; finalmente...»

Milady se detuvo, y una sonrisa amarga pasó por sus labios.

-Finalmente -dijo Felton-, finalmente, ¿qué han hecho?

-Finalmente, una noche decidieron paralizar esa resistencia que no se podía vencer: una noche mezclaron en mi agua un poderoso narcótico; apenas hube acabado mi cena, me sentí caer poco a poco en un entumecimiento desconocido. Aunque no sintiese desconfianza, un temor vago se apoderó de mí y traté de luchar

contra el sueño; me levanté, quise correr a la ventana, pedir socorro, pero mis piernas se negaron a llevarme; me parecía que el techo bajaba contra mi cabeza y me aplastaba con su peso; tendí los brazos, traté de hablar, no pude más que lanzar sonidos inarticulados; un embotamiento irresistible se apoderaba de mí, me agarré a un sillón, sintiendo que iba a caer, más pronto aquel apoyo fue insuficiente para mi brazos débiles, caí sobre una rodilla, luego sobre las dos; quise gritar, mi lengua estaba helada; Dios no me vio ni me oyó sin duda, y me deslicé por el suelo, presa de un sueño que se parecía a la muerte. De todo cuanto pasó en este sueño y del tiempo que transcurrió durante su duración, ningún recuerdo tengo; la única cosa que recuerdo es que me desperté acostada en una habitación redonda cuyo mobiliario era suntuoso, y en la que la luz sólo penetraba por una abertura del techo. Por lo demás, ninguna puerta parecía dar entrada a ella: se hubiera dicho una prisión magnífica. Pasé mucho tiempo hasta que pude darme cuenta del lugar en que me encontraba y de todos los detalles que cuento, mi espíritu parecía luchar inútilmente para sacudir las pesadas tinieblas de aquel sueño al que no podía arrancarme; tenía percepciones vagas de un espacio recorrido, de la rodadura de un coche, de un sueño horrible en el que mis fuerzas se agotarían; pero todo aquello era tan sombrío y tan indistinto en mi pensamiento, que estos sucesos parecían pertenecer a otra vida distinta a la mía y, sin embargo, mezclada a la mía por una fantástica dualidad. A veces, el estado en que me encontraba me pareció tan extraño, que creí que era un sueño. Me levanté vacilante, mis vestidos estaban junto a mí, sobre una silla: no recordaba ni haberme desnudado ni haberme acostado. Entonces poco a poco la realidad se presentó a mí llena de púdicos terrores: yo no estaba ya en la casa en que vivía; por lo que podía juzgar por la luz del sol, habían transcurrido ya dos tercios del día; había dormido desde la vigilia hasta la noche; mi sueño había durado, pues, casi veinticuatro horas. ¿Qué había pasado durante aquel largo sueño? Me vestí tan rápidamente como me fue posible. Todos mis movimientos lentos y embotados atestiguaban que la influencia del narcótico no se había disipado aún por completo. Por lo demás, aquel cuarto estaba amueblado para recibir a una mujer; y la coqueta más acabada no habría tenido un

solo deseo que formular que, paseando su mirada por el cuarto, no hubiera visto completamente cumplido. Desde luego no era yo la primera cautiva que se había visto encerrada en aquella espléndida prisión; pero como comprenderéis, Felton, cuanto más bella era la prisión, más miedo me daba. Sí, era una prisión porque traté en vano de salir de ella. Tanteé todos los muros con objeto de descubrir una puerta: en todas las partes los muros devolvieron un sonido plano y sordo. Quizá quince veces di la vuelta a aquella habitación, buscando una salida cualquiera: no la había; caí agotada de fatiga y de terror en un sillón. Durante este tiempo, la noche se acercaba rápidamente y con la noche aumentaban mis terrores: no sabía si debía quedarme donde estaba sentada; me parecía que estaba rodeada de peligros desconocidos en los que iba a caer a cada Paso. Aunque no hubiese comido nada desde la víspera, mis temores me impedían sentir hambre. Ningún ruido de fuera, que me permitiese medir el tiempo, llegaba hasta mí; presumía sólo que podían ser de las siete a las ocho de la noche; porque estábamos en el mes de octubre, y la oscuridad era total. De pronto, el chirrido de una puerta que gira sobre sus goznes me hizo temblar; un globo de fuego apareció encima de la abertura guarnecida de vidrios del techo arrojando una viva luz en mi habitación y vislumbré con terror que un hombre estaba de pie a algunos pasos de mí. Una mesa con dos cubiertos, con una cena totalmente preparada, se había alzado como por magia en medio del cuarto. Aquel hombre era el que me perseguía desde hacía un año, el que había jurado mi deshonor y el que, a las primeras palabras que salieron de su boca, me hizo comprender que lo había cumplido la noche anterior.

-¡Infame! -murmuró Felton.

-¡Oh, sí, infame! -exclamó Milady viendo el interés que el joven oficial, cuya alma parecía suspendida de sus labios, se tomaba en este extraño relato-. ¡Oh, sí, infame! Había creído que le bastaba con haber triunfado de mí en mi sueño para que todo estuviese dicho; venía esperando que yo aceptaría mi vergüenza, puesto que mi vergüenza estaba consumada; venía a ofrecerme su fortuna a cambio de mi amor. Todo cuanto el corazón de una mujer puede contener de soberbio desprecio y de palabras desdeñosas lo arrojé sobre aquel hombre; sin duda estaba habituado

a reproches semejantes porque me escuchó tranquilo, sonriente y con los brazos cruzados sobre el pecho; luego, cuando creyó que yo había dicho todo, se adelantó hacia mí: yo salté hacia la mesa, cogí un cuchillo y lo apoyé sobre mi pecho. «Dad un paso más -le dije- y además de mi deshonor tendréis también mi muerte que reprocharos.» Sin duda, en mi mirada, en mi voz, en toda mi persona había esa verdad de gesto, de ademán y de acento que lleva la convicción a las almas más perversas, porque se detuvo. «¡Vuestro amor! -me dijo-. ¡Oh, no! Sois una amante encantadora para que consienta en perderos así, después de haber tenido la dicha de poseeros, una sola vez solamente. ¡Adiós, hermosa! Esperaré para volver a visitaros a que estéis en mejores disposiciones.» Tras estas palabras, silbó; el globo de llama que iluminaba mi habitación subió y desapareció; volví a encontrarme en la oscuridad. El mismo ruido de una puerta que se abre y se cierra se reprodujo un instante después, el globo resplandeciente descendió de nuevo y volví a encontrarme sola. Aquel momento fue horrible; si aún tenía algunas dudas sobre mi desdicha, esas dudas se habían desvanecido en una desesperante realidad: estaba en poder de un hombre al que no sólo detestaba sino al que despreciaba; un hombre capaz de todo y que ya me había dado una prueba fatal de a lo que podía atreverse.

-Mas ¿quién era ese hombre? -preguntó Felton.

-Pasé la noche en una silla, estremeciéndome al menor ruido; porque a media noche más o menos, la lámpara se había apagado, y yo ya me había vuelto a encontrar en la oscuridad. Más la noche pasó sin nuevas tentativas de mi perseguidor. Llegó el día, la mesa había desaparecido; sólo que yo tenía aún el cuchillo en la mano. Aquel cuchillo era toda mi esperanza. Yo estaba rota de fatiga; el insomnio quemaba mis ojos; no me había atrevido a dormir ni un solo instante: el día me tranquilizó, fui a echarme sobre mi cama sin abandonar el cuchillo liberador que oculté bajo mi almohada. Cuando me desperté, una nueva mesa estaba servida. Esta vez, pese a mis terrores, a pesar de mis angustias, se hizo sentir un hambre devoradora; hacía cuarenta y ocho horas que no había tomado ningún alimento: comí pan y algunas frutas; luego, acordándome del narcótico mezclado al

agua que había bebido, no toqué la que estaba en la mesa y fui a llenar mi vaso en una fuente de mármol adosada al muro, encima de mi lavabo. Sin embargo, pese a esta precaución, no permanecí menos tiempo en una angustia horrorosa; pero mis temores no estaban fundados esta vez: pasé la jornada sin experimentar nada que se pareciese a lo que temía. Había tenido la precaución de vaciar a medias la jarra para que no se dieran cuenta de mi desconfianza. Llegó la noche, y con ella la oscuridad; sin embargo, por profunda que fuese, mis ojos comenzaban a habituarse a ella; vi en medio de las tinieblas hundirse la mesa en el suelo; un cuarto de hora después reapareció con mi cena; un instante después, gracias a la misma lámpara, mi habitación se iluminó de nuevo. Estaba resuelta a no comer más que objetos a los que fuera imposible mezclar ningún somnífero: dos huevos y algunas frutas compusieron mi comida; luego fui a tomar un vaso de agua de mi fuente protectora y lo bebí. A los primeros sorbos, me pareció que no tenía el mismo gusto que por la mañana: una sospecha rápida se apoderó de mí, me detuve, pero ya había tragado medio vaso. Tiré el resto con horror, y esperé, con el sudor del espanto en la frente. Sin duda, algún invisible testigo me había visto tomar el agua de aquella fuente, y había aprovechado mi confianza para asegurar mejor mi pérdida tan fríamente resuelta, tan cruelmente perseguida. No había transcurrido media hora cuando se produjeron los mismos síntomas; sólo que como aquella vez no había bebido más que medio vaso de agua, luché más tiempo, y en lugar de dormirme completamente, caí en un estado de somnolencia que me dejaba sentir lo que pasaba en torno mío, a la vez que me quitaba la fuerza de defenderme o de huir. Me arrastré hacia mi cama, para buscar allí la única defensa que me quedaba, mi cuchillo salvador; pero no pude llegar hasta la cabecera: caí de rodillas, con las manos aferradas a una de las columnas del pie; entonces comprendí que estaba perdida.

Felton palideció horrorosamente, y un estremecimiento convulsivo corrió por todo su cuerpo.

-Y lo que era más horroroso -continuó Milady con la voz alterada como si hubiera experimentado aún la misma angustia que en aquel momento terrible- es

que aquella vez yo tenía conciencia del peligro que me amenazaba; es que mi alma, puedo decirlo, velaba en mi cuerpo adormecido; es que yo veía, es que oía; es cierto que todo aquello era como un sueño, pero no por ello menos espantoso. Vi la lámpara que ascendía y que poco a poco me dejaba en la oscuridad; luego oí el chirrido tan bien conocido de aquella puerta, aunque aquella puerta sólo se hubiera abierto dos veces. Sentí instintivamente que alguien se acercaba a mí; dicen que el desgraciado perdido en los desiertos de América siente de este modo la cercanía de la serpiente. Quería hacer un esfuerzo, trataba de gritar; gracias a una increíble energía de voluntad me levanté, para volver a caer al punto... y volver a caer en los brazos de mi perseguidor.

-Decidme, pues, ¿quién era ese hombre? -exclamó el joven oficial.

Milady vio de una sola mirada todo el sufrimiento que inspiraba a Felton, sopesándolo en cada detalle de su relato; pero no quería hacerle gracia de ninguna tortura. Con mayor profundidad le rompería el corazón, con mayor seguridad la vengaría. Ella continuó, pues, como si no hubiera oído su exclamación, o como si hubiera pensado que no había llegado aún el momento de responder a ella.

-Sólo que aquella vez el infame tenía que habérselas no ya con una especie de cadáver inerte, sin ningún sentimiento. Ya os lo he dicho: aunque no conseguía recuperar el ejercicio completo de mis facultades, me quedaba el sentimiento de mi peligro: luchaba, pues, con todas mis fuerzas, y, sin duda, pese a lo debilitada que estaba, oponía una larga resistencia, porque lo oí exclamar: «¡Estas miserables puritanas! Sabe que cansan a sus verdugos, pero las creía menos fuertes contra sus seductores.» ¡Ay! Aquella resistencia desesperada no podía durar mucho tiempo, sentí que mis fuerzas se agotaban; y esta vez no fue de mi sueño de lo que el cobarde se aprovechó, fue de mi desvanecimiento.

Felton escuchaba sin hacer oír otra cosa que una especie de rugido sordo; sólo el sudor corría sobre su frente de mármol, y su mano oculta bajo su uniforme desgarraba su pecho.

-Mi primer movimiento al volver en mí fue buscar bajo mi almohada aquel cuchillo que no había podido alcanzar; si no había servido para la defensa podía

servir al menos para la expiación. Pero al coger aquel cuchillo, Felton, me vino una idea terrible. He jurado decíroslo todo y os lo diré todo; os he prometido la verdad, la diré aunque me pierda.

-Os vino la idea de vengaros de aquel hombre, ¿no es eso? -exclamó Felton.

-¡Pues, sí! -dijo Milady-. Aquella idea no era de cristiana, lo sé; sin duda ese eterno enemigo de nuestra alma, ese león que ruge sin cesar en torno de nosotros la soplaba a mi espíritu. En fin, ¿qué puedo deciros Felton? -continuó Milady con el tono de una mujer que se acusa de un crimen-. Me vino esa idea y sin duda ya no me dejó. Hoy llevo el castigo de ese pensamiento homicida.

-Continuad, continuad -dijo Felton-, tengo prisa por veros llegar a la venganza.

-¡Oh! Resolví que tenía que llegar lo antes posible, no dudaba de que él volvería a la noche siguiente. Por el día no tenía nada que temer. Por eso, cuando vino la hora del almuerzo, no dudé en comer y beber: estaba resuelta a fingir que cenaba, pero no tomaría nada; debía por tanto, combatir mediante la nutrición de la mañana el ayuno de la noche. Sólo que oculté un vaso de agua sustraída a mi desayuno, dado que había sido la sed la que más me había hecho sufrir cuando había permanecido cuarenta y ocho horas sin beber ni comer. El día transcurrió sin tener otra influencia sobre mí que afirmarme en la resolución tomada: sólo que tuve cuidado de que mi rostro no traicionase en nada el pensamiento de mi corazón, porque no dudaba de que era observada; varias veces incluso sentí una sonrisa en mis labios. Felton, no me atrevo a deciros ante qué idea sonreía, sentiríais horror de mí...

-Continuad, continuad -dijo Felton-, ya veis que escucho y que tengo prisa por llegar.

-Llegó la noche, los acontecimientos habituales se produjeron; en la oscuridad, como de costumbre, fue servida mi cena, luego la lámpara se iluminó, y me senté a la mesa. Comí sólo algunas frutas: fingí que me servía agua de la jarra, pero sólo bebí de la que había conservado en mi vaso; la sustitución, por lo demás, fue hecha con la maña suficiente para que mis espías, si los tenía, no concibiesen sospecha alguna. Tras la cena, ofrecí las mismas señales de embotamiento que la

víspera; pero esta vez, como si sucumbiese a la fatiga o como si me familiarizase con el peligro, me arrastré hacia la cama a hice semblante de adormecerme. En esta ocasión había encontrado mi cuchillo bajo la almohada y, al tiempo que fingía dormir, mi mano apretaba convulsivamente la empuñadura. Transcurrieron dos horas sin que ocurriese nada nuevo. ¡Aquella vez, Dios mío! ¡Quién me hubiera dicho esto la víspera: comenzaba a temer que no viniese! Por fin, vi la lámpara elevarse suavemente y desaparecer en las profundidades del techo; mi habitación se llenó de tinieblas, pero hice un esfuerzo por horadar con la mirada la oscuridad. Aproximadamente pasaron diez minutos. No oía yo otro ruido que el del latido de mi corazón. Yo imploraba al cielo para que viniese. Por fin oí el ruido tan conocido de la puerta que se abría y volvía a cerrarse; oí, pese al espesor de la alfombra, un paso que hacía chirriar el suelo; vi, pese a la oscuridad, una sombra que se acercaba a mi cama.

-¡Daos prisa daos prisa! -dijo Felton-. ¿No veis que cada una de vuestras palabras me quema como plomo derretido?

-Entonces -continuó Milady- entonces reuní todas mis fuerzas, me acordé de que el momento de la venganza, o, mejor dicho, de la justicia había sonado; me consideraba otra Judith; me recogí sobre mí misma, con mi cuchillo en la mano, y cuando lo vi junto a mí tendiendo los brazos para buscar a su víctima, entonces, con el último grito del dolor y de la desesperación, le golpeé en medio del pecho. ¡Miserable! ¡Lo había previsto todo: su pecho estaba cubierto de una cota de malla! El cuchillo se embotó. «¡Ay, ay! -exclamó cogiéndome el brazo y arrancándome el arma que tan mal me había servido-. ¡Queréis mi vida, hermosa puritana! Mas esto es más que odio, esto es ingratitude. ¡Vamos, vamos, calmaos, calmaos, niña mía! Había creído que os habíais dulcificado. No soy de esos tiranos que conservan las mujeres por la fuerza: no me amáis, dudaba de ello con mi fatuidad ordinaria; ahora estoy convencido. Mañana seréis libre.» Yo no tenía más que un deseo: era que me matase. «¡Tened cuidado! -le dije-. Mi libertad es vuestro deshonor. Sí, porque apenas salga de aquí diré todo, diré la violencia que habéis usado contra mí, diré mi cautividad. Denunciaré este palacio de infamia; estáis colocado muy alto, milord,

más temblad. Por encima de vos está el rey, por encima del rey está Dios.» Por dueño que pareciese de sí mismo, mi perseguidor dejó traslucir un movimiento de cólera. Yo no podía ver la expresión de su rostro, pero había sentido estremecerse su brazo sobre el que estaba puesta mi mano. «Entonces, no saldréis de aquí», dijo. «¡Bien, bien! -exclamé yo. Entonces el lugar de mi suplicio será también el de mi tumba. Yo moriré aquí y ya veréis si un fantasma que acusa no es más terrible aún que un vivo que amenaza.» «No se os dejará ningún arma.» «Hay una que la desesperación ha puesto al alcance de toda criatura que tenga el valor de servirse de ella. Me dejaré morir de hambre.» «Veamos -dijo el miserable-, ¿no vale más la paz que una guerra como ésta? Os devuelvo la libertad ahora mismo, os proclamo una virtud, os denomino la Lucrecia de Inglaterra. » «Y yo, yo digo que vos sois Sextus, yo os denuncio a los hombres como os he denunciado ya a Dios; y si hace falta que, como Lucrecia, firme mi acusación con mi sangre, la firmaré.» «¡Ah, ah! -dijo mi enemigo en un tono burlón-. Entonces es distinto. A fe que a fin de cuentas estáis bien aquí: nada os faltará, y si os dejáis morir de hambre, será culpa vuestra.» Tras estas palabras se retiró, oí abrirse y volverse a cerrar la puerta y permanecí abismada, menos aún, lo confieso, en mi dolor que en la vergüenza de no haberme vengado. Mantuvo su palabra. Todo el día, toda la noche transcurrieron sin que volviese a verlo. Pero yo también mantuve mi palabra, y no comí ni bebí; como le había dicho, estaba resuelta a dejarme morir de hambre. Pasé el día y la noche rezando, porque esperaba que Dios me perdonase mi suicidio. La segunda noche la puerta se abrió; estaba tumbada en el suelo, las fuerzas comenzaban a abandonarme. Ante el ruido, me levanté sobre una mano. «Y bien -me dijo una voz que vibraba de una forma demasiado terrible a mi oído para que no la reconociese-; y bien, nos hemos dulcificado un poco, y pagaremos nuestra libertad con la soñada promesa del silencio. Mirad, soy buen príncipe -añadió-, y aunque no me gustan los puritanos, les hago justicia, así como a las puritanas, cuando son hermosas. Vamos, hacedme un pequeño juramento sobre la cruz, no os pido más.» «¡Sobre la cruz! -exclamé yo levantándome, porque al oír aquella voz aborrecida había vuelto a encontrar todas mis fuerzas-. ¡Sobre la cruz! Juro que ninguna promesa, ninguna

amenaza, ninguna tortura me cerrará la boca. ¡Sobre la cruz! Juro denunciaros por todas partes como asesino, como ladrón del honor, como cobarde. ¡Sobre la cruz! Juro, si alguna vez consigo salir de aquí, pedir venganza contra vos al género humano entero.» «¡Tened cuidado! -dijo la voz con un acento de amenaza que yo no había oído todavía-. Tengo un recurso supremo, que no emplearé más que en último extremo, de cerraros la boca o al menos de impedir que alguien crea una sola palabra de lo que digáis.» Reuní todas mis fuerzas para responder con una carcajada. Él vio que entre nosotros había adelante una guerra eterna, una guerra a muerte. «Escuchad -dijo-, os doy aún el resto de esta noche y el día de mañana; reflexionad: si prometéis callaros, la riqueza, la consideración, los honores incluso os rodearán; si amenazáis con hablar, os condeno a la infamia.» «¡Vos! -exclamé yo-. ¡Vos!» «¡A la infamia eterna, indeleble!» «¡Vos!», repetí yo. ¡Oh, os lo digo, Felton, le creía insensato! «Sí, yo», contestó él. «¡Ah, dejadme! -le dije-. Salid si no queréis que ante vuestros ojos me rompa la cabeza contra la pared.» «Está bien -replicó él-, vos lo habéis querido, hasta mañana por la noche.» «Hasta mañana por la noche», respondí yo dejándome caer y mordiéndome la alfombra de rabia...

Felton se apoyaba sobre un mueble y Milady vela con alegría de demonio que quizá le faltara la fuerza antes del fin del relato.



Capítulo LVII

Un recurso de tragedia clásica

Tras un momento de silencio, empleado por Milady en observar al joven que la escuchaba, continuó su relato:

-Hacía casi tres días que no había comido ni bebido, sufría torturas atroces: a veces pasaban por mí como nubes que me apretaban la frente, que me tapaban los ojos: era el delirio. Llegó la noche; estaba tan débil que a cada instante me desvanecía y cada vez que me desvanecía daba gracias a Dios, porque creía que iba a morir. En medio de unos de estos desvanecimientos, oí abrirse la puerta; el terror me volvió en mí. Mi perseguidor entró seguido de un hombre enmascarado: él también estaba enmascarado; pero yo reconocí su paso, yo reconocí aquel aire imponente que el infierno ha dado a su persona para desgracia de la humanidad. «Y bien -me dijo-, ¿estáis decidida a hacerme el juramento que os he pedido?» «Vos lo habéis dicho, los puritanos no tienen más que una palabra: la mía ya la habéis oído, ¡y es llevaros en la tierra ante el tribunal de los hombres; en el cielo, ante el tribunal de Dios!» «¿Así que persistís?» «Juro ante Dios que me oye: tomaré el mundo entero por testigo de vuestro crimen, y esto hasta que encuentre un vengador.» «Sois una prostituta -dijo con voz tonante-, y sufriréis el suplicio de las prostitutas. Marcada a los ojos del mundo que invocaréis, ¡tratad de probar a ese mundo que no sois culpable ni loca!» Luego, dirigiéndose al hombre que le acompañaba: «Verdugo -dijo-, cumple tu deber.»

-¡Oh, su nombre, su nombre! -exclamó Felton-. ¡Su nombre, decídmelo!

-Entonces, pese a mis gritos, pese a mi resistencia, porque yo comenzaba a comprender que para mí se trataba de algo peor que la muerte, el verdugo me cogió, me volcó sobre el suelo, me magulló con sus agarrones y, ahogada por los sollozos, casi sin conocimiento, invocando a Dios que no me escuchaba, lancé de pronto un espantoso grito de dolor y de vergüenza: un hierro ardiendo, un hierro candente, el hierro del verdugo, se había impreso en mi hombro.

Felton lanzó un rugido.

-Mirad -dijo Milady, levantándose entonces con una majestad de reina-, mirad, Felton, ved cómo han inventado un nuevo martirio para la doncella pura y, sin embargo, víctima de la brutalidad de un malvado. Aprended a conocer el corazón de los hombres, y en adelante haceos con menos facilidad instrumento de sus injustas venganzas.

Con rápido gesto, Milady abrió su vestido, desgarró la batista que cubría su seno y, ruborizada por una fingida cólera y una vergüenza teatral, mostró al joven la huella indeleble que deshonoraba aquel hombro tan bello.

-Pero -exclamó Felton- es una flor de lis lo que ahí veo.

-Precisamente ahí es donde está la infamia -respondió Milady-. La marca de Inglaterra... había que probar qué tribunal me la había impuesto, yo habría hecho una apelación pública a todos los tribunales del reino; más la marca de Francia..., ¡oh!, con ella estaba bien marcada.

Aquello era demasiado para Felton.

Pálido, inmóvil, aplastado por esta revelación espantosa, deslumbrado por la belleza sobrehumana de aquella mujer que se desnudaba ante él con un impudor que le pareció sublime, terminó cayendo de rodillas ante ella como hacían los primeros cristianos ante aquellas puras y santas mártires que la persecución de los emperadores libraba en el circo a la sanguinaria lubricidad del populacho. La marca desapareció, sólo quedó la belleza.

-¡Perdón, perdón! -exclamó Felton-. ¡Oh, perdón!

Milady leyó en sus ojos: amor, amor.

-¿Perdón de qué? -preguntó ella.

-Perdón por haberme unido a vuestros perseguidores.

Milady le tendió la mano.

-¡Tan bella, tan joven! -exclamó Felton cubriendo aquella mano de besos.

Milady dejó caer sobre él una de esas miradas que de un esclavo hacen un rey.

Felton era puritano: dejó la mano de esta mujer para besar sus pies.

El ya no la amaba más, la adoraba.

Cuando aquella crisis hubo pasado, cuando Milady pareció haber recobrado su sangre fría, que no había perdido nunca; cuando Felton hubo visto volverse a cerrar bajo el velo de la castidad aquellos tesoros de amor que no se le ocultaban sino para hacérselos desear más ardientemente:

-¡Ah! Ahora -dijo- no tengo más que una cosa que pedir, es el nombre de vuestro verdadero verdugo; porque para mí no hay más que uno; el otro era el instrumento nada más.

-¿Cómo, hermano? -exclamó Milady-. ¿Es preciso que todavía te lo nombre, no lo has adivinado?

-¿Qué? -contestó Felton-. ¡El..., también él..., siempre él! ¿Qué? El verdadero culpable...

-El verdadero culpable -dijo Milady- es el estragador de Inglaterra, el perseguidor de los verdaderos creyentes, el cobarde rapaz del honor de tantas mujeres, el que por un capricho de su corazón corrompido va a hacer derramar tanta sangre a dos reinos, el que protege a los protestantes hoy y que mañana los traicionará...

-¡Buckingham! ¡Entonces es Buckingham! -exclamó Felton exasperado.

Milady ocultó su rostro en sus manos, como si no hubiera podido soportar la vergüenza que este hombre le recordaba.

-¡Buckingham el verdugo de esta angélica criatura! -exclamó Felton-. Y tú, Dios mío, no lo has fulminado, y tú lo has dejado noble, honrado, poderoso para la perdición de todos nosotros.

-Dios abandona a quien se abandona a sí mismo -dijo Milady.

-Pero, entonces, ¡quiere atraer sobre su cabeza el castigo reservado a los malditos! -continuó Felton con exaltación creciente-. ¡Quiere que la venganza humana anticipe la justicia celeste!

-Los hombres lo temen y lo protegen.

-¡Oh, yo -dijo Felton-, yo no lo temo y no lo protegeré!...

Milady sintió su alma bañada por una alegría infernal.

-Pero ¿cómo lord de Winter, mi protector, mi padre -preguntó Felton-, está mezclado en todo esto?

-Escuchad, Felton -prosiguió Milady-, porque al lado de hombres cobardes y despreciables todavía hay naturalezas grandes y generosas. Yo tenía un prometido, un hombre al que yo amaba y que me amaba; un corazón como el vuestro, Felton, un hombre como vos. Fui a él y le conté todo; me conocía y no dudó ni un solo instante. Era un gran señor, era un hombre en todo el igual de Buckingham. No me dijo nada, se ciñó solamente su espada, se envolvió en su capa y se dirigió a Buckingham Palace.

-Sí, sí -dijo Felton-, comprendo; aunque con semejantes hombres no sea la espada lo que hay que emplear, sino el puñal.

-Buckingham se había ido la víspera, enviado como embajador a España, donde iba a pedir la mano de la infanta para el rey Carlos I, que no era entonces más que príncipe de Gales. Mi prometido volvió. «Escuchad -me dijo-, ese hombre ha partido y, por consiguiente, por ahora, escapa a mi venganza; pero, mientras tanto, unámonos, como debíamos estarlo; luego, confiad en lord de Winter para sostener su honor y el de su mujer.»

-¡Lord de Winter! -exclamó Felton.

-Sí -dijo Milady- lord de Winter, y ahora debéis comprenderlo todo, ¿no es así?: Buckingham permaneció ausente más de un año. Ocho días antes de su llegada lord de Winter murió súbitamente, dejándome única heredera. ¿De dónde venía el golpe? Dios, que todo lo sabe, lo sabe sin duda, yo a nadie acuso...

-¡Oh, qué abismo, qué abismo! -exclamó Felton.

-Lord de Winter había muerto sin decir nada a su hermano. El secreto terrible debía quedar oculto a todos hasta que estallase como el rayo sobre la cabeza del culpable. Vuestro protector había visto con pesar este matrimonio de su hermano mayor con una joven sin fortuna. Sentí que no podía esperar de un hombre engañado en sus esperanzas de herencia apoyo alguno. Pasé a Francia resuelta a permanecer allí durante todo el resto de mi vida. Pero toda mi fortuna está en

Inglaterra; cerradas las comunicaciones por la guerra, todo me faltó: me vi obligada entonces a volver; hace seis días arribé a Portsmouth.

-¿Y bien? -dijo Felton.

-Y bien. Buckingham se enteró sin duda de mi regreso, habló de él a lord de Winter, ya prevenido contra mí, y le dijo que su cuñada era una prostituida, una mujer marcada. La voz pura y noble de mi marido no estaba allí para defenderme. Lord de Winter creyó todo cuanto se le dijo, con tanta mayor facilidad cuanto que tenía interés en creerlo. Me hizo detener, me condujo aquí, me puso bajo vuestra custodia. El resto vos lo sabéis: pasado mañana me destierra, me deporta; pasado mañana me relega entre los infames. ¡Oh!, la trampa está bien urdida, la conspiración es hábil y mi honor no sobrevivirá a ella. De sobra veis que es preciso que yo muera, Felton; ¡Felton, dadme ese cuchillo!

Y tras estas palabras, como si todas sus fuerzas ya estuvieran agotadas, Milady se dejó ir débil y lánguida entre los brazos del joven oficial que, ebrio de amor, de cólera y de voluptuosidades desconocidas, la recibió con transporte, la apretó contra su corazón, todo tembloroso ante el aliento de aquella boca tan bella, todo extraviado al contacto de aquel seno tan palpitante.

-No, no -dijo-; no, tú vivirás honrada y pura, vivirás para triunfar de tus enemigos.

Milady lo rechazó lentamente con la mano atrayéndolo con la mirada; mas Felton, a su vez, se apoderó de ella, implorándola como a una divinidad.

-¡Oh! ¡La muerte, la muerte! -dijo ella, velando su voz y sus párpados-. ¡Oh, la muerte antes que la vergüenza! Felton, hermano mío, amigo mío, te lo ruego.

-No -exclamó Felton-, no, ¡tú vivirás y serás vengada!

-Felton, llevo la desgracia a todo lo que me rodea. ¡Felton, abandóname! ¡Felton, déjame morir!

-Pues bien, muramos entonces juntos -exclamó él apoyando sus labios sobre los de la prisionera.

Varios golpes sonaron en la puerta; esta vez, Milady lo rechazó realmente.

-Escucha -dijo-, nos han oído; alguien viene. ¡Se acabó, estamos perdidos!

-No -dijo Felton-, es el centinela que me previene sólo de que llega una ronda.

-Entonces, corred a la puerta y abrid vos mismo.

Felton obedeció: aquella mujer era ya todo su pensamiento, toda su alma.

Se encontró frente a un sargento que mandaba una patrulla de vigilancia.

-¡Y bien! ¿Qué ocurre? -preguntó el joven teniente.

-Me habíais dicho que abriese la puerta si oía pedir ayuda -dijo el soldado-, pero habéis olvidado dejarme la llave; os he oído gritar sin comprender lo que decíais, he querido abrir la puerta, estaba cerrada por dentro y entonces he llamado al sargento.

-Y aquí estoy -dijo el sargento.

Felton, extraviado, casi loco, permanecía sin voz.

Milady comprendió que le correspondía coger las riendas de la situación; corrió a la mesa y cogió el cuchillo que había depositado Felton:

-¿Y con qué derecho queréis impedirme morir? -dijo ella.

-¡Gran Dios! -exclamó Felton viendo brillar el cuchillo en su mano.

En aquel momento, una carcajada irónica resonó en el corredor.

El barón, atraído por el ruido, en bata, con la espada bajo el brazo, estaba de pie en el umbral de la puerta.

-¡Ah, ah! -dijo-. Ya estamos ante el último acto de la tragedia; ya lo veis, Felton el drama ha seguido todas las fases que yo había indicado; pero estad tranquilo, la sangre no correrá.

Milady comprendió que estaba perdida si no daba a Felton una prueba inmediata y terrible de su valor.

-Os equivocáis, milord, la sangre correrá. ¡Ojalá esa sangre caiga sobre los que la hacen correr!

Felton lanzó un grito y se precipitó hacia ella; era demasiado tarde: Milady se había golpeado.

Pero el cuchillo había encontrado, afortunadamente, deberíamos decir que hábilmente, la ballena de hierro que en esa época defendía como una coraza el

pecho de las mujeres; se había deslizado desgarrando el vestido y había penetrado al bies entre la carne y las costillas.

El vestido de Milady no por ello quedó menos manchado de sangre en un segundo.

Milady había caído de espaldas y parecía desvanecida.

Felton arrancó el cuchillo.

-Ved, milord -dijo con aire sombrío-. ¡Ahí tenéis una mujer que estaba bajo mi custodia y que se ha matado!

-Estad tranquilo, Felton -dijo lord de Winter-, no está muerta, los demonios no mueren tan fácilmente, tranquilizaos e id a esperarme en mi cuarto.

-Pero, milord.

-Id, os lo ordeno.

A esta conminación de su superior, Felton obedeció; pero, al salir, puso el cuchillo en su pecho.

En cuanto a lord de Winter, se contentó con llamar a la mujer que servía a Milady, y cuando hubo venido le recomendó a la prisionera que seguía desvanecida, y la dejó sola con ella.

Sin embargo, como en conjunto, pese a sus sospechas, la herida podía ser grave, envió al instante un hombre a caballo a buscar un médico.



Capítulo LVIII

Evasión

Como había pensado lord de Winter, la herida de Milady no era peligrosa; por eso, cuando se encontró sola con la mujer que el barón se había hecho llamar y que se afanaba en desnudarla, volvió a abrir los ojos.

Sin embargo, había que jugar a la debilidad y al dolor; no eran cosas difíciles para una comedianta como Milady; por eso la pobre mujer fue víctima completa de su prisionera a la que, pese a sus protestas, se obstinó en velar toda la noche.

Pero la presencia de aquella mujer no le impedía a Milady pensar.

No había ninguna duda, Felton estaba convencido, Felton era suyo: si un ángel se apareciese al joven para acusar a Milady, desde luego lo tomaría, en la disposición de espíritu en que se encontraba, por un enviado del demonio.

Milady sonreía a este pensamiento porque Felton era en lo sucesivo su única esperanza, su único medio de salvación.

Pero lord de Winter podía sospechar, y Felton podía ser ahora vigilado.

Hacia las cuatro de la mañana llegó el médico; pero desde que Milady se había apuñalado la herida estaba ya cerrada: el médico no pudo, por tanto medir ni la dirección ni la profundidad; reconoció sólo por el pulso de la enferma que el caso no era grave.

Por la mañana, Milady, so pretexto de que no había dormido por la noche y que necesitaba descanso, despidió a la mujer que velaba a su lado.

Tenía una esperanza, y es que Felton llegara a la hora del desayuno; pero Felton no vino.

¿Sus temores se habían vuelto realidad? Felton, sospechoso del barón, ¿iba a fallarle en el momento decisivo? No tenía más que un día: lord de Winter le había anunciado su embarque para el 23 y estaba en la mañana del 22.

No obstante, esperó aún con bastante paciencia hasta la hora de la cena.

Aunque no comió por la mañana la cena le fue traída a la hora habitual; Milady se dio entonces cuenta con terror que el uniforme de los soldados que la custodiaban había cambiado.

Entonces se aventuró a preguntar qué había sido de Felton. Le respondieron que Felton había montado a caballo hacía una hora y había partido.

Se informó de si el barón seguía en el castillo; el soldado respondió que sí, y que tenía la orden de avisarlo en caso de que la prisionera deseara hablarle.

Milady respondió que estaba demasiado débil por el momento, y que su único deseo era permanecer sola.

El soldado salió dejando la cena servida.

Felton había sido alejado, los soldados de marina habían sido cambiados; desconfiaba, por tanto, de Felton.

Era el último golpe dado a la prisionera.

Al quedar sola, se levantó; aquella cama, en la que estaba por prudencia y para que se la creyese gravemente enferma, le quemaba como un brasero ardiente. Lanzó una mirada a la puerta: el barón había hecho clavar una plancha sobre el postigo; temía sin duda que por aquella abertura consiguiese, mediante algún recurso diabólico, seducir a los guardias.

Milady sonrió de alegría; podría, pues, entregarse a sus transportes sin ser observada: recorría la habitación con la exaltación de una loca furiosa o de una tigresa encerrada en una jaula de hierro. Desde luego, si le hubiese quedado el cuchillo, habría pensado no en matarse a sí misma, sino esta vez en matar al barón.

A las seis, lord de Winter entró; estaba armado hasta los dientes. Aquel hombre, en el que hasta entonces Milady no había visto sino un gentleman bastante necio, se había vuelto un magnífico carcelero: parecía preverlo todo, adivinarlo todo, prevenirlo todo.

Una sola mirada lanzada sobre Milady le informó de lo que pasaba en su alma.

-Sea -dijo él-, mas no me mataréis hoy todavía; no tenéis ya armas, y además estoy sobre aviso. Habíais comenzado a pervertir a mi pobre Felton: sufría ya vuestra infernal influencia, más quiero salvarlo, no os verá más, todo ha terminado. Recoged vuestro vestuario; mañana partiréis. Había fijado el embarque el 24, pero he pensado que cuanto más adelante la cosa, más segura será. Mañana a mediodía tendré la orden de vuestro exilio firmada por Buckingham. Si decís una sola palabra a quien quiera que sea antes de estar en el navío, mi sargento os levantará la tapa de los sesos, tiene esa orden; si ya en el navío decís una palabra a quien quiera que sea antes de que el capitán os lo permita, el capitán os hará arrojar al mar, está así acordado. Hasta luego: eso es todo lo que por hoy tenía que deciros. Mañana os volveré a ver para deciros adiós.

Y con estas palabras el barón salió.

Milady había escuchado toda esta amenazante parrafada con la sonrisa de desdén sobre los labios, pero con la rabia en el corazón.

Sirvieron la cena; Milady sintió que necesitaba fuerzas, no sabía qué podía pasar durante aquella noche que se aproximaba amenazante, porque gruesas nubes voltejaban en el cielo y los relámpagos lejanos anunciaban una tormenta.

La tormenta estalló hacia las diez de la noche: Milady sentía un consuelo al ver a la naturaleza compartir el desorden de su corazón: el trueno bramaba en el aire como la cólera en su pensamiento; le parecía que al pasar la ráfaga desmelenaba su frente como los árboles cuyas ramas curvaba y cuyas hojas se llevaba; ella aullaba como el huracán, y su voz se perdía en el clamor de la naturaleza que parecía, también ella, gemir y desesperarse.

De pronto oyó golpear un cristal y a la claridad de un relámpago, vio el rostro de un hombre aparecer tras los barrotes.

Corrió a la ventana y la abrió.

-¡Felton! -exclamó-. ¡Estoy salvada!

-Sí -dijo Felton-; pero, ¡silencio, silencio! Necesito tiempo para serrar vuestros barrotes. Tened cuidado solamente de que no os vean por el postigo.

-¡Oh, es una prueba de que el Señor está con nosotros, Felton! -prosiguió Milady-. Han cerrado el postigo con una plancha.

-Está bien, ¡Dios los ha vuelto insensatos! -dijo Felton.

-Pero ¿qué tengo que hacer? -preguntó Milady.

-Nada, nada; volved a cerrar la ventana solamente. Acostaos, o al menos meteos en vuestra cama completamente vestida; cuando haya terminado, golpearé en los cristales. Mas ¿podréis seguirme?

-¡Oh, sí!

-¿Y vuestra herida?

-Me hace sufrir, pero no me impide caminar.

-Estad, pues, preparada a la primera señal.

Milady volvió a cerrar la ventana, apagó la lámpara y fue, como le había recomendado Felton, a hacerse un ovillo en su cama. En medio de las quejas de la tormenta, ella oía el chirrido de la lima contra los barrotes, y a la claridad de cada relámpago vislumbraba la sombra de Felton tras los cristales.

Pasó una hora sin respirar, jadeante, con el sudor sobre la frente y el corazón oprimido por una angustia espantosa a cada movimiento que oía en el corredor.

Hay horas que duran un año.

Al cabo de una hora, Felton golpeó de nuevo.

Milady saltó fuera de su cama y fue a abrir. Dos barrotes de menos formaban una abertura para que un hombre pasase.

-¿Estáis preparada? -preguntó Felton:

-Sí. ¿Tengo que llevar alguna cosa?

-Oro si tenéis.

-Sí, por suerte me han dejado el que tenía.

-Tanto mejor, porque he gastado todo lo mío en fletar un barco.

-Tomad -dijo Milady poniendo en las manos de Felton una bolsa llena de oro.

Felton cogió la bolsa y la arrojó al pie del muro.

-Ahora -dijo-, ¿queréis venir?

-Aquí estoy.

Milady se subió a un sillón y pasó la parte superior de su cuerpo por la ventana: vio al joven oficial suspendido sobre el abismo por una escala de cuerda.

Por primera vez, un movimiento de terror le recordó que era mujer.

El vacío la espantaba.

-Me lo temía -dijo Felton.

-No es nada, no es nada -dijo Milady-, bajaré con los ojos cerrados.

-¿Tenéis confianza en mí? -dijo Felton.

-¿Y lo preguntáis?

-Juntad vuestras dos manos; cruzadlas, está bien.

Felton le ató las dos muñecas con un pañuelo; luego, por encima del pañuelo, con una cuerda.

-¿Qué hacéis? -preguntó Milady con sorpresa.

-Pasad vuestros brazos alrededor de mi cuello y no temáis nada.

-Pero os haré perder el equilibrio y nos estrellaremos los dos.

-Tranquilizaos, soy marino.

No había un segundo que perder; Milady pasó sus dos brazos en torno al cuello de Felton y se dejó deslizar fuera de la ventana.

Felton comenzó a descender los escalones lentamente y uno a uno.

Pese al peso de los dos cuerpos, el soplo del huracán los balanceaba en el aire.

De pronto Felton se detuvo.

-¿Qué ocurre? -preguntó Milady.

-Silencio -dijo Felton-, oigo pasos.

-¡Estamos descubiertos!

Se hizo un silencio de algunos instantes.

-No -dijo Felton-, no es nada.

-Pero ¿qué es ese ruido?

-El de la patrulla que va a pasar por el camino de ronda.

-¿Dónde está ese camino de ronda?

-Justo debajo de nosotros.

-Nos van a descubrir.

-No, si no hay relámpagos.

-Tropezarán con el final de la escala.

-Por suerte le faltan seis pies para llegar al suelo.

-¡Ahí están, Dios mío!

-¡Silencio!

Los dos permanecieron colgados, inmóviles y sin aliento a veinte pies del suelo; durante este tiempo los soldados pasaban por debajo riendo y hablando.

Fue para los fugitivos un momento terrible.

La patrulla pasó; se oyó el ruido de los pasos que se alejaban y el murmullo de las voces que iba debilitándose.

-Ahora -dijo Felton-, estamos salvados.

Milady lanzó un suspiro y se desvaneció.

Felton continuó descendiendo. Llegado al final de la escala, y cuando sintió que faltaba apoyo para sus pies, se pegó como una lapa con las manos; llegado por fin al último escalón se dejó colgar en la fuerza de las muñecas y tocó el suelo. Se agachó, recogió la bolsa de oro y lo cogió entre sus dientes.

Luego levantó a Milady en sus brazos y se alejó con presteza por el lado opuesto al que había tomado la patrulla. Pronto dejó el camino de ronda, descendió por entre las rocas y llegado a la orilla del mar, dejó oír un toque de silbato.

Una señal parecida le respondió y cinco minutos después vio aparecer una barca ocupada por cuatro hombres.

La barca se aproximó tan cerca como pudo a la orilla, pero no había suficiente fondo para que pudiera tocar tierra; Felton se metió en el agua hasta la cintura, porque no quería confiar a nadie su precioso peso.

Afortunadamente la tempestad comenzaba a calmarse, y, sin embargo, el mar estaba todavía violento; la barquilla saltaba sobre las olas como una cáscara de nuez.

-¡A la balandra! -dijo Felton-. Remad con rapidez.

Los cuatro hombres se pusieron a los remos; pero la mar estaba demasiado gruesa para que los remos hicieran mucha labor.

Sin embargo, se iban alejando del castillo; era lo principal. La noche era profundamente tenebrosa y resultaba ya casi imposible distinguir la orilla desde la barca; con mayor razón no se habría podido distinguir la barca desde la orilla.

Un punto negro se balanceaba en el mar.

Era la balandra.

Mientras la barca avanzaba por su parte con toda la fuerza de sus cuatro remadores, Felton desataba la cuerda, luego el pañuelo que ataba las manos de Milady.

Luego, cuando sus manos estuvieron desatadas, cogió agua del mar y se la arrojó al rostro.

Milady lanzó un suspiro y abrió los ojos.

-¿Dónde estoy? -dijo.

-A salvo -respondió el joven oficial.

-¡Oh, a salvo, a salvo! -exclamó ella-. Sí ahí está el cielo, aquí el mar. Este aire que respiro es el de la libertad. ¡Ah..., gracias, Felton, gracias!

El joven la apretó contra su corazón.

-Pero ¿qué tengo en las manos? -preguntó Milady-. Parece como si me hubieran quebrado las muñecas en un torno.

En efecto, Milady alzó los brazos; tenía las muñecas magulladas.

-¡Ay! -dijo Felton mirando aquellas hermosas manos y moviendo suavemente la cabeza.

-¡Oh, no es nada, no es nada! -exclamó Milady-. ¡Ahora me acuerdo!

Milady buscó con los ojos a su alrededor.

-Está ahí -dijo Felton, empujando con el pie la bolsa de oro.

Se acercaban a la balandra. El marinero de guardia dio una voz a la barca, la barca respondió.

- Qué barco es ése? -preguntó Milady.

-El que he fletado para vos.

-¿Dónde va a conducirme?

-Donde vos queráis, con tal que a mí me dejéis en Portsmouth.

-¿Qué vais a hacer en Portsmouth? -preguntó Milady.

-Cumplir las órdenes de lord de Winter -dijo Felton con una sombría sonrisa.

-¿Qué órdenes? -preguntó Milady.

-Entonces, ¿no comprendéis? -dijo Felton.

-No; explicaos, os lo suplico.

-Como si desconfiase de mí, ha querido custodiaros él mismo y me ha mandado en su lugar a hacer firmar a Buckingham la orden de vuestra deportación.

-Pero si desconfiaba de vos, ¿cómo os ha confiado esa orden?

-¿Creía acaso que yo sabía lo que llevaba?

-¡Ah, claro! ¿Y vais a Portsmouth?

-No tengo tiempo que perder: mañana es 23, y Buckingham parte mañana con la flota.

- Parte mañana para dónde?

-Para La Rocelle.

-¡Es preciso que no parta! -exclamó Milady, olvidando su presencia de ánimo acostumbrada.

-Tranquilizaos -respondió Felton-, no partirá.

Milady temblaba de alegría. Acababa de leer en lo más profundo del corazón del joven: la muerte de Buckingham estaba escrita en él con todas las letras.

-¡Felton... -dijo-, sois grande como Judas Macabeo! Si morís, moriré con vos: he ahí todo lo que puedo deciros.

-¡Silencio! -dijo Felton-. Hemos llegado.

En efecto, tocaban la balandra.

Felton subió el primero a la escala y dio la mano a Milady, mientras los marineros la sostenían porque el mar estaba todavía muy agitado.

Un instante después estaban sobre el puente.

-Capitán -dijo Felton-, esta es la persona de quien os he hablado y a quien hay que conducir sana y salva a Francia.

-Mediante mil pistolas -dijo el capitán.

-Os he dado ya quinientas. -

-Es cierto -dijo el capitán.

-Y aquí están las otras quinientas -añadió Milady, llevando la mano a la bolsa de oro.

-No -dijo el capitán-, yo no tengo más que una palabra y se la he dado a este joven; las otras quinientas pistolas no se me deben hasta llegar a Boulogne.

-¿Y llegaremos?

-Sanos y salvos -dijo el capitán-, tan cierto como que me llamo Jack Buttler.

-Pues bien -dijo Milady-, si mantenéis vuestra palabra, no serán quinientas pistolas, sino mil lo que os daré.

-¡Hurra por vos, hermosa dama! -exclamó el capitán-. ¡Y ojalá Dios me envíe con frecuencia clientes como Vuestra Señoría!

-Mientras tanto -dijo Felton-, conducidnos a la pequeña bahía de Chichester, antes de Portsmouth; ya sabéis qué hemos convenido que nos llevaréis allí.

El capitán respondió ordenando la maniobra necesaria, y hacia las siete de la mañana el pequeño navío arrojaba el ancla en la bahía designada.

Durante esta travesía, Felton había contado todo a Milady: cómo, en lugar de ir a Londres, había fletado el pequeño navío, cómo había vuelto, cómo había escalado la muralla colocando en los intersticios de las piedras, a medida que subía, crampones, para asegurar sus pies, y cómo, finalmente, llegado a los barrotes, había atado la escala. Milady sabía lo demás.

Por su parte, Milady trató de alentar a Felton en su proyecto; pero a las primeras palabras que salieron de su boca, vio de sobra que el joven fanático tenía más necesidad de ser moderado que reafirmado.

Convinieron que Milady esperaría a Felton hasta las diez; si a las diez no estaba de vuelta, ella partiría.

En tal caso, suponiendo que estuviera libre, se reuniría con ella en Francia, en el convento de las Carmelitas de Béthume.

Capítulo LIX

Lo que pasó en Portsmouth el 23 de agosto de 1628

Felton se despidió de Milady como un hermano que va a dar un simple paseo se despide de su hermana besándole la mano.

Toda su persona aparecía en un estado de calma ordinaria: sólo un resplandor desacostumbrado brillaba en sus ojos, semejante a un reflejo de fiebre; su frente estaba más pálida aún que de costumbre; sus dientes estaban apretados, y su palabra tenía un acento cortado y convulso que indicaba que algo sombrío se agitaba en él.

Mientras estuvo sobre la barca que lo conducía a tierra, permaneció con el rostro vuelto hacia Milady que, de pie sobre el puente, lo seguía con los ojos. Los dos estaban bastante tranquilos sobre el temor a ser perseguidos: nunca se entraba en la habitación de Milady antes de las nueve; y se necesitaban tres horas para llegar desde el castillo a Londres:

Felton use el pie en tierra, escaló la pequeña cresta que conducía a lo alto del acantilado, saludó a Milady por última vez y tomó su camino hacia la ciudad.

Al cabo de cien pasos, como él terreno iba descendiendo, no podía ya ver más que el mástil de la balandra.

En seguida corrió en dirección de Portsmouth, cuyas torres y casas veía dibujarse frente a él, a media milla aproximadamente, en la bruma de la mañana.

Más allá de Portsmouth, el mar estaba cubierto de bajeles, cuyos mástiles se veían, semejantes a un bosque de álamos despojados por el invierno, balancearse bajo el soplo del viento.

En su marcha rápida, Felton repasaba lo que diez años de meditaciones ascéticas y una larga estancia en medio de los puritanos le habían proporcionado de acusaciones verdaderas o falsas contra el favorito de Jacobo VI y de Carlos I.

Cuando comparaba los crímenes públicos de este ministro, crímenes brillantes, crímenes europeos, si así se podía decir, con los crímenes privados y

desconocidos con que lo había cargado Milady, Felton encontraba que el más culpable de los dos hombres que en sí contenía Buckingham era aquel cuya vida no conocía el público. Es que su amor tan extraño, tan nuevo, tan ardiente, le hacía ver las acusaciones infames e imaginarias de lady de Winter como se ve a través de un cristal de aumento, en el estado de monstruos espantosos, los imperceptibles átomos en realidad comparados con una hormiga.

La rapidez de su carrera encendía aún su sangre: la idea de que detrás de sí dejaba, expuesta a una venganza espantosa, a la mujer que amaba o mejor, la que adoraba como a una santa, la emoción pasada, su fatiga presente, todo exaltaba su alma por encima de los sentimientos humanos.

Entró en Portsmouth hacia las ocho de la mañana; toda la población estaba en pie; el tambor batía en las calles y en el puerto; las tropas de embarque descendían hacia el mar.

Felton llegó al palacio del Almirantazgo cubierto de polvo y chorreando de sudor; su rostro, ordinariamente tan pálido, estaba púrpura de calor y de cólera. El centinela quiso rechazarlo; pero Felton llamó al jefe del puesto y sacó del bolso la carta de que era portador.

-Mensaje urgente de parte de lord de Winter -dijo.

Al nombre de lord de Winter, a quien se sabía uno de los íntimos de Su Gracia, el jefe del puesto dio la orden de dejar pasar a Felton, que por lo demás, llevaba el uniforme del oficial de marina.

Felton se precipitó en el palacio.

En el momento en que entraba en el vestíbulo entraba también un hombre lleno de polvo, sin aliento, dejando a la puerta un caballo de posta que al llegar cayó sobre sus rodillas.

Felton y él se dirigieron al mismo tiempo a Patrick, el ayuda de cámara de confianza del duque. Felton nombró al barón de Winter, el desconocido no quiso nombrar a nadie, y pretendió que sólo podía darse a conocer al duque. Los dos insistían para pasar uno antes que el otro.

Patrick, que sabía que lord de Winter estaba en tratos de servicio y en relaciones de amistad con el duque, dio preferencia a quien venía en su nombre. El otro fue obligado a esperar, y fue fácil ver cuánto maldecía aquel retraso.

El ayuda de cámara hizo atravesar a Felton una gran sala en la que esperaban los diputados de La Rochelle, encabezados por el príncipe de Soubise, y lo introdujo en un gabinete donde Buckingham, que salía del baño, acababa su aseo, al que en esta ocasión como en cualquier otra concedía una atención extraordinaria.

-El teniente Felton -dijo Patrick-, de parte de lord de Winter.

Felton entró. En aquel momento Buckingham arrojaba sobre un canapé una rica bata recamada de oro, para ponerse un jubón de terciopelo azul completamente bordado de perlas.

-¿Por qué no ha venido el propio barón? -preguntó Buckingham-. Lo esperaba esta mañana.

-Me ha encargado decir a Vuestra Gracia -respondió Felton que lamentaba mucho no tener ese honor, pero que se hallaba impedido por la custodia que está obligado a hacer del castillo.

-Sí, sí -dijo Buckingham-, ya sé eso, hay una prisionera.

-Precisamente de esa prisionera quería yo hablar a Vuestra Gracia-prosiguió Felton.

-¡Bien, hablad!

-Lo que tengo que deciros sólo puede ser oído de vos, milord.

-Dejadnos, Patrick -dijo Buckingham-, pero estad cerca de la campanilla; os llamaré en seguida.

Patrick salió.

-Estamos solos, señor -dijo Buckingham-; hablad.

-Milord -dijo Felton-, el barón de Winter os ha escrito el otro día para rogaros que firmaseis una orden de embarco relativa a una joven llamada Charlotte Backson.

-Sí, señor, y le he contestado que me trajera o me enviara esa orden y que yo la firmaría.

-Hela aquí, Milord.

-Dadme -dijo el duque.

Y tomándola de las manos de Felton, lanzó sobre el papel una ojeada rápida. Entonces, dándose cuenta de que era lo que se le había anunciado, la puso sobre la mesa, cogió una pluma y se dispuso a firmar.

-Perdón, milord -dijo Felton deteniendo al duque-, ¿Vuestra Gracia sabe que el nombre de Charlotte Backson no es el nombre verdadero de esa mujer?

-Sí, señor, lo sé -respondió el duque mojando la pluma en el tintero.

-¿Entonces Vuestra Gracia conoce su verdadero nombre? -preguntó Felton con voz cortada.

-Lo conozco.

El duque acercó la pluma al papel.

-Y conociendo ese nombre verdadero -prosiguió Felton-, ¿monseñor lo firmará?

-Claro que sí -dijo Buckingham-, y mejor dos veces que una.

-No puedo creer -continuó Felton con una voz que se hacía cada vez más cortante y brusca- que Su Gracia sepa que se trata de lady de Winter...

-¡Lo sé perfectamente, aunque estoy asombrado de que lo sepáis vos!

-¿Y Vuestra Gracia firmará esa orden sin remordimientos?

Buckingham miró al joven con altivez.

-Vaya, señor, ¿sabéis -le dijo- que me estáis haciendo preguntas extrañas y que soy muy tonto por responder a ellas?

-Respondedme, monseñor -dijo Felton-, la situación es más grave de lo que quizá penséis.

Buckingham pensó que el joven, viniendo de parte de lord de Winter, hablaba sin duda en su nombre y se sosegó.

-Sin ningún remordimiento -dijo-, y el barón sabe cómo yo que Milady de Winter es una gran culpable y que es casi otorgarle gracia militar su pena al destierro.

El duque posó su pluma sobre el papel.

-¡No firmaréis esa orden, milord! -dijo Felton dando un paso hacia el duque.

-¿Que no firmaré esta orden? -dijo Buckingham-. ¿Y por qué?

-Porque haréis examen de conciencia y haréis justicia a Milady.

-Se le hará justicia enviándola a Tyburn -dijo Buckingham-; Milady es una infame.

-Monseñor, Milady es un ángel, vos lo sabéis de sobra, y yo os exijo su libertad.

-¡Vaya! -dijo Buckingham-. Estáis loco al hablarme así.

-Milord, perdonadme; hablo como puedo; me contengo. Sin embargo, milord, pensad en lo que vais a hacer, ¡y tened cuidado con pasaros de la raya!

-¿Cómo?... ¡Dios me perdone! -exclamó Buckingham-. ¡Pero creo que me está amenazando!

-No, milord, aún ruego, y os digo: una gota de agua basta para hacer desbordarse el vaso lleno, una falta ligera puede atraer el castigo sobre la cabeza perdonada a pesar de tantos crímenes.

-Señor Felton -dijo Buckingham-, vais a salir de aquí y consideraros arrestado inmediatamente.

-Vais a escucharme hasta el final, milord. Habéis seducido a esa joven, la habéis ultrajado y mancillado: reparad vuestros crímenes para con ella, dejadla partir libremente; y no exigiré otra cosa de vos.

-¿Vos no exigiréis? -dijo Buckingham mirando a Felton con asombro y haciendo hincapié en cada una de las sílabas de las tres palabras que acababa de pronunciar.

-Milord -continuó Felton exaltándose a medida que hablaba-, milord, tened cuidado, toda Inglaterra está harta de vuestras iniquidades; milord, habéis abusado

del poder real que casi habéis usurpado; milord, habéis horrorizado a los hombres y a Dios; Dios os castigará más tarde, pero yo, yo os castigaré hoy.

-¡Ah! ¡Esto es demasiado fuerte! -grito Buckingham dando un paso hacia la puerta.

Felton le cerró el paso.

-Os lo pido humildemente -dijo-, firmad la orden de puesta en libertad de lady de Winter; pensad que es la mujer que habéis deshonrado.

-Retiraos, señor -dijo Buckingham-, o llamo y hago que os pongan cadenas.

-Vos no llamaréis -dijo Felton arrojándose entre el duque y la campanilla colocada sobre un velador incrustado de plata-; tened cuidado, milord, estáis entre las manos de Dios.

-En las manos del diablo, querréis decir -exclamó Buckingham alzando la voz para atraer a gente, sin llamar, sin embargo, directamente.

-Firmad, milord, firmad la libertad de lady de Winter -dijo Felton empujando un papel hacia el duque.

-¡A la fuerza! ¿Os burláis de mí? ¡Eh, Patrick!

-¡Firmad, milord!

-¡Jamás!

-¿Jamás?

-¡A mí! -gritó el duque, y al mismo tiempo saltó sobre su espada.

Pero Felton no le dio tiempo de sacarla: tenía abierto y oculto en su jubón el cuchillo con que se había herido Milady; de un salto estuvo sobre el duque.

En ese momento Patrick entraba en la sala gritando:

-¡Milord, una carta de Francia!

-¡De Francia! -exclamó Buckingham olvidando todo al pensar de quién le venía aquella carta.

Felton aprovechó el momento y le hundió en el costado el cuchillo hasta el mango.

-¡Ah, traidor! -gritó Buckingham-. Me has matado...

-¡Al asesino! -aulló Patrick.

Felton lanzó los ojos en torno a él para huir, y al ver la puerta libre se precipitó en la habitación vecina que era aquella donde esperaban, como hemos dicho, los diputados de La Rochelle, la atravesó corriendo y se precipitó hacia la escalera; pero en el primer escalón se encontró con lord de Winter, que al verlo pálido, extraviado, lívido, manchado de sangre en la mano y en el rostro, saltó a su cuello exclamando:

-¡Lo sabía lo había adivinado y llego un minuto tarde! ¡Oh, desgraciado de mí!

Al grito lanzado por el duque, a la llamada de Patrick, el hombre al que Felton había encontrado en la antecámara se precipitó en el gabinete.

Encontró al duque tumbado sobre un sofá, cerrando su herida con su mano crispada.

-La Porte -dijo el duque con voz moribunda-, La Porte, ¿vienes de su parte?

-Sí, monseñor -respondió el fiel servidor de Ana de Austria-, pero quizá demasiado tarde.

-¡Silencio, La Porte, podrían oírlos! Patrick, no dejéis entrar a nadie. ¡Oh, no llegaré a saber lo que me manda decir! ¡Dios mío, me muero!

Y el duque se desvaneció.

Sin embargo, lord de Winter, los diputados, los jefes de la expedición, los oficiales de la casa de Buckingham, habían irrumpido en su habitación; por todas partes sonaban gritos de desesperación. La nueva que llenaba el palacio de quejas y gemidos pronto se desparramó por doquier y se esparció por la ciudad.

Un cañonazo anunció que acababa de pasar algo nuevo e inesperado.

Lord de Winter se mesaba los cabellos.

-¡Un minuto tarde! -exclamó-. ¡Un minuto tarde! ¡Oh, Dios mío, Dios mío, qué desgracia!

En efecto, a las siete de la mañana habían ido a decirle que una escala de cuerda flotaba en una de las ventanas del castillo; había corrido al punto a la habitación de Milady, había encontrado la habitación vacía y la ventana abierta los barrotes serrados, se había acordado de la recomendación verbal que le había hecho transmitir D'Artagnan por su mensajero, había temblado por el duque, y

corriendo a la cuadra, sin perder tiempo siquiera de hacer ensillar su caballo, había saltado sobre el primero que encontró, había corrido a galope tendido y, saltando a tierra en el patio, había subido precipitadamente la escalera, y en el primer escalón se había encontrado, como hemos dicho, con Felton.

Sin embargo, el duque no estaba muerto; volvió en sí, abrió los ojos y la esperanza volvió a todos los corazones.

-Señores -dijo- dejadme solo con Patrick y La Porte.

-¡Ah, sois vos, de Winter! Esta mañana me habéis enviado un singular loco, ved el estado en que me ha puesto.

-¡Oh, milord! -exclamó el barón-. No me consolaré nunca.

-Y cometerás un error, mi querido de Winter -dijo Buckingham tendiéndole la mano-. No sé de ningún hombre que merezca ser lamentado durante toda la vida por otro hombre; más déjanos, te lo ruego.

El barón salió sollozando.

No se quedaron en el gabinete más que el duque herido, La Porte y Patrick.

Se buscaba a un médico, al que no podían encontrar.

-Viviréis, milord, viviréis -repetía de rodillas ante el sofá del duque el mensajero de Ana de Austria.

-¿Qué me escribía ella? -dijo débilmente Buckingham chorreando sangre y dominando, para hablar de aquella a la que amaba, atroces dolores-. ¿Que me escribía ella? Léeme su carta.

-¡Oh, milord! -dijo La Porte.

-Obedece, La Porte; ¿no ves que no tengo tiempo que perder?

La Porte rompió el sello y puso el pergamino bajo los ojos del duque; más Buckingham trató en vano de distinguir la escritura.

-Lee, pues -dijo-, lee, yo no veo ya; lee, porque pronto quizá no oiga y moriré entonces sin saber lo que me ha escrito.

La Porte no puso más dificultades, y leyó:

«Milord:

Por cuanto he sufrido de vos y por vos desde que os conozco, os conjuro, si tenéis alguna preocupación por mi descanso, que interrumpáis el gran armamento que hacéis contra Francia y ceséis una guerra de la que en voz alta se dice que la religión es la causa visible, y en voz baja que vuestro amor por mí es la causa oculta. Esta guerra no sólo puede acarrear a Francia y a Inglaterra grandes catástrofes, sino incluso a vos, milord, desgracias de las que nunca me consolaré.

Velad por vuestra vida, que amenazan y que me será cara en el momento en que no esté obligada a ver en vos un enemigo.

Vuestra afectísima,

Ana.»

Buckingham reunió los restos de su vida para escuchar esta lectura; luego, cuando hubo terminado, como si hubiera encontrado en aquella carta un amargo desencanto:

-¿No tenéis otra cosa que decirme de viva voz, La Porte? -preguntó.

-Sí, monseñor: la reina me había encargado deciros que velaseis por vos, porque había recibido el aviso que os querían asesinar.

-¿Y eso es todo, eso es todo? -prosiguió Buckingham con impaciencia.

-También me había encargado deciros que os amaré siempre.

-¡Ah! -dijo Buckingham- ¡Dios sea loado! Mi muerte no será para ella la muerte de un extraño...

La Porte se fundió en lágrimas.

-Patrick -dijo el duque-, traedme el cofre donde estaban los herretes de diamantes.

Patrick trajo el objeto pedido, que La Porte reconoció por haber pertenecido a la reina.

-Ahora, la bolsita de satén blanco, donde están bordadas en perlas sus iniciales.

Patrick volvió a obedecer.

-Mirad, La Porte -dijo Buckingham-, estas son las únicas prendas que tengo de ella, este cofre de plata y estas dos cartas. Las devolvéis a Su Majestad; y como último recuerdo... -buscó a su alrededor algún objeto precioso- añadiréis...

Siguió buscando; pero sus miradas oscurecidas por la muerte no encontraron más que el cuchillo caído de las manos de Felton echando aún el vaho de la sangre bermeja extendida en la hoja.

-Y añadiréis este cuchillo -dijo el duque apretando la mano de La Porte.

Aún pudo poner la bolsita en el fondo del cofre de plata, dejó caer allí el cuchillo haciendo seña a La Porte de que no podía ya hablar; luego, en la última convulsión, para la cual esta vez no tenía fuerzas ya de combatir, se deslizó del sofá al suelo.

Patrick lanzó un grito.

Buckingham quiso sonreír por última vez; pero la muerte detuvo su pensamiento, que quedó grabado sobre su frente como un último beso de amor.

En aquel momento el médico del duque llegó completamente espantado; estaba ya a bordo del bajel almirante, habían tenido que ir a buscarlo allí.

Se acercó al duque, cogió su mano, la conservó un instante en la suya y la dejó caer.

-Todo es inútil -dijo-, está muerto.

-¡Muerto, muerto! -exclamó Patrick.

Ante este grito toda la multitud entró en la sala, y por doquiera no hubo más que consternación y tumulto.

Tan pronto como lord de Winter vio a Buckingham muerto, corrió a por Felton, a quien los soldados seguían custodiando en la terraza del palacio.

-¡Miserable! -dijo al joven que desde la muerte de Buckingham había encontrado aquella calma y aquella sangre fría que ya no iban a abandonarlo-.
¡Miserable! ¿Qué has hecho?

-Me he vengado -dijo.

-¡Tú! -dijo el barón-. Di que has servido de instrumento a esa maldita mujer; pero, te lo juro, este crimen será su último crimen.

-No sé lo que queréis decir -contestó tranquilamente Felton-, e ignoro de quién queréis hablar, milord: he matado al señor de Buckingham porque ha rehusado en dos ocasiones, a vos mismo, nombrarme capitán: lo he castigado por su injusticia, eso es todo.

De Winter, estupefacto, miraba a las personas que ataban a Felton y no sabía qué pensar de semejante sensibilidad.

Una sola cosa ponía, sin embargo, una nube sobre la frente pura de Felton. A cada ruido que oía, el ingenuo puritano creía reconocer los pasos y la voz de Milady viniendo a arrojarse en sus brazos para acusarse y perderse con él.

De pronto se estremeció, su mirada se fijó en un punto del mar, que desde la terraza en que se encontraba se dominaba completamente; con aquella mirada de águila de marino había reconocido, allí donde otro no hubiera visto más que una gaviota balanceándose sobre las olas, la vela de la balandra que se dirigía a las costas de Francis.

Palideció, se llevó la mano al corazón, que se rompía, y comprendió toda la traición.

-Una última gracia, milord -le dijo al barón.

-¿Cuál? -preguntó éste.

-¿Qué hora es?

El barón sacó su reloj.

-Las nueve menos diez -dijo.

Milady había adelantado su partida una hora y media; desde que oyó el cañonazo que anunciaba el fatal suceso, había dado la orden de elevar el ancla.

El barco bogaba bajo un cielo azul a gran distancia de la costa.

-Dios lo ha querido -dijo Felton con la resignación del fanático, pero sin poder, sin embargo, separar los ojos de aquel esquife a bordo del cual creía sin duda distinguir el blanco fantasma de aquella a quien su vida iba a ser sacrificada.

De Winter siguió su mirada, interrogó su sufrimiento y adivinó todo.

-Sé castigado solo primero, miserable -dijo lord de Winter a Felton, que se dejaba arrastrar con los ojos vueltos hacia el mar-; pero lo juro, por la memoria de mi hermano a quien tanto amé, que tu cómplice no se ha salvado.

Felton bajó la cabeza sin pronunciar una palabra.

En cuanto a de Winter, bajó rápidamente la escalera y se dirigió al puerto.



Capítulo LX

En Francia

El primer temor del rey de Inglaterra, Carlos I, al enterarse de esta muerte, fue que una noticia terrible desalentase a los rochelletes; trató, dice Richelieu en sus Memorias, de ocultársela el mayor tiempo posible, haciendo cerrar los puertos por todo su reino y teniendo especial cuidado de que ningún bajel saliese hasta que el ejército que Buckingham aprestaba hubiera partido, encargándose él mismo, a falta de Buckingham, de supervisar la marcha.

Llevó incluso la severidad de esta orden hasta mantener en Inglaterra al embajador de Dinamarca, que se había despedido, y al embajador ordinario de Holanda, que debía llevar al puerto de Flessingue los navíos de Indias que Carlos I había hecho devolver a las Provincias Unidas.

Mas como pensó dar esta orden sólo cinco horas después del suceso, es decir, a las dos de la tarde, ya habían salido del puerto dos navíos: el uno llevando, como sabemos, a Milady, la cual, sospechando ya el acontecimiento, fue confirmada en su creencia al ver el pabellón negro desplegar en el mástil del bajel almirante.

En cuanto al segundo navío, más tarde diremos a quién llevaba y cómo partió.

Durante este tiempo, por lo demás, nada nuevo en el campo de La Rochelle; sólo el rey, que se aburría mucho, como siempre, pero quizá aún un poco más en el campamento que en otra parte, resolvió ir de incógnito a pasar las fiestas de San Luis a Saint-Germain, y pidió al cardenal hacerle preparar una escolta de veinte mosqueteros solamente. El cardenal, a quien a veces ganaba el aburrimiento del rey, concedió con gran placer aquel permiso a su real lugarteniente, que prometió estar de regreso hacia el 15 de septiembre.

El señor de Tréville avisado por Su Eminencia, hizo su maletín de grupa, y como, sin saber el motivo, conocía el vivo deseo a incluso la imperiosa necesidad

que sus amigos tenían de volver a Paris, los designó, por supuesto, para formar parte de la escolta.

Los cuatro jóvenes supieron la noticia un cuarto de hora después que el señor de Tréville, porque fueron los primeros a quienes se la comunicó. Fue entonces cuando D'Artagnan apreció el favor que le había otorgado el cardenal al hacerle formar parte por fin de los mosqueteros: sin esta circunstancia, se habría visto obligado a permanecer en el campamento mientras sus compañeros partían.

Más tarde se verá que esta impaciencia de dirigirse a Paris tenía por causa el peligro que debía correr la señora Bonacieux al encontrarse en el convento de Béthune con Milady, su enemiga mortal. Por eso, como hemos dicho, Aramis había escrito inmediatamente a Marie Michon, aquella costurera de Tours que tan buenos conocimientos tenía, para que obtuviese que la reina diese autorización a la señora Bonacieux de salir del convento y retirarse bien a Lorraine, bien a Bélgica. La respuesta no se había hecho esperar, y ocho o diez días después, Aramis había recibido esta carta:

«Mi querido primo:

Aquí va la autorización de mi hermana para retirar a nuestra pequeña criada del convento de Béthune, cuyo aire vos pensáis que es malo para ella. Mi hermana os envía esta autorización con gran placer, porque quiere mucho a esa muchacha, a la que se reserva serle útil más tarde.

Os abrazo,

Marie Michon.»

A esta carta iba unida una autorización así concebida:

«La superiora del convento de Béthune entregará a la persona que le entregue este billete la novicia que entró en su convento bajo mi recomendación y patronazgo.

En el Louvre, el 10 de agosto de 1628.

Anne.»

Como se comprenderá, estas relaciones de parentesco entre Aramis y una costurera que llamaba a la reina hermana suya habían amenizado la cháchara de los jóvenes; pero Aramis, después de haberse ruborizado dos o tres veces hasta el blanco de los ojos ante las gruesas bromas de Porthos, había rogado a sus amigos que no volvieran a tocar el tema, declarando que si se le volvía a decir una sola palabra, no imploraría más a su prima como intermediaria en este tipo de asuntos.

No volvió, pues, a tratarse de Marie Michon entre los cuatro mosqueteros, que, por otra parte, teman lo que querían: la orden de sacar a la señora Bonacieux del convento de las Carmelitas de Béthune. Es cierto que esta orden no les serviría de gran cosa mientras estuvieran en el campamento de La Rochelle, es decir, en la otra esquina de Francia; por eso D'Artagnan iba a pedir un permiso al señor de Tréville, confiándole buenamente la importancia de su partida, cuando le fue transmitida esta buena nueva tanto a él como a sus tres compañeros: que el rey iba a partir para Paris con una escolta de veinte mosqueteros, y que ellos formaban parte de la escolta.

La alegría fue grande. Enviaron a los criados por delante con los equipajes, y partieron el 16 por la mañana.

El cardenal condujo a Su Majestad de Surgères a Mauzé, y allí el rey y su ministro se despidieron uno de otro con grandes demostraciones de amistad.

Sin embargo, el rey, que buscaba distracción, aunque caminando lo más deprisa que le era posible, porque deseaba llegar a Paris para el 23, se detenía de vez en cuando para cazar la picaza, pasatiempo cuyo gusto le fuera inspirado antaño por De Luynes, y por el que siempre había conservado gran predilección.

De los veinte mosqueteros, dieciséis, cuando eso ocurría, se alegraban del descanso; pero otros cuatro maldecían cuanto podían. D'Artagnan, sobre todo, tenía zumbidos perpetuos en las orejas, cosa que Porthos explicaba así:

-Una gran dama me enseñó que eso quiere decir que se habla de vos en alguna parte.

Finalmente, la escolta cruzó Paris el 23 por la noche; el rey dio las gracias al señor de Tréville, y le permitió distribuir permisos por cuatro días, a condición de que ninguno de los favorecidos apareciese en algún lugar público, so pena de la Bastilla.

Los cuatro primeros permisos otorgados, como se supondrá, fueron para nuestros cuatro amigos. Es más, Athos obtuvo del señor de Tréville seis días en lugar de cuatro a hizo añadir a estos seis días dos noches de más, porque partieron el 24, a las cinco de la mañana, y, por complacencia aún, el señor de Tréville posdató el permiso hasta el 25 por la mañana.

-Dios mío -decía D'Artagnan, que como se sabe nunca dudaba de nada-, me parece que ponemos muchas pegas a una cosa bien simple: en dos días, y reventando dos o tres caballos (poco me importa: tengo dinero), estoy en Béthume, entrego la carta de la reina a la superiora, y dejo al querido tesoro que voy a buscar no en Lorraine, tampoco en Bélgica, sino en Paris, donde estará mejor oculto, sobre todo mientras el señor cardenal esté en La Rochelle. Luego, una vez de retorno a la campaña, mitad por la protección de su prima, mitad por el favor de lo que personalmente hemos hecho por ella, obtendremos de la reina cuanto queramos. Quedaos, pues, aquí, no os agotéis de fatiga inútilmente: yo y Planchet, es todo cuanto se necesita para una expedición tan simple.

A lo cual Athos respondió tranquilamente.

-También nosotros tenemos dinero; porque aún no he bebido completamente el resto del diamante, y Porthos y Aramis no se lo han comido todo. Reventaremos, por tanto, cuatro caballos mejor que uno. Más pensad, D'Artagnan -dijo con una voz tan sombría que su acento dio escalofríos al joven-, pensad que Béthune es una villa donde el cardenal ha citado a una mujer que por doquiera que va lleva la des-

gracia consigo. Si no tuvierais que habéros las más que con cuatro hombres, D'Artagnan, os dejaría ir solo; tenéis que habéros las con esa mujer, vayamos los cuatro, y pliega al cielo que con nuestros cuatro criados seamos en número suficiente.

-Me asustáis, Athos -exclamó D'Artagnan-. ¿Qué teméis, pues, Dios mío?

-¡Todo! -respondió Athos.

D'Artagnan examinó los rostros de sus compañeros, que, como el de Athos, llevaban la huella de una inquietud profunda, y continuaron camino al mayor trote que podían los caballos, pero sin añadir una sola palabra.

El 25 por la noche, cuando entraban en Arras, y cuando D'Artagnan acababa de echar pie a tierra en el albergue de la Herse d'Or para beber un vaso de vino un caballero salió del patio de la posta, donde acababa de hacer el relevo tomando a todo galope, y con un caballo fresco, el camino de Paris. En el momento en que pasaba del portalón a la calle, el viento entreabrió la capa en que estaba envuelto, aunque fuese el mes de agosto, y se llevó su sombrero, que el viajero retuvo con su mano en el momento en que ya había abandonado su cabeza, y lo hundió rápidamente hasta los ojos.

D'Artagnan, que tenía fijos los ojos sobre aquel hombre, palideció y dejó caer su vaso.

-¿Qué os ocurre, señor?... -dijo Planchet-. ¡Eh, eh! Acudid, señores, que mi amo se encuentra mal.

Los tres amigos acudieron y encontraron a D'Artagnan que, en lugar de encontrarse mal, corría hacia su caballo. Lo detuvieron en el umbral.

-¡Eh! ¿Dónde diablos vas as? -le gritó Athos.

-¡Es él! -exclamó D'Artagnan, pálido de cólera y con el sudor sobre la frente-.

¡Es él! ¡Dejadme que le siga!

-Pero él, ¿quién? -preguntó Athos.

-El, ese hombre.

-¿Qué hombre?

-Ese hombre maldito, mi genio malo, a quien he visto siempre cuando estaba amenazado por alguna desgracia; el que acompañaba a la horrible mujer cuando la encontré por primera vez, aquel a quien buscaba cuando provoqué a Athos, aquél a quien vi la mañana del día en que la señora Bonacieux fue raptada. ¡El hombre de Meung! ¡Lo he visto, es él! ¡Lo he reconocido cuando el viento ha entreabierto su capa!

-¡Diablos! -dijo Athos pensativo.

-A caballo, señores, a caballo, persigámoslo y lo alcanzaremos.

-Querido -dijo Aramis-, pensad que él va hacia el lado opuesto al que nosotros vamos; que tiene un caballo fresco y que nuestros caballos están fatigados; que, por consiguiente, reventaremos nuestros caballos sin tener siquiera la posibilidad de alcanzarlo. Dejemos al hombre, D'Artagnan, salvemos a la mujer.

-¡Eh, señor! -gritó un mozo de cuadra corriendo tras el desconocido-. ¡Eh, señor, se os ha caído del sombrero este papel! ¡Eh, señor, eh!

-Amigo -dijo D'Artagnan-, media pistola por ese papel.

-Con mucho gusto, señor; aquí lo tenéis.

El mozo de cuadra, encantado del buen día que había hecho, regresó al patio del hostal; D'Artagnan desplegó el papel.

-¿Y bien? -preguntaron sus amigos rodeándolo.

-¡Nada más que una palabra! -dijo D'Artagnan.

-Sí -dijo Aramis-, pero ese nombre es un nombre de villa o de aldea.

-Armentières -leyó Porthos-. Armentières, no conozco eso.

-¡Y ese nombre de villa o de aldea está escrito de su mano! -exclamó Athos.

-Vamos, vamos, guardemos cuidadosamente este papel -dijo D'Artagnan-, quizá no haya perdido mi última pistola. A caballo, amigos míos, a caballo.

Y los cuatro compañeros se lanzaron al galope por la ruta de Béthune.



Capítulo LXI

El convento de las Carmelitas de Béthune

Los grandes criminales llevan con ellos una especie de predestinación que los hace superar todos los obstáculos, que los hace escapar de todos los peligros, hasta el momento en que la Providencia, cansada, ha marcado por escollo de su fortuna impía.

Así ocurría con Milady; pasó a través de los cruceros de las dos naciones, y arribó a Boulogne sin ningún accidente.

Y si al desembarcar en Portsmouth Milady era una inglesa a quienes las persecuciones de Francia echaban de La Rochelle, al desembarcar en Boulogne, tras dos días de travesía, se hizo pasar por una francesa a quien los ingleses molestaban en Portsmouth, por el odio que habían concebido contra Francia.

Milady tenía por otro lado el más eficaz de los pasaportes: su belleza, su gran aspecto y la generosidad con que repartía las pistolas. Eximida de las formalidades de costumbre por la sonrisa afable y las maneras galantes de un viejo gobernador del puerto que le besó la mano, no se quedó en Boulogne más que el tiempo de poner en la posta una carta concebida en estos términos:

«A Su Eminencia Monseñor el Cardenal de Richelieu, en su campamento ante La Rochelle.

Monseñor que Vuestra Eminencia se tranquilice; Su Gracia el duque de Buckingham no partirá hacia Francia.

Boulogne, 25 por la noche.

Milady *** . »

«P. S. Según los deseos de Vuestra Eminencia, me dirijo al convento de las Carmelitas de Béthune, donde esperaré sus órdenes. »

Efectivamente, aquella misma noche Milady se puso en camino; la cogió la noche: se detuvo y durmió en un albergue; luego, al día siguiente, a las cinco de la mañana, partió, y tres horas después entró en Béthune.

Se hizo indicar el convento de las Carmelitas, y entró en él al punto.

La superiora vino ante ella: Milady le mostró la orden del cardenal, la abadesa le hizo dar la habitación y servir de desayunar.

Todo el pasado se había borrado ya a los ojos de esta mujer, y, con la mirada puesta en el porvenir, no veía más que la alta fortuna que le reservaba el cardenal, a quien tan felizmente había servido, sin que su nombre se hubiera mezclado para nada con aquel sangriento asunto. Las pasiones siempre nuevas que la consumían daban a su vida las apariencias de esas nubes que vuelan en el cielo, reflejando tan pronto el azul, tan pronto el fuego, tan pronto el negro opaco de la tempestad, y que no dejan más rastros sobre la tierra que la devastación y la muerte.

Tras el desayuno, la abadesa vino a visitarla: hay pocas distracciones en el claustro, y la buena superiora tenía prisa por trabar conocimiento con su nueva pensionista.

Milady quería agradar a la abadesa; ahora bien, era cosa fácil para aquella mujer tan realmente superior; trató de ser amable: fue encantadora y sedujo a la buena superiora por su conversación tan variada y por las gracias esparcidas en toda su persona.

A la abadesa, que era una hija de la nobleza, le gustaban sobre todo las historias de corte, que rara vez llegan hasta las extremidades del reino y que, sobre todo, tanto les cuesta franquear los muros de los conventos, a cuyo umbral vienen a expirar los rumores mundanales.

Milady, por el contrario, estaba muy al corriente de todas las intrigas aristocráticas, en medio de las cuales había vivido constantemente desde hacía cinco o seis años; se puso, pues, a entretener a la buena abadesa con las prácticas

mundanas de la corte de Francia, mezcladas a las devociones extremadas del rey, le hizo la crónica escandalosa de los señores y las damas de la corte, que la abadesa conocía perfectamente de nombre, tocó de refilón los amores de la reina y de Buckingham, hablando mucho para que se hablase poco.

Más la abadesa se contentó con escuchar todo y sonreír sin responder. Sin embargo, como Milady vio que este género de relato le divertía mucho, continuó; sólo que hizo recaer la conversación sobre el cardenal.

Pero se hallaba en apuros: ignoraba si la abadesa era realista o cardenalista: se mantuvo en un punto medio prudente; pero la abadesa, por su parte, se mantuvo en una reserva más prudente aún, contentándose con hacer una profunda inclinación de cabeza todas las veces que la viajera pronunciaba el nombre de Su Eminencia.

Milady comenzó a creer que se aburriría mucho en el convento; resolvió, pues, arriesgar algo para saber luego a qué atenerse. Queriendo ver hasta dónde iría la discreción de aquella buena abadesa, se puso a hablar mal, muy disimulado primero, luego más circunstanciado, del cardenal, contando los amores del ministro con la señora de D'Aiguillon, con Marion de Lorme y con algunas otras mujeres galantes.

La abadesa escuchó más atentamente, se animó poco a poco y sonrió.

-Bueno -se dijo Milady-, le toma gusto a mi discurso; si es cardenalista, no pone mucho fanatismo que digamos.

Luego pasó a las persecuciones ejercidas por el cardenal sobre sus enemigos. La abadesa se contentó con persignarse, sin aprobar ni desaprobar.

Esto confirmó a Milady en su opinión de que la religiosa era más realista que cardenalista. Milady continuó, ponderando cada vez más.

-Soy muy ignorante en todas estas materias -dijo por fin la abadesa-, pero por alejadas que estemos de la corte, por marginadas y apartadas de los intereses del mundo tenemos ejemplos muy tristes de cuanto nos contáis, y una de nuestras pensionistas ha sufrido muchas venganzas y persecuciones del señor cardenal.

-Una de vuestras pensionistas -dijo Milady-. ¡Oh, Dios mío, pobre mujer! La compadezco entonces.

-Y tenéis razón, porque es muy de compadecer: prisión, amenazas, malos tratos, ha sufrido todo. Pero después de todo -prosiguió la abadesa-, quizá el señor cardenal tuviera motivos plausibles para actuar así, y aunque ella tiene el aire de un ángel, no hay que juzgar siempre a las personas por el aspecto.

«Bueno -se dijo Milady-, quién sabe; quizá voy a descubrir algo aquí, estoy en vena. »

Y se dedicó a dar a su rostro una expresión de candor perfecta.

-¡Ay! -dijo Milady-. Yo lo sé; se dice que no hay que creer en las fisonomías; pero ¿en qué creer entonces, si no es en la más bella obra del Señor? En cuanto a mí, quizá esté equivocada toda mi vida; pero me fiaré siempre de una persona cuyo rostro me inspire simpatía.

-¿Seríais tentada, pues, de creer que esta joven es inocente? -dijo la abadesa.

-El señor cardenal no castiga sólo los crímenes -dijo ella-; hay ciertas virtudes que persigue con más severidad que ciertas fechorías.

-Permitidme, señora, expresaros mi extrañeza -dijo la abadesa.

-Y ¿de qué? -preguntó Milady con ingenuidad.

-Del lenguaje que tenéis.

-¿Qué encontráis de sorprendente en este lenguaje? -preguntó Milady sonriendo.

-Vois sois amiga del cardenal, puesto que os envía aquí, y sin embargo...

-Y, sin embargo, hablo mal de él -prosiguió Milady, acabando el pensamiento de la superiora.

-Al menos no habláis bien.

-Es que yo no soy su amiga -dijo ella suspirando-, sino su víctima.

-Pero, sin embargo, ¿esa carta por la que os recomienda a mí?

-Es una orden contra mí de mantenerme en una especie de prisión de la que me hará sacar por algunos de sus satélites.

-Mas ¿por qué no habéis huido?

-¿Dónde iría? ¿Creéis que hay un lugar en la tierra que no pueda alcanzar el cardenal si quiere molestarme en tender la mano? Si yo fuera hombre, en rigor, todavía sería posible; pero mujer, ¿qué queréis que haga una mujer? Esa joven pensionista que tenéis aquí, ¿ha tratado de huir?

-No, cierto, pero ella es otra cosa, creo que está retenida en Francia por algún amor.

-Entonces -dijo Milady con un suspiro-, si ama no es completamente desgraciada.

-¿O sea -dijo la abadesa mirando a Milady con interés creciente-, que lo que estoy viendo es también una pobre perseguida?

-¡Ay, sí! -dijo Milady.

La abadesa miró un instante a Milady con inquietud, como si un nuevo pensamiento surgiese en su mente.

-¿Vos no sois enemiga de nuestra santa fe? -dijo ella balbuceando.

-¡Yo! -exclamó Milady-. ¿Yo protestante? ¡Oh, no, pongo por testigo al Dios que nos oye de que, por el contrario, soy ferviente católica!

-Entonces -dijo la abadesa sonriendo-, tranquilizaos; la casa en que estáis no será una prisión muy dura, y haremos todo lo necesario para haceros amar la cautividad. Hay más, encontraréis aquí a esa joven perseguida sin duda a consecuencia de alguna intriga cortesana. Es amable, graciosa.

-¿Cómo la llamáis?

-Me ha sido recomendada por alguien situado muy arriba, bajo el nombre de Kitty. No he tratado de saber su otro nombre.

-¡Kitty! -exclamó Milady-. ¿Cómo? ¿Estáis segura?

-¿Que se hace llamar así? Sí, señora. ¿La conoceríais?

Milady sonrió para sí misma y ante la idea que le había venido de que aquella mujer pudiera ser su antigua doncella. Al recuerdo de esta joven se mezclaba un recuerdo de cólera, y un deseo de venganza había alterado los rasgos de Milady,

que, por lo demás, casi al punto adoptaron la expresión calma y benévola que esta mujer de cien rostros les había hecho perder momentáneamente.

-¿Y cuándo podré ver a esa joven dama, por la que siento una simpatía tan grande? -preguntó Milady.

-Pues esta noche -dijo la abadesa-, hoy mismo. Pero habéis viajado durante cuatro horas, como vos misma me habéis dicho; esta mañana os habéis levantado a las cinco, debéis necesitar descanso. Acostaos y dormid, a la hora de la cena os despertaremos.

Aunque Milady hubiera podido prescindir muy bien del sueño, sostenida como estaba por todas las excitaciones que una nueva aventura hacía experimentar a su corazón ávido de intrigas, no por eso dejó de aceptar el ofrecimiento de la superiora: desde hacía doce o quince días había pasado por tantas emociones diversas que, aunque su cuerpo de hierro podía aún soportar la fatiga, su alma necesitaba reposo.

Se despidió, pues, de la abadesa y se acostó, dulcemente acunada por las ideas de venganza que naturalmente le había traído el nombre de Ketty. Recordaba aquella promesa casi ilimitada que le había hecho el cardenal si triunfaba en su empresa. Había triunfado; podría, pues, vengarse de D'Artagnan.

Sólo una cosa espantaba a Milady: era el recuerdo de su marido, el conde de La Fère, a quien había creído muerto o al menos expatriado, y que ahora volvía a encontrar bajo el nombre de Athos, el mejor amigo de D'Artagnan.

Pero, también, si era amigo de D'Artagnan, había debido prestarle ayuda en todas las intrigas, con ayuda de las cuales la reina había desbaratado los proyectos de Su Eminencia; si era amigo de D'Artagnan, era enemigo del cardenal, y sin duda conseguiría ella envolverlo en la venganza en cuyos pliegues contaba con ahogar al joven mosquetero.

Todas estas esperanzas eran dulces pensamientos para Milady; por eso, acunada por ellos, se durmió al punto. .

Fue despertada por una voz dulce que resonó al pie de su cama. Abrió los ojos y vio a la abadesa acompañada de una joven de cabellos rubios, de tez delicada, que fijaba sobre ella una mirada llena de benevolente curiosidad.

El rostro de aquella joven le era completamente desconocido: las dos se examinaron con una atención escrupulosa, al tiempo que cambiaban los saludos de uso; las dos eran muy bellas, pero de belleza completamente distinta. Sin embargo, Milady sonrió al reconocer que aventajaba con mucho a la joven mujer en clase y modales aristocráticos. Es cierto que el hábito de novicia que llevaba la joven no era muy ventajoso para sostener una lucha de este género.

La abadesa las presentó una a otra; luego, cuando fue cumplida esta formalidad, como sus deberes la llamaban a la iglesia, dejó a las dos jóvenes mujeres solas.

La novicia, al ver a Milady acostada, quería seguir a la superiora, más Milady la retuvo.

-¿Cómo señora? -le dijo ella-. ¿Apenas os he visto y ya queréis privarme de vuestra presencia, con la cual, sin embargo, contaba yo, os lo confieso, para el tiempo que tengo que pasar aquí?

-No, señora -respondió la novicia- sólo que temía haber escogido mal el momento; dormid, estáis fatigada.

-Bueno -dijo Milady-, ¿qué pueden pedir las personas que duermen? Un buen despertar. Este despertar vos me lo habéis dado; dejadme gozar de él a mi gusto.

Y cogiéndole la mano, la atrajo sobre un sillón que estaba junto a su lecho.

La novicia se sentó.

-¡Dios mío -dijo ella-, qué desgraciada soy! Hace ya seis meses que estoy aquí, sin la sombra de una distracción; llegáis vos, vuestra presencia iba a ser para mí una compañía encantadora, y he aquí que lo más probable es que de un momento a otro vaya a dejar el convento.

-¡Cómo! -dijo Milady-. ¿Os marcháis en seguida?

-Al menos eso espero -dijo la novicia con una expresión de alegría que no trataba de disfrazar por nada del mundo.

-Creo haber entendido que habéis sufrido por parte del cardenal -continuó Milady-; hubiera sido un motivo más de simpatía entre nosotras.

-Ya me lo ha dicho nuestra buena madre. ¿Es, por tanto, verdad que también vos erais una víctima de ese malvado cardenal?

-¡Chiss! -dijo Milady-. Incluso aquí no hablemos así de él; todas mis desgracias proceden de haber dicho más de lo que vos acabáis de decir, delante de una mujer a quien yo creía amiga mía y que me ha traicionado. Y vos, ¿sois también vos víctima de una traición?

-No -dijo la novicia-, sino de mi desvelo por una mujer a la que yo quería, por quien hubiera dado mi vida, por la que aún la daría.

-Y que os ha abandonado, ¿no es eso?

-He sido lo bastante injusta para creerlo, pero desde hace dos o tres días he obtenido prueba de lo contrario, y se lo agradezco a Dios; me habría costado creer que me había olvidado. Pero vos, señora -continuó la novicia- me parece que estáis libre, y que si quisierais huir, no dependería más que de vos.

-¿Dónde queréis que vaya sin amigos, sin dinero, en una parte de Francia que no conozco, adonde no he venido nunca?...

-¡Oh! -exclamó la novicia-. En cuanto a amigos, los tendréis por todas partes donde os mostréis. Parecéis tan buena y sois tan bella...

-Esto no me impide -prosiguió Milady endulzando su sonrisa de manera que le daba una expresión angelical- que yo esté sola y perseguida.

-Escuchad -dijo la novicia-, hay que tener esperanza en el cielo, como veis; siempre viene en el momento en que el bien que se ha hecho defiende nuestra causa ante Dios, y mirad, quizá sea una suerte para vos, por humilde y sin poder que yo sea, que me hayáis encontrado; porque si yo salgo de aquí, pues bien, tendré algunos amigos poderosos que, después de haberse puesto en campaña por mí, podrán también ponerse en campaña por vos.

-¡Oh! Cuando he dicho que estaba sola -dijo Milady, esperando hacer hablar a la novicia hablando de ella misma-, no es por falta de tener algunos conocimientos situados arriba; pero estos conocimientos tiemblan ante el cardenal: la reina misma

no se atreve a sostener a alguien contra el cardenal; tengo pruebas de que su majestad, pese a su excelente corazón, ha sido obligada más de una vez a abandonar a la cólera de Su Eminencia a personas que la habían servido.

-Creedme, señora, la reina puede parecer haber abandonado a esas personas; pero no hay que creer en las apariencias; cuanto más perseguidas son, más piensa en ellas, y con frecuencia, en el momento en que ellas menos lo piensan, tienen pruebas de su buen recuerdo.

-¡Ay! -dijo Milady-. Lo creo. Es tan buena la reina...

-¡Oh, entonces conocéis a esa bella y noble reina, puesto que habláis así!
-exclamó la novicia con entusiasmo.

-Es decir -replicó Milady, acorralada en sus posiciones-, a ella personalmente no tengo el honor de conocerla; pero conozco a buen número de sus amigos más íntimos: conozco al señor de Putange, he conocido en Inglaterra al señor Dujart, conozco al señor de Tréville.

-¡El señor de Tréville! -exclamó la novicia-. ¿Conocéis al señor de Tréville?

-Sí, perfectamente, mucho incluso.

-¿El capitán de los mosqueteros del rey?

-El capitán de los mosqueteros del rey.

-¡Oh, vais a ver -exclamó la novicia- cómo dentro de un momento vamos a ser muy conocidas, casi amigas! Si conocéis al señor de Tréville habréis debido ir a su casa.

-¡Con frecuencia! -dijo Milady, que una vez entrada en esta vía y dándose cuenta de que la mentira triunfaba, quería llevarla hasta el final.

-En su casa habréis debido ver a algunos de sus mosqueteros...

-¡A todos los que habitualmente recibe! -respondió Milady, para quien esta conversación empezaba a tener un interés real.

-Nombradme a algunos de los que vos conozcáis y veréis que estarán entre mis amigos.

-Conozco -dijo Milady embarazada- al señor de Louvigny, al señor de Courtivron, al señor de Férussac.

La novicia la dejó decir; luego, viendo que se detenía:

-¿Y no conocéis -le dijo- a un gentilhomme llamado Athos?

Milady se puso tan pálida como las sábanas entre las que se acostaba, y por dueña que fuera de sí misma no pudo impedirle lanzar un grito cogiendo la mano de su interlocutora y devorándola con la mirada.

-¿Qué, qué os ocurre? ¡Oh, Dios mío! -preguntó aquella pobre mujer-. ¿He dicho algo que os haya herido?

-No, pero ese nombre me ha sorprendido porque también yo he conocido a ese gentilhomme, y porque me parece extraño encontrar a alguien que le conozca mucho.

-¡Oh, sí, mucho, no solamente a él, sino también a sus amigos, los señores Porthos y Aramis!

-De veras, también a ellos los conozco -exclamó Milady, que sintió el frío penetrar hasta su corazón.

-Pues bien, si los conocéis, debéis saber que son buenos y francos compañeros. ¿Por qué no os dirigís a ellos si necesitáis apoyo?

-Es decir -balbuceó Milady-, yo no estoy vinculada realmente a ninguno de ellos; los conozco por haber oído hablar mucho de ellos a uno de mis amigos, el señor D'Artagnan.

-¡Conocéis al señor D'Artagnan! -exclamó la novicia a su vez, cogiendo la mano de Milady y devorándola con los ojos.

Luego notando la extraña expresión de la mirada de Milady:

-Perdón, señora -dijo-, ¿a título de qué lo conocéis?

-Pues -replicó Milady en apuros- a título de amigo.

-Me engaños, señora -dijo la novicia-; habéis sido su amante.

-Sois vos quien lo habéis sido, señora -exclamó Milady a su vez.

-¡Yo! -dijo la novicia.

-Sí, vos; ahora os conozco, vos sois la señora Bonacieux.

La joven retrocedió, llena de sorpresa y de terror.

-¡Oh, no lo neguéis! Responded -prosiguió Milady.

-Pues bien: sí, señora; yo le amo -dijo la novicia-, ¿somos rivales?

El rostro de Milady se encendió de un fuego tan salvaje que en cualquier otra circunstancia la señora Bonacieux habría huido de espanto; pero estaba totalmente dominada por los celos.

-Veamos: decís, señora -prosiguió la señora Bonacieux con una energía de la que se la hubiera creído incapaz-, ¿qué habéis sido o sois su amante?

-¡Oh, oh! -exclamó Milady con un acento que no admitía duda sobre su verdad-. ¡Jamás, jamás!

-Os creo -dijo la señora Bonacieux-; mas ¿por qué entonces habéis gritado así?

-¿Cómo, no comprendéis? -dijo Milady, que se había repuesto de su turbación y que había recuperado toda su presencia de ánimo.

-¡Cómo queréis que comprenda! Yo no sé nada.

-¿No comprendéis que, por ser mi amigo, D'Artagnan me había tomado por confidente?

-¿De veras?

-¡No comprendéis que lo sé todo: vuestro rapto de la casita de Saint-Germain, su desaparición, la de sus amigos, sus búsquedas inútiles desde ese momento! Y ¿cómo no queréis que me sorprenda, cuando sin sospechármelo me encuentro con vos, de quien hemos hablado con tanta frecuencia juntos, con vos, a quien él ama con toda la fuerza de su alma, con vos, a quien él me había hecho amar antes de haberos visto? ¡Ay, querida Costance, ahora os encuentro, por fin os veo!

Y Milady tendió sus brazos a la señora Bonacieux, que, convencida por lo que acababa de decirle, no vio ya en esta mujer, en quien un instante antes había creído su rival, más que una amiga sincera y abnegada.

-¡Oh, perdonadme, perdonadme! -exclamó ella dejándose ir sobre su hombro-. ¡Lo amo tanto!

Las dos mujeres estuvieron un instante abrazadas. Desde luego, si las fuerzas de Milady hubieran estado a la altura de su odio, la señora Bonacieux sólo hubiera salido muerta de aquel abrazo. Pero no pudiendo ahogarla, le sonrió.

-¡Oh, querida, querida muchacha -dijo Milady-, cuán feliz soy al veros! Dejadme miraros -y diciendo estas palabras la devoraba inquisitivamente con la mirada-. Sí, sois vos. ¡Ah y, por cuanto me ha dicho, os reconozco ahora, os reconozco perfectamente!

La pobre joven no podía sospechar lo que de horrorosamente cruel pasaba tras la muralla de aquella frente pura, tras aquellos ojos tan brillantes donde no leía otra cosa sino interés y compasión.

-Entonces sabéis cuánto he sufrido -dijo la señora Bonacieux-, puesto que os he dicho lo que él sufría; pero sufrir por él es felicidad.

Milady replicó maquinalmente.

-Sí, es felicidad.

Ella pensaba en otra cosa.

-Y, además -continuó la señora Bonacieux-, mi suplicio toca a su término; mañana, quizá esta noche, lo volveré a ver, y entonces el pasado no existirá.

-¿Esta noche? ¿Mañana? -exclamó Milady sacada de su ensoñación por aquellas palabras-. ¿Qué queréis decir? ¿Esperáis alguna nueva de él?

-Lo espero a él.

-A él. ¿D'Artagnan aquí?

-El mismo.

-¡Pero es imposible! Está en el sitio de La Rochelle con el cardenal; no volverá a París sino después de la toma de la ciudad.

-Vos creéis eso, pero ¿es que hay algo imposible para mi D'Artagnan el noble y leal gentilhombre?

-¡Oh, no puedo creerlo!

-¡Buenos entonces leed! -dijo en el exceso de su orgullo y de su alegría la desventurada joven presentando una carta a Milady.

«¡La escritura de la señora Chevreuse! -se dijo para sus adentros Milady-. ¡Ay, estaba segura de que tenía conocimientos por ese lado!»

Y leyó ávidamente estas pocas líneas:

«Mi querida niña, estad preparada: nuestro amigo os verá muy pronto, y no os verá más que para arrancaros de la prisión en que vuestra seguridad exigía que estuvieseis oculta; preparaos, pues, para la partida y no desesperéis jamás de nosotros.

Vuestro encantador gascón acaba de mostrarse valiente y fiel como siempre; decidle que se le agradece en alguna parte el aviso que ha dado.»

-Sí, sí -dijo Milady-, sí, la carta es precisa. ¿Sabéis cuál es ese aviso?

-No, sospecho solamente que haya prevenido a la reina de alguna nueva maquinación del cardenal.

-Sí, eso es sin duda -dijo Milady, devolviendo la carta a la señora Bonacieux y dejando caer su cabeza pensativa sobre su pecho.

En aquel momento se oyó el galope de un caballo.

-¡Oh! -exclamó la señora Bonacieux precipitándose a la ventana-. ¿Será ya él?

Milady había permanecido en su cama, petrificada por la sorpresa; tantas cosas inesperadas le llegaban de golpe que por primera vez la cabeza le fallaba.

-¡Ei, él! -murmuró ella-. ¿Será él?

Y permanecía en la cama con los ojos fijos.

-¡Ay, no! -dijo la señora Bonacieux-. Es un hombre que no conozco y que, sin embargo, parece que viene hacia aquí; sí, aminora su carrera, se detiene en la puerta, llama.

Milady saltó fuera de su cama.

-¿Estáis completamente segura de que no es él? -dijo ella.

-¡Oh, sí, completamente segura!

-Quizá hayáis visto mal.

-¡Oh! Aunque no viera más que la pluma de su sombrero, la punta de su capa, lo reconocería.

Milady seguía vistiéndose.

-No importa, ¿decís que ese hombre viene hacia aquí?

-Sí, ha entrado.

-Es para vos o para mí.

-¡Oh, Dios mío, qué agitada parecéis!

-Sí, lo confieso, yo no tengo vuestra confianza, temo cualquier cosa del cardenal.

-¡Chis! -dijo la señora Bonacieux-. Alguien viene.

Efectivamente, la puerta se abrió y entró la superiora.

- Sois vos la que llegáis de Boulogne? -preguntó a Milady.

-Sí, soy yo -respondió ésta tratando de recuperar su sangre fría-. ¿Quién pregunta por mí?

-Un hombre que no quiere decir su nombre, pero que viene de parte del cardenal.

-¿Y qué quiere decirme? -preguntó Milady.

-Que quiere hablar con una dama que ha llegado de Boulogne.

-Entonces hacedlo entrar, señora, os lo ruego.

-¡Oh, Dios mío, Dios mío! -dijo la señora Bonacieux-. ¿Será alguna mala noticia?

-Tengo miedo.

-Os dejo con ese extraño, pero tan pronto como se marche, volveré si me lo permitís.

-¡Cómo no! Os lo suplico.

La superiora y la señora Bonacieux salieron.

Milady se quedó sola, fijos los ojos en la puerta; un instante después se oyó el ruido de espuelas que resonaban en las escaleras, luego los pasos se acercaron, luego la puerta se abrió y apareció un hombre.

Milady lanzó un grito de alegría: aquel hombre era el conde de Rochefort, el instrumento ciego de Su Eminencia.



Capítulo LXII

Dos variedades de demonios

-¡Ah! -exclamaron al mismo tiempo Rochefort y Milady-. ¡Sois vos!

-Sí, soy yo.

-¿Y llegáis?... -preguntó Milady.

-De La Rochelle. ¿Y vos?

-De Inglaterra.

-¿Buckingham?

-Muerto o herido peligrosamente; cuando yo partía sin haber podido obtener nada de él, un fanático acababa de asesinarlo.

-¡Ah! -exclamó Rochefort con una sonrisa-. ¡He ahí un azar muy feliz! Y que satisfará mucho a Su Eminencia. ¿Le habéis avisado?

-Le escribí desde Boulogne. Pero ¿cómo estáis aquí?

-Su Eminencia, inquieto, me ha enviado en vuestra busca.

-Llegué ayer.

-¿Y qué habéis hecho desde ayer?

-No he perdido mi tiempo.

-¡Oh! Eso me lo sospecho de sobra.

-¿Sabéis a quién he encontrado aquí?

-No.

-Adivinad.

-¿Cómo queréis...?

-A esa joven a quien la reina ha sacado de prisión.

-¿La amante del pequeño D'Artagnan?

-Sí, a la señora Bonacieux, cuyo retiro ignoraba el cardenal.

-Bueno -dijo Rochefort-, ahí tenemos un azar que puede igualarse con el otro.

El señor cardenal es realmente un hombre privilegiado.

-¿Comprendéis mi asombro -continuó Milady- cuando me he encontrado cara a cara con esta mujer?

-¿Ella os conoce?

-No.

-Entonces, ¿os mira como a una extraña?

Milady sonrió.

-¡Soy su mejor amiga!

-Por mi honor -dijo Rochefort-, no hay como vos, mi querida condesa, para hacer milagros.

-Y vale la pena, caballero -dijo Milady-, porque ¿sabéis qué pasa?

-No.

-Van a venir a buscarla mañana o pasado mañana con una orden de la reina.

-¿De verdad? ¿Y quién?

-D'Artagnan y sus amigos.

-Realmente harán tanto que nos veremos obligados a enviarlos a la Bastilla.

-¿Por qué no se ha hecho ya?

-¡Qué queréis! Porque el señor cardenal tiene por esos hombres una debilidad que yo no comprendo.

-¿De veras?

-Sí.

-Pues bien, decidle esto, Rochefort, decidle que nuestra conversación en el albergue del Colombier-Rouge fue oída por esos cuatro hombres; decidle que después de su partida uno de ellos subió y me arrancó mediante la violencia el salvoconducto que me había dado; decidió que habían hecho avisar a lord de Winter de mi paso a Inglaterra; que también en esta ocasión han estado a punto de hacer fracasar mi misión, como hicieron fracasar la de los herretes; decidle que entre esos cuatro hombres, sólo dos son de temer, D'Artagnan y Athos; decidle que el tercero, Aramis, es el amante de la señora de Chevreuse: hay que dejar vivir a éste, sabemos su secreto, puede ser útil; en cuanto al cuarto, Porthos, es un tonto, un fatuo y un necio: que no se preocupe siquiera.

-Pero esos cuatro hombres deben estar en este momento en el asedio de La Rochelle.

-Eso creía como vos; pero una carta que la señora Bonacieux ha recibido de la señora de Chevreuse, y que ha cometido la imprudencia de comunicarme, me lleva a creer que por el contrario estos cuatro hombres están de camino y vienen a llevársela.

-¡Diablos! ¿Qué hacer?

-¿Qué os ha dicho el cardenal a mi respecto?

-Que reciba vuestros partes escritos o verbales, que vuelva al puesto, y cuando él sepa lo que habéis hecho, pensará en lo que debéis hacer.

-¿Debo entonces quedarme aquí? -preguntó Milady.

-Aquí o en los alrededores.

-¿No podéis llevarme con vos?

-No, la orden es formal; en los alrededores del campamento podríais ser reconocida, y vuestra presencia, como comprenderéis, comprometería a Su Eminencia, sobre todo después de lo que acaba de pasar allá. Sólo que decidme por adelantado dónde esperaréis noticias del cardenal, que yo sepa siempre dónde encontraros.

-Escuchad, es probable que no pueda permanecer aquí.

-¿Por qué?

-Olvidáis que mis enemigos pueden llegar de un momento a otro.

-Cierto; pero entonces, ¿esa mujercita va a escapársele a Su Eminencia?

-¡Bah! -dijo Milady con una sonrisa que no pertenecía más que a ella-

Olvidáis que yo soy su mejor amiga.

-¡Ah, es cierto! Puedo, por tanto, decir al cardenal que, respecto a esa mujer...

-Que esté tranquilo.

-¿Eso es todo?

-El sabrá lo que quiere decir.

-Lo adivinará. Ahora, veamos, ¿qué debo hacer yo?

-Salir al instante; me parece que las nuevas que lleváis bien merecen que nos demos prisa.

-Mi silla se ha partido al entrar en Lillers.

-¡Estupendo!

-¿Cómo estupendo?

-Sí, necesito vuestra silla -dijo la condesa.

-¿Y cómo iré yo entonces?

-A todo galope.

-Os tienen sin cuidado esas ciento ochenta leguas.

-¿Qué es eso?

-Se harán. ¿Y luego?

-Luego, al pasar por Lillers, me devolvéis la silla con orden a vuestro criado de ponerse a mi disposición.

-Bien.

-Indudablemente, tendréis encima de vos alguna orden del cardenal...

-Tengo mi pleno poder.

-Lo mostraréis a la abadesa diciendo que vendrán a buscarme, bien hoy, bien mañana, y que yo tendré que seguir a la persona que se presente en vuestro nombre.

-¡Muy bien!

-No olvidéis tratarme duramente cuando habléis de mí a la abadesa.

-¿Por qué?

-Yo soy una víctima del cardenal. Tengo que inspirar confianza a esa pobre señora Bonacieux.

-De acuerdo. Ahora, ¿queréis hacerme un informe de todo lo que ha pasado?

-Ya os he contado los acontecimientos, tenéis buena memoria, repetid las cosas tal como os las he dicho, un papel se pierde.

-Tenéis razón; basta con saber dónde encontraros, para que no vaya a recorrer inútilmente por los alrededores.

-Es cierto, esperad.

-¿Tenéis un mapa?

-¡Oh! Conozco esta región de maravilla.

-¿Vos? ¿Cuándo habéis venido aquí?

-Fui criada aquí.

-¿De verdad?

-Siempre sirve de algo, como veis, haber sido criada en alguna parte.

-Entonces me esperáis...

-Dejadme pensar un instante; claro, mirad, en Armentières.

-¿Qué es Armentières?

-Una pequeña aldea junto al Lys; no tendré más que cruzar el río y estoy en un país extranjero.

-¡De maravilla! Pero que quede claro que no atravesaréis el río más que en caso de peligro.

-Por supuesto.

-Y en ese caso, ¿cómo sabré dónde estáis?

-¿Necesitáis a vuestro lacayo?

-No.

-¿Es un hombre seguro?

-A toda prueba.

-Dádmelo; nadie lo conoce, lo dejo en el lugar del que me voy y él os lleva adonde estoy.

-¿Y decís que me esperáis en Armentières?

-En Armentières -respondió Milady.

-Escribidme ese nombre en un trozo de papel, no vaya a ser que lo olvide; un nombre de aldea no es comprometedor, ¿no es así?

-¿Quién sabe? No importa -dijo Milady escribiendo el nombre en media hoja de papel-, me comprometo.

-¡Bien! -dijo Rochefort cogiendo de las manos de Milady el papel, que plegó y metió en el forro de su sombrero-. Por otra parte, tranquilizaos; voy a hacer como

los niños, y en caso de que pierda ese papel, repetiré el nombre durante todo el camino. Y ahora, ¿eso es todo?

-Creo que sí.

-Intentaremos recordar: Buckingham, muerto o gravemente herido; vuestra conversación con el cardenal, oída por los cuatro mosqueteros; lord de Winter avisado de vuestra llegada a Portsmouth; D'Artagnan y Athos, a la Bastilla; Aramis, amante de la señora de Chevreuse; Porthos, un cauto; la señora Bonacieux, vuelta a encontrar; enviaros la silla lo antes posible; poner mi lacayo a vuestra disposición; hacer de vos una víctima del cardenal para que la abadesa no sospeche; Armentières, a orillas del Lys. ¿Es eso?

-Realmente, mi querido caballero, sois un milagro de memoria. A propósito, añadid una cosa.

-¿Cuál?

-He visto bosques muy bonitos que deben lindar con el jardín del convento, decid que me está permitido pasear por esos bosques. ¿Quién sabe? Quizá tenga necesidad de salir por una puerta de atrás.

-Pensáis en todo.

-Y vos, vos olvidáis una cosa.

-¿Cuál?

-Preguntarme si necesito dinero.

-Tenéis razón, ¿cuánto queréis?

-Todo el oro que tengáis.

-Tengo aproximadamente quinientas pistolas.

-Yo tengo otro tanto; con mil pistolas se hace frente a todo; vaciad vuestros bolsillos.

-Aquí están, condesa.

-Bien, mi querido conde. ¿Cuándo partís?

-Dentro de una hora: el tiempo de tomar un bocado, durante el cual enviaré a buscar un caballo de postas.

-¡De maravilla! ¡Adiós, caballero!

-Adiós, condesa.

-Recomendadme al cardenal -dijo Milady.

-Recomendadme a Satán -replicó Rochefort.

Milady y Rochefort cambiaron una sonrisa y se separaron.

Una hora después, Rochefort partió a galope tendido en su caballo; cinco horas más tarde pasaba por Arras. Nuestros lectores ya saben cómo había sido reconocido por D'Artagnan, y cómo este reconocimiento, inspirando temores a los cuatro mosqueteros, habían dado nueva actividad a su viaje.



Capítulo LXIII

Gota de agua

Apenas había salido Rochefort, volvió a entrar la señora Bonacieux. Encontró a Milady con el rostro risueño.

-Y bien -dijo la joven- lo que vos temíais ha llegado, por tanto; esta noche o mañana el cardenal os envía a recoger.

-¿Quién os ha dicho eso, niña mía? -preguntó Milady.

-Lo he oído de la boca misma del mensajero.

-Venid a sentaros aquí a mi lado -dijo Milady.

-Ya estoy aquí.

-Esperad que me asegure de si alguien nos escucha.

-¿Por qué todas estas precauciones?

-Ahora vais a saberlo. Milady se levantó y fue a la puerta la abrió, miró en el corredor y volvió a sentarse junto a la señora Bonacieux.

-Entonces -dijo ella-, ha interpretado bien su papel.

-¿Quién?

-El que se ha presentado a la abadesa como enviado del cardenal.

-Era entonces un papel que representaba?

-Sí, niña mía.

-Ese hombre no es entonces...

-Ese hombre -dijo Milady bajando la voz- es mi hermano.

-¡Vuestro hermano! -exclamó la señora Bonacieux.

-Pues sí, sólo vos sabéis este secreto, niña mía; si lo confiáis a alguien, sea el que sea, estaré perdida, y quizá vos también.

-¡Oh, Dios mío!

-Escuchad, lo que pasa es esto: mi hermano, que venía en mi ayuda para sacarme de aquí a la fuerza si era preciso, se ha encontrado con el emisario del cardenal que venía a buscarme; lo ha seguido. Al llegar a un lugar del camino

solitario y apartado, ha sacado la espada conminando al mensajero a entregarle los papeles de que era portador; el mensajero ha querido defenderse, mi hermano lo ha matado.

-¡Oh! -exclamó la señora Bonacieux temblando.

-Era el único medio, pensad en ello. Entonces mi hermano ha resuelto sustituir la fuerza por la astucia: ha cogido los papeles y se ha presentado aquí como el emisario mismo del cardenal, y dentro de una hora o dos, un coche debe venir a recogerme de parte de Su Eminencia.

-Comprendo; ese coche es vuestro hermano quien os lo envía.

-Exacto; pero eso no es todo: esa carta que habéis recibido y que creéis de la señora de Chevreuse...

-¿Qué?

-Es falsa.

-¿Cómo?

-Sí, falsa: es una trampa para que no hagáis resistencia cuando vengan a buscaros.

-Pero si vendrá D'Artagnan.

-Desengañaos, D'Artagnan y sus amigos están retenidos en el asedio de La Rochelle.

-¿Cómo sabéis eso?

-Mi hermano ha encontrado a los emisarios del cardenal con traje de mosqueteros. Os habrían llamado a la puerta, vos habríais creído que se trataba de amigos os raptaban y os llevaban a Paris.

-¡Oh, Dios mío! Mi cabeza se pierde en medio de este caos de iniquidades. Siento que si esto durase -continuó la señora Bonacieux llevando sus manos a su frente- me volvería loca.

-Esperad.

-¿Qué?

-Oigo el paso de un caballo, es el de mi hermano que se marcha; quiero decirle el último adiós, venid.

Milady abrió la ventana a hizo señas a la señora Bonacieux de reunirse con ella. La joven fue allí.

Rochefort pasaba al galope.

-¡Adiós, hermano! -exclamó Milady.

El caballero alzó la cabeza, vio a las dos jóvenes y, mientras seguía corriendo, hizo a Milady una seña amistosa con la mano.

-¡Este buen Georges! -dijo ella volviendo a cerrar la ventana con una expresión de rostro llena de afecto y melancolía.

Y volvió a sentarse en su sitio, como si se sumiera en reflexiones completamente personales.

-Querida señora -dijo la señora Bonacieux-, perdón por interrumpiros, pero ¿qué me aconsejáis hacer? ¡Dios mío! Vos tenéis más experiencia que yo; hablad, os escucho.

-En primer lugar -dijo Milady-, puede que yo me equivoque y que D'Artagnan y sus amigos vengán realmente en vuestra ayuda.

-¡Oh, hubiera sido demasiado hermoso! -exclamó la señora Bonacieux-. Y tanta felicidad no está hecha para mí.

-Entonces, atended; será simplemente una cuestión de tiempo, una especie de carrera para saber quién llegará primero. Si son vuestros amigos los que los aventajan en rapidez, estaréis salvada; si son los satélites del cardenal, estaréis perdida.

-¡Oh sí, perdida sin remisión! ¿Qué hacer entonces? ¿Qué hacer?

-Habría un medio muy simple, muy natural...

-¿Cuál? Decid.

-Sería esperar oculta en los alrededores y asegurarnos de quiénes son los hombres que vienen a buscaros.

-Pero ¿dónde esperar?

-¡Oh, eso sí que no es un problema! Yo misma me detendré y me ocultaré a algunas leguas de aquí, a la espera de que mi hermano venga a reunirse conmigo; pues bien, os llevo conmigo, nos escondemos y esperamos juntas.

-Pero no me dejarán partir, aquí estoy casi prisionera.

-Como creen que yo me marchó por orden del cardenal, no creerán que estéis deseosa de seguirme.

-¿Y?

-Pues lo siguiente: el coche está en la puerta, vos me despedís, subís al estribo para estrecharme en vuestros brazos por última vez; el criado de mi hermano que viene a recogerme está avisado, hace una señal al postillón y partimos al galope.

-Pero D'Artagnan, D'Artagnan, ¿si viene?

-¿No hemos de saberlo?

-¿Cómo?

-Nada más fácil. Hacemos regresar a Béthune a ese criado de mi hermano, del cual, ya os lo he dicho, podemos fiarnos; se disfraza y se aloja frente al convento; si son los emisarios del cardenal los que vienen, no se mueve; si es el señor D'Artagnan y sus amigos, los lleva adonde estamos nosotras.

-Entonces, ¿los conoce?

-Claro, ha visto al señor D'Artagnan en mi casa.

-¡Oh, sí, sí, tenéis razón! De esta forma todo va de la mejor manera posible; pero no nos alejemos de aquí.

-A siete a ocho leguas todo lo más, nos situamos junto a la frontera, por ejemplo, y a la primera alerta, salimos de Francia.

-Y hasta entonces, ¿qué hacer?

-Esperar.

-Pero ¿y si llegan?

-El coche de mi hermano llegará antes que ellos.

-¿Si estoy lejos de vos cuando vengán a recogernos, comiendo o cenando, por ejemplo?

-Haced una cosa.

-¿Cuál?

-Decid a vuestra buena superiora que para dejarnos lo menos posible le pedís permiso de compartir mi comida.

-¿Lo permitirá?

-¿Qué inconveniente hay en eso?

-¡Oh, muy bien de esta forma no nos dejaremos un instante!

-Pues bien, bajad a su cuarto para hacerle saber vuestra petición; siento mi cabeza pesada, voy a dar una vuelta por el jardín.

-Id, pero ¿dónde os volveré a encontrar?

-Aquí, dentro de una hora.

-Aquí, dentro de una hora. ¡Oh, cuán buena sois! Os lo agradezco. Cómo no interesarme de vos? Aunque no fuerais hermosa y encanta ora, ¿no sois la amiga de uno de mis mejores amigos?

-Querido D'Artagnan. ¡Oh, cómo os lo agradecerá!

-Eso espero. Vamos, todo está convenido, bajemos.

-¿Vais al jardín?

-Sí.

-Seguid este corredor, una escalerita os conduce allí.

-¡De maravilla! ¡Gracias!

Y las dos mujeres se separaron cambiando una encantadora sonrisa. Milady había dicho la verdad, tenía la cabeza pesada porque sus proyectos mal clasificados entrechocaban como en un caos. Necesitaba estar sola para poner un poco de orden en sus pensamientos. Veía vagamente en el futuro; pero le hacía falta un poco de silencio y de quietud para dar a todas sus ideas, aún confusas, una forma nítida, un plan fijo.

Lo más acuciante era raptar a la señora Bonacieux, ponerla en lugar seguro y allí, llegado el caso, hacer de ella un rehén. Milady comenzaba a temer el resultado de aquel duelo terrible en que sus enemigos ponían tanta perseverancia como ella encarnizamiento.

Por otra parte, sentía, como se siente venir una tormenta, que aquel resultado estaba cercano y no podía dejar de ser terrible.

Lo principal para ella, como hemos dicho, era por tanto tener en sus manos a la señora Bonacieux. La señora Bonacieux era la vida de D'Artagnan; era más que su vida, era la de la mujer que él amaba; era, en caso de mala suerte, un medio de tratar y obtener con toda seguridad buenas condiciones.

Ahora bien, este punto estaba fijado: la señora Bonacieux, sin desconfianza, la seguía; una vez oculta con ella en Armentières, era fácil hacerle creer que D'Artagnan no había venido a Béthune. Dentro de quince días como máximo, Rochefort estaría de vuelta; durante esos quince días, por otra parte, pensaría sobre lo que tenía que hacer para vengarse de los cuatro amigos. No se aburriría, gracias a Dios, porque tendría el pasatiempo más dulce que los sucesos pueden conceder a una mujer de su carácter: una buena venganza que perfeccionar.

Al tiempo que pensaba, ponía los ojos a su alrededor y clasificaba en su cabeza la topografía del jardín. Milady era como un general que prevé juntas la victoria y la derrota, y que está preparado, según las alternativas de la batalla, para ir hacia adelante o batirse en retirada.

Al cabo de una hora oyó una voz dulce que la llamaba: era la señora Bonacieux. La buena abadesa había consentido naturalmente en todo y, para empezar, iban a cenar juntas.

-Al llegar al patio, oyeron el ruido de un coche que se detenía en la puerta.

-¿Oís? -dijo ella.

-Sí, el rodar de un coche.

-Es el que mi hermano nos envía.

-¡Oh, Dios mío!

-¡Vamos, valor!

Llamaron a la puerta del convento, Milady no se había engañado.

-Subid a vuestra habitación -le dijo a la señora Bonacieux-, tendréis algunas joyas que desearéis llevaros.

-Tengo sus cartas -dijo ella.

-Pues bien, id a buscarlas y venid a reuniros conmigo a mi cuarto, cenaremos de prisa; quizá viajemos una parte de la noche, hay que tomar fuerzas.

-¡Gran Dios! -dijo la señora Bonacieux llevándose la mano al pecho-. El corazón me ahoga, no puedo caminar.

-¡Valor, vamos, valor! Pensad que dentro de un cuarto de hora estaréis salvada, y pensad que lo que vais a hacer, lo hacéis por él.

-¡Oh sí, todo por él! Me habéis devuelto mi valor con una sola palabra; id, yo me reuniré con vos.

Milady subió rápidamente a su cuarto, encontró allí al lacayo de Rochefort y le dio sus instrucciones.

Debía esperar a la puerta; si por casualidad aparecían los mosqueteros, el coche partía al galope, daba la vuelta al convento e iba a esperar a Milady a una pequeña aldea situada al otro lado del bosque. En este caso, Milady cruzaba el jardín y ganaba la aldea a pie; ya lo había dicho, Milady conocía de maravilla esta parte de Francia.

Si los mosqueteros no aparecían, las cosas marcharían como estaba convenido: la señora Bonacieux subía al coche so pretexto de decirle adiós y Milady raptaba a la señora Bonacieux.

La señora Bonacieux entró y, para quitarle cualquier sospecha, si es que la tenía, Milady repitió ante ella al lacayo toda la última parte de sus instrucciones.

Milady hizo algunas preguntas sobre el coche: era una silla tirada por tres caballos, guiada por un postillón; el lacayo de Rochefort debía precederla como correo.

Era un error de Milady su temor a que la señora Bonacieux tuviera sospechas: la pobre joven era demasiado pura para sospechar en otra mujer semejante perfidia; además, el nombre de la condesa de Winter, que había oído pronunciar a la abadesa, le era completamente desconocido, e ignoraba incluso que una mujer hubiera tenido parte tan grande y tan fatal en las desgracias de su vida.

-Ya lo veis -dijo Milady cuando el lacayo hubo salido-, todo está dispuesto. La abadesa no sospecha nada y cree que viene a buscarme de parte del cardenal. Ese hombre va a dar las últimas órdenes: tomad algo, bebed una gota de vino y partamos.

-Sí -dijo maquinalmente la señora Bonacieux-, sí, partamos.

Milady le hizo señas de sentarse ante ella, le puso un vasito de vino español y le sirvió una pechuga.

-Ved -le dijo-, todo nos ayuda: la oscuridad llega; al alba habremos llegado a nuestro refugio y nadie podrá sospechar dónde estamos. Vamos, valor, tomad algo.

La señora Bonacieux comió maquinalmente algunos bocados y templó sus labios en el vaso.

-Vamos, vamos -dijo Milady llevando el suyo a sus labios-, haced como yo.

Pero en el momento en que lo acercaba a su boca, su mano quedó suspendida: acababa de oír en la ruta como el rodar lejano de un galope que se iba aproximando; luego, casi al mismo tiempo, le pareció oír relinchos de caballos.

Aquel ruido la sacó de su alegría como un ruido de tormenta despierta en medio de un hermoso sueño; palideció y corrió a la ventana mientras la señora Bonacieux, levantándose toda temblorosa, se apoyaba sobre su silla para no caer.

No se veía nada aún, sólo se oía el galope que continuaba acercándose.

-¡Oh, Dios mío! -dijo la señora Bonacieux-. ¿Qué es ese ruido?

-El de nuestros amigos o de nuestros enemigos -dijo Milady con su terrible sangre fría-; quedaos donde estáis; voy a decíroslo.

La señora Bonacieux permaneció de pie, muda, inmóvil y pálida como una estatua.

El ruido se hacía más fuerte, los caballos no debían estar a más de ciento cincuenta pasos; si no se los divisaba todavía, es porque la ruta formaba un codo. Sin embargo, el ruido se hacía tan nítido que se hubieran podido contar los caballos por el ruido irregular de sus herraduras.

Milady miraba con toda la potencia de su atención. Necesitó poco tiempo para poder reconocer a los que llegaban.

De pronto, en el recodo del camino, vio relucir los sombreros galonados y flotar las plumas; contó dos, después cinco, luego ocho caballeros; uno de ellos precedía a todos los demás en dos cuerpos de caballo.

Milady lanzó un rugido ahogado. En el que venía a la cabeza reconoció a D'Artagnan.

-¡Oh, Dios mío, Dios mío! -exclamó la señora Bonacieux-. ¿Qué pasa?

-Es el uniforme de los guardias del señor cardenal; no hay un momento que perder -exclamó Milady-. ¡Huyamos, huyamos!

-Sí, sí, huyamos -repitió la señora Bonacieux, pero sin poder dar un paso, clavada como estaba en su sitio por el terror.

Se oyó a los caballeros que pasaban bajo la ventana.

-¡Venid, pero venid! -exclamaba Milady tratando de arrastrar a la joven por el brazo-. Gracias al jardín, aún podemos huir, tengo la llave; pero démonos prisa, dentro de cinco minutos será demasiado tarde.

La señora Bonacieux trató de caminar, dio dos pasos y cayó de rodillas.

Milady trató de levantarla y de llevársela, pero no pudo conseguirlo.

En aquel momento se oyó el rodar de un coche, que, a la vista de los mosqueteros partió al galope. Luego, tres o cuatro disparos sonaron.

-Por última vez, ¿queréis venir? -exclamó Milady.

-¡Oh, Dios mío, Dios mío! Veis que las fuerzas me faltan, veis que no puedo caminar: huid sola.

-¡Huir sola! ¡Dejaros aquí! No, no nunca -exclamó Milady.

De pronto, un destello lívido brotó de sus ojos; de un salto, como loca, corrió a la mesa, echó en el vaso de la señora Bonacieux el contenido de un engaste de anillo que abrió con una presteza singular.

Era un grano rojizo que se fundió al punto.

Luego, cogiendo el vaso con una mano firme:

-Bebed -dijo-, este vino os dará fuerzas, bebed.

-¡Constance, Constance! -respondió el joven-. ¿Dónde estáis? ¡Dios mío!

En el mismo momento, la puerta de la celda cedió al choque más que se abrió; varios hombres se precipitaron en la habitación; la señora Bonacieux había caído en un sillón sin poder hacer un movimiento.

D'Artagnan arrojó una pistola aún humeante que tenía en la mano y cayó de rodillas ante su dueña, Athos volvió a poner la suya en su cintura; Porthos y Aramis, que tenían desnudas sus espadas, las envainaron.

-¡Oh, D'Artagnan! ¡Mi bien amado D'Artagnan! ¡Vienes por fin, no me habían engañado, eres tú!

-¡Sí, sí, Constance! ¡Juntos!

-¡Oh! Por más que ella decía que no vendrías yo esperaba en secreto; no he querido huir. ¡Ay, qué bien he hecho, qué feliz soy!

A la palabra de ella, Athos, que estaba sentado tranquilamente, se levantó de un salto.

-¡Ella! ¿Quién es ella? -preguntó D'Artagnan.

-Mi compañera; la que, por amistad hacia mí, quería sustraerme a mis perseguidores; la que tomándoos por guardias del cardenal acaba de huir.

-Vuestra compañera -exclamó D'Artagnan volviéndose más pálido que el velo blanco de su amante-. ¿A qué compañera os referís?

-A aquella cuyo coche estaba a la puerta, a una mujer que se dice vuestra amiga, D'Artagnan; a una mujer a quien vos habéis contado todo.

-¡Su nombre, su nombre! -exclamó D'Artagnan-. ¡Dios mío! ¿No sabéis vos su nombre?

-Sí, lo han pronunciado delante de mí; esperad..., pero es extranjero... ¡Oh, Dios mío! Mi cabeza se turba, ya no veo.

-¡Ayudadme, amigos ayudadme! Sus manos están heladas -exclamó D'Artagnan-. Se encuentra mal. ¡Gran Dios! ¡Pierde el conocimiento!

Mientras Porthos pedía ayuda con toda la potencia de su voz, Aramis corrió a la mesa para coger un vaso de agua; pero se detuvo al ver la horrible alteración del rostro de Athos que, de pie ante la mesa, con los pelos erizados, los ojos helados de estupor, miraba uno de los vasos y parecía presa de la duda más horrible.

-¡Oh! -decía Athos-. ¡Oh, no, es imposible! ¡Dios no permitiría semejante crimen!

-¡Agua, agua! -gritaba D'Artagnan-. ¡Agua!

-¡Oh, pobre mujer, pobre mujer! -murmuraba Athos con la voz quebrada. La señora Bonacieux volvió a abrir los ojos bajo los besos de D'Artagnan. Y acercó el vaso a los labios de la joven, que bebió maquinalmente.

-¡Ah! No es así como quería vengarme -dijo Milady dejando con una sonrisa infernal el vaso encima de la mesa-, pero a fe que se hace lo que se puede. Y se precipitó fuera de la habitación.

La señora Bonacieux la vio huir, sin poder seguirla; estaba como esas gentes que sueñan que las persiguen y que tratan en vano de caminar.

Transcurrieron algunos minutos, un ruido horrible resonaba en la puerta; a cada instante la señora Bonacieux esperaba ver reaparecer a Milady, que no reaparecía.

Varias veces, de terror sin duda, el sudor frío subió a su frente ardiente.

Por fin, oyó el rechinar de las verjas que se abrían, el ruido de las botas y de las espuelas resonó por las escaleras: había un gran murmullo de voces que iban acercándose, en medio de las cuales le parecía oír pronunciar su nombre.

De pronto lanzó un gran grito de alegría y se lanzó hacia la puerta, había reconocido la voz de D'Artagnan.

-¡D'Artagnan! ¡D'Artagnan! -exclamó ella-. ¿Sois vos? Por aquí, por aquí.

-¡Vuelve en sí! -exclamó el joven-. ¡Oh, Dios mío, Dios mío, gracias!

-Señora -dijo Athos-, señora, en nombre del cielo, ¿de quién es este vaso vacío?

-Mío, señor... -respondió la joven- con voz moribunda.

-Pero ¿quién os ha echado el vino que estaba en ese vaso?

-Ella.

-Pero ¿quién es ella?

-¡Ah, ya me acuerdo! -dijo la señora Bonacieux-. La condesa de Winter...

Los cuatro amigos lanzaron un solo y mismo grito, pero el de Athos dominó todos los demás.

En aquel momento, el rostro de la señora Bonacieux se volvió lívido, un dolor sordo la abatió y cayó jadeante en los brazos de Porthos y de Aramis.

D'Artagnan cogió las manos de Athos con una angustia difícil de describir.

-¿Y qué? -dijo-. Tú crees...

Su voz se extinguió en un sollozo.

-Lo creo todo -dijo Athos mordiéndose los labios hasta hacerse sangre.

-¡D'Artagnan! ¡D'Artagnan! -exclamó la señora Bonacieux-. ¿Dónde estás? No me dejes, ya ves que voy a morir.

D'Artagnan soltó las manos de Athos, que tenía aún entre sus manos crispadas, y corrió hacia ella.

Su rostro tan hermoso estaba todo trastornado, sus ojos vidriosos no tenían ya mirada, un estremecimiento convulsivo agitaba su cuerpo, el sudor corría por su frente.

-¡En nombre del cielo! ¡Corred a llamar! Porthos, Aramis, ¡pedid ayuda!

-Inútil -dijo Athos-, inútil, para el veneno que ella echa no hay contraveneno.

-¡Sí, sí, socorro, socorro! -murmuró la señora Bonacieux-. ¡Socorro!

Luego, reuniendo todas sus fuerzas, cogió la cabeza del joven entre sus dos manos, lo miró un instante como si toda su alma hubiera pasado a su mirada y, con un grito sollozante, apoyó sus labios sobre los de él.

-¡Constance! ¡Constance! -exclamó D'Artagnan.

Un suspiro escapó de la boca de la señora Bonacieux rozando la de D'Artagnan; aquel suspiro era aquella alma tan casta y tan amante que subía al cielo.

D'Artagnan no estrechaba más que un cadáver entre sus brazos.

El joven lanzó un grito y cayó junto a su amante, tan pálido y helado como ella.

Porthos lloró, Aramis mostró el puño al cielo, Athos hizo el signo de la cruz.

En aquel momento un hombre apareció en la puerta, casi tan pálido como los que estaban en la habitación, miró todo en torno suyo, vio a la señora Bonacieux muerta y a D'Artagnan desvanecido.

Apareció justo en ese instante de estupor que sigue a las grandes catástrofes.

-No me había equivocado -dijo-, he ahí al señor D'Artagnan y sus tres amigos, los señores Athos, Porthos y Aramis.

Estos cuyos nombres acababan de ser pronunciados miraban al extranjero con asombro, y a los tres les parecía reconocerlo.

-Señores -prosiguió el recién llegado-, vos estáis como yo a la búsqueda de una mujer que -añadió con una sonrisa terrible- ha debido pasar por aquí, ¡porque veo un cadáver!

Los tres amigos permanecieron mudos; sólo que tanto la voz como el rostro les recordaba a un hombre que ya habían visto; sin embargo, no podían acordarse de en qué circunstancias.

-Señores -continuó el extranjero-, puesto que no queréis reconocer a un hombre que probablemente os debe la vida dos veces, tendré que dar mi nombre: soy lord de Winter, el cuñado de esa mujer.

Los tres amigos lanzaron un grito de sorpresa.

Athos se levantó y le tendió la mano.

-Sed bienvenido, milord -dijo-, sois de los nuestros.

-Salí de Portsmouth cinco horas después que ella -dijo lord de Winter-, llegué a Boulogne tres horas después que ella, no la alcancé por veinte minutos en Saint-Omer; finalmente, en Lillers perdí su rastro. Iba al azar, informándome con todo el mundo, cuando os he visto pasar al galope; he reconocido al señor D'Artagnan. Os he llamado, no me habéis respondido; he querido seguirlos, pero mi caballo estaba demasiado cansado para ir a la misma velocidad que los vuestros. Y, sin embargo, parece que pese a la diligencia que habéis puesto, ¡habéis llegado demasiado tarde!

-Ya lo veis -dijo Athos señalando a lord de Winter a la señora Bonacieux muerta y a D'Artagnan, al que Porthos y Aramis trataban de que recobrar el conocimiento.

-¿Están muertos los dos? -preguntó fríamente lord de Winter.

-Afortunadamente no -respondió Athos-; el señor D'Artagnan sólo está desvanecido.

-¡Ah, tanto mejor! -dijo lord de Winter.

En efecto, en aquel momento D'Artagnan volvió a abrir los ojos.

Se arrancó de los brazos de Porthos y de Aramis y se precipitó como un insensato sobre el cuerpo de su amante.

Athos se levantó, se dirigió hacia su amigo con paso lento y solemne, lo abrazó tiernamente y, como él estallaba en sollozos, le dijo con su voz tan notable y tan persuasiva:

-Amigo, sé hombre: las mujeres lloran los muertos; los hombres los vengan.

-¡Oh, sí! -dijo D'Artagnan-. Sí; si es para vengarla estoy dispuesto a seguirte.

Athos aprovechó aquel momento de fuerza que la esperanza de la venganza daba a su desdichado amigo para hacer señas a Porthos y Aramis de que fueran a buscar a la superiora.

Los dos amigos la encontraron en el corredor, completamente impresionada aún y extraviada por tantos acontecimientos; llamó a algunas religiosas que, contra todos los hábitos monásticos, se encontraron en presencia de cinco hombres.

-Señora -dijo Athos pasando el brazo de D'Artagnan bajo el suyo-, abandonamos a vuestros piadosos cuidados el cuerpo de esta desgraciada mujer. Fue un ángel sobre la tierra antes de ser un ángel en el cielo. Tratadla como a una de vuestras hermanas; nosotros volveremos un día a rezar sobre su tumba.

D'Artagnan ocultó su rostro en el pecho de Athos y estalló en sollozos.

-¡Llora -dijo Athos-. Llora, corazón lleno de amor, de juventud y de vida! ¡Ay, de buena gana quisiera poder llorar como tú!

Y se llevó a su amigo afectuoso como un padre, consolador como un cura, grande como hombre que ha sufrido mucho.

Los cinco, seguidos de sus criados, que llevaban sus caballos de la brida, avanzaron hacia la villa de Béthune, cuyo arrabal se divisaba, y se detuvieron ante el primer albergue que encontraron.

-Pero ¿no seguimos a esa mujer? -dijo D'Artagnan.

-Más tarde -dijo Athos-, tengo que tomar medidas.

-Se nos escapará -replicó el joven-, se nos escapará, Athos, y será por tu culpa.

-Respondo de ella -dijo Athos.

D'Artagnan tenía tal confianza en la palabra de su amigo, que bajó la cabeza y entró en el albergue sin responder nada.

Pothos y Aramis se miraban sin comprender nada de la seguridad de Athos.

Lord de Winter creía que hablaba así para adormecer el dolor de D'Artagnan.

-Ahora, señores -dijo Athos cuando estuvo seguro de que había cinco habitaciones libres en el hotel-, nos retiraremos cada uno a su cuarto; D'Artagnan necesita estar solo para llorar y vos para dormir. Yo me encargo de todo, estad tranquilos.

-Sin embargo, me parece -dijo lord de Winter- que si hay alguna medida que tomar contra la condesa, eso me afecta: es mi cuñada.

-Y a mí también -dijo Athos-: es mi mujer.

D'Artagnan se estremeció porque comprendió que Athos estaba seguro de la venganza, puesto que revelaba semejante secreto; Porthos y Aramis se miraron palideciendo. Lord de Winter pensó que Athos estaba loco.

-Retiraos, pues -dijo Athos-, y dejadme hacer. Veis de sobra que en mi calidad de marido me corresponde a mí. Sólo que, D'Artagnan si no lo habéis perdido, entregadme ese papel que se escapó del sombrero de aquel hombre y sobre el que está escrito el nombre de la villa...

-¡Ah! -dijo D'Artagnan-. Comprendo, ese nombre escrito por su puño...

-¡Ya ves -dijo Athos- que hay un Dios en el cielo!



Capítulo LXIV

El hombre de la capa roja

La desesperación de Athos había dejado sitio a un dolor concentrado que hacía más lúcidas aún las brillantes facultades de espíritu de aquel hombre.

Concentrado por entero en un solo pensamiento, el de la promesa que había hecho y de la responsabilidad que había tomado, se retiró el último a su habitación, pidió al hostelero que le procurase un mapa de la provincia, se inclinó encima, interrogó a las líneas trazadas, advirtió que cuatro caminos diferentes se dirigían de Béthune a Armentières, a hizo llamar a los criados.

Planchet, Grimaud, Mosquetón y Bazin se presentaron y recibieron las órdenes claras, puntuales y graves de Athos.

Debían partir al alba al día siguiente, y dirigirse a Armentières, cada uno por una ruta diferente. Planchet, el más inteligente de los cuatro, debía seguir aquella por la que había desaparecido el coche contra el que los cuatro amigos habían disparado y que, como se recordará, iba acompañado por el doméstico de Rochefort.

Athos puso en campaña primero a los criados porque desde que estos hombres estaban a su servicio y al de sus amigos había advertido en cada uno de ellos cualidades diferentes y esenciales.

En segundo lugar, criados que preguntan inspiran a los transeúntes menos desconfianza que sus amos, y hallan más simpatía en aquellos a quienes se dirigen.

Por último, Milady conocía a los amos, mientras que no conocía a los criados; y, por el contrario, los criados conocían perfectamente a Milady.

Los cuatro debían hallarse al día siguiente, a las once, en el lugar indicado; si habían descubierto el refugio de Milady, tres permanecerían custodiándola, el

cuarto regresaría a Béthune para avisar a Athos y servir de guía a los cuatro amigos.

Tomadas estas disposiciones, los criados se retiraron a su vez.

Athos se levantó entonces de su silla, se ciñó la espada, se envolvió en su capa y salió de la hostería; eran las diez aproximadamente. A las diez de la noche, como se sabe, en provincias las calles están poco frecuentadas. Athos, sin embargo, buscaba visiblemente a alguien a quien pudiera dirigir una pregunta. Por fin encontró un transeúnte rezagado, se acercó a él, le dijo algunas palabras; el hombre al que se dirigía retrocedió con terror, sin embargo respondió a las palabras del mosquetero con una indicación. Athos ofreció a aquel hombre media pistola por acompañarlo, pero el hombre rehusó.

Athos se metió en la calle que el indicador había designado con el dedo; pero, llegado a la encrucijada, se detuvo de nuevo visiblemente apurado. No obstante, como más que cualquier otro lugar la encrucijada le ofrecía la posibilidad de encontrar a alguien, se detuvo. En efecto, al cabo de un instante, pasó un vigilante nocturno. Athos le repitió la misma pregunta que ya había hecho a la primera persona que había encontrado; el vigilante nocturno dejó percibir el mismo tenor, rehusó también acompañar a Athos y le mostró con la mano el camino que debía seguir.

Athos caminó en la dirección indicada y alcanzó el arrabal situado en el extremo opuesto de la villa, aquel por el que él y sus compañeros habían entrado. Allí pareció de nuevo inquieto y embarazado, y se detuvo por tercera vez.

Afortunadamente pasó un mendigo que se acercó a Athos para pedirle limosna. Athos le ofreció un escudo por acompañarlo donde iba. El mendigo dudó un instante pero, a la vista de la moneda de plata que brillaba en la oscuridad, se decidió y caminó delante de Athos.

Llegado a la esquina de una calle, le mostró de lejos una casita aislada, solitaria, triste; Athos se acercó mientras el mendigo, que había recibido su salario, se alejaba a todo correr.

Athos dio una vuelta a la casa antes de distinguir la puerta en medio del color rojizo con que aquella casa estaba pintada; ninguna luz se colaba por las cortaduras de las contraventanas, ningún ruido dejaba suponer que estuviese habitada, era sombría y muda como una tumba.

Tres veces llamó Athos sin que le contestasen. A la tercera llamada, sin embargo, pasos interiores se acercaron; finalmente, la puerta se entreabrió, y un hombre de talla alta, tez pálida, pelo y barba negros, apareció.

Athos y él cambiaron algunas palabras en voz baja, luego el hombre de talla alta hizo señas al mosquetero de que podía entrar. Athos aprovechó al momento el permiso y la puerta se cerró tras él.

El hombre al que Athos había venido a buscar tan lejos y al que había encontrado con tanto esfuerzo, lo hizo entrar en su laboratorio, donde estaba ocupado en sujetar con alambres ruidosos huesos de un esqueleto. Todo el cuerpo estaba ya ajustado: sólo la cabeza estaba puesta sobre una mesa.

El resto del mobiliario indicaba que aquél en cuya casa se hallaba se ocupaba en ciencias naturales: había tarros llenos de serpientes, etiquetados según las especies; lagartos disecados relucían como esmeraldas talladas en grandes marcos de madera negra; en fin, botes de hierbas silvestres, odoríferas y sin duda dotadas de virtudes desconocidas al vulgo, estaban pegadas al techo y bajaban por las esquinas del cuarto.

Athos lanzó una ojeada fría e indiferente sobre todos estos objetos que acabamos de describir y, a invitación de aquel al que venía a buscar, se sentó a su lado.

Entonces le explicó la causa de su visita y el servicio que reclamaba de él; mas apenas hubo expuesto su demanda, el desconocido, que estaba de pie ante el mosquetero, retrocedió con terror y rehusó. Entonces Athos sacó de su bolsillo un breve papel sobre el que había escritas dos líneas acompañadas de una firma y un sello, y lo presentó a aquel que daba demasiado prematuramente aquellas señales de repugnancia. El hombre de alta estatura, apenas hubo leído aquellas dos líneas,

visto la firma y reconocido el sello, se inclinó en señal de que no tenía ya ninguna objeción que hacer, y que estaba dispuesto a obedecer.

Athos no pidió más; se levantó, saludó, salió, tomó al irse el mismo camino que había seguido para venir, volvió a entrar en la hostería y se encerró en su cuarto.

Al alba, D'Artagnan entró en su habitación y preguntó qué iba a hacer.

-Esperar -respondió Athos.

Algunos instantes después, la superiora del convento hizo avisar a los mosqueteros de que el entierro de la víctima de Milady tendría lugar a mediodía. En cuanto a la envenenadora, no había habido noticias; sólo que debía haber huido por el jardín, en cuya arena habían reconocido la huella de sus pasos, y cuya puerta habían encontrado cerrada; en cuanto a la llave, había desaparecido.

A la hora indicada, lord de Winter y los cuatro amigos se dirigieron al convento; las campanas tocaban a duelo, la capilla estaba abierta, la verja del coro estaba cerrada. En medio del coro estaba puesto el cuerpo de la víctima, revestida de sus hábitos de novicia. A cada lado del coro, y tras las verjas que se abrían sobre el convento, estaba toda la comunidad de Carmelitas, que escuchaba desde allí el servicio divino y mezclaba su canto al canto de los sacerdotes, sin ver a los profanos ni ser vista por ellos.

A la puerta de la capilla, D'Artagnan sintió que su valor huía nuevamente; se volvió en busca de Athos, pero Athos había desaparecido.

Fiel a su misión de venganza, Athos se había hecho conducir al jardín; y allí, sobre la arena, siguiendo los pasos ligeros de aquella mujer que había dejado un rastro ensangrentado por donde había pasado, avanzó hasta la puerta que daba al bosque, se la hizo abrir y se metió en el bosque.

Entonces todas sus dudas se confirmaron: el camino por el que el coche había desaparecido contorneaba el bosque. Athos siguió el camino algún tiempo con los ojos fijos en el suelo; ligeras manchas de sangre, que provenían de una herida hecha o al hombre que acompañaba el coche como correo o a uno de los caballos, salpicaban el camino. Al cabo de tres cuartos de legua aproximadamente,

a cincuenta pasos de Festubert, aparecía una mancha de sangre más amplia; el suelo estaba pisoteado por los caballos. Entre el bosque y aquel lugar desnudo, un poco antes de la tierra lastimada, se encontraba la misma huella de breves pasos que en el jardín; el coche se había detenido.

En aquel lugar, Milady había salido del bosque y había montado en el coche.

Satisfecho por este descubrimiento que confirmaba todas sus sospechas, Athos volvió a la hostería y encontró a Planchet que lo esperaba con impaciencia.

Todo era como Athos había previsto.

Planchet había seguido la ruta, había observado, como Athos, las manchas de sangre, como Athos había reconocido el lugar en que los caballos se habían detenido; pero había ido más lejos de Athos, de suerte que en la aldea de Festubert, mientras bebía en un albergue, sin haber tenido necesidad de preguntar, había sabido que la víspera, a las ocho y media de la noche, un hombre herido, que acompañaba a una dama que viajaba en una silla de posta, se había visto obligado a detenerse, sin poder seguir delante. El accidente habría sido cargado en la cuenta de ladrones que habían detenido la silla en el bosque. El hombre había quedado en la aldea, la mujer había hecho el relevo y continuado su camino.

Planchet se puso a buscar al postillón que había conducido la silla, y lo encontró. Había conducido a la señora hasta Fromelles, y de Fromelles ella había partido hacia Armentières. Planchet tomó la trocha, y a las siete de la mañana estaba en Armentières.

No había más que una hostería, la de la posta. Planchet fue a presentarse allí como lacayo sin trabajo que buscaba una plaza. No había hablado diez minutos con las gentes del albergue cuando ya sabía que una mujer sola había llegado a las once de la noche, había alquilado una habitación, había hecho venir al dueño de la hostería y le había dicho que deseaba permanecer algún tiempo por aquellos alrededores.

Planchet no tenía necesidad de saber más. Corrió al lugar de la cita, encontró a los tres lacayos puntuales en su puesto, los colocó como centinelas en todas las

salidas de la hostería y volvió en busca de Athos, que acababa de recibir los informes de Planchet cuando sus amigos regresaron.

Todos los rostros estaban sombríos y crispados, incluso el dulce rostro de Aramis.

-¿Qué hay que hacer? -preguntó D'Artagnan.

-Esperar -respondió Athos.

Cada uno se retiró a su habitación.

A las ocho de la noche, Athos dio la orden de ensillar los caballos e hizo avisar a lord de Winter y a sus amigos de que se preparasen para la expedición.

En un instante todos estuvieron preparados. Cada uno inspeccionó las armas y las puso a punto. Athos bajó el primero y encontró a D'Artagnan ya a caballo a impacientándose.

-Paciencia -dijo Athos-, nos falta todavía uno.

Los cuatro caballeros miraron en torno suyo con sorpresa, porque buscaban inútilmente en su mente quién era aquel que podía faltarles.

En aquel momento Planchet trajo el caballo de Athos; el mosquetero saltó con ligereza a la silla.

-Esperadme -dijo-, vuelvo.

Y partió a galope.

Un cuarto de hora después volvió, efectivamente, acompañado de un hombre enmascarado y envuelto en una gran capa roja.

Lord de Winter y los tres mosqueteros se interrogaron con la mirada. Ninguno de ellos pudo informar a los otros, porque todos ignoraban quién era aquel hombre. Sin embargo, pensaron que aquello debía ser así, puesto que se hacía por orden de Athos.

Era triste al aspecto de aquellos seis hombres corriendo en silencio, sumidos cada cual en su pensamiento, taciturnos como la desesperación, sombríos como el castigo.



Capítulo LXV

El juicio

Era una noche tormentosa y lúgubre, gruesas nubes corrían por el cielo velando la claridad de las estrellas; la luna no debía aparecer hasta medianoche.

A veces, a la luz de un relámpago que brillaba en el horizonte, se vislumbraba la ruta que se desarrollaba blanca y solitaria; luego, apagado el relámpago, todo volvía a la oscuridad.

A cada momento Athos invitaba a D'Artagnan, siempre a la cabeza de la pequeña tropa, a ocupar su puesto, que al cabo de un instante abandonaba de nuevo; no tenía más que un pensamiento: ir hacia adelante, e iba.

Cruzaron en silencio la aldea de Festubert, donde se había quedado el doméstico herido, luego bordearon el bosque de Richebourg; llegados a Herlies, Planchet, que seguía dirigiendo la columna, torció a la izquierda.

Varias veces, lord de Winter, Porthos o Aramis, habían tratado de dirigir la palabra al hombre de la capa roja; pero a cada pregunta que le había sido hecha, él se había inclinado sin responder. Los viajeros habían comprendido entonces que había una razón para que el desconocido guardase silencio, y habían dejado de dirigirle la palabra.

Además, la tormenta crecía, los relámpagos se sucedían rápidamente, el trueno comenzaba a gruñir, y el viento, precursor del huracán, silbaba en la llanura, agitando las plumas de los caballeros.

La cabalgada se lanzó a galope tendido.

Un poco más allá de Fromelles, la tormenta estalló; desplegaron las capas; quedaban aún tres leguas por hacer: las hicieron bajo torrentes de lluvia.

D'Artagnan se había quitado su sombrero de fieltro y no se había puesto la capa; sentía placer en dejar correr el agua sobre su frente ardiente y sobre su cuerpo agitado por escalofríos febriles.

En el momento que la pequeña tropa hubo pasado Goskal a iba a llegar a la posta, un hombre, refugiado bajo un árbol, se separó del tronco con el que había permanecido confundido en la oscuridad, y avanzó hasta el medio de la ruta, poniendo sus dedos sobre sus labios.

Athos reconoció a Grimaud.

-¿Qué pasa? -exclamó D'Artagnan-. ¿Habrá dejado Armentières?

Grimaud hizo con la cabeza un signo afirmativo. D'Artagnan rechinó los dientes.

-¡Silencio D'Artagnan! -dijo Athos-. Soy yo quien me he encargado de todo, a mí me toca interrogar a Grimaud.

-¿Dónde está? -preguntó Athos.

Grimaud tendió la mano en dirección del Lys.

-¿Lejos de aquí? -preguntó Athos.

Grimaud hizo señal de que sí.

-Señores -dijo Athos-, está solo a media legua de aquí, en dirección al río.

-Está bien -dijo D'Artagnan-; llévanos, Grimaud.

Grimaud tomó campo a través y sirvió de guía a la cabalgada.

Al cabo de quinientos pasos aproximadamente, se encontraron un riachuelo que vadearon.

A la luz de un relámpago divisaron la aldea de Erquinghem.

-¿Es ahí? -preguntó D'Artagnan.

Grimaud movió la cabeza en señal de negación.

-¡Silencio, pues! -dijo Athos.

Y la tropa continuó su camino.

Otro relámpago brilló; Grimaud extendió el brazo, y a la luz azulada de la serpiente de fuego se distinguió una casita aislada, a orillas del río, a cien pasos de una barcaza. Una ventana estaba iluminada.

-Hemos llegado -dijo Athos.

En aquel momento, un hombre tumbado en el foso se levantó. Era Mosquetón, quien señaló con el dedo la ventana iluminada.

-Está ahí -dijo.

-¿Y Bazin? -.preguntó Athos.

-Mientras que yo vigilaba la ventana, él vigilaba la puerta.

-Bien -dijo Athos-, todos sois fieles servidores.

Athos saltó de su caballo, cuya brida puso en manos de Grimaud, y avanzó hacia la ventana tras haber hecho señas al resto de la tropa de virar hacia el lado de la puerta.

La casita estaba rodeada por un seto vivo, de dos o tres pies de alto. Athos franqueó el seto, llegó hasta la ventana privada de contraventanas, pero cuyas semicortinas estaban completamente echadas.

Se subió sobre el reborde de piedra, a fin de que su mirada pudiera sobrepasar la altura de las cortinas.

A la luz de una lámpara vio a una mujer envuelta en un manto de color oscuro sentada en un escabel, junto a un fuego moribundo: sus codos estaban apoyados sobre una mala mesa, y apoyaba su cabeza en sus dos manos blancas como el marfil.

No se podía distinguir su rostro, pero una sonrisa siniestra pasó por los labios de Athos: no podía equivocarse, era la que buscaba.

En aquel momento un caballo relinchó. Milady alzó la cabeza, vio, pegado al cristal, el rostro pálido de Athos y lanzó un grito.

Athos comprendió que lo había reconocido, empujó la ventana con la rodilla y con la mano, la ventana cedió, los cristales se rompieron.

Y Athos, como el espectro de la venganza, saltó a la habitación.

Milady corrió a la puerta y la abrió; más pálido y más amenazador aún que Athos, D'Artagnan estaba en el umbral.

Milady retrocedió lanzando un grito. D'Artagnan, creyendo que tenía algún medio de huir y temiendo que se le escapase, sacó una pistola de su cintura; pero Athos alzó la mano.

-Devuelve esa arma a su sitio, D'Artagnan -dijo-. Importa que esta mujer sea juzgada y no asesinada. Espera aún un momento, D'Artagnan, y quedarás satisfecho. Entrad, señores.

D'Artagnan obedeció, porque Athos tenía la voz solemne y el gesto poderoso de un juez enviado por el Señor mismo. Luego, detrás de D'Artagnan entraron Porthos, Aramis, lord de Winter y el hombre de la capa roja.

Los cuatro criados guardaban la puerta y la ventana.

Milady estaba caída sobre su silla con las manos extendidas como para conjurar aquella horrible aparición; al ver a su cuñado, lanzó un grito terrible.

-¿Qué queréis? -exclamó Milady.

-Queremos -dijo Athos- a Charlotte Backson, que se llamó primero condesa de La Fère, y luego lady Winter, baronesa de Sheffield.

-¡Yo soy, yo soy! -murmuró ella en el colmo del terror-. ¿Qué me queréis?

-Queremos juzgaros por vuestros crímenes -dijo Athos-; seréis libre de defenderos, justificaos si podéis. El señor D'Artagnan os va a acusar el primero.

D'Artagnan se adelantó.

-Ante Dios y ante los hombres -dijo-, acuso a esta mujer de haber envenenado a Constance Bonacieux, muerta ayer tarde.

Se volvió hacia Porthos y hacia Aramis.

-Nosotros somos testigos -dijeron con un solo movimiento los dos mosqueteros.

D'Artagnan continuó:

-Ante Dios y ante los hombres, acuso a esta mujer de haber querido envenenarme a mí mismo, con vino que había enviado de Villeroy, con una falsa carta como si el vino fuera de mis amigos; Dios me salvó, pero un hombre, que se llamaba Brisemont, murió en mi lugar.

.-Nosotros somos testigos -dijeron con la misma voz Porthos y Aramis.

-Ante Dios y ante los hombres, acuso a esta mujer de haberme empujado a asesinar al barón de Wardes; y como nadie estuvo allí para atestiguar la verdad de esta acusación, lo atestiguo yo mismo. He dicho.

Y D'Artagnan pasó al otro lado de la habitación con Porthos y Aramis.

-¡Os toca a vos, milord! -dijo Athos.

El barón se acercó a su vez.

-Ante Dios y ante los hombres -dijo-, acuso a esta mujer de haber hecho asesinar al duque de Buckingham.

-¿El duque de Buckingham asesinado? -exclamaron a un solo grito todos los asistentes.

-Sí -dijo el barón-. ¡Asesinado! Ante la carta de aviso que me escribisteis, hice detener a esta mujer, y la di para guardarla a un leal servidor; ella corrompió a aquel hombre, ella le puso el puñal en la mano, ella le obligó a matar al duque, y quizá en este momento Felton pague con su cabeza el crimen de esta furia.

Un estremecimiento corrió entre los jueces ante la revelación de estos crímenes aún desconocidos.

-Eso no es todo -prosiguió lord de Winter-; mi hermano, que os había hecho su heredero, murió en tres horas de una extraña enfermedad que deja manchas lívidas en todo el cuerpo. Hermana mía, ¿cómo murió vuestro marido?

-¡Horror! -exclamaron Porthos y Aramis.

-Asesina de Buckingham, asesina de Felton, asesina de mi hermano, pido justicia contra vos, y declaro que, si no me la hacen, me la haré yo.

Y lord de Winter fue a colocarse junto a D'Artagnan dejando el puesto libre a otro acusador.

Milady dejó caer su frente en sus dos manos y trató de recordar sus ideas confundidas por un vértigo mortal.

-Me toca a mí -dijo Athos, temblando como el león tiembla a la vista de la serpiente-, me toca a mí. Yo desposé a esta mujer cuando era joven la desposé a pesar de toda mi familia; yo le di mis bienes, le di mi nombre; un día me di cuenta de que esta mujer estaba marcada; esta mujer estaba marcada con una flor de lis en el hombro izquierdo.

-¡Oh! -dijo Milady levantándose-. Desafío a que al quien encuentre el tribunal que pronunció sobre mí esa sentencia infame. Desafío a que alguien encuentre a quien la ejecutó.

-Silencio -dijo una voz-. A esta me toca a mí responder.

Y el hombre de la capa roja se aproximó a su vez.

-¿Quién es este hombre, quién es este hombre? -exclamó Milady sofocada por el terror y cuyos cabellos se soltaron y se erizaron sobre su lívida cabeza como si hubieran estado vivos.

Todos los ojos se volvieron hacia aquel hombre, porque para todos, excepto para Athos, era desconocido.

Incluso Athos lo miraba con tanta estupefacción como los otros, porque ignoraba cómo podía estar él mezclado en algo en el horrible drama que se desarrollaba en aquel momento.

Tras haberse acercado a Milady con paso lento y solemne, de modo que sólo la mesa lo separaba de ella, el desconocido se quitó la máscara.

Milady miró algún tiempo con un tenor creciente aquel rostro pálido enmarcado entre cabellos y patillas negras, cuya única expresión era una impasibilidad helada. Luego, de pronto:

-¡Oh, no, no! -dijo ella levantándose y retrocediendo hasta la pared-. No, no, ¡es una aparición infernal! ¡No es él! ¡Auxilio! ¡Auxilio! -exclamó con una voz ronca y volviéndose hacía el muro, como si hubiera podido abrirse un paso con sus manos.

-Pero ¿quién sois vos? -exclamaron todos los testigos de aquella escena.

-Preguntádselo a esa mujer -dijo el hombre de la capa roja-, porque ya habéis visto que me ha reconocido.

-¡El verdugo de Lille, el verdugo de Lille! -exclamó Milady presa de un terror insensato y aferrándose con las manos al muro para no caer.

Todo el mundo se apartó, y el hombre de la capa roja permaneció solo de pie en medio de la sala.

-¡Oh, gracia, gracia! ¡Perdón! -exclamó la miserable cayendo de rodillas.

El desconocido dejó que se hiciera el silencio de nuevo.

-¡Ya os decía yo que me había reconocido! -prosiguió-. Sí, yo soy el verdugo de la ciudad de Lille, y ésta es mi historia.

Todos los ojos estaban fijos en aquel hombre cuyas palabras esperaban con una ávida ansiedad.

-Esta joven era en otro tiempo una muchacha tan bella como bella es hoy. Era religiosa en el convento de las Benedictinas de Templemar. Un joven cura, de corazón sencillo y creyente, servía la iglesia de aquel convento; ella emprendió la tarea de seducirlo y triunfó, sedujo a un santo. Los votos de los dos eran sagrados, irrevocables; su relación no podía durar mucho tiempo sin perderlos a los dos. Consiguió de él que se marcharan ambos de la región; pero para marcharse de la región, para huir juntos, para alcanzar otra parte de Francia donde pudieran vivir tranquilos porque serían desconocidos, hacía falta dinero; ni el uno ni la otra lo tenían. El cura robó los vasos sagrados, los vendió; pero, cuando se aprestaban a huir juntos, los dos fueron detenidos. Ocho días después, ella había seducido al hijo del carcelero y se había escapado. El joven sacerdote fue condenado a diez años de grilletes y a la marca. Yo era el verdugo de la ciudad de Lille, como dijo esta mujer. Fui obligado a marcar al culpable, y el culpable, señores, ¡era mi hermano! Juré entonces que esta mujer que lo había perdido, que era más que su cómplice, puesto que lo había empujado al crimen, compartiría por lo menos el castigo. Sospeché el lugar en que estaba oculta, la perseguí, la alcancé, la agarroté y le imprimí la misma marca que había impreso en mi hermano. Al día siguiente de mi regreso a Lille, mi hermano consiguió escaparse, se me acusó de complicidad y se me condenó a permanecer en prisión en su puesto mientras no se constituyera él prisionero. Mi pobre hermano ignoraba aquel juicio; se había reunido con esta mujer, habían huido juntos al Berry; y allí, él había obtenido un pequeño curato. Esta mujer pasaba por hermana suya. El señor de la tierra en que estaba situada la iglesia del curato vio aquella pretendida hermana y se enamoró de ella, enamorándose hasta el punto de que le propuso desposarla. Entonces ella dejó al que había perdido por aquel al que iba a perder, y se convirtió en condesa de La Fère...

Todos los ojos se volvieron hacia Athos, cuyo verdadero nombre era aquél, y que hizo señal con la cabeza de que cuanto había dicho el verdugo era cierto.

-Entonces -prosiguió aquél-, loco, desesperado, decidido a quitarse su existencia, a quien ella había quitado todo, honor y felicidad, mi hermano regresó a Lille, y, enterándose del juicio que me había condenado en su lugar, se constituyó prisionero y se colgó la misma noche del tragaluz de su calabozo. Por lo demás, debo hacerles justicia, quienes me condenaron mantuvieron su palabra. Apenas fue comprobada la identidad del cadáver me devolvieron mi libertad. Ese es el crimen de que la acuso, era la causa por la que la marqué. Señor D'Artagnan -dijo Athos-, ¿cuál es la pena que exigís contra esta mujer?

-La pena de muerte -respondió D'Artagnan.

-Milord de Winter -continuo Athos-, ¿cuál es la pena que exigís contra esta mujer?

-La pena de muerte -contestó lord de Winter.

-Señores Porthos y Aramis -continuó Athos-, vosotros que sois sus jueces, ¿cuál es la pena a que condenáis a esta mujer?

-La pena de muerte -respondieron con voz sorda los dos mosqueteros.

Milady lanzó un aullido horroroso y dio algunos pasos hacia sus jueces arrastrándose de rodillas.

Athos extendió las manos hacia ella.

-Anne de Breuil, condesa de La Fère, milady de Winter -dijo-, vuestros crímenes han cansado a los hombres en la tierra y a Dios en el cielo. Si sabéis alguna oración, decidla, porque estáis condenada y vais a morir.

A estas palabras que no dejaban ninguna esperanza, Milady se alzó en toda su estatura y quiso hablar, pero las fuerzas le faltaron; sintió que una mano potente e implacable la cogía por los pelos y la arrastraba tan irrevocablemente como la fatalidad arrastra al hombre: no trató siquiera de hacer resistencia y salió de la cabaña.

Lord de Winter, D'Artagnan, Athos, Porthos y Aramis salieron detrás de ella. Los criados siguieron a sus amos y la habitación quedó solitaria con su ventana rota, su puerta abierta y su lámpara humeante que ardía tristemente sobre la mesa.



Capítulo LXVI

La ejecución

Era medianoche aproximadamente; la luna, escoltada por su menguante y ensangrentada por las últimas huellas de la tormenta, se alzaba tras la pequeña aldea de Armentières, que destacaba sobre su claridad macilenta la silueta sombría de sus casas y el esqueleto de su alto campanario recortado a la luz. Enfrente, el Lys hacía rodar sus aguas semejantes a un río de estaño fundido, mientras que en la otra orilla se veía la masa negra de los árboles perfilarse sobre un cielo tormentoso invadido por gruesas nubes de cobre que hacían una especie de crepúsculo en medio de la noche. A la izquierda se alzaba un viejo molino abandonado, de aspas inmóviles, en cuyas ruinas una lechuza dejaba oír su grito agudo, periódico y monótono. Aquí y allá, en la llanura, a izquierda y derecha del camino que seguía el lúgubre cortejo, aparecían algunos árboles bajos y achaparrados que parecían enanos disformes acucillados para acechar a los hombres en aquella hora siniestra.

De vez en cuando un largo relámpago abría el horizonte en toda su amplitud, serpenteaba por encima de la masa negra de árboles y venía como una espantosa cimitarra a cortar el cielo y el agua en dos partes. Ni un soplo de viento pasaba por la pesada atmósfera. Un silencio de muerte aplastaba toda la naturaleza; el suelo estaba húmedo y resbaladizo por la lluvia que acababa de caer, y las hierbas reanimadas despedían su olor con más energía.

Dos criados arrastraban a Milady, teniéndola cada uno por un brazo; el verdugo caminaba detrás, y lord de Winter, D'Artagnan, Athos, Porthos y Aramis caminaban detrás del verdugo.

Planchet y Bazin venían los últimos.

Los dos criados conducían a Milady por la orilla del río. Su boca estaba muda; pero sus ojos hablaban con una elocuencia inexpresable, suplicando ya a uno ya a otro de los que ella miraba.

Cuando se encontraba a algunos pasos por delante, dijo a los criados:

-Mil pistolas a cada uno de vosotros si protegéis mi fuga; pero si me entregáis a vuestros amigos, tengo aquí cerca vengadores que os harán pagar cara mi muerte.

Grimaud dudaba. Mosquetón temblaba con todos sus miembros.

Athos, que había oído la voz de Milady, se acercó rápidamente; lord de Winter hizo otro tanto.

-Que se vuelvan estos criados -dijo-, les ha hablado, no son ya seguros.

Llamaron a Planchet y Bazin, que ocuparon el sitio de Grimaud y Mosquetón.

Llegados a la orilla del agua, el verdugo se acercó a Milady y le ató los pies y las manos.

Entonces ella rompió el silencio para exclamar:

-Sois unos cobardes, sois unos miserables asesinos, os hacen falta diez para degollar a una mujer; tened cuidado, si no soy socorrida, seré vengada.

-Vois no sois una mujer -dijo fríamente Athos-, no pertenecéis a la especie humana, sois un demonio escapado del infierno y vamos a devolveros a él.

-¡Ay, señores virtuosos! -dijo Milady-. Tened cuidado, aquel que toque un pelo de mi cabeza es a su vez un asesino.

-El verdugo puede matar sin ser por ello un asesino, señora- dijo el hombre de la capa roja golpeando sobre su larga espada-; él es el último juez, eso es todo: Nachrichter, como dicen nuestros vecinos alemanes.

Y cuando la ataba diciendo estas palabras, Milady lanzó dos o tres gritos salvajes que causaron un efecto sombrío y extraño volando en la noche y perdiéndose en las profundidades del bosque.

-Pero si soy culpable, si he cometido los crímenes de los que me acusáis -aullaba Milady-, llevadme ante un tribunal; no sois jueces, no lo sois para condenarme.

-Os propuse Tyburn -dijo lord de Winter-. ¿Por qué no quisisteis?

-¡Porque no quiero morir! -exclamó Milady debatiéndose-. Porque soy demasiado joven para morir.

-La mujer que envenenasteis en Béthune era más joven aún que vos, señora, y, sin embargo, está muerta -dijo D'Artagnan.

-Entraré en un claustro, me haré religiosa -dijo Milady.

-Estabais en un claustro -dijo el verdugo- y salisteis de él para perder a mi hermano.

Milady lanzó un grito de terror y cayó de rodillas.

El verdugo la alzó y quiso llevarla hacia la barca.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó-. ¡Dios mío! ¿Vais a ahogarme?

Aquellos gritos tenían algo tan desgarrador que D'Artagnan, que al principio era el más encarnizado en la persecución de Milady, se dejó deslizar sobre un tronco e inclinó la cabeza, tapándose las orejas con las palmas de sus manos; sin embargo, pese a todo, todavía oía amenazar y gritar.

D'Artagnan era el más joven de todos aquellos hombres y el corazón le falló.

-¡Oh, no puedo ver este horrible espectáculo! ¡No puedo consentir que esta mujer muera así!

Milady había oído algunas palabras y se había recuperado a la luz de la esperanza.

-¡D'Artagnan! ¡D'Artagnan! -gritó-. ¡Acuérdate de que te he amado!

El joven se levantó y dio un paso hacia ella.

Pero Athos, bruscamente, sacó su espada y se interpuso en su camino.

-Si dais un paso más, D'Artagnan -dijo-, cruzaremos las espadas.

D'Artagnan cayó de rodillas y rezó.

-Vamos -continuó Athos-, verdugo, cumple tu deber.

-De buena gana, monseñor -dijo el verdugo-, porque, tan cierto como que soy católico, creo firmemente que soy justo al cumplir mi función en esta mujer.

-Está bien.

Athos dio un paso hacia Milady.

-Yo os perdono -dijo- el mal que me habéis hecho; os perdono mi futuro roto, mi honor perdido, mi honor mancillado y mi salvación eterna comprometida por la desesperación a que me habéis arrojado. Morid en paz.

Lord de Winter se adelantó a su vez.

-Yo os perdono -dijo- el envenenamiento de mi hermano, el asesinato de Su Gracia lord de Buckingham, yo os perdono la muerte del pobre Felton, yo os perdono las tentativas contra mi persona. Morid en paz.

-Y a mí -dijo D'Artagnan- perdonadme, señora, haber provocado vuestra cólera con un engaño indigno de un gentilhomme; y a cambio, yo os perdono el asesinato de mi pobre amiga y vuestras venganzas crueles contra mí, yo os perdono y lloro por vos. Morid en paz:

-I am lost! -murmuró Milady en inglés-. I must die.

Entonces se levantó por sí misma y lanzó en torno suyo una de esas miradas claras que parecían brotar de unos ojos de llama.

No vio nada.

No escuchó ni oyó nada.

En torno suyo no tenía más que enemigos.

-¿Dónde voy a morir? -dijo.

-En la otra orilla -respondió el verdugo.

Entonces la hizo subir a la barca, y cuando iba a poner él el pie en ella, Athos le entregó una suma de dinero.

-Toma -dijo-, ése es el precio de la ejecución; que se vea bien que actuamos como jueces.

-Está bien -dijo el verdugo-; y ahora, a su vez, que esta mujer sepa que no cumplo con mi oficio, sino con mi deber.

Y arrojó el dinero al río.

La barca se alejó hacia la orilla izquierda del Lys, llevando a la culpable y al ejecutor; todos los demás permanecieron en la orilla derecha, donde habían caído de rodillas.

La barca se deslizaba lentamente a lo largo de la cuerda de la barcaza, bajo el reflejo de una nube pálida que estaba suspendida sobre el agua en aquel momento.

Se la vio llegar a la otra orilla; los personajes se dibujaban en negro sobre el horizonte rojizo.

Milady, durante el trayecto, había conseguido soltar la cuerda que ataba sus pies; al llegar a la orilla, saltó con ligereza a tierra y tomó la huida.

Pero el suelo estaba húmedo; al llegar a lo alto del talud, resbaló y cayó de rodillas.

Una idea supersticiosa la hirió indudablemente; comprendió que el cielo le negaba su ayuda y permaneció en la actitud en que se encontraba, con la cabeza inclinada y las manos juntas.

Entonces, desde la otra orilla, se vio al verdugo alzar lentamente sus dos brazos; un rayo de luna se reflejó sobre la hoja de su larga espada; los dos brazos cayeron y se oyó el silbido de la cimitarra y el grito de la víctima. Luego, una masa truncada se abatió bajo el golpe.

Entonces el verdugo se quitó su capa roja, la extendió en tierra, depositó allí el cuerpo, arrojó allí la cabeza, la ató por las cuatro esquinas, se la echó al hombro y volvió a subir a la barca.

Llegado al centro del Lys, detuvo la barca, y, suspendido su fardo sobre el río:

-¡Dejad pasar la justicia de Dios! -gritó en voz alta.

Y dejó caer el cadáver a lo más profundo del agua, que se cerró sobre él.

Tres días después, los cuatro mosqueteros entraban en París; estaban dentro de los límites de su permiso, y la misma noche fueron a hacer su visita acostumbrada al señor de Tréville.

-Y bien, señores -les preguntó el bravo capitán-, ¿os habéis divertido en vuestra excursión?

-Prodigiosamente -respondió Athos con los dientes apretados.



Capítulo LXVII

Conclusión

El 6 del mes siguiente, el rey, cumpliendo la promesa que había hecho al cardenal de dejar Paris para volver a La Rochelle, salió de su capital todo aturdido aún por la nueva que acababa de esparcirse de que Buckingham acababa de ser asesinado.

Aunque prevenida de que el hombre al que tanto había amado corría un peligro, la reina, cuando se le anunció esta muerte, no quiso creerla; ocurrió incluso que exclamó imprudentemente:

-¡Es falso! Acaba de escribirme.

Pero al día siguiente tuvo que creer en aquella fatal noticia: La Porte, retenido como todo el mundo en Inglaterra por las órdenes del rey Carlos I, llegó portador del último y fúnebre presente que Buckingham enviaba a la reina.

La alegría del rey había sido muy viva ; no se molestó siquiera en disimularla a incluso la hizo estallar con afectación ante la reina. A Luis XIII, como a todos los corazones débiles, le faltaba generosidad.

Más pronto el rey se volvió sombrío y con mala salud; su frente no era de aquellas que se aclaran durante mucho tiempo; sentía que al volver al campamento iba a recuperar su esclavitud, y, sin embargo, volvía allí.

El cardenal era para él la serpiente fascinadora; y él, él era el pájaro que revolotea de rama en rama sin poder escapar.

En torno suyo no tenía más que enemigos.

Por eso el regreso hacia La Rochelle era profundamente triste. Nuestros cuatro amigos causaban el asombro de sus camaradas; viajaban juntos, codo con codo, la mirada sombría, la cabeza baja. Athos alzaba de vez en cuando sólo su amplia frente: un destello brillaba en sus ojos, una sonrisa amarga pasaba por sus

labios; luego, semejante a sus camaradas, se dejaba ir de nuevo en sus ensoñaciones.

Tan pronto como llegaba la escolta a una villa, cuando habían conducido al rey a su alojamiento, los cuatro amigos se retiraban o a la habitación de uno de ellos o a alguna taberna apartada, donde ni jugaban ni bebían; sólo hablaban en voz baja mirando con cuidado si alguien los escuchaba.

Un día en que el rey había hecho un alto en la ruta para cazar la picaza y en que los cuatro amigos, según su costumbre, en vez de seguir la caza, se habían detenido en una taberna sobre la carretera, un hombre que venía de La Rochelle a galope tendido se detuvo a la puerta para beber un vaso de vino y hundió su mirada en el interior de la habitación donde estaban sentados a la mesa los cuatro mosqueteros.

-¡Hola! ¡El señor D'Artagnan! -dijo-. ¿No sois vos quien veo ahí?

D'Artagnan alzó la cabeza y soltó un grito de alegría. Aquel hombre que él llamaba su fantasma era su desconocido de Meung, de la calle des Fossoyeurs y de Arras.

-¡Ah, señor! -dijo el joven-. Por fin os encuentro; esta vez no escaparéis.

-No es esa mi intención tampoco, señor, porque esta vez os buscaba; en nombre del rey os detengo, y digo que tenéis que entregarme vuestra espada, señor, y sin resistencia; os va en ello la cabeza, os lo advierto.

-¿Quién sois vos? -preguntó D'Artagnan bajando su espada, pero sin entregarla aún.

-Soy el caballero de Rochefort -respondió el desconocido-, el escudero del señor cardenal de Richelieu, y tengo orden de llevaros junto a Su Eminencia.

-Volvemos junto a Su Eminencia, señor caballero -dijo Athos adelantándose- y aceptaréis la palabra del señor D'Artagnan, que va a dirigirse en línea recta a La Rochelle.

-Debo ponerlo en manos de los guardias, que lo llevarán al campamento.

-Nosotros lo llevaremos, señor, por nuestra palabra de gentileshombres; pero por nuestra palabra de gentileshombres también -añadió Athos, frunciendo el ceño-, el señor D'Artagnan no nos abandonará.

El caballero de Rochefort lanzó una ojeada hacia atrás y vio que Porthos y Aramis se habían situado entre él y la puerta; comprendió que estaba completamente a merced de aquellos cuatro hombres.

-Señores -dijo-, si el señor D'Artagnan quiere entregarme su espada y unir su palabra a la vuestra, me contentaré con vuestra promesa de conducir al señor D'Artagnan al campamento del señor cardenal.

-Tenéis mi palabra, señor -dijo D'Artagnan-, y aquí está mi espada.

-Eso está mejor -añadió Rochefort -, porque es preciso que continúe mi viaje.

-Si es para reuniros con Milady -dijo fríamente Athos-, es inútil, no la encontraréis.

-¿Qué le ha pasado entonces? -preguntó vivamente Rochefort.

-Volved al campamento y lo sabréis.

Rochefort se quedó un instante pensativo, luego, como no estaba más que a una jornada de Surgères, hasta donde el cardenal debía ir ante el rey, resolvió seguir el consejo de Athos y volver con ellos.

Además, aquel retraso le ofrecía una ventaja: vigilar por sí mismo a su prisionero.

Volvieron a ponerse en ruta.

Al día siguiente, a las tres de la tarde, llegaron a Surgères. El cardenal esperaba allí a Luis XIII. El ministro y el rey intercambiaron muchas caricias, se felicitaron por el venturoso azar que desembarazaba a Francia del encarnizado enemigo que amotinaba a Europa contra ella. Tras lo cual, el cardenal, que había sido avisado por Rochefort de que D'Artagnan estaba detenido, y que tenía prisa por verlo, se despidió del rey invitándolo a ver al día siguiente los trabajos del dique que estaban acabados.

Al volver aquella noche a su acampada del puente de La Pierre, el cardenal encontró de pie, ante la puerta de la casa que habitaba, a D'Artagnan sin espada y a los tres mosqueteros armados.

Aquella vez, como él era más fuerte, los miró con severidad y, con los ojos y con la mano, hizo a D'Artagnan una seña de que lo siguiera.

D'Artagnan obedeció.

-Te esperaremos, D'Artagnan -dijo Athos lo suficientemente alto para que el cardenal lo oyese.

Su Eminencia frunció el ceño, se detuvo un instante, luego continuó su camino sin pronunciar una sola palabra.

D'Artagnan entró detrás del cardenal, y Rochefort detrás de D'Artagnan; la puerta fue vigilada.

Su Eminencia se dirigió a la habitación que le servía de gabinete e hizo seña a Rochefort de introducir al joven mosquetero.

Rochefort obedeció y se retiró.

D'Artagnan permaneció solo frente al cardenal; era su segunda entrevista con Richelieu, y él confesó después que estaba convencido de que sería la última.

Richelieu permaneció de pie, apoyado contra la chimenea, con una mesa entre él y D'Artagnan.

-Señor -dijo el cardenal-, habéis sido detenido por orden mía.

-Eso me han dicho, monseñor.

-¿Sabéis por qué?

-No, monseñor; porque la única cosa por la que podría ser detenido es aún desconocida de Su Eminencia.

Richelieu miró fijamente al joven.

-¡Oh! ¡Oh! -dijo-. ¿Qué quiere decir eso?

-Si monseñor quiere decirme primero los crímenes que se me imputan, yo le diré luego los hechos que he realizado.

-¡Se os imputan crímenes que han hecho caer cabezas más altas que la vuestra, señor! -dijo el cardenal.

-¿Cuáles, monseñor? -preguntó D'Artagnan con una calma que asombró al propio cardenal.

-Se os imputa haber mantenido correspondencia con los enemigos del reino, se os imputa haber sorprendido los secretos de Estado, se os imputa haber tratado de hacer abortar los planes de vuestro general.

-¿Y quién me imputa eso, monseñor? -dijo D'Artagnan, que sospechaba que la acusación venía de Milady-. Una mujer marcada por la justicia del país, una mujer que ha desposado a un hombre en Francia y a otro en Inglaterra, una mujer que ha envenenado a su segundo marido y que ha intentado envenenarme a mí mismo.

-¿Qué decís, señor? -exclamó el cardenal asombrado-. ¿Y de qué mujer habláis de ese modo?

-De Milady de Winter -respondió D'Artagnan-; sí, de Milady de Winter, de la que sin duda Vuestra Eminencia ignoraba todos los crímenes cuando la ha honrado con su confianza.

-Señor -dijo el cardenal-, si Milady de Winter ha cometido todos los crímenes que decís, será castigada.

-Ya lo está, monseñor.

-Y ¿quién la ha castigado?

-Nosotros.

-¿Está en prisión?

-Está muerta.

-¿Muerta? -repitió el cardenal, que no podía creer lo que oía-. ¡Muerta! ¿Habéis dicho que está muerta?

-Tres veces trató de matarme, y la perdoné; pero mató a la mujer que yo amaba. Entonces, mis amigos y yo la hemos cogido, juzgado y condenado.

D'Artagnan contó entonces el envenenamiento de la señora Bonacieux en el convento de las Carmelitas de Béthune, el juicio de la casa aislada y la ejecución a orillas del Lys.

Un temblor corrió por todo el cuerpo del cardenal, que, sin embargo, no temblaba fácilmente.

Pero, de pronto como sufriendo la influencia de un pensamiento mudo, la fisonomía del cardenal, sombrío hasta entonces, se aclaró poco a poco y llegó a la más perfecta serenidad.

-Así -dijo con una voz cuya dulzura contrastaba con la severidad de sus palabras-, así que os habéis constituido en jueces, sin pensar que quienes no tienen la misión de castigar y castigan son asesinos.

-Monseñor, os juro que ni por un instante he tenido la intención de defender mi cabeza contra vos. Sufriré el castigo que Vuestra Eminencia quiera infligirme. No amo tanto la vida como para temer la muerte.

-Sí, lo sé, sois un hombre de corazón, señor -dijo el cardenal con una voz casi afectuosa-; puedo deciros, pues, de antemano que seréis juzgado, condenado incluso.

-Cualquier otro podría responder a Vuestra Eminencia que tiene su perdón en el bolsillo; yo me contentaré con deciros: Ordenad, monseñor, estoy dispuesto.

-¿Vuestro perdón? -dijo Richelieu sorprendido.

-Sí, monseñor -dijo D'Artagnan.

-¿Y firmado por quién? ¿Por el rey?

Y el cardenal pronunció estas palabras con una singular expresión de desprecio.

-No, por Vuestra Eminencia.

-¿Por mí? Estáis loco, señor.

-Monseñor reconocerá sin duda su escritura.

Y D'Artagnan presentó al cardenal el preciso papel que Athos había arrancado a Milady, y que había dado a D'Artagnan para que le sirviera de salvaguardia.

Su Eminencia cogió el papel y leyó con voz lenta apoyándose en cada sílaba:

«El portador de la presente ha "hecho lo que ha hecho" por orden mía y para bien del Estado.

En el campamento de La Rochelle, a 5 de agosto de 1628.

Richelieu.»

El cardenal, tras haber leído estas dos líneas, cayó en una meditación profunda, pero no devolvió el papel a D'Artagnan.

«Medita con qué clase de suplicio me hará morir -se dijo en voz baja D'Artagnan-; pues a fe que verá cómo muere un gentilhomme.»

El joven mosquetero estaba en excelente disposición de morir heroicamente.

Richelieu seguía pensando, enrollaba y desenrollaba el papel en sus manos. Finalmente, alzó la cabeza, fijó su mirada de águila sobre aquella fisonomía leal, abierta, inteligente, leyó en aquel rostro surcado por las lágrimas todos los sufrimientos que había enjugado desde hacía un mes, y pensó por tercera o cuarta vez cuánto futuro tenía aquel muchacho de veintiún años, y qué recursos podría ofrecer a un buen amo su actividad, su valor y su ingenio.

Por otro lado, los crímenes, el poder, el genio infernal de Milady le habían espantado más de una vez. Sentía como una alegría secreta haberse liberado para siempre de aquella cómplice peligrosa.

Desgarró lentamente el papel que D'Artagnan tan generosamente le había entregado.

«Estoy perdido», dijo para sí mismo D'Artagnan.

Y se inclinó profundamente ante el cardenal como hombre que dice: «¡Señor, que se haga vuestra voluntad!»

El cardenal se acercó a la mesa y, sin sentarse, escribió algunas líneas sobre un pergamino cuyos dos tercios estaban ya cubiertos y puso su sello.

«Esa es mi condena -dijo D'Artagnan-; me ahorra el aburrimento de la Bastilla y la lentitud de un juicio. Encima es demasiado amable.»

-Tomad, señor -dijo el cardenal al joven-, os he cogido un salvoconducto y os devuelvo otro. El nombre falta en ese despacho: escribidlo vos mismo.

D'Artagnan cogió el papel dudando y puso los ojos encima.

Era un tenientazgo en los mosqueteros.

D'Artagnan cayó a los pies del cardenal.

-Monseñor -dijo-, mi vida es vuestra; disponed de ella en adelante; pero este favor que me otorgáis no lo merezco; tengo tres amigos que son más merecedores y más dignos...

-Sois un muchacho valiente, D'Artagnan -interrumpió el cardenal palmeándolo familiarmente en el hombro, encantado por haber vencido a aquella naturaleza rebelde-. Haced de ese despacho lo que os plazca. Sólo que recordad que, aunque el nombre esté en blanco, os lo he dado a vos.

-No lo olvidaré jamás -respondió D'Artagnan-. Vuestra Eminencia puede estar segura de ello.

El cardenal se volvió y dijo en voz alta:

-¡Rocheffort!

El caballero, que sin duda estaba detrás de la puerta, entró al punto.

-Rocheffort -dijo el cardenal-, ahí veis al señor D'Artagnan; lo recibo entre mis amigos; así pues, que se le abrace y que si alguien quiere conservar su cabeza sea prudente.

Rocheffort y D'Artagnan se besaron con la punta de los labios; pero el cardenal estaba allí, observándolos con su ojo vigilante.

Salieron de la habitación al mismo tiempo.

-Nos encontraremos, ¿no es cierto, señor?

-Cuando os plazca -contestó D'Artagnan.

-Ya llegará la ocasión -respondió Rocheffort.

-¿Qué? -dijo Richelieu abriendo la puerta.

Los dos hombres sonrieron, se estrecharon la mano y saludaron a Su Eminencia.

-Empezábamos a impacientarnos -dijo Athos.

-¡Ya estoy aquí, amigos míos! -respondió D'Artagnan-. No solamente libre, sino favorecido.

-¿Nos contaréis eso?

-Esta noche.

En efecto, aquella misma noche D'Artagnan se dirigió al alojamiento de Athos, a quien encontró a punto de vaciar su botella de vino español, ocupación que realizaba religiosamente todas las noches.

Le contó lo que había pasado entre el cardenal y él, y sacando el despacho de su bolso:

-Tomad, mi querido Athos -dijo-, a vos os corresponde, naturalmente.

Athos sonrió con su dulce y encantadora sonrisa.

-Amigo -dijo-, para Athos es demasiado; para el conde de La Fère es demasiado poco. Guardad ese despacho, os corresponde. ¡Ay, Dios mío, qué caro lo habréis comprado!

D'Artagnan salió de la habitación de Athos y entró en la de Porthos.

Lo encontró vestido con un magnífico traje, cubierto de espléndidos brocados y mirándose a un espejo.

-¡Ah, ah! -dijo Porthos-. ¡Sois vos, querido amigo! ¿Qué tal me va este traje?

-De maravilla -dijo D'Artagnan-, pero vengo a proponeros un traje que aún os iría mejor.

-¿Cuál? -preguntó Porthos.

-El de teniente de mosqueteros.

D'Artagnan contó a Porthos su entrevista con el cardenal, y sacando el despacho de su bolso:

-Tomad, querido -dijo-, escribid vuestro nombre ahí, y sed buen jefe para mí.

Porthos puso los ojos en el despacho y se lo devolvió a D'Artagnan, con gran sorpresa del joven.

-Sí -dijo-, me halagaría mucho, pero no tendría tiempo para gozar de ese favor. Durante nuestra expedición a Béthune, el marido de mi duquesa ha muerto; de suerte que, querido amigo, dado que el cofre del difunto me tiende los brazos, me caso con la viuda. Mirad, me estoy probando mi traje de boda; guardad el tenientazgo, querido, guardadlo.

Y entregó el despacho a D'Artagnan.

El joven entró en la habitación de Aramis.

Lo encontró arrodillado en un reclinatorio, con la frente apoyada contra su libro de horas abierto.

Le contó su entrevista con el cardenal, y sacando por tercera vez el despacho de su bolso:

-Vos, nuestro amigo, nuestra luz, nuestro protector invisible -dijo-, aceptad este despacho; lo habéis merecido más que nadie, por vuestra sabiduría y vuestros consejos siempre seguidos con tan felices resultados.

-¡Ay, querido amigo! -dijo Aramis-. Nuestras últimas aventuras me han hecho tomar un disgusto total por la vida del hombre de espada. Esta vez mi decisión está irrevocablemente tomada: tras el asedio, entraré en los Lazaristas. Guardad ese despacho, D'Artagnan: el oficio de las armas os va bien, y seréis un valiente y afortunado capitán.

D'Artagnan, con los ojos húmedos de gratitud y resplandecientes de alegría, volvió a Athos, a quien encontró aún en la mesa y mirando su último vaso de Málaga a la luz de la lámpara.

-¡Y bien! -dijo-. También ellos han rehusado.

-Es que nadie, querido amigo, era más digno de él que vos.

Cogió una pluma, escribió en el despacho el nombre de D'Artagnan y se lo entregó.

-Ya no tendré más amigos -dijo el joven-, ¡ay!, ni nada más que amargos recuerdos.

Y dejó caer su cabeza entre sus dos manos, mientras dos lágrimas corrían a lo largo de sus mejillas.

-Sois joven -respondió Athos-, y vuestros amargos recuerdos tienen tiempo de cambiarse en dulces recuerdos.

Epílogo

La Rochelle, privada del socorro de la flota inglesa y de la división prometida por Buckingham, se rindió tras el asedio de un año. El 28 de octubre de 1628 se firmó la capitulación.

El rey hizo su entrada en París el 23 de diciembre del mismo año. Se le acogió en triunfo como si volviese de vencer al enemigo y no a franceses. Entró por el barrio Saint-Jacques bajo arcos cubiertos de vegetación.

D'Artagnan tomó posesión de su grado. Porthos abandonó el servicio y desposó, durante el año siguiente, a la señora Coquenard; el cofre tan ambicionado contenía ochocientas mil libras.

Mosquetón tuvo una librea magnífica y además la satisfacción, que había ambicionado toda su vida, de subir detrás de una carroza dorada.

Aramis, tras un viaje a Lorraine, desapareció de pronto y dejó de escribir a sus amigos. Más tarde se supo, por la señora Chevreuse, que lo dijo a dos o tres de sus amantes, que había tomado el hábito en un convento de Nancy.

Bazin se convirtió en hermano lego.

Athos siguió siendo mosquetero a las órdenes de D'Artagnan, hasta 1663, época en la que, tras un viaje que hizo a Touraine, dejó también el servicio so pretexto de que acababa de recoger una pequeña herencia en el Rousillon.

Grimaud siguió a Athos.

D'Artagnan se batió tres veces con Rochefort y lo hirió tres veces.

-Os mataré probablemente a la cuarta -le dijo tendiéndole la mano para levantarlo.

-Mejor sería, para vos y para mí, que nos quedásemos por aquí -respondió el herido-. ¡Diantre! Soy más amigo vuestro que lo que pensáis, porque desde el primer encuentro habría podido, diciendo una palabra al cardenal, haceros cortar la cabeza.

Aquella vez se abrazaron, pero de buen corazón y sin segundas intenciones.

Planchet obtuvo de Rochefort el grado de sargento en los guardias. El señor Bonacieux vivía muy tranquilo, ignorando completamente lo que había sido de su mujer y no inquietándose apenas. Un día tuvo la imprudencia de acordarse del

cardenal; el cardenal le hizo responder que iba a encargarse de que no le faltara nada en adelante.

En efecto, al día siguiente, habiendo salido el señor Bonacieux a las siete de la noche de su casa para dirigirse al Louvre, no volvió a aparecer más en la calle des Fossoyeurs; la opinión de quienes parecían mejor informados fue que era alimentado y alojado en algún castillo real a expensas de su generosa Eminencia.

FIN

